

文
今
將
民
關
法
署

Mo Yan

LAS BALADAS DEL AJO

NOVELAS FICCIÓN



Ramond

Autor de *Sorgo rojo* y *Grandes pechos amplias caderas*

Mo Yan

LAS BALADAS DEL AJO

KAILAS FICCIÓN



前存在的寮屋及其因
建的寮屋均會即時被
能遭受檢控。
四記的人士，在
任公共屋邨。
經由政府收回寮屋

Ramford

Autor de *Sorgo rojo* y *Grandes pechos amplias caderas*

El autor chino más elogiado por la crítica y los lectores, tanto en su país como fuera de él, narra la belleza y la brutalidad de una revolución campesina al ritmo de las baladas del rapsoda ciego Zhang Kou

El gobierno comunista ha animado a los granjeros a plantar grandes campos de ajo. Éstos recorren enormes distancias con su cosecha, pagan elevados impuestos y, al final, descubren que es imposible venderlo porque los almacenes estatales están repletos. Los campesinos se sublevan y la represión es brutal pero, incluso encarcelados en condiciones terribles, aún florecen entre ellos el amor y la lealtad.

Mo Yan ha escrito una novela épica, en la que la belleza está descrita con lirismo y la brutalidad con un realismo estremecedor. Una tragedia oriental que nos introduce en una China recóndita y contemporánea, que aún continúa siendo una desconocida.

"Si pudiera escoger al próximo Premio Nobel, sería Mo Yan"

Kenzaburo Oe, Nobel de Literatura 1994

"Crua, brillante, inolvidable..."

The New York Times

21,90 €

ISBN 978-84-99524-42-9



9 788489 624429



±L

TT

Las baladas del ajo

EDITORIA

L

Título original: *7" ien-t ang suan t'
ai chkh ko*

© 1989, Mo Yan

© 2008 de esta edición: Kailas
Editorial, S.L.

Rosas de Aravaca, 31.28023 Madrid

©

2008 de la traducción: Carlos Ossés

Diseño de cubierta: Marcos Arévalo
Diseño

de colección: Manuel Estrada

Realización:

Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN

13:

978-84-89624-42-9

Depósito

Legal:

M-16.428-2008

Impreso en Artes Gráficas Cofás,
S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida,

ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de

recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea

mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por

fotocopia, o cualquier otro, sin el

permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es www.kailas.es

www.kailaseditorial.blogspot.com

Mo YAN

Las baladas del ajo

Traducción de Carlos Ossés

*Al noreste de la ciudad de Gaomi:
donde*

nací\ donde crecí.; aunque había

mucha

*miseria, te dedico estas tristes
baladas*

*Los novelistas siempre tratan de
alejarse de la política, pero la
novela en sí gira en torno*

*a la política. A los novelistas les
preocupa tanto el «destino del
hombre» que suelen perder*

*de vista su propio destino. Y ahí
radica su tragedia.*

JOSEF STALÍN

Guía de pronombres
w i / u ü

Los apellidos siempre preceden a los nombres propios y a los tratamientos

(nuestro autor es el señor Mo, no el señor Yan). En las zonas rurales es

frecuente que predomine un solo apellido. También es habitual que, tanto

en las zonas rurales como en las

zonas urbanas chinas, la gente no se dirija

a los demás por el nombre, sino por el tratamiento que tiene en la

jerarquía familiar —Hermano Mayor, Tía, Primo—, aunque no existan

relaciones de parentesco entre ellos. Los principales personajes que

aparecen en la novela son:

Gau Yang {«(Oveja)» Gao i' un

cultivador de ajo

Su esposa

Xínghua: su hija ciega

Gao Ma (caballo Gao) un cultivador de ajo

Gao Zhileng: un criador de periquitos

Cao Jinjiao: el jefe de la aldea (formalmente «director»)

La familia Fang;

Fang Yunqiu (Cuarto Tio) cabeza de familia

Cuarta Tía: su esposa

Fang Yijun (también Número Uno, Hermano Mayor); su hijo

11

Fang Yixiang (también Número Dos, Segundo Hermano): su hijo Fang

Jinju (Crisantemo Dorado): su hija

Adjunto Yang (Octavo Tio)): un

dignatario local Secretario

Secretario Wang (Wang Jiaxiu) el jefe local del partido Yu

Qiushui : un campesino

Zhang Kou un rapsoda ciego

La pronunciación aproximada del chino moderno no cuenta con la

ayuda material del sistema *pinyin* («representación-sonido»). En la mayoría

de los casos, la clave está en las vocales.

La *c* se pronuncia como *ts* La

q se pronuncia como *ch* La *x*

se pronuncia como *sh* La *z* se

pronuncia como *ds* La *zh* se

pronuncia como *j* Capítulo 1

¡Os ruego que escuchéis, queridos conciudadanos, el relato de 7.hang Kou sobre el mu?ido

*mortal y sobre el Condado Paraíso!
El Emperador Li, descendiente del
Gran Kan y*

*fundador de la nación, ordenó a los
ciudadanos de nuestra región que
plantaran ajo a*

modo de tributo...

Extracto de una balada de Zhang
Kou,

rapsoda ciego del Condado Paraíso.

—¡Gao Yang!

El sol del mediodía calentaba con fuerza y el aire polvoriento transportaba el hedor del ajo podrido después

de un prolongado periodo de sequía. Una bandada de cuervos de color

índigo atravesaba cansinamente el cielo, proyectando una sombría cuña

sobre el suelo. No hubo tiempo para trenzar el ajo, que se amontonaba

desordenadamente sobre la tierra, y

emitía una insoportable fetidez en su proceso de cocción bajo el sol. Gao Yang, cuyas cejas se inclinaban hacia abajo en los extremos, se sentaba en cuclillas junto a la mesa, sujetando un

tazón de caldo de ajo y conteniendo las náuseas que procedían de su

estómago. Aquella apremiante llamada había atravesado el hueco de la

puerta justo cuando estaba a punto de tomar un sorbo del caldo.

Reconoció la voz del jefe de la aldea, Gao Jinjiao. Gritó una respuesta

mientras soltaba apresuradamente el tazón y se dirigió a la puerta.

—¿Eres tú, Tío Jinjiao? Pasa.

Ahora la voz sonó más amable:

—Gao Yang, sal aquí un momento. Tengo que hablarte de algo.

Sabiendo las consecuencias que acarrearía menospreciar al jefe de la aldea, Gao Yang se volvió-hacia su hija ciega de ocho años, que se sentaba

impertérrita a la mesa como si fuera una oscura estatua, con sus hermosos e invidentes ojos negros abiertos de par en par.

—No toques nada, Xinghua, porque te puedes quemar.

La tierra recalentada le quemaba las plantas de los pies y el intenso

calor hacía que le llorasen los ojos. Mientras el sol golpeaba su espalda

desnuda, se quitó un poco de suciedad del pecho. Escuchó el llanto de su

recién nacido en el *kang*, una tarima de ladrillo que servía como lecho

familiar, y le pareció que su mujer murmuraba algo. Por fin había tenido

un varón y ese pensamiento le reconfortaba. La brisa del sudoeste le trajo

la fragancia del mijo recién brotado, y eso le recordó que se acercaba la temporada de la cosecha. De repente, su corazón se encogió y un escalofrío recorrió su espalda. Deseaba desesperadamente dejar de caminar, pero sus piernas seguían impulsándole, mientras el repugnante

hedor de los tallos y las cabezas de ajo le hacía llorar los ojos. Levantó su

brazo desnudo para frotárselos, seguro de no estar llorando.

Finalmente,

abrió la cancela.

—¿Qué ocurre, Tío? —preguntó—. ¡Ay, Dios mío...!

Unos destellos del color de la esmeralda pasaron ante sus ojos,

como

si fueran millones de tallos verdes de ajo flotando en el aire. Algo le golpeó

en el tobillo derecho, un golpe pesado y sordo que le retorció las tripas.

Momentáneamente aturdido, cerró los ojos y advirtió que el sonido que había escuchado era su propio grito mientras se desplomaba hacia un

costado. Luego sintió otro golpe sordo detrás de la rodilla izquierda. Gritó

de dolor —esta vez no había ningún rechazo— y se precipitó hacia

delante, cayendo de rodillas en los escalones de piedra. Conmocionado,

trató de abrir los ojos, pero los párpados le pesaban demasiado y el aire

cargado de ajo se los llenó de

lágrimas. No obstante, sabía que no estaba

llorando. Trató de levantar la mano para frotarse los ojos y descubrió que

tenía las muñecas atadas con algo frío y duro que le producía dolor; dos

ligeras punzadas metálicas le aguijonearon el cerebro.

Por fin pudo abrir los ojos. A través de una película de lágrimas —no

estoy llorando, pensó— observó a dos policías vestidos con casacas

blancas y pantalones verdes con tiras rojas a lo largo de las piernas.

Descollaban por encima de él, como unas siluetas borrosas y pálidas, con

sus pantalones y las manchas oscuras de sus casacas. Pero lo que más le

llamó la atención fueron las pistolas y las porras negras que colgaban de

los amplios cinturones de cuero artificial de color cordobán que sujetaban

las casacas. Las hebillas relucían con el sol. Levantó la mirada hacia

aquellos rostros inexpresivos, pero antes de que pudiera emitir un sonido,

el hombre que estaba a la izquierda sacó un papel que tenía un sello rojo

oficial y dijo con cierto tartamudeo:

—Es-estás detenido.

Entonces advirtió las brillantes esposas de acero que tenía en sus bronceadas muñecas. Estaban unidas por una cadena plateada, laxa y pesada, que se balanceó perezosamente cuando levantó las manos. Un

fuerte escalofrío le recorrió entero. La sangre apenas podía avanzar por sus venas y sintió como si todo su

cuerpo se encogiera: sus testículos se retrajeron y se le hizo un nudo en el estómago. Las gotas de orina fría que notaba en sus muslos le informaron de que se estaba orinando en los pantalones y trató de contenerla. Pero hasta sus oídos llegó el sonido agudo y triste que emitía el *erhu* del rapsoda ciego Zhang Kou, sus músculos se volvieron atrofiados e inútiles, y, mientras se arrodillaba,

una

heladora corriente de orina
descendió por su pierna, le empapó
los glúteos

y lavó sus encallecidas plantas de los
pies. Incluso pudo escuchar cómo la
orina se acumulaba alrededor de la
entrepierna.

El policía de la izquierda cogió a
Gao Yang por el brazo con su mano
fría como el hielo para ayudarle a

incorporarse, emitiendo otro ligero

tartamudeo:

—Le-levántate.

Todavía aturdido, Gao Yang se agarró del brazo del policía, pero las

esposas, repiqueteando suavemente, se clavaron en su carne y le obligaron

a soltarse. Temeroso, extendió los brazos, como si estuviera sujetando un

objeto precioso y frágil.

—¡Le-levántate! —volvió a sonar la voz del policía.

Consiguió incorporarse con esfuerzo, pero en cuanto se puso de pie

notó un fuerte dolor en el tobillo. Se tambaleó lateralmente y se cayó

intentando apoyar las manos y las rodillas sobre los escalones de piedra.

Los policías le sujetaron por debajo

de los brazos y le levantaron.

Pero tenía las piernas tan flojas que su desgarrado esqueleto se

tambaleaba mientras le sujetaban como si fuera un péndulo. El policía que

estaba situado a la derecha clavó la rodilla sobre el coxis de Gao Yang.

—¡Levántate! —ordenó—. ¿Qué ha pasado con el héroe que

demolió las oficinas de la provincia?

Gao Yang obvió ese último comentario, y la dura rodilla contra su

coxis le ayudó a olvidar el dolor que sentía en el tobillo. Mientras se

estremecía, consiguió plantar los pies en el suelo e incorporarse. Los

policías aflojaron su sujeción y el que tartamudeaba dijo suavemente:

—Mu-muévete, y da-date prisa.

La cabeza le daba vueltas, pero sabía perfectamente que no estaba

llorando, aunque derramó un torrente de lágrimas cálidas que le nubló la

vista. Cada vez que le empujaban, las esposas se clavaban profundamente

en sus muñecas y, de repente, por fin se dio cuenta de lo que estaba

pasando. Sabía que tenía que encontrar la voluntad necesaria para obligar

a su agarrotada lengua a moverse.
Sin osar dirigirse a sus torturadores,
miró lastimosamente a Gao Jinjiao,
que estaba agachado debajo de una
acacia, y dijo:

—Tío, ¿por qué me detienen? No he
hecho nada malo...

Siguieron gemidos y lamentos. Esta
vez sabía que estaba llorando,
aunque por sus ojos, que ahora
estaban secos y encendidos, no

asomó

ninguna lágrima. Debía llevar su caso al jefe de la aldea, que le había

engañado para que saliera de casa.

Pero Gao Jinjiao se agitaba

nerviosamente, golpeándose contra el árbol como si fuera un niño

penitente. Los músculos del rostro de Gao Yang se contrajeron.

—No he hecho nada, Tío. ¿Por qué me has engañado de esta

manera? —gritó.

El gran baño de sudor que relucía sobre la frente del jefe del pueblo

se negó a resbalar. Mostrando sus amarillentos dientes, parecía un hombre

arrinconado a punto de salir corriendo.

IB

El policía volvió a clavar su rodilla sobre el coxis de Gao Yang para

obligarle a moverse.

—Oficial —protestó, volviéndose para mirar el rostro de aquel

hombre—, han detenido al hombre equivocado. Me llamo Gao Yang. No soy...

—No-no nos hemos equivocado de hombre —insistió el tartamudo.

—Me llamo Gao Yang... —¡Es a Gao

Yang a quien queremos! —Pero ¿qué he

hecho?

—El veintiocho de mayo, a mediodía, fuiste uno de los cabecillas de

una muchedumbre que demolió las oficinas de la provincia.

Las luces se apagaron cuando Gao Yang se desplomó contra el

suelo. Al volverle a levantar, entornó

los ojos y dijo tímidamente: —¿Y eso lo consideraréis un delito? —Ya es suficiente... ¡Ahora ponte en marcha!

—Pero yo no fui el único. Participó mucha gente. —Y vamos a atrapar hasta el último de ellos. Gao Yang dejó caer la cabeza, deseando golpearse

contra la pared y acabar con todo aquello. Pero le estaban sujetando con

demasiada firmeza como para poder liberarse y escuchó las débiles notas

de la conmovedora y a la vez monótona balada de Zhang Kou:

En el décimo año de la república un hombre de sangre caliente apareció de la

nada para ondear la bandera roja en el Condado Paraíso y condujo a los

campesinos en una protesta contra

los desmesurados impuestos.

*Los más viejos de la aldea enviaron
a los soldados para que les
detuvieran,*

*arrestaron a Gao Dayi y le enviaron
al patíbulo. Acudió al encuentro de
la*

*muerte de forma orgullosa y
desafiante, ya que los comunistas,
como las*

cebolletas, no pueden ser truncados.

Sintió calor en el estómago mientras sus piernas recuperaban las

fuerzas. Le temblaban los labios y se sentía extrañamente motivado a

gritar una consigna desafiante. Pero luego se giró, miró la brillante insignia

19

roja que relucía en la ancha gorra del policía y volvió a bajar la cabeza,

abatido por la vergüenza y el

remordimiento y, dejando que los brazos

cayeran inertes por delante del cuerpo, les siguió obedientemente.

Notó unos golpecitos a su espalda y se giró con esfuerzo para ver de

quién se trataba: era su hija. Xinghua se dirigía hacia él, golpeando el suelo

con una vara de bambú rota y desgastada que repiqueteaba contra los

escalones de piedra y resonaba dolorosamente en su corazón. Hizo una

mueca mientras un torrente de cálidas lágrimas emanaba de sus ojos.

Estaba realmente llorando, esta vez no lo podía negar. Cuando trató de

hablar, un líquido abrasador paralizó su garganta.

Xinghua sólo llevaba unos calzones rojos y unos zapatos de plástico

rojo cuyos deshilachados cordones se unían por medio de un hilo negro.

Su cuello y su ombligo desnudo estaban cubiertos de suciedad y sus orejas

pálidas, que se asomaban por detrás de un corte de pelo un tanto

masculino, se enderezaron en señal de alerta. El abrasador bloqueo de su garganta no le permitía hablar.

Ella caminaba con pasos largos y

elevados —Gao Yang advirtió por primera vez las piernas tan largas que tenía— mientras cruzaba el umbral,

y se quedó en los escalones de piedra donde Gao Yang había permanecido

arrodillado hacía unos minutos. Su bastón era casi medio metro más alto que ella y, de repente, Gao Yang se dio cuenta de lo mucho que su hija

había crecido. Intentó de nuevo
eliminar el viscoso bloqueo que tenía
en

la garganta mientras contemplaba los
dos puntos negros brillantes que la

niña lucía en su rostro ennegrecido.
Sus ojos eran densos y

demoníacamente negros, sin ninguna
blancura aparente, y mientras

ladeaba la cabeza, en su rostro
asomaba una extraña expresión de

sofisticación madura. Ella le llamó suavemente, con un asomo de timidez,

antes de que un grito saliera de su garganta. -¡Papá!

La saliva se acumuló en las comisuras de los labios de Gao Yang,

Uno de los policías le empujaba con impaciencia.

—Va-vamos —dijo suavemente—,

no te pares. A lo mejor te sueltan en un par de días.

Gao Yang comenzó a sufrir espasmos en la garganta y en el es-

tómago mientras miraba al policía que tartamudeaba, con su aspecto

engreído y zalamero; los dientes de Gao Yang se separaron y de su boca

salió un torrente de espuma blanca acompañada de unos hilillos de color

azul pálido. Ahora que se había aclarado la garganta, no perdió un minuto

más.

—¡Xinghua! ¡Vete a avisar a mamá...!

Su garganta se volvió a cerrar antes de que pudiera seguir hablando.

Gao Jinjiao se escabulló hasta la puerta y dijo:

—Vete a tasa y dile a tu madre que la

policía se ha llevado a tu padre.

Gao Yang observó cómo su hija se desplomó en el umbral y rodó

hacia atrás, sosteniéndose a duras penas con una mano en el suelo. Con la

ayuda de su caña de bambú, volvió a incorporarse. Tenía la boca abierta,

como si estuviera gritando, aunque Gao Yang no pudo oír nada, salvo un

estruendo que podría haber venido

de lejos o que podría proceder de su lado, y le invadió otra sensación de náusea. Su hija parecía un mono encadenado al que azotaban y arrastraban, saltando de un lado a otro de

forma silenciosa pero violenta. Su caña golpeó el umbral de piedra, golpeó

la madera podrida que le rodeaba y golpeó la tierra dura y seca, dejando un

rastro de pálidas marcas en el suelo.

Los gritos de dolor de su esposa, que procedían del patio, inundaron sus oídos.

—Jefe de la aldea Gao —dijo el policía—, te seguimos. Salgamos de aquí.

Levantaron a Gao Yang por los brazos como si fuera un muchacho

larguirucho y testarudo, y le
arrastraron hacia la aldea lo más
rápidamente

que les permitieron sus piernas.

Le arrastraron hasta que su

corazón comenzó a acelerarse, hasta
que boqueó en busca de aliento y se

empapó de sudor. Al oeste de una
hilera oscura de acacias vio tres
edificios

con tejados rojos, pero como apenas

se aventuraba a ir más allá de la aldea,

no estaba seguro de quien vivía allí. Le condujeron hasta el interior del

bosque de acacias, donde se detuvieron y recuperaron la respiración. Gao

Yang advirtió que sus ropas estaban empapadas de sudor por debajo de las

axilas y alrededor del diafragma, y eso hizo que se ganaran su respeto y

su

lástima.

Gao Jinjiao apareció en el bosque, dirigiéndose a ellos con susurros:

21

—Está en la habitación... Le he visto por la ventana... tumbado en el

kang completamente dormido...

—¿Co-cómo vamos a atraparlo? — preguntó el policía tartamudo a

su compañero—. ¿Le ha engañado el jefe de la aldea para hacerle salir?

No

va a ser una tarea fácil. Ha servido en el ejército.

Ahora ya sabía a quién estaban buscando. Se trataba de Gao Ma,

tenía que ser Gao Ma. Miró al jefe de la aldea y pensó que le habría

golpeado si hubiera podido.

—No, nos precipitaremos sobre él.

Si fuera necesario, siempre

podemos reducirlo con las porras.

—Oficiales, ya no me necesitan más,
así que sigo mi camino —dijo

Gao Jinjiao.

—¿Có-cómo que ya no le
necesitamos más? Tiene que vigilar a
éste

—espetó mirando a Gao Jinjiao.

—No puedo hacerlo, oficial. Si se

escapa, ustedes dirán que ha sido por mi culpa.

El policía tartamudo se limpió el sudoroso rostro con la manga.

—Gao Yang —dijo—, ¿va-vas a intentar escapar?

Sintiéndose repentina y perversamente desafiante, Gao Yang gruñó

entre dientes:

—¡Me va a tener que vigilar!

El policía sonrió, mostrando dos relucientes incisivos.

—¿Ha-ha oído eso? ¡Ha-ha dicho que se va a escapar! El monje

puede evadirse, pero el templo permanece en su lugar.

Sacando un manajo de llaves del bolsillo, manipuló durante unos

instantes las esposas. ¡Zas! De repente se abrieron. Dedicó una

sonrisa a

Gao Yang, que ya se estaba frotando las moradas muñecas mientras le

inundaba una profunda sensación de agradecimiento. Una vez más, las

lágrimas nublaron sus ojos. Deja que corran, se consoló a sí mismo. Sé que

no estoy llorando.

Observó el rostro del policía con una mirada cargada de ilusión.

—Camarada —dijo—, ¿eso significa que puedo irme a casa?

—¿A casa? Por supuesto que te mandaremos a casa, pero no ahora.

22

El policía señaló a su compañero, que caminaba detrás de Gao Yang,

y le empujó contra un árbol con tanta fuerza que se golpeó la nariz contra

la rugosa corteza. Entonces, antes de que supiera qué estaba pasando, sus

brazos se extendieron hacia delante hasta que rodearon el tronco, donde el policía tartamudo volvió a ponerle las esposas. Ahora se encontraba abrazado a un árbol tan grande que no podía verse las manos. Él y el árbol

eran sólo uno. Enrabietado por el giro que habían dado los

acontecimientos, golpeó la frente contra el tronco, haciendo que las

hojas

se agitaran y las cigarras salieran volando, empapándole el cogote con su

fría orina.

—¿No decías que te ibas a escapar? —se burló el policía—.

¡Pues

venga! A-arranca el árbol de raíz y llévatelo.

Mientras Gao Yang se esforzaba por

moverse, una espina se le clavó
en el vientre —hasta el íondo de sus
entrañas, le pareció, ya que en ese
momento se le hicieron un nudo—.
Para apartarse de ella, tuvo que
echarse hacia atrás todo lo que sus
brazos le permitían y dejar que las
esposas se le clavarán en las
muñecas. Entonces, doblando la
espalda y
dejando caer la cabeza, pudo

asegurar que la espina de color negro rojizo

había dejado de clavársele. Una serie de fibras blancas colgaba de su extremo y una sola gota de sangre, también de color negro rojizo, brotó de

la pequeña herida. Ahora que la entrepierna de sus pantalones estaba casi

seca, notó los bordes crujientes de una mancha de orina que se extendía

alrededor de los fondillos de los pantalones como si tuviera la forma de

una nube. También observó que su tobillo derecho estaba hinchado y

descolorido; un trozo de piel muerta se amontonaba alrededor de los

bordes de la hinchazón, como si fuera la traslúcida piel de una serpiente

que acabara de mudarse.

Apartó el cuerpo de la espina y contempló con repugnancia las botas de cuero negro del policía, que brillaban por debajo de las salpicaduras de

barro. Si ellos hubieran llevado zapatos de paño, pensaba, mi tobillo no

estaría completamente hinchado. Trató de flexionarlo, pero eso sólo hizo que el dolor de huesos rotos

ascendiera por su pierna. ¡Aunque los

ojos se inundan, se recordó a sí mismo Gao Yang, puede que broten las

lágrimas, pero eso no significa que estés llorando!

Los policías, uno con la pistola desenfundada, el otro sujetando una

23

porra negra, avanzaron sigilosamente

hasta el patio de Gao Ma, donde la pared oriental se había desmoronado hasta el punto de que los ladrillos apenas llegaban al metro de alto; casi pudieron pasar por encima de ella sin

necesidad de trepar. Dentro del patio, un par de ailantos, «los árboles del

cielo», con las hojas mustias, se elevaba sobre la base de la pared

occidental, creando charcos de
sombra donde se cobijaba un puñado
de

gallinas que se marchitaba bajo el
sol abrasador que golpeaba sobre las

pilas de ajo podrido como la plata
fundida. Una sensación de náusea

invadió a Gao Yang. Después de la
caída en picado del precio del ajo
que

se había producido el mes pasado,

empezó a asociar las largas y
lustrosas

plantas con una plaga de gusanos
sobre una montaña de estiércol; la

náusea reorientó su mente en esa
dirección.

Un puchero oxidado de acero
descansaba boca abajo en la ventana

de una de las casas de tejado rojo y
Gao Yang vio cómo el policía que

sujetaba la porra negra —el que

tartamudeaba— se situaba junto a ella e

introducía su cuello para comprobar que Gao Ma dormía en su *kang*. El

jefe de la aldea, Gao Jinjiao, apoyó el cuerpo en un árbol y lo golpeó

rítmicamente con la espalda. Las gallinas, cuyas blancas plumas tenían

incrustaciones de barro, reposaban sobre una mata de hierbas bajo el

achicharrante sol, estirando las alas

para empaparse de su energía. «Las alas de las gallinas absorben los rayos, así que va a llover dentro de tres

días». Ése era un pensamiento reconfortante. Estirando el cuello, Gao

Yang echó una mirada al cielo a través de las ramas. Estaba despejado de

nubes y su azul era intenso; los rayos de sol de color púrpura golpeaban el

suelo, haciendo que las gallinas se despertaran y separaran la hierba con sus patas. El compañero del policía tartamudo se encontraba justo debajo de él, con el resplandeciente revólver de color azul metalizado preparado.

Tenía la boca cerrada para contener la respiración.

Gao Yang bajó la cabeza, y vio cómo las gotas de sudor frío res-

balaban por el árbol hasta llegar al suelo. Los policías intercambiaron unas

cuantas miradas y, a continuación, comenzó el tira y afloja: tú primero; de

eso nada, tú primero. Gao Yang sabía muy bien de qué iba todo aquello.

Entonces, aparentemente, llegaron a un acuerdo, porque el policía

tartamudo se arremangó el cinturón y su compañero apretó tanto los

labios que Gao Yang sólo pudo ver una fina y reluciente hendidura en su

24

rostro. Una larga y lánguida ventosidad resonó debajo del árbol de Gao

Jinjiao. Los policías se pusieron tensos como gatos a punto de saltar sobre

un ratón.

—¡Corre, Gao Ma, corre! Es la policía.

En el instante en que el grito salió de su boca, sintió que el frío

invadía su cuerpo y le castañetearon los dientes. Era a causa del miedo, no

cabía duda. Del miedo y del arrepentimiento. Apretando sus temblorosos

labios, miró hacia el frente. El policía tartamudo se giró y tropezó con el

puchero oxidado, haciendo que cayera al suelo. Su compañero, mientras

tanto, entró precipitadamente en la sala, pistola en mano, y el tartamudo le

siguió inmediatamente. Se oyó un golpe y luego el sonido de algo que

golpeaba contra la pared.

—¡Manos arriba!

—¡Pon las manos arriba!

Los ojos de Gao Yang estaban inundados de lágrimas. No estoy

llorando, se aseguró. No estoy llorando. Lo único que podía ver era un par

de esposas como las que él llevaba alrededor de las poderosas muñecas de

Gao Ma. Tenía las manos entumecidas y pesadas, aunque no podía

vérselas al otro lado del tronco del árbol para confirmar lo que sentía. La

sensación era que la sangre le dilataba tanto las venas que estaban a punto

de liberar chorros de líquido rojo oscuro.

Tras una breve pero estruendosa
refriega, la ventana se abrió de

golpe y a través de ella se asomó una
figura tenebrosa. Era Gao Ma,

vestido sólo con unos calzoncillos de
color oliva. Tropezó con el puchero

volcado, pero pudo avanzar a gatas
ayudado por sus pies. Sus

movimientos eran torpes: mientras su
trasero apuntaba hacia el cielo, los

pies y las manos se apoyaban en el

suelo, parecía un bebé que acababa de

aprender a gatear.

Los labios de Gao Yang se separaron y desde lo más profundo de su

cráneo escuchó una voz, parecida a la suya, aunque un tanto diferente,

decir: no te estás riendo, ¿lo sabes? No lo estás haciendo.

* * *

El arco iris se fue desvaneciendo, el cielo adquirió un color gris

azulado y el sol resplandecía con fuerza.

25

¡Zas!

El policía tartamudo saltó a través de la ventana y clavó su bota en el

puchero que estaba volcado en el patio. Se cayó al suelo apoyando las

manos y las rodillas, con un pie enganchado en el puchero y el otro

apoyado contra él; una mano estaba libre y la otra agarraba la porra negra.

Su compañero salió corriendo por la puerta.

—¡Detente ahora mismo! —gritó—. ¡Detente o disparo!

Pero no llegó a disparar, ni siquiera cuando Gao Ma escaló por la

derruida pared y escapó huyendo por la calle, espantando a las gallinas que

descansaban bajo el sol de sus reductos de hierba, que se ocultaron tras él

como si fueran una sombra que emitiera graznidos. La gorra del policía

tartamudo voló mientras salía por la ventana y se posó y tambaleó en el

alféizar antes de aterrizar sobre el trasero de su propietario. Desde allí cayó

al suelo y rodó hasta que el otro policía le dio una patada y la lanzó a tres o

cuatro metros mientras se giraba y saltaba por la pared, dejando a su

compañero golpeando el puchero con la porra y llenando el aire de

pedazos de metal y de un estruendo

metálico.

Gao Yang podía ver perfectamente cómo el hombre sacaba el pie del puchero. Una imagen aislada pasó por su cabeza: la pierna de un policía.

El policía recogió su gorra y se la encajó en la cabeza mientras seguía a su

compañero por encima del muro.

Gao Ma atravesó el bosque de

acacias con tanta rapidez que Gao

Yang casi se desencaja el cuello siguiendo el avance de éste mientras

atravesaba a ciegas la arboleda a toda velocidad y se golpeaba contra los

árboles cuando volvía la mirada por encima del hombro. Los árboles

jóvenes se balanceaban, los viejos crujían. Gao Yang estaba frenético.

¿No

puedes hacer que esas poderosas
piernas y esos brazos musculosos

avancen más rápido? ¡Muévete!

¡Están justo detrás de ti! Su ansiedad
fue

en aumento. Unos puntos de color
blanco y amarillo brillaban de forma

curiosa sobre la bronceada piel de
Gao Ma a la sombra moteada de las

acacias. Sus piernas parecían estar
atadas, como si fuera un gran caballo

amarrado con grilletes. Estaba agitando los brazos. ¿Por qué miras hacia

atrás, maldito cabrón? Enseñando los dientes y con el rostro alargado y

ojeroso, Gao Ma se parecía a su tocayo, *Ma*, el caballo.

26

Mientras seguía a su compañero a través de la arboleda, el policía

tartamudo avanzaba cojeando como

consecuencia de la lucha que había
mantenido con el puchero. ¡Te está
bien empleado! El dolor en el tobillo
de Gao Yang era insoportable, como
si se hubiera descoyuntado. ¡Te está
bien empleado, maldito seas! El
sonido de los dientes rechinantes se
elevó

desde lo más profundo de sus oídos.

—¡Detente, maldito seas, párate
donde estás! ¡Un paso más y

disparo! —advirtió el policía por segunda vez. Pero siguió sin disparar y,

en lugar de hacerlo, se agazapó yendo de un árbol a otro, en busca de protección, con el arma preparada. El cazador estaba empezando a comportarse como si fuera la presa.

El extremo opuesto del bosque de acacias estaba limitado por una pared cuya altura llegaba al hombro,

rematada por tallos de mijo

trenzados. Gao Yang se retorció
alrededor del árbol justo a tiempo
para

ver a Gao Ma incapaz de avanzar por
la presencia del obstáculo. Sus
perseguidores habían sacado las
armas.

—¡No te muevas!

Gao Ma se apretó contra la pared. La
sangre se filtró a través de los

huecos que había en sus dientes. Una anilla de acero colgaba de su muñeca

derecha; unida al otro extremo se encontraba su compañera, sujeta por

una corta cadena. Se las habían arreglado para esposar sólo una de sus

muñecas.

—¡Quédate aquí y no te muevas! ¡Si te resistes, sólo conseguirás que

empeoren las cosas!

Se acercaron a él, hombro con hombro. El policía que tartamudeaba cojeaba más que nunca.

Gao Yang se agitó con tanta violencia que hizo que se movieran las

hojas de los árboles. Dejó de mirar el rostro de Gao Ma a medida que se iba difuminando en la distancia. Las espaldas blancas de los policías, el

rostro bronceado de Gao Ma y las hojas negras de las acacias se allanaron

y se estamparon sobre la tierra amarilla.

Lo que sucedió a continuación cogió de sorpresa tanto a Gao Yang

como a los policías: Gao Ma se agachó, cogió algo de tierra y la lanzó a sus

caras. El suelo ceniciento les cubrió

como si fueran nubes de polvo
mientras levantaban de manera
instintiva los brazos para protegerse
los

27

ojos y se caían de espaldas,
recuperando su forma tridimensional.
Gao Ma

se giró con rapidez y ascendió la
pared. Entonces se escucharon dos
disparos y dos bocanadas de polvo

salieron de la pared. Gao Ma gritó

«¡Dios mío!» y cayó rodando al otro lado.

Gao Yang también gritó y se golpeó la cabeza contra el tronco del

árbol. Los gritos agudos de una niña salieron del bosque de acacias que se

extendía detrás de la casa de Gao Ma.

El suelo que había bajo la arboleda

era árido y arenoso, y más allá

había un banco de arena salpicado de sauces rojos que se inclinaban sobre

el lecho de un río seco. En el otro lado se levantaba un segundo banco de

arena, que daba a un recinto gubernamental rodeado de álamos blancos, y

una carretera asfaltada que conducía a la sede provincial.

C 3- jp 1111 i O Á

*El ajo del Condado Paraíso es largo
y crujiente: para el hígado de cerdo
o el cordero frito*

olvidad las cebollas y eljengibre.

*Si plantas puerros y vendes ajo
serás rico: podrás comprarte ropa
nueva, un nuevo hogar*

y encontrar una nueva esposa...

Extracto de una balada cantada una noche de verano de 1986

por Zhang Kou, el rapsoda ciego.

Ya se habían vendido todos los

tallos de ajo y las trenzas de las cabezas colgaban de los aleros.

Luego vino

la cosecha del mijo, que se extendía para secarse antes de almacenarse en

tinajas y barriles. La era que se extendía delante de la casa de Cuarto

Tío se

había barrido y al anochecer estaba completamente limpia, mientras los

montones de paja aromática se elevaban bajo la centelleante luz de las

estrellas. La brisa de junio que procedía de los campos hacía bailar la llama

de la lámpara, a pesar de estar protegida por el cristal, contra el que las

polillas verdes se golpeaban ruidosamente: *tac, tac, tac*. Nadie prestaba

atención a esto salvo Gao Ma. Todos los demás permanecían de pie,

sentados o en cuclillas bajo la luz de la lámpara, absortos por la presencia

de Zhang Kou, el rapsoda ciego, que se encontraba sentado en un

taburete, con las mejillas iluminadas por la luz dorada de la lámpara, que

transformaba su rostro oscuro y demacrado.

Esta noche voy a coger su mano, eso es lo que voy a hacer, decidió

Gao Ma con creciente emoción. Un torrente de fresca satisfacción emanó de su cuerpo mientras, con el rabillo del ojo, observó a la hija de Cuarto

Tío, Jinju, que se encontraba de pie a no más de tres pasos de él. En cuanto

Zhang Kou agarre su *erhu* para

recitar el primer verso de su balada,
la

cogeré de la mano y se la apretaré, le
apretaré hasta el último dedo. Ese

rostro, redondo como un girasol de
pétalos dorados, me ha roto el

corazón. Incluso sus orejas son
doradas. Tal vez no sea muy alta,
pero es

fuerte como la cría de un buey. No
puedo esperar más tiempo, puesto
que

ya ha cumplido los veinte. El calor que emana de su cuerpo me está quemando.

Zhang Kou tosió y Gao Ma se acercó sólo un paso a Jinju. A

continuación, tal como hacían todos los demás, clavó la mirada en Zhang Kou.

El intenso aroma de excrementos de caballo irrumpió desde el

extremo opuesto de la era, donde un
potro de color castaño galopaba

ruidosamente, relinchando con toda
su fuerza. Las estrellas brillaban

intensamente en el oscuro, profundo y
mullido firmamento, mientras a

sus pies las mazorcas de maíz,
esforzándose por crecer, se estiraban
y

crepitaban. Todo el mundo
observaba a Zhang Kou, que estaba

sentado

con la espalda recta como una tabla mientras con una mano sujetaba el

erhu y con la otra agarraba el arco hecho con crin de caballo, haciendo que

las dos cuerdas emitieran un sonido rasgado y apagado que lentamente se

convertía en notas intensas y melodiosas que se apretaban alrededor de los

complacientes corazones de su audiencia. Los parpadeos escondidos en

sus hundidas cuencas revolotearon y, mientras estiraba el cuello hacia su

público, inclinaba la cabeza hacia atrás como si estuviera contemplando la

noche estrellada.

Gao Ma se acercó tanto a Jinju que podía escuchar el ligero sonido

de su respiración y sentir el calor de su voluptuoso cuerpo. Acercó

tímidamente la mano hacia la suya, como si fuera una mascota en busca de

una caricia en el hocico. Cuarto Tío, subido sobre un elevado taburete

frente a Jinju, tosió. Gao Ma se estremeció, guardó precipitadamente la

mano en el bolsillo de su pantalón y,

encogiéndose de hombros con
impaciencia, salió del anillo de luz y
escondió su rostro en la sombra que
proyectaba la cabeza de uno de los
presentes.

El *erhu* de Zhang Kou lloró, pero el
sonido era suave y dulce,
brillante y terso, como hilos de seda
que fluían hacia el corazón de su
público, empujando la mugre que
había acumulada en él y penetran-

.U do en sus músculos y en su carne,
despojándolos de su polvo

terrenal. Con los ojos clavados en la
boca de Zhang Kou, escucharon

cómo un canto ronco, aunque sonoro,
salía de la inmensa abertura que

aparecía en su rostro.

—Lo que quiero decir es... —la
palabra «es» sonó más elevada,
luego

se acomodó lenta y lánguidamente,

como si quisiera que la concurrencia
la

siguiera y viajara desde este mundo a
otro fantástico que les llamaba a

todos, pidiéndoles sólo que cerraran
los ojos—, lo que digo es que un

torrente de aire fresco emergió del
Tercer Pleno del Comité Central: los

ciudadanos del Condado Paraíso ya
nunca más serán pobres.

Su *erhu* nunca se apartó de este

simple estribillo y su público,
aunque

se sentía cautivado por la música,
también sonrió en silencio. La causa
de

su júbilo era su enorme boca abierta,
en la que perfectamente podía haber

un pastel entero recién horneado. El
ciego cabrón no tenía la menor idea

de lo grande que era su boca. Las
risas de su público no parecían

molestarle. Cuando Gao Ma escuchó la risa de Jinju, se imaginó un rostro

sonriente: las pestañas revoloteando, los dientes reluciendo como hileras

de jade pulido. No pudo contenerse más y la observó con el rabillo del ojo;

pero sus pestañas no se movían y sus dientes permanecían ocultos detrás

de sus labios apretados. Su expresión solemne era, en cierto modo, una

burla para él.

—El gobierno de la provincia nos ha pedido que plantemos ajo: el

Departamento de Comercio va a comprar nuestras cosechas, a un yuan el

kilo, las va a guardar en almacenes refrigerados y las va a vender en

primavera con un margen de beneficios...

Una vez que se había acostumbrado a

la visión de la enorme boca

abierta de Zhang Kou, la
muchedumbre se olvidó de su alegría
y escuchó

atentamente su balada.

*El pueblo se alegró enormemente
cuando vendió su ajo.*

*Frió un poco de cerdo, extendió con
el rodillo unas tortas*

y las relleno de cebolletas,

*el vientre de Gran Hermana Zhang
es tan grande como lina nrna.*

*«¡Oh! —exclamó ella— mírame,
¡estoy embarazada!».*

La multitud rugió alegremente. —
¡Maldito seas, viejo ciego! —gritó

una mujer. Una ventosidad cálida se
escapó de Gran Hermana Li: «*Ja,*
ja»,

la mitad de las mujeres del público
se echó a reír.

Jinju era una de ellas. Maldito seas, Zhang Kou, ¿por qué tienes que

decir cosas así? Gao Ma murmuró para sí mismo. Cuando te doblas, se te

levanta el trasero y puedo ver la línea de tu ropa interior a través de tus

finos pantalones. Eso mismo te sucede cuando estás en los campos

durante el día. Zhang Kou, prueba a contar el cuento de *El Peñasco Rojo*.

Quiero cogerte la mano, Jinju. Ya he cumplido los veintisiete y tú ya tienes

veinte años. Quiero que seas mi esposa. Cuando estás con la azada en tu

campo de alubias, yo rocío mi campo de maíz y mi corazón suena como

los pulgones que se posan sobre las

mazorcas durante la temporada seca.

Los campos parecen no tener fin.

Hacia el sur se encuentra el pequeño

monte Zhou, que tiene un cráter
volcánico en cuyo interior se
arraciman

las nubes. En momentos como ése,
suspiro por poderte hablar, pero tus

hermanos siempre están cerca,
descalzos y desnudos hasta la
cintura, con

la piel bronceada por el sol. Tú estás completamente vestida y empapada

de sudor. ¿De qué color eres, Jinju? Eres de color amarillo, eres de color rojo, eres de color dorado. Tuyo es el color del oro; por eso brillas como

él.

El *erhu* de Zhang Kou se volvió más melodioso a medida que su voz

se elevaba mientras relataba el

cuento de *El Peñasco Rojo*:

Jiang Xuequin salió a dar un paseo,
el jefe de policía se dirigió con paso
decidido hacia ella,
con un reloj de oro en la muñeca
y en su cuello una trenza de ajo de
tres metros.

Va agazapado mientras camina.

*Su padre es chino y su madre
americana,*

y se unieron para engendrar a un monstruo viviente.

Mira lascivamente a través de sus sesgados ojos

mientras sostiene una pistola en cada mano.

*Bloquea el paso de la pobre chica.
Una risa siniestra.*

Ja, ja...

Las pistolas apretadas contra los pechos de Gran Hermana Jiang.

Ella es demasiado buena para
alguien como Liu Shengli. Casarse
con

él sería como plantar una flor en una
montaña de excrementos de vaca o

como ver a una bella mariposa
enamorar de un escarabajo
pelotero. Voy

a cogerle la mano. Hoy es la noche.
Se acercó un poco más a ella, hasta
que

sintió que se tocaban sus pantalones.
Siguió mirando hacia la boca de

Zhang Kou —que se abría y cerraba,
se abría y cerraba— tratando de

aparentar tranquilidad y compostura.
¿No hay nadie a mi alrededor? Mi

corazón suena como las hojas de
maíz movidas por el viento. Y
recordó la

primera vez que sintió que su
corazón se dirigía a Jinju, hacía un

año.

Me encontraba tumbado en el campo de maíz, mirando cómo las

nubes se cortaban por las afiladas hojas que se extendían por encima de mi

cabeza. Las nubes se desvanecían, el cielo estaba despejado, el suelo

abrasado por el sol quemaba mi espalda. La savia blanca se arracimaba y

colgaba de filamentos suaves,
negándose a caer a la tierra, como
las

lágrimas sobre sus pestañas... El
mijo se movía formando ondas y
luego se

quedaba inmóvil en cuanto el viento
se detenía. Los tallos maduros se

inclinaban hacia el suelo y un par de
urracas estridentes pasó volando

sobre mi cabeza, mientras una

mordisqueaba la cola de la otra. Una
golondrina curiosa las seguía,
mezclando los gritos con los suyos.
El aire

apestaba al olor del ajo fresco que
procedía de la tierra.

Jinju se encontraba sola en el campo,
con la espalda doblada

mientras cortaba el mijo, que dejaba
caer un puñado tras otro entre sus
piernas, y crujía pesadamente,

golpeaba el suelo y se enroscaba
hacia arriba

como una tupida cola amarilla. Mi
mijo estaba todo amontonado y

apilado. Las hileras demacradas de
maíz trataban de ver el sol y llenaban

los vacíos que existían entre los
montones, como consecuencia de
haber

plantado un cultivo mixto; pero el
mijo avasallaba a los endebles tallos
de

maíz. Una hectárea no era suficiente para un soltero como yo. He clavado

mis ojos en ella desde que me despidieron del ejército el año pasado. Ella

no es hermosa, pero yo tampoco lo soy. Tampoco es que sea fea, aunque

yo tampoco lo soy. No era más que una niña desgarbada cuando me

marché y ahora ha crecido mucho y es muy fuerte. Me gustan las mujeres

robustas. Llevaré a mi hijo a casa esta misma tarde. Mi reloj de pulsera

marca Diamante hecho en Shanghái, que se adelanta aproximadamente

veinticinco segundos cada día, dice que son las 11.03 horas. Lo ajusté con

el reloj de la radio hace unos días, así que deben ser las once en punto.

No

tengo prisa por llegar a casa.

El sentimiento de compasión de Gao Ma se hizo más intenso a

medida que se levantaba, guadaña en mano, observando en secreto a Jinju,

que trabajaba con la misma concentración con la que las urracas se

perseguían la una a la otra sobre su cabeza, seguidas de cerca por una

solitaria golondrina. Ella no sabía

que había alguien a su espalda. Gao
Ma

llevaba en su bolsillo un pequeño
reproductor de cásete, que escuchaba
utilizando unos auriculares. Las
baterías gastadas distorsionaban el
sonido,

pero la música era buena y eso era lo
que importaba. Una chica joven es

como una flor. La espalda de Jinju
era amplia y plana y su cabello
estaba

húmedo. Respiraba con dificultad.

El compasivo Gao Ma se quitó los auriculares y los dejó caer junto al cuello, donde la música distorsionada todavía era audible.

—¡Jinju! —gritó con voz suave.

La música que procedía de los extremos mullidos de los auriculares resonó contra su garganta, haciendo que ésta vibrara. Los cogió y los

ajustó.

Ella se enderezó lentamente, con una expresión vaga en su rostro

sudoroso y polvoriento. Sujetaba una guadaña con la mano de recha y un

puñado de mijo con la izquierda. Sin decir una palabra, miró el rostro de

Gao Ma, que estaba ensimismado por la curva de su pecho, que se

dibujaba debajo de los bolsillos de una casaca andrajosa de color azul

difuminado. Jinju no dijo nada. Dejó caer la guadaña, dividió el mijo en dos montones y los dejó caer al suelo. Entonces sacó un pedazo de cáñamo y envolvió con él los montones.

—Jinju, ¿por qué tienes que hacer eso tú sola?

—Mi hermano ha ido al mercado — contestó suavemente, fro-
tándose el rostro con la manga y

golpeándose la cintura con el puño.
El

sudor había modificado su rostro
pálido. Las hileras de cabellos
húmedos

se le pegaron a las sienes.

—¿Tienes calambres?

Ella sonrió. Los dientes incisivos
estaban moteados ligeramente por

unas manchas de color verde, pero
las demás piezas relucían. Un ojal

sin

abrochar mostraba un escote blanco y terso que le desconcertaba. La

garganta estaba salpicada de pequeñas marcas rojas que le producían las

espigas del mijo, que también habían depositado trocitos de polvo blanco

sobre su piel.

—¿Tu hermano mayor también se ha ido al mercado?

Gao Ma deseaba no haber dicho eso,
ya que su hermano mayor

estaba tullido y, por esa razón, era
Segundo Hermano el que
normalmente

iba al mercado.

—No —contestó serenamente.

—Entonces, debería haber venido a
ayudarte.

Ella miró de soslayo bajo la luz del
sol. Gao Ma sintió lástima de ella.

—¿Qué hora es, Hermano Mayor Gao Ma?

Éste miró su reloj.

—Las once y cuarto —y rápidamente añadió—: pero mi reloj se adelanta un poco.

Ella suspiró suavemente y miró por encima del campo de mijo.

—Tienes suerte, Hermano Mayor Gao Ma, sólo tienes que

preocuparte de ti mismo. Y ahora que has terminado, puedes irte a

descansar. —Volvió a suspirar de nuevo y, a continuación, se giró y volvió

a coger la guadaña—. Tengo que regresar al trabajo.

El se quedó inmóvil por un momento detrás de su figura encorvada.

—Voy a ayudarte —dijo suspirando.

—Gracias, pero no puedo permitir

que lo hagas —replicó ella

mientras se enderezaba.

El la miró a los ojos.

—¿Por qué no? No tengo nada que hacer. Además, ¿para qué están

los vecinos?

Ella bajó la cabeza y murmuró.

—Muy bien, puedes ayudarme...

Gao Ma sacó el reproductor de

cásete de su bolsillo, lo apagó y lo dejó en el suelo, con los auriculares.

—¿Qué estás escuchando? — preguntó Jinju.

—Música —contestó, colocándose el cinturón.

—Debe ser bonita.

—No está mal, pero las baterías están desgastadas. Mañana voy a comprar otras para que puedas

escucharla.

—No, yo no —dijo con una sonrisa—. Si lo rompo, no podré pagar el arreglo.

—No es tan frágil —replicó—. Y es la cosa más sencilla del mundo.

Además, nunca te pediría que lo pagaras.

Comenzaron a cortar su mijo, que crujía ruidosamente. E 35

lla iba por

delante de él, pero por cada dos hileras que cortaba, él segaba tres.

Ella

extendía los puñados y él los recogía.

—Tu padre no es tan viejo como para no venir a ayudarte —se

quejó.

Jinju detuvo la guadaña en el aire.

—Hoy tiene invitados.

El tono apesadumbrado y afligido de su voz no pasó por alto a Gao

Ma, que decidió zanjar el tema y volver al trabajo. Su ánimo también se

sintió dolido por el mijo que rozaba su rostro y sus hombros.

—Corto tres hileras por cada dos que cortas tú y no me dejas avanzar

—dijo bruscamente.

41)

—Hermano Mayor Gao Ma —se quejó ella, a punto de echarse a llorar—, estoy agotada.

—Debería haberlo imaginado —replicó—. Este trabajo no es para una mujer.

—Los seres humanos podemos soportar toda clase de cosas.

—Si tuviera una esposa estaría en

casa, atendiendo la cocina o
cosiendo la ropa o dando de comer a
las gallinas. Nunca la obligaría a
trabajar en el campo.

Jinju le miró y murmuró:

—Sería una mujer con suerte, fuera
quien fuera.

—Jinju, dime qué es lo que los
aldeanos hablan de mí.

—Nunca les he oído comentar nada.

—No te preocupes... Sea lo que sea, podré soportarlo.

—Bueno, algunos dicen... No te enfades... Dicen que metiste la pata cuando estuviste en el ejército.

—Y es verdad, así fue.

—Dicen que tú y la esposa del comandante de un regimiento... Que os pillaron juntos...

Gao Ma se echó a reír.

—No era su esposa, sino su concubina. Y yo no la amaba. La odiaba... Les odiaba a todos.

—Cuántas cosas has visto y hecho...
—dijo ella lanzando un suspiro.

—Todo eso vale menos que el pedo de un perro —gruñó. Arrojando al suelo la guadaña, recogió un montón de mijo y se incorporó. Dándole

una patada con enfado, volvió a

maldecir—: ¡Vale menos que el pedo
de

un perro!

Entonces apareció cojeando el
hermano tullido de Jinju, recordó

Gao Ma. Aunque todavía no había
cumplido los cuarenta, tenía el pelo

blanco y su rostro estaba
enormemente arrugado. Su pierna
izquierda, más

corta que la derecha, era muy fina y

le producía una pronunciada cojera.

—¡Jinju! —gritó—. ¿Es que piensas quedarte aquí hasta el almuerzo?

Colocando una mano sobre sus ojos,
Gao Ma murmuró: 41

—¿Por qué tu hermano te trata como si fueras su peor enemigo?

Ella se mordió el labio mientras dos enormes lágrimas resbalaron por sus mejillas.

* * *

Jinju, no he conocido un momento de paz desde que lloraste ese día.

Te amo, quiero que seas mi esposa...
Ya ha pasado un año, Jinju, pero me

evitas cada vez que intento hablar contigo... Quiero rescatarte de una vida

infernol. Zhang Kou, sólo te pido que recites otra docena de versos, el

tiempo suficiente para que pueda

coger su mano... Aunque ella grite
delante de todos, aunque su madre
salte sobre mí y me maldiga o me
abofetee. No, no va a gritar, sé que
no lo hará. Es infeliz con el
matrimonio que han concertado para
ella. El mismo día en que su
hermano mayor la llamó, el día que
la ayudé a recoger la cosecha, sus
padres firmaron un acuerdo con el
abuelo de Liu Shengli y los padres de

Cao Wen, emparejando a tres chicos
con tres chicas como si fueran

langostas, una cadena con tres
vínculos, una forma sórdida de crear

nuevas familias. Ella no me odia; sé
que le gusto. Cuando nos

encontramos, baja la cabeza y se
aleja, pero puedo ver cómo las
lágrimas

resbalan por sus mejillas. Me duele
el corazón, me duele el hígado, me

duelen los pulmones, me duele el estómago, me duelen las entrañas, me duele todo lo que hay dentro de mí...

—Comandante, deprisa, da la orden
—espetó Zhang Kou—. Envía

tus tropas por la montaña... Salva a nuestra Hermana Mayor Jiang... Han muerto tantas polillas en la llama amarilla de la linterna. Nuestra Hermana

Mayor Jiang se encuentra cautiva, las

masas temen por su seguridad.

¡Camaradas! Debemos mantener la cabeza fría: si nos arrebatan a nuestra

Hermana Mayor, yo seré el primero en llorar su pérdida... La vieja dama

dispara dos pistolas, su cabello blanco revolotea con el viento, las lágrimas

resbalan por su rostro.

Di algo, Zhang Kou. Canta, Zhang

Kou.

—Mi marido languidece en un campo de prisioneros... Su viuda y su

hija huérfana siguen con la revolución...

Zhang Kou, sólo te pido un par de versos más, dos más, y podré

coger su mano, podré sentir el calor de su cuerpo, podré oler el sudor de

sus axilas.

—Hacer la revolución no significa actuar de forma temeraria.

Debe hacerse de forma lenta y segura y tenemos que ir paso a paso.

Se desató una explosión dentro de su cabeza y un halo de luz se

arremolinó hasta que se vio circundado por una nube de muchos colores.

Alargó el brazo; su mano parecía tener ojos, o quizá la mano de Jinju

le

había estado esperando todo este tiempo. Gao Ma la agarró con fuerza.

Sus ojos se abrieron, pero no pudo ver nada. No hacía frío y, sin embargo,

estaba tiritando; su corazón palideció.

A la noche siguiente Gao Ma se escondió detrás de un montón de paja que se acumulaba en el borde de la

era de Jinju, esperando
ansiosamente. La noche era de nuevo
estrellada y

una fina luna creciente daba la
sensación de estar suspendida en el
cielo,

desde la punta de un elevado árbol,
con sus rayos luminosos debilitados

por el firmamento envolvente. Un
potro castaño galopaba por el borde
de

la era, que estaba limitada al sur por una amplia zanja cuya pendiente se encontraba repleta de arbustos de color índigo. De vez en cuando, el potro galopaba hacia el interior de la zanja y ascendía por el otro lado y, cuando atravesaba los arbustos, los hacía crujir. Las lámparas estaban encendidas en la casa de Jinju, donde su padre —Cuarto fío Fang— se encontraba en el patio, gritando y

siendo constantemente interrumpido

por Cuarta Tía, la madre de Jinju.

Gao Ma se esforzó por escuchar su

conversación, pero se encontraba demasiado lejos. Un puñado de pe-

riquitos —que superaba

sobradamente el centenar— emitía un estruendo

ensordecedor en el hogar de Gao

Zhileng, el vecino de los Fang. Aquel

ruido ponía los nervios de punta a

todos. Gao Zhileng criaba periquitos para ganar dinero, cosa que hacía en gran cantidad; era la única familia de la aldea que no tenía que recurrir al ajo para poder vivir.

43

Los agudos chillidos de los periquitos taladraban los oídos, mientras

el potro castaño, sacudiendo la cola con rapidez, se paseaba por la zona,

introduciendo sus brillantes ojos en todos los agujeros que había en la

neblinosa oscuridad. Comenzó a mordisquear una pila de paja,

aparentemente sólo a medias, pero bastante como para enviar con el

viento el olor un poco enmohecido del mijo hacia donde se encontraba

Gao Ma, que se agazapaba alrededor de la pila para estar más cerca de la

puerta enrejada de Jinju, a través de

la cual se filtraba la luz. No podría saber qué hora era, ya que su reloj no tenía la pantalla iluminada.

Alrededor de las nueve, supuso. Justo entonces, el reloj de la casa de Gao

Zhileng comenzó a dar las horas y Gao Ma se alejó unos pasos de los gritos de los periquitos para poder contar las campanadas. Las nueve en punto. Había acertado. Sus

pensamientos regresaron a lo que
había

sucedido la noche anterior y a la
película *Le Rouge et le Noir*, que
había visto

cuando estaba en el ejército: Julien
le coge la mano a Madame de Renal

mientras cuenta las campanadas del
reloj de la iglesia.

Gao Ma había apretado la mano de
Jinju y ella le había apretado la

suya. No se las soltaron hasta que Zhang Kou acabó su balada y lo

hicieron muy a su pesar. En la confusión que se produjo mientras todos se

levantaban y se marchaban, él susurró:

—Mañana por la noche te esperaré junto al montón de paja. Te-

nemos que hablar.

Él no la miró, ni siquiera sabía si

ella le había escuchado. Pero al día siguiente trabajó con la mente tan distraída que constantemente arrancaba

los brotes y dejaba las malas hierbas. El sol de la tarde todavía se elevaba

sobre el cielo cuando se fue a casa, donde se recortó la barba, se explotó

un par de espinillas que tenía en la nariz, se quitó con las tijeras un poco de

mugre entre los dientes y se lavó la cabeza sin pelo y el cuello con jabón de

baño. Después de comer algo rápidamente, sacó un cepillo de dientes

apenas usado y la pasta dentífrica y obsequió a sus dientes con un buen cepillado.

Los gritos de los periquitos le hicieron perder los nervios y cada

vez

que se acercaba resueltamente a la puerta, daba media vuelta y regresaba a

su escondite. Entonces, la puerta crujió e hizo que su corazón diera un vuelco. Metió la mano en la pila de paja hasta el codo sin sentir nada en absoluto. De repente, el potro castaño se encolerizó y empezó a galopar,

emitiendo un ruido sordo con los cascos mientras embarraba la paja en su

carrera.

—¿Dónde crees que vas a estas horas? —gritó Cuarta Tía.

—No es tarde. Apenas acaba de anochecer. —El simple hecho de oír

la voz de Jinju le hizo sentir un poco culpable.

—Te he preguntado a dónde vas —

repitió Cuarta Tía.

—Voy junto al río a refrescarme —
respondió Jinju con deter-
minación.

—No tardes.

—No te preocupes, no me voy a
escapar.

Jinju, Jinju, protestó suavemente Gao
Ma, ¿cómo lo puedes so-
portar?

El cerrojo sonó ruidosamente cuando la puerta se cerró. Desde el

lugar privilegiado que ocupaba junto a la paja, Gao Ma observó con

anhelo cómo la borrosa silueta de la joven se dirigía hacia el norte, en

dirección al río, en lugar de acercarse hacia él. Hizo un esfuerzo por

contener el instinto de correr tras ella, pensando que aquello era una

farsa

para engañar a su madre.

Jinju... Jinju... Enterró su rostro en la paja, sus ojos se humedecían.

Mientras tanto, el potro galopaba de acá para allá detrás de él, y los

periquitos seguían gritando con fuerza. Hacia el sur, en el apestoso

embalse plagado de maleza, las ranas se croaban unas a otras, emitiendo

un sonido que resultaba desagradable para el oído.

Todo esto hizo que Gao Ma recordara aquella noche hacía tres años

en la que él y la concubina del comandante de su regimiento se habían

escapado juntos: cómo aquella mujer de nariz respingona y rostro pecoso

se había arrojado a sus brazos, cómo

la había cogido por el talle y había
olido su intenso olor corporal. Como
si se aferrara a un tronco de madera,
la había abrazado aunque no la
amaba. Eres despreciable, se regañó
a sí

mismo, fingir que estás enamorado
para mejorar tu situación con su
patrón. Sin embargo, al final se hizo
justicia y tuve que pagar un precio

muy alto por mi hipocresía.

Pero el caso es muy diferente con Jinju. Me muero por ella, por mi

Jinju.

Ella caminó envuelta entre la sombra de la pared, esquivando la luz

de las estrellas que iluminaba la era, y se acercó hacia él. El corazón de

Gao Ma latía ferozmente y comenzó a temblar mientras le castañeteaban

los dientes.

Jinju anduvo alrededor del montón de paja y se detuvo a unos

metros de él.

—¿De qué querías hablarme, Hermano Mayor Gao Ma? —su voz se

estremecía.

—Jinju... —Tenía los labios tan rígidos que apenas podía emitir

palabra. Oyó cómo latía su propio corazón y una voz que se estremecía

como la de una mujer. Luego tosió, aunque la tos sonó bastante forzada y artificial.

—No... Por favor, no hagas ningún ruido —suplicó ella ansio-

samente mientras retrocedía unos cuantos pasos.

El potro, sintiéndose travieso, frotó la ijada contra el montón de

paja, incluso extrajo un poco con sus labios y la extendió por el suelo

delante de ellos.

—Aquí no —repuso Gao Ma—. Bajemos a la zanja.

—No puedo... Si tienes algo que decirme, date prisa y dilo.

—Ya te he dicho que aquí no.

Gao Ma descendió al borde de la era, encaminándose hacia la zanja.

Jinju siguió sin moverse. Pero cuando él se giró para ir a por ella, ésta

comenzó a caminar tímidamente hacia él. Gao Ma se abrió camino por

entre los arbustos índigos y esperó a que Jinju llegara al fondo de la zanja

y, cuando la joven alcanzó la suave pendiente lateral, la cogió de la mano y

tiró de ella hacia él.

Jinju trató de retirar su pequeña mano, pero Gao Ma la envolvió

firmemente entre las suyas y la apretó.

—Te amo, Jinju —soltó—. ¡Cásate conmigo!

—Hermano Mayor Gao Ma —contestó dulcemente—, sabes que

estoy prometida para que mi hermano se pueda casar.

—Lo sé, pero también sé que eso no es lo que deseas.

Ella se soltó con la mano que le quedaba libre.

—Sí que lo es.

—No, sé que no. Liu Shengli es un hombre de cuarenta años y tiene infectada la tráquea. Está demasiado enfermo como para poder cargar agua. ¿Me estás diciendo que te quieres casar con una carne de ataúd

como ésa?

Jinju respondió con un quejido y el sonido permaneció suspendido

en el aire durante un instante.

—¿Qué puedo hacer? —gimió—.

Mi hermano ya ha cumplido los

treinta... Está tullido... Cao Wenling sólo tiene diecisiete años y es más

hermosa que yo...

—Tú no eres tu hermano y no tienes

obligación de ir a la tumba por
él.

—Hermano Mayor Gao Ma, así es el
destino. Debes encontrar una
buena mujer... Yo... La próxima
vida...

Sujetándose el rostro entre las
manos, Jinju se giró y se dirigió
hacia

los arbustos de índigo. Pero Gao Ma
la sujetó, haciendo que tropezara y

cayera en sus brazos.

Él la abrazó con tanta fuerza que podía sentir el calor de su blando

vientre, pero cuando trató de encontrar su boca con la suya, ella se cubrió

el rostro con las manos. Impávido, Gao Ma comenzó a mordisquear el

lóbulo de su oreja mientras las finas hileras de cabello rozaban su rostro.

Su emoción dio paso a unas cenizas

que ardían en lo más profundo de su corazón. Ella comenzó a retorcerse, como si le atormentara un intenso picor. De repente, dejando caer las manos, pasó los brazos alrededor de su cuello.

—Hermano Mayor Gao Ma, por favor, no me mordisquees la oreja

—suplicó entre lágrimas—. No puedo soportarlo...

Gao Ma volvió a llevar su boca a la de Jinju y comenzó a lamer su

lengua. Ella gimió, mientras las lágrimas ardientes resbalaban por sus ojos

y humedecían sus rostros. Un torrente de aire caliente emanó del

estómago de Jinju, dejando en Gao Ma el sabor del ajo y de la hierba

47

fresca.

Sus manos se movieron bruscamente por el cuerpo de la joven.

—Hermano Mayor Gao Ma, debes ser más delicado. Me estás haciendo daño.

Se sentaron abrazados en la pendiente de la zanja, con las manos corriendo libremente por los cuerpos. A través de las hendiduras que

había entre las espesas ramas de

índigo podían ver la luz dorada del firmamento en el intenso azul del cielo. La luna creciente se estaba hundiendo. Un satélite orbitaba a través de la Vía Láctea y el aire estaba inundado del aroma característico del índigo.

—¿Qué es lo que amas de mí? — preguntó Jinju, mirándole a los ojos.

—Todo.

La temperatura de la noche se iba refrescando mientras hablaban en tono susurrante.

—Pero sabes que estoy comprometida —dijo Jinju con un esca-

lofrío—. Lo que estamos haciendo está mal, ¿verdad?

—No, en absoluto. Estamos enamorados.

—Pero yo estoy prometida.

—Tienes que registrarte para estar legalmente casada.

—¿Eso significa que podemos estar juntos?

—Sí. No tienes más que decirle a tu padre que no estás de acuerdo con el matrimonio.

—No —protestó, chasqueando la lengua—. Me matarían... Siempre

he sido una carga para ellos.

—¿Quieres decir que prefieres casarte con un moribundo?

—Eso me temo. —Se echó a llorar

—. Mi madre dice que se en-

venenará si no lo hago.

—Es una táctica para asustarte.

—No sabes cómo es.

—Sé que sólo intenta asustarte.

—¿No sería maravilloso que tuvieras una hermana pequeña? Así ella se podría casar con mi hermano y yo podría ser tu esposa.

Gao Ma suspiró y acarició el frío hombro de Jinju. Estaba a punto de echarse a llorar.

48

--Hermano Mayor Gao Ma, podemos ser amantes secretos.

Entonces, cuando él muera, nos casaremos.

—¡No! —explotó Gao Ma. Después la besó y pudo sentir el calor

en su vientre. Un hocico peludo rozó sus cabezas, mientras el sonido de

la respiración áspera y el aroma de la hierba fresca rodearon sus cuellos.

Casi se mueren del susto, hasta que descubrieron aliviados que se trataba

del potro, que estaba cometiendo una

de sus travesuras.

Mk

Jinju enseñó a Gao Ma el funesto

contrato de matrimonio. Había
llegado a mediodía al hogar de Gao
Ma,

un mes después de su encuentro entre
el índigo. Después de aquello, se

veían casi todas las noches: primero
en la zanja, luego en los campos,

ocultándose en las tierras de cultivo plantadas de chalotes. Observaban cómo avanzaba la luna llena o la luna creciente, cubierta o no de nubes; las hojas estaban moteadas de insectos plateados que emitían todo tipo de sonidos y el rocío fresco humedecía la tierra seca bajo sus pies. Ella lloraba

y él reía; él lloraba y ella reía. Las intensas pasiones del amor hacían

que la

joven pareja cada vez estuviera más demacrada, pero sus ojos

resplandecían y centelleaban como cenizas ardientes.

Los padres de Jinju habían enviado un mensaje de protesta a Gao

Ma: nunca ha existido la hostilidad ni el rencor entre nuestras familias y no

tienes ningún derecho a interferir en nuestros matrimonios concertados.

Jinju atravesó la puerta como un torbellino y miró ansiosamente por encima de su hombro, como si alguien la estuviera siguiendo. Gao Ma la

llevó hasta el *kang*, donde se sentó.

—No van a venir a buscarnos, ¿verdad? —preguntó con voz temblorosa.

—No —le aseguró Gao Ma,
acercándole una taza de agua. Pero

Jinju apenas humedeció los labios
antes de dejar la taza de color ébano
sobre la mesa.

—No te preocupes, nadie va a venir
—le aseguró él—. Y, además,

¿qué ocurre si lo hacen? No tenemos
nada de qué avergonzarnos.

—Lo he traído.

Jinju extrajo de su bolsillo un pedazo de papel rojo doblado y lo dejó

caer sobre la mesa antes de
derrumbarse sobre el *kang*,
ocultando el rostro

con sus manos y echándose a llorar.

Gao Ma frotó dulcemente su espalda
tratando de que dejara de llorar

pero, cuando vio que era inútil,
desplegó la hoja de papel, que estaba
escrita con caligrafía negra:

En el propicio décimo día del sexto mes del año mil novecientos ochenta y cinco,

prometemos al nieto mayor de Lia Jiaqing, Lin Shengli, con Fang Jinju, hija

de Fang Yunqiu; a la segunda hija de Cao Jinzhu, Cao Wenling, con el hijo

mayor de Fang Yunqiu, Fang Yijun; y a la segunda nieta de Liu Jiaqing, Liu

Lanlan, con el hijo mayor de Cao Jinzhu, Cao Wen. Con este acuerdo, nuestras

familias quedan unidas para siempre, aunque los ríos se dessequen y los océanos

se conviertan en desiertos. Quedan como testigos los tres protagonistas: Liu

Jiaqing, Fang Yunqiu, Cao Jinzhu.

En el papel, junto a los nombres de

los tres protagonistas, figuraban sus oscuras huellas dactilares.

Gao Ma volvió a doblar el contrato y lo guardó en el bolsillo, luego abrió un cajón y sacó un folleto.

—Jinju —dijo—, deja de llorar y escucha la Ley sobre Matrimonio.

La sección 3 dice: «Están prohibidos los matrimonios concertados, los matrimonios mercenarios y todos los

demás matrimonios que restrinjan la libertad individual». A continuación, en la sección 4 dice: «Los dos contrayentes del matrimonio deben dar su consentimiento. Ni ellos ni ninguna tercera parte pueden utilizar la coerción para obligar a que la otra parte celebre el matrimonio». Esa es la política nacional, que es más importante que este mugriento pedazo de papel. No tienes por qué

preocuparte.

Jinju se incorporó y se secó los ojos con la manga.

—¿Qué se supone que debo decirle a mis padres?

—Muy fácil. No tienes más que decir: «Padre, Madre, no amo a Liu Shengli y no voy a casarme con él».

—Haces que parezca muy sencillo. ¿Por qué no se lo dices tu?

—No creas que no lo haré —
respondió malhumorado—. Se lo
diré

esta misma noche. Y si a tu padre y a
tu hermano no les gusta, lo
arreglaremos como hombres.

Era una noche nublada, cálida y
bochornosa. Gao Ma engulló un
poco de arroz que había sobrado y se
dirigió al banco de arena que había
detrás de su casa, todavía sintiendo

cierto vacío en su interior. El sol del atardecer, como una sandía dividida por la mitad, teñía de rojo las nubes dispersas que flotaban sobre el horizonte y las copas de las acacias y los

saucos. Como no había ni un soplo de viento, el humo de la chimenea se elevaba formando ligeras columnas que luego se desintegraban y se mezclaban con los residuos de las

columnas adyacentes. Las dudas iban en

aumento: ¿debería ir a casa de Jinju?, ¿qué iba a decir cuando llegara? Los

rostros sombríos y amenazadores de los hermanos Fang flotaban ante sus

ojos, al igual que hacían los ojos de Jinju inundados de lágrimas.

Finalmente, abandonó el banco de arena y se dirigió hacia el sur. La calle,

que siempre se le hacía
dolorosamente larga, de repente
parecía haberse

acortado como por arte de magia.
Apenas había partido y ya se
encontraba

allí. ¿Por qué no podía ser más largo
el camino, mucho más largo?

Cuando se detuvo frente a la puerta
de Jinju, se sintió más vacío que
nunca. Levantó varias veces la mano

para llamar, pero enseguida la dejaba

caer. Al anochecer, los periquitos proferían un sonido enloquecedor en el

patio de Gao Zhileng, como si quisieran burlarse de Gao Ma. El potro

castaño galopaba por la era, con una campanilla nueva atada alrededor del cuello que sonaba estruendosamente y provocaba el relinchar de los

caballos que se encontraban en la lejanía; el potro corría como una flecha

en vuelo, dejando tras de sí el rastro del repicar de la campanilla.

Gao Ma apretó los dientes hasta casi ver las estrellas y, a conti-

nuación, golpeó la puerta, que abrió Fang Yixiang, el impetuoso y ligeramente ridículo segundo hijo.

—¿Qué deseas? —preguntó sin disimular su desagrado.

Gao Ma sonrió.

—Sólo vengo a haceros una visita amistosa —contestó pasando

junto a Fang Yixiang y dirigiéndose hacia el patio. La familia se encontraba

cenando fuera, rodeada de una oscuridad que hacía imposible ver lo

que

había en la mesa. Gao Ma sintió que el valor empezaba a abandonarle.

—¿Todavía estáis cenando? — preguntó.

Cuarto Tío se limitó a resoplar.

—Sí —dijo impasible Cuarta Tía—. ¿Y tú?

Gao Ma respondió que ya había comido.

Cuarta Tía ordenó bruscamente a Jinju que encendiera la linterna.

—¿Para qué necesitamos la linterna?

—preguntó Cuarto Tío con

cierta desconsideración—. ¿Tienes miedo de mancharte la nariz con la

comida?

Pero Jinju entró en la casa y encendió una linterna. Luego la llevó al

patio y la colocó en el centro de la

mesa, donde Gao Ma advirtió la presencia de una cesta de sauce llena de tortas y de un tazón de espesa pasta de alubias. El ajo estaba esparcido por todas partes.

—¿Estás seguro de que no quieres un poco? —preguntó Cuarta Tía.

—Acabo de comer —respondió Gao Ma dirigiendo su mirada hacia

Jinju, que se sentaba con la cabeza agachada, sin comer ni beber.

Por otra parte, Fang Yijun y Fang Yixiang estaban rellinando las

tortas de pasta de alubias y ajo, luego las enrollaban y se las metían en la

boca con ambas manos hasta que se les hinchaban las mejillas. Mientras

fumaba su pipa. Cuarto Tío observaba a Gao Ma con el rabillo del ojo.

5h

Cuarta Tía miraba a Jinju.

—¿Por qué no comes en lugar de estar ahí sentada como un trozo de madera? ¿Es que pretendes ser inmortal?

—No tengo hambre.

—Sé muy bien lo que está pasando por vuestras furtivas cabezas

—dijo Cuarto Tío— y ya os podéis ir olvidando.

Jinju miró a Gao Ma antes de decir con tono brusco:

—¡No lo haré...! ¡No voy a casarme con Liu Shengli!

—¡No esperaba otra cosa de una puta como tú! —maldijo Cuarto

Tío mientras lanzaba la pipa contra el suelo.

—¿Con quién te quieres casar? —le preguntó entonces Cuarta Tía.

—Con Gao Ma —respondió desafiante.

Gao Ma se puso de pie.

—Cuarto Tío, Cuarta Tía, la Ley sobre el Matrimonio estipula...

—¡Dadle una paliza a ese bastardo!

—le cortó Cuarto Tío—. ¡No

puede venir a nuestra casa y comportarse de esta manera!

Los dos hermanos soltaron la comida que tenían en las manos,

cogieron los taburetes y se lanzaron a la carga.

—¡Emplear la violencia va contra la

ley...! ¡Es ilegal! —protestó Gao

Ma mientras trataba de esquivar los golpes.

—¡Nadie nos va a culpar si te golpeamos hasta la muerte! —replicó

Fang Yijun.

—Gao Ma —dijo Jinju entre lágrimas—. ¡Sal de aquí!

Su cabeza sangraba a borbotones.

—Adelante, golpeadme si queréis.

Ni siquiera os voy a denunciar.

¡Pero no podéis detenernos ni a Jinju ni a mí!

Desde su asiento al otro lado de la mesa, Cuarta Tía cogió un rodillo

y lanzó a Jinju un golpe en la frente.

—¿Acaso la palabra «vergüenza» no significa nada para ti? Vas a

matar a tu propia madre.

—¡Que se jodan tus antepasados,

Gao Ma! —gritó Cuarto Tío—.

¡Mataré a mi hija antes de dejar que se case contigo!

Gao Ma se limpió la sangre que tenía en las cejas.

—Puedes golpearme todo lo que quieras, Cuarto Tío —dijo—, pero

si le pones un dedo encima a Jinju, te denunciaré a las autoridades.

Cuarto Tío cogió su pesada pipa de bronce y golpeó a Jinju con

fuerza en la cabeza. Esta, emitiendo un débil quejido, se derrumbó en el suelo.

—¡Vamos, denúnciame por esto! — dijo Cuarto Tío.

Mientras Gao Ma se agachaba para ayudar a Jinju a levantarse, Fang

Yixiang le golpeó con un taburete.

Cuando Gao Ma recobró el conocimiento, se encontraba tumbado

en mitad de la calle, con una enorme figura mirando por encima de él. Era

el potro castaño. Unas cuantas estrellas se asomaban tímidamente a través

de las nubes. Los periquitos del patio de Gao Zhileng gritaban.

Levantando un brazo lentamente, tocó el cuello satinado del potro, que le

mordisqueaba el dorso de la mano mientras su campanilla repicaba

ruidosamente.

Al día siguiente de recibir la paliza,
Gao Ma acudió a la 53

se de del

gobierno municipal para hablar con
el administrador adjunto, quien,

borracho como una cuba, estaba
sentado en un sofá andrajoso,
sorbiendo

té. En lugar de saludar a Gao Ma, le
dirigió una mirada con cara de

sueño.

—Adjunto Yang —dijo Gao Ma—,
Fang Yunqiu está violando la

Ley sobre Matrimonio obligando a su
hija a casarse con Liu Shen- gli.

Cuando ella protestó, le golpeó en la
cabeza hasta hacerla sangrar.

El adjunto dejó el vaso sobre la mesa
que se encontraba junto al sofá.

—¿Y eso a ti qué te importa? —
preguntó sarcásticamente.

—Es la mujer con la que me quiero casar —dijo Gao Ma después de dudar por un instante.

—Por lo que he oído, es la mujer con la que se va a casar Liu Shengli.

—En contra de su voluntad.

—Eso no es asunto tuyo. Tomaré cartas en el asunto cuando ella venga a verme, pero no antes.

—Su padre no dejará que salga de

casa.

—¡Vete, vete, vete! —El diputado le echó como si estuviera es-

pantando a una mosca—. Tengo cosas mejores que hacer que discutir contigo.

Antes de que Gao Ma pudiera protestar, un hombre encorvado de

mediana edad entró en la sala. Su complexión pálida contrastaba

enormemente con sus labios encarnados; parecía que se encontrara a las

puertas de la muerte. Gao Ma se echó a un lado y observó cómo cogía una

botella de licor y un poco de pescado en lata de una bolsa negra que

trataba de imitar al cuero y lo colocó todo sobre la mesa.

—Octavo Tío —dijo—, ¿qué es eso que he oído acerca de un

incidente que se produjo en la familia Fang?

Sin dignarse a responder al comentario de su sobrino, el diputado se

levantó del sofá y tocó la cabeza de Gao Ma.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó divertido.

La piel que rodeaba la herida estaba tirante y los dolores agudos casi

hicieron gritar a Gao Ma. Notaba cómo le pitaban los oídos. Con voz

débil y aguda, dijo:

—Me caí... y me golpeé la cabeza.

—¿Porque alguien te golpeó? —el diputado preguntó con una

sonrisa de complicidad.

—No.

—Los hermanos Fang son un par de mierdas inútiles —prosiguió el

diputado, dejando de sonreír. Y luego añadió maliciosamente—: ¡Si

hubiera sido yo, te habría roto tus malditas piernas y habrías tenido que volver a casa arrastrándote!

El diputado roció a Gao Ma de saliva, que se limpió con la manga

mientras el hombre abrió la puerta para echarle y la cerró a su espalda con

un fuerte golpe. Gao Ma saltaba

torpemente sobre los escalones de cemento, tratando de no perder el equilibrio. Se sentía tan mareado que tuvo que apoyarse contra la pared para evitar que todo le diera vueltas.

Cuando por fin el mareo remitió un poco, miró hacia la puerta verde y comenzó a recuperar lentamente la consciencia. Algo caliente y húmedo

se introdujo en sus cavidades

nasales, descendiendo luego por el rostro.

Trató de contenerlo, pero no pudo;

55

sea lo que fuera lo que saliera de su nariz y entrara en su boca, tenía un

sabor salado y apestoso, y cuando bajó la cabeza, observó el líquido rojo

brillante que goteaba sobre los pálidos escalones de cemento.

Gao Ma se tumbó mareado sobre el *kang*, sin la menor idea de cuánto tiempo llevaba allí o de cómo había llegado a casa desde el recinto municipal. De hecho, lo único que recordaba era la sangre fresca que goteaba silenciosamente desde su nariz hasta los escalones.

Las pequeñas perlas rojas salpicaban como cerezas maduras

—desmenuzándose, salpicando...—.

La presencia de esas perlas rojas rompiéndose reconfortó a Gao Ma. Estaban unidas formando una hilera; todo el calor de su cuerpo se concentraba en un único punto, saliendo a

través de la nariz hasta formar un charco de sangre en los escalones. La punta de su lengua, que ya se había familiarizado con aquel sabor empalagoso, tocó sus labios fríos y

se abrió otra grieta en su cerebro. El
potro castaño se encontraba en el
recinto municipal ante la puerta
verde,

donde las malvarrosas amarillas
florecían en abundancia. El animal le
observaba con sus ojos húmedos y
cristalinos. Gao Ma se dirigió hacia
él y

alargó la mano para agarrar una rama
cubierta de malvarrosas con espinos.

Los rayos del sol caían con fuerza y sintió cómo las pesadas flores bailaban

por encima de su cabeza. Trató de levantar la mirada, pero la luz del sol

golpeó sus ojos. Arrancó una hoja de malvarrosa por la mitad e hizo una

bola con ella, con la que se taponó la nariz, pero la acumulación de sangre

caliente hinchó su cabeza y, mientras el sabor salado se extendía a través

de la

boca, supo que la sangre estaba descendiendo por la garganta. Todos los

orificios humanos están conectados.

Gao Ma quería machacar la puerta verde del complejo, pero no le

quedaban fuerzas suficientes. Asumió que todos los que trabajaban en las

oficinas municipales —oficiales, carpinteros, fontaneros, personas que

se

ocupaban de los asuntos de las mujeres, planificadores familiares,

recaudadores de impuestos, nuevos transportistas, bebedores,

consumidores de comida, bebedores de té, fumadores—, más de cincuenta

en total, habían visto cómo fue expulsado del recinto como quie 56

n arranca

un hierbajo o como quien fustiga a un perro. Trató de mantener la

respiración mientras intentaba limpiarse su mano ensangrentada en las

letras rojas que estaban esculpidas en el cartel blanco del edificio del gobierno.

El joven portero, que llevaba una camisa a cuadros, le dio una patada por la espalda.

—¡Maldito cabrón! —bramó Camisa a Cuadros, aunque Gao Ma sólo

escuchó un ruido sordo—. ¿Dónde crees que te estás limpiando esa sangre

de perro que tienes? ¡Estúpido cabrón! ¿Quién te ha dicho que puedes dejar

aquí tu sangre de perro?

Después de retroceder un par de pasos para mirar las letras rojas del

cartel de madera, Gao Ma sintió que le abrasaba el fuego de la ira; dirigió

una bocanada de saliva ensangrentada hacia Camisa a Cuadros, que era ágil

y que probablemente practicaba artes marciales. El portero se apartó de la

trayectoria y se lanzó a por Gao Ma, que preparaba otro salivazo

ensangrentado que lanzó hacia su fino y alargado rostro.

—¿Qué estás haciendo ahí fuera, Li Tie? —sonó la voz de la au-

toridad, que procedía del interior del recinto gubernamental.

Camisa a Cuadros bajó los brazos sumisamente.

Gao Ma lanzó el sangriento escupitajo contra el suelo y se alejó de allí

sin volver la vista hacia el portero. Con el horizonte azul extendiéndose

ante sus ojos, observó con tristeza la suave pendiente del arroyo.

Convencido de que no podría caminar erguido, clavó las rodillas en el suelo

para ir gateando a cuatro patas hasta casa, como si fuera un perro.

Sería un largo y penoso viaje; la cabeza se caía por su propio peso y sentía como si se fuera a desprender del cuerpo y a caer re dando en el

arroyo. Las espinas se le clavaban en las manos y tenía la sensación de que le habían acribillado la espalda con dardos envenenados.

Después de superar la pendiente del arroyo, se incorporó. El dolor punzante que sentía en la espalda era tan intenso que se giró para mirar atrás y vio a Camisa de Cuadros dirigiéndose hacia la puerta con un cubo

de agua y un estropajo para limpiar la sangre del cartel. El vendedor ambulante de melones que había en la cuneta daba la espalda a Gao Ma, quien todavía no se había quitado de la cabeza la imagen de los ojos fosforescentes del anciano. Aunque se encontraba muy mareado, podía distinguir el grito del vendedor: «Melones... melones mollaes...». Aquel sonido apuñalaba su corazón.

Sólo quería ir a casa y tumbarse tranquilamente en su *kang*, como un hombre que está muerto a ojos del mundo.

Entonces alguien llamó a su puerta. Trató de incorporarse, pero la cabeza le pesaba demasiado. Haciendo un esfuerzo por abrir los ojos, vio

a la esposa de su vecino, Yu Qiushui, observándole con los ojos llenos de

compasión.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

Gao Ma trató de abrir la boca, pero un torrente de líquido amargo

ahogó su garganta y su nariz.

—Llevas inconsciente tres días — dijo Yu Qiushui—. Nos has dado

un susto de muerte. Aunque tenías los ojos cerrados, no parabas de gritar:

«¡Chicos y chicas, los niños a la

pared!» y «¡El potro! ¡El pequeño potro!».

Hermano Mayor Yu llamó al médico y te puso un par de inyecciones.

Gao Ma hizo un esfuerzo por incorporarse, con la ayuda de la esposa

de Llermano Mayor Yu, que le colocó un mugriento edredón detrás de la

espalda. Bastó con mirar el rostro de Yu para darse cuenta de que lo sabía

todo.

—Muchas gracias y dale también las gracias a Hermano Mayor Yu

—dijo mientras las lágrimas empezaban a aflorar.

-

G

f

—Llorar no te va a ayudar —le

consoló—. No te atormentes

pensando que lo tuyo con Jinju iba a funcionar eternamente. Por ahora,

preocúpate sólo de recuperarte.

Dentro de unos días me marcho a casa de

mi familia y te encontraré a una mujer tan buena como Jinju.

—¿Qué ha pasado con Jinju? — preguntó preocupado.

—Dicen que su familia la golpea a

diario. Cuando los Cao y los Liu se enteraron de la noticia, corrieron a su casa a mediar. Pero, como dice el refrán, *no puedes obligar- a un melón a ser dulce*. A Jinj u no le espera una vida feliz.

Gao Ma, repentinamente agitado, trató de levantarse del *kang*, pero ella le detuvo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Tengo que ir a ver a Jinju.

—Querrás decir que tienes que ir al encuentro de la muerte. Los Cao y

los Liu se encuentran allí. Si te dejas ver, sería un milagro si no te matan.

—¡Yo... yo los mataré primero! —
gritó con fuerza, agitando el puño
en el aire.

—Querido Hermano Pequeño —dijo

la esposa de Yu severamente—,
utiliza la cabeza. No pienses esas cosas. Lo único que vas a conseguir es que
te metan una bala en el cuerpo.

Exhausto, Gao Ma se recostó en el *kang* mientras las lágrimas resbalaban por su desaliñado rostro y se introducían en sus orejas.

—¿A quién le importa? —lloró—.
No tengo a nadie por quien

merezca la pena vivir.

—Vamos. No te rindas tan fácilmente. Si Jinju y tú estáis hechos el

uno para el otro, nadie podrá separaros eternamente. Después de todo,

vivimos en una sociedad nueva, así que tarde o temprano prevalecerá la razón.

—¿Le podrías enviar un mensaje?

—No hasta que las cosas se calmen un poco. Mientras tanto, controla tus impulsos y concéntrate en recuperarte. Las cosas van a mejorar, no te preocupes.

Capítulo 3

Los ciudadanos plantaban ajo para mantener a sus familias,

enojando a los codiciosos tirarlos que están llenos de odio, enviando

hordas de recaudadores de impuestos para oprimir a las masas, que

se lamentaban de su suerte...

Extracto de una balada cantada en mayo de

1987 por Zhang Kou, el rapsoda ciego, en la

avenida de la Piedra Negra de la capital del

Condado.

Los policías salieron del bosque

de acacias abatidos y cubiertos de suciedad, sujetando las pistolas de acero

gris en la mano y abanicándose con los sombreros. La cojera del

tartamudo había desaparecido, pero sus pantalones estaban desgarrados a

raíz de su encuentro con el puchero oxidado; la tela rasgada ondulaba al

caminar como si fuera un pedazo de

piel muerta. Rodearon el árbol y se
situaron delante de Gao Yang.
Ambos llevaban la cabeza rapada. El
tartamudo, cuyo cabello era negro
como el carbón, tenía la cabeza
redonda como una pelota de
voleibol, mientras que la del otro
policía,
cuyo cabello era más claro,
sobresalía por delante y por detrás,
como si

fuera un bombo o un tambor.

La hija ciega de Gao Yang se abrió paso por el bosque con su caña de

bambú. Él hizo un esfuerzo por mirarla. Cuando su hija llegó a la hilera de

árboles que se extendía detrás de la casa de Gao Ma, tuvo que andar a

tientas, yendo de acá para allá y gimiendo.

—Papá... Papá... ¿Dónde está mi

papá...?

—¡Maldita sea! —se quejó el policía tartamudo—. ¿De quién fue la idea de dejarle escapar de esa manera?

—¡Si fueras un poco más rápido, podrías haberle puesto las esposas en la otra muñeca! —replicó Cabeza de Tambor—. Si hubiera tenido las dos manos esposadas, no se habría podido escapar, ¿verdad?

—La culpa es de éste —dijo el tartamudo mientras se ponía de nuevo el sombrero.

Se estiró y tocó el cuero cabelludo de Gao Yang como si lo estuviera frotando y, a continuación, le dio una bofetada.

--Papá... Papá... ¿Por qué no me respondes? —gimió Xinghua

mientras chocaba su caña contra un árbol; cuando alargó la mano para

tocarlo, se golpeó la cabeza contra una rama. Su cabeza rapada tenía la raya en el medio como la de un niño... Sus ojos eran negros como el carbón... Su rostro presentaba el típico aspecto ceroso de los desnutridos, como si fuera un tallo de ajo marchito... Desnuda de cintura para arriba, iba vestida únicamente con unos

calzones rojos cuya goma se había
dado

tanto de sí que colgaban sueltos
sobre sus caderas... Calzaba unas

sandalias rojas de plástico con los
cordones rotos...

—Papá... Papá... ¿Por qué no me
respondes?

El bosque de acacias, como una
densa nube, se convirtió para ella en
un oscuro telón. Gao Yang trató de

gritarle, pero los músculos de su garganta estaban atados con nudos y no salió de ella el menor sonido. No estoy llorando. No estoy llorando...

El policía volvió a golpearle en la cabeza, pero no lo sintió; trató por todos los medios de liberarse y de gritar y su nariz detectó el traslúcido sudor pegajoso en su cuerpo: el hedor de una espeluznante pesadilla. Era

el hedor del sufrimiento. Los policías arrugaron la nariz, que estaba llena de aire viciado, reflejando en su rostro una expresión de desagrado.

—Papá... Papá... ¿Por qué no me respondes?

* * *

.60

—Muy bien, niños, cogeos las manos, cantad, dad vueltas, mirad lo

fácil que es —exclamó el maestro.

Xinghua se encontraba en mitad de la carretera, con su caña en la

mano, y se dirigió hacia la puerta del colegio; se agarró a la verja metálica

con una mano mientras sujetaba su caña de bambú con la otra, para

escuchar a los niños que cantaban y bailaban con el maestro. Los

crisantemos florecían por todo el

patio del colegio. Su padre trató de arrastrarla hacia casa, pero ella se resistió a moverse. El le gritó enfadado y

le dio una patada...

—Papá, mamá, cogedme la mano, rápido. Quiero bailar y cantar y dar vueltas; ¡mirad lo fácil que es!

Xinghua lloraba amargamente.

* * *

Incapaz de pronunciar una sola palabra, torturado por los recuerdos, Gao Yang mordisqueó con frenesí la corteza, raspándose los labios hasta que el árbol quedó teñido de sangre. Pero no advertía el dolor. Se tragó la amarga mezcla de saliva y resina del árbol, que hizo que su garganta se refrescara notablemente: sus cuerdas vocales se soltaron, los nudos se desenmarañaron. Con cuidado, con

mucho cuidado, temeroso de que su capacidad de hablar le volviera a abandonar, logró pronunciar algunas palabras:

—Xinghua, papá está aquí... —acertó a decir antes de que su rostro se bañara de lágrimas.

—¿Y ahora qué? —preguntó el policía tartamudo a su compañero.

—Vuelve y consigue un cartel de *Se*

busca —replicó Cabeza de

Tambor—, ¡No se va a escapar!

—¿Y qué pasa con el jefe de la aldea?

—Se largó hace tiempo, como si fuera un delincuente común.

—¡Papá, no puedo encontrar la salida! Ven a sacarme de aquí, deprisa...

Xinghua se encontraba perdida en

aquel laberinto de árboles y la
visión de ese pequeño punto rojo
casi rompió el corazón de Gao Yang.

Parecía como si hubiera sido ayer
cuando dio una patada a ese pequeño

6»

punto rojo que había detrás de ella
sin ningún motivo, haciendo que

cayera al suelo en mitad del patio,
con una mano extendida como una

garra que trata de aferrarse a un montón de excrementos negros de gallina.

Ella consiguió incorporarse y agazaparse contra la pared con los labios

temblando mientras luchaba contra los gemidos y las lágrimas que

inundaban sus ojos negros. Superado por los remordimientos, se golpeó

la cabeza contra el árbol.

—¡Dejadme marchar! —gritó—.

¡Dejadme marchar!

Cabeza de Tambor le agarró
inmovilizándole la cabeza para
evitar

que se hiciera daño mientras su
compañero rodeaba el árbol para
quitarle

las esposas.

—Ga-Gao Yang —dijo el tartamudo
—, no intentes hacer ninguna

tontería.

Pero en cuanto sintió que tenía las manos libres, comenzó a re-

velarse —arañando, pateando y mordiendo— y le hizo heridas que

sangraban en el rostro del tartamudo.

Mientras se liberaba de la llave que

le habían hecho en la cabeza y se giraba para correr hacia el pequeño

punto rojo, un rayo de luz pasó ante sus ojos, luego una lluvia de chispas

verdes y advirtió débilmente que en la mano del policía había algo

espeluznante que emitía chispas de aquel color verde en cuanto tocó su

pecho. Los alfileres agujerearon su cuerpo. Lanzó un grito, crispándose

por la agonía, y se derrumbó en el suelo.

Lo primero que advirtió después de recuperar la consciencia fue las

esposas brillantes que tenía atadas

alrededor de las muñecas y que se le clavaban profundamente en la carne, a punto de cortársela hasta llegar al hueso. Se encontraba demasiado conmocionado como para recordar dónde estaba. El policía tartamudo agitó aquel terrible objeto delante de él.

—Empieza a caminar —dijo severamente—. ¡Y no vuelvas a hacer

tonterías!

Ascendió sumisamente el banco de arena detrás de Cabeza de Tambor en dirección al bosque de sauces.

Luego giraron y atravesaron el lecho seco del río, donde la fina arena agujijoneaba su tobillo dañado y le quemaba las plantas de los pies.

Caminaba cojo, con el policía tartamudo justo a sus espaldas. Los

gemidos

de Xinghua, que procedían del bosque de acacias, eran como un imán que

le hacía volver la cabeza hacia ella. El tartamudo le golpeó con aquel terrible objeto y un escalofrío le recorrió toda la espalda. Escondió el cuello entre los hombros; con la carne de gallina, se preparó para ese terrible dolor que sabía que estaba a

punto de recibir. Pero, en lugar de
ello, sólo oyó una orden.

—¡Sigue caminando!

Mientras avanzaba, la imagen de
aquel objeto en la mano del policía
hizo que se olvidara de los gemidos
de su hija y entonces se dio cuenta de
lo que era: una de esas porras
eléctricas de las que habla la gente.
El

escalofrío que recorrió toda su espalda le penetró en el tuétano de los huesos.

Después de abrirse paso a través de otra arboleda, atravesaron un segundo banco y aparecieron en un campo abierto de unos cincuenta metros de longitud que, a su vez, conducía a una carretera asfaltada. Los policías introdujeron a

Gao Yang en el recinto del gobierno municipal, donde Bigotes Zhu, un miembro de la subestación de policía,

se precipitó a felicitar a Cabeza de Tambor y a su tartamudo compañero por el magnífico trabajo que habían hecho.

El corazón de Gao Yang se llenó de esperanza al ver un rostro familiar.

—Viejo Zhu —dijo—, ¿a dónde me llevan?

—A un lugar donde no se necesitan cartillas de racionamiento para comer.

—Por favor, díles que me dejen marchar. Mi esposa acaba de tener un bebé.

—¿Y qué? Todos somos iguales ante la ley.

Invadido por el abatimiento, Gao Yang dejó caer la cabeza.

—¿Ya han vuelto Guo y Zheng? — preguntó Cabeza de Tambor.

—Guo está aquí, pero Zheng todavía no ha regresado —respondió

Zhu.

—¿Dónde ponemos al prisionero? — preguntó Cabeza de Tambor.

—Enciérralo en la oficina —dijo Zhu, dirigiéndose hacia ella,

seguido por Gao Yang y su escolta policial.

Lo primero que vio mientras le introducían en la comisaría fue a un joven con cara de caballo esposado que yacía enroscado en el suelo contra

la pared. Era evidente que le habían dado una buena paliza, porque tenía

el

ojo amoratado, y la hinchazón hacía que estuviera prácticamente cerrado.

Una luz heladora emergía a través de la abertura, mientras el ojo derecho,

que permanecía intacto, desprendía una mirada llena de patética

desesperación. Dos jóvenes y apuestos policías estaban sentados en un

banco de madera fumando

cigarrillos.

Empujaron a Gao Yang contra la pared, junto al joven con cara de

caballo, y mientras ambos se escrutaban mutuamente, el otro hombre

torció la boca y asintió con la cabeza significativamente. Gao Yang estaba

seguro de que conocía de algo a aquel tipo, pero no era capaz de

recordarlo. ¡Maldita sea!, se

lamentó. ¡Aquel cacharro ha debido
freírme el

cerebro!

Los cuatro policías estaban
hablando: con un hijo de puta como
ése

tienes que golpear primero y
preguntar después. Vive en su propio

mundo, sin importarle todo lo que
haya a su alrededor. Ese hijo de puta
de

Gao Ma saltó por una tapia y se escapó. Vosotros dos, idiotas, volved y

colocad un cartel de *Se busca*. ¿Por qué el viejo Zheng y Song Anni no han

vuelto todavía? Tenían la tarea más fácil. Esa vieja dama tiene un par de hijos. Aquí vienen el viejo Zheng y Anni.

Escuchó el largo y prolongado llanto

de una mujer y, según advirtió,
alguien más lloraba en la sala. El
joven policía llamado Guo tiró el
cigarrillo al suelo y lo aplastó con el
talón.

—Que se vayan al infierno las
mujeres —murmuró con desdén—.

Lo único que saben hacer es llorar y
volverte loco. Trae acá a nuestro
joven héroe.

Luego dijo señalando con la barbilla al joven con cara de caballo:

—No podrías sacarle una lágrima aunque le pusieras una nava ja en el cuello.

El joven con cara de caballo replicó ruidosamente:

—¿Llo-llo-llorar por tipos como tú?

Durante un instante, los policías se quedaron mudos de asombro

antes de echarse a reír. Cabeza de Tambor se dirigió a su compañero:

—¡Por lo que parece, Kong, compañero, te-te-tenemos aquí a tu hermano!

Eso no le sentó demasiado bien al tartamudo.

—¡Que-que te den por el culo, Tambor, viejo camarada! —replicó.

El problema en el habla del joven con cara de caballo avivó los

recuerdos de Gao Yang. Fue el exaltado que destrozó el teléfono del administrador.

Los dos oficiales de policía —un hombre y una mujer— entraron en

la sala empujando a una mujer anciana que llevaba el pelo alborotado. En

cuanto consiguieron que se sentara en el suelo, ésta comenzó a golpearlo

con los puños y a gritar entre

sollozos.

—Dios mío, Dios mío... Estoy condenada, Dios mío... Mi propio marido, cómo me ha podido hacer esto, dejándome aquí, completamente sola. Baja y llévame contigo dondequiera que estés, Dios mío...

La mujer policía, que apenas había cumplido los veinte años, llevaba el pelo corto, tenía grandes ojos y largas pestañas —una joven muy

hermosa cuyo rostro ovalado estaba encendido por el calor—.

—¡Deja de gritar! —espetó.

El ceño fruncido de su rostro asustó a Gao Yang, que nunca antes

había visto una ferocidad así en una mujer. Llevaba unos zapatos de punta

marrones hechos de cuero, tacones altos y de su cinturón colgaba una

pistola enfundada. Miró con el ceño fruncido para mostrar el desagrado

que le producía ser escudriñada tan minuciosamente. Gao Yang bajó la cabeza y, en el momento en el que la volvió a subir, vio un par de gafas de sol de espejo ocultando los ojos de la mujer policía, que estaba pateando a la anciana en el suelo.

—¿Todavía estás llorando? ¡Astuta perra vieja, anciana contrarrevolucionaria!

La anciana gritó de dolor.

—Ah, mujer de corazón cruel, me...
me estás haciendo daño.

Uno de los jóvenes policías se tapó
la boca y rió disimuladamente.

—Parece, Song —se burló—, que
has conseguido herirla.

La mujer policía se sonrojó y le
escupió.

La anciana todavía estaba
sollozando.

—Tía Fang —dijo Bigotes Zhu—,
reprímete. Tarde o temprano,

tendrás que afrontar las
consecuencias de tus hechos y llorar
no va a

ayudarte.

—Si no paras —amenazó la mujer
policía—, voy a coserte la boca

para que la mantengas cerrada.

/

La anciana levantó la mirada y gritó históricamente:

.73

—Adelante, cósela. Pequeña hija de puta, nadie debería ser tan

despiadado a tu edad. ¡Si sigues así, no tendrás un hijo ni de un idiota!

. *

Mientras sus compañeros se morían de risa, la mujer policía trató de

volver a darle una patada, pero el hombre llamado Zheng la detuvo.

Gao Yang conocía a la mujer que lloraba y armaba todo ese jaleo: era

Cuarta Tía Fang. Ella no se había dado cuenta de que sus manos estaban

atadas hasta que trató de limpiarse las lágrimas y la vista de las brillantes

esposas hizo que volviera a estallar.

—Camaradas —metió baza Zhu—, todo esto nos ha dado un montón de problemas. Vamos a comer algo.

El recadero del restaurante local se dirigió a la comisaría en su bicicleta, agarrando una cesta de comida con una mano y unas cuantas botellas de cerveza con la otra, y dejó que la bicicleta girara por sí sola. Se

detuvo en una parada que había en la puerta y se bajó de la bicicleta con la comida y la cerveza.

—No cabe duda de que ese chico sabe montar en ese cacharro

—dijo Zheng.

Bigotes Zhu se giró para saludar al chico de los recados.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Hoy hay muchas fiestas. Sólo en

las oficinas municipales hay

cinco, además de una en la cooperativa de abastecimiento y comercio, una

en el banco y otra en el hospital. No he dado abasto aquí, por no hablar de

las aldeas que hay cerca de la ciudad.

—Menuda mina de oro tenéis montada —dijo Zhu.

—Tal vez para el jefe, pero lo que es

yo, no he parado de pedalear y

no me va a dar un céntimo más de lo que gano ahora —dijo mientras abría

la cesta de comida, que estaba llena de carne, pescado y aves. Los aromas

incitantes que emanaban de ella hicieron que Gao Yang empezara a salivar.

—Vuelve a poner la tapa en su sitio hasta que arregle un poco la

habitación —dijo Zhu.

—Date prisa, porque todavía tengo que ir a casa del secretario Wang,

en la Aldea Norte. Llamó para preguntar dónde estaba su pedido.

—Encuentra una habitación vacía para los prisioneros —dijo

Zheng.

—¿Dónde se supone que voy a encontrar una habitación vacía?

—preguntó Zhu.

—Mé-méte los en el camión —
sugirió entonces el policía tartamudo.

—¿Quién se hará responsable si se
escapan?

—Espósalos a un árbol —dijo
Cabeza de Tambor—. De ese modo,
también estarán un poco a la sombra.

—¡Vamos, levantaos! —ordenó uno
de los policías a los prisioneros.

Gao Yang fue el primero en incorporarse, seguido por el joven con

cara de caballo. Cuarta Tía Fang permaneció en el suelo, llorando.

—No pienso levantarme. Si voy a morir, lo haré con un tejado sobre mi cabeza...

—Señora Fang —dijo Zheng—, si te sigues comportando así, tendremos que emplear la fuerza.

—¿Y qué? —gritó—. ¿Qué vais a hacer, golpearme hasta la muerte?

—No, no voy a golpearte hasta la muerte —replicó Zheng con

desdén—, pero si te niegas a obedecer las órdenes y decides armar

alboroto, tengo todo el derecho a utilizar la fuerza. Puede que no sepas

cómo te hace sentir la electricidad, pero tu segundo hijo lo sabe muy

bien.

Zheng sacó de su cinturón una porra eléctrica y la agitó delante de ella.

—Si no te pones de pie cuando cuente hasta tres, vas a probar de esto. Uno...

—Adelante, hazme probar un poco.
¡Cerdo!

—Dos...

—¡Vamos, dame con eso!

—¡Tres! —gritó Zheng mientras colocaba la porra debajo de la nariz de Fang. Ésta lanzó un grito y rodó por el suelo antes de ponerse de pie.

Mientras el otro policía reía, el que se llamaba Guo señaló al hombre con cara de caballo. \

f

—Este hijo de puta se encuentra en su propio mundo —dijo—. Ni

siquiera le perturba una sacudida eléctrica.

—Estás de broma —replicó Zheng,

—Si no me crees, pruébalo.

Zheng apretó el botón que encendía la porra y que lanzaba chispas

verdes de electricidad.

—No te creo —dijo, tocando el
cuello del joven.

No se produjo ni una contracción
nerviosa, sólo una sonrisa
desdeñosa.

.75

—Qué extraño —se maravilló Zheng
—. A lo mejor está estropeada.

—Sólo hay una forma segura de
averiguarlo —sugirió Gao.

—Imposible —masculló Zheng, y luego tocó su propio cuello con ella, lanzando un agudo chillido mientras dejaba caer la porra. Sujetándose

la cabeza con las manos, se derrumbó en el suelo.

El otro policía se echó a reír.

—Eso es lo que llamamos probar la ley con el legislador —comentó

Gao sarcásticamente.

Caminaron aproximadamente cincuenta pasos por el amplio patio

del complejo. Gao Yang iba conducido por el policía tartamudo, el joven

con cara de caballo estaba custodiado por uno de los policías jóvenes y

Cuarta Tía Fang iba arrastrada por Zheng y la mujer policía* El camino conducía a la carretera provincial, a

cuyos lados se extendía una docena de

elevados álamos, cada uno de ellos tan grande y redondo como una bañera.

Les quitaron las esposas y empujaron a los prisioneros contra los

árboles, con los brazos doblados hacia atrás alrededor de los troncos, de

tal modo que su escolta policial

pudiera ponerles las esposas.

—¡Ah! ¡Maldita sea, me estás rompiendo los brazos! —se quejó

Cuarta Tía Fang.

—Li-limítate a quedarte en el lugar seguro —dijo el tartamudo a

Song Anni, la mujer policía.

Su respuesta fue un perezoso bostezo.

Todos los policías volvieron al interior de la comisaría para

disfrutar

de la comida y de la cerveza, ahora que sus prisioneros estaban atados a los

árboles; pero éstos enseguida resbalaron por los troncos hasta que acabaron sentados en el suelo, con los brazos doblados a su espalda.

La sombra seguía virando hacia el este, hasta que los últimos rayos de sol de la tarde incidieron

directamente

sobre los prisioneros. Las cosas se habían puesto feas para Gao Yang, que

sentía como si los brazos le fueran a la deriva, dejándole una sensación

ardiente en los hombros. El joven con cara de caballo que había junto a él

estaba vomitando escandalosamente. Gao Yang se giró para mirarle.

La cabeza caída al final del largo
cuello del joven le obligaba a

enderezar los omóplatos. Su pecho
palpitaba con violencia y el suelo

estaba cubierto de una sustancia
pegajosa y desagradable, una mezcla
de

rojo y blanco; las moscas salieron de
las letrinas y revolotearon por
encima

de él. Gao Yang giró la cabeza

mientras sentía cómo su estómago se contraía y un torrente de aire se precipitaba ruidosamente por su garganta.

Su boca se abrió de par en par y emanó un líquido amarillo.

La desconsolada Cuarta Tía, que se encontraba a su izquierda,

comenzó a hipar y ahora incluso sus llantos habían empezado a remitir.

¿Estaba muerta? Alarmado por este

pensamiento, se giró para mirarla.

No,

no estaba muerta. Estaba tratando de recuperar la respiración y, si sus

brazos no estuvieran atados con tanta tuerza por detrás de su espalda, se

habría derrumbado boca abajo sobre el suelo. Había perdido uno de los

zapatos y mostraba un pie oscuro y afilado, extendido hacia un lado,

donde las hormigas se arremolinaban

a su alrededor. Su cabeza no tocaba el suelo, aunque sí lo hacía su pelo gris.

No estoy llorando, murmuró Gao Yang para sus adentros. No estoy llorando.

Haciendo acopio de toda su energía, se puso de pi[^] y apretó la

espalda contra el tronco con toda la fuerza que pudo, para poder quitar

algo de presión en sus brazos. Song
Anni, la mujer policía, apareció para
inspeccionar la escena. Se había
quitado la gorra, alisando su espeso
cabello negro, pero no se quitó las
galas de sol mientras se limpiaba sus
labios húmedos y brillantes con un
pañuelo que rápidamente cubrió su
boca al contemplar el vómito que
había dejado el joven con cara de
caballo.

—¿Va todo bien por aquí? —
preguntó con voz apagada.

A Gao Yang no le apetecía responder
y Cuarta Tía era incapaz de

hacerlo, así que todo estaba en
manos del joven con cara de caballo.

—¡No hay pro-problema, así que ya
te puedes ir a tomar por el

culo!

Aterrorizado al pensar que iba a
golpear al joven, Gao Yang se giró

para mirar hacia él. Pero la mujer policía se había dado la vuelta y se alejó,

con la boca tapada por el pañuelo.

—Honorable hermano —dijo Gao Yang, esforzándose por pro-

nunciar alguna palabra—, no hagas que las cosas se pongan peor de lo que

ya están.

El joven se limitó a sonreír. Su

rostro estaba pálido como una hoja de papel.

.77

La mujer policía regresó con Zhu y Zheng a remolque. Zhu llevaba

un cubo de metal y Zheng portaba tres botellas de cerveza vacías,

mientras la mujer policía sujetaba un cacillo.

En el grifo la presión del agua era tan

intensa que hacía que el cubo de Zhu emitiera un canturreo; lo había llenado hasta el borde y lo arrastraba sin cortar el agua, que se extendía sobre los ladrillos y las baldosas del suelo. El aire transporto la fragancia a agua fresca hasta el lugar donde se encontraba Gao Yang, que la inhalaba profundamente. Era casi como si una bestia extraña en su estómago estuviera gritando:

«Agua... Su Excelencia... Sé misericordioso... Agua, por favor...».

Apenas

Zheng puso una de sus botellas bajo el grifo, ésta se llenó hasta el borde y,

a continuación, se dirigió hacia Gao Yang con tres botellas llenas.

—¿Quieres un poco?

Gao Yang asintió enérgicamente. Podía oler el agua y la imagen del

rostro hinchado de Zheng le llenó de tanta gratitud que casi se echó a llorar.

Zheng colocó una de las botellas en la boca de Gao Yang, que la

sujetó con los dientes y la chupó sediento, tomando un trago enorme

hasta el punto de que un poco de agua se le fue por el otro lado y

descendió por la tráquea. Tosió con tanta violencia que sus ojos se

pusieron en blanco. Zheng dejó caer la botella al suelo y comenzó a darle golpes en la espalda. El agua finalmente salió por la boca y la nariz de Gao

Yang.

—Despacio —dijo Zheng—. Hay mucha.

Después de haberse bebido las tres botellas de agua, Gao Yang

todavía seguía sediento. Le abrasaba

la garganta, pero por la mirada de desagrado que lucía el rostro de Zheng, advirtió que no sería prudente pedir más.

El joven con cara de caballo hizo un esfuerzo por ponerse de pie y

Bigotes Zhu le dio agua. Gao Yang miraba con codicia mientras el joven

bebía cinco botellas. Dos más que yo, protestó para sus adentros.

Cuarta Tía probablemente se encontraba inconsciente, ya que la mujer policía estaba echando agua sobre ella. Aunque era clara cuando la

echaba por encima, el agua se derramaba por el suelo teñida de una

.78

coloración grisácea. Su chaqueta de manga corta, hecha con una

mosquitera y desde hacía tiempo

alejada del agua y el jabón, recuperó con

el chapuzón algo de su blancura original. Con las ropas empapadas y

pegadas a la espalda parecía un esqueleto, con los omóplatos

sobresaliendo como si fueran riscos afilados. Tenía el pelo pegado al

cráneo, del cual goteaba el agua sucia hacia el suelo y formaba pequeños

charcos brillantes.

El hedor que emanaba su cuerpo hizo que a Gao Yang se le re-

volviera el estómago. Tal vez, pensó, ya esté muerta. Pero justo cuando

meditaba sobre esa terrible idea, vio cómo el cabello gris de la anciana se

levantaba lentamente, llevando hasta el límite el cuello de la pobre mujer.

El agua hizo que su cabello pareciera más fino que nunca, y lo único que

pensó en ese momento fue que las mujeres calvas eran mucho más feas

que los hombres calvos. A su vez, aquella escena le recordó a su madre,

que era calva cuando murió, y casi se echó a llorar.

\

Hubo un tiempo en el que su madre también fue una mujer de pelo

cano aunque llena de energía. Pero

todo eso cambió en mitad de la
Revolución Cultural, cuando su
hermoso cabello blanco fue
arrancado

por los campesinos de clase baja y
media. Tal vez se lo merecía, ya que
se

había casado con un terrateniente. ¿A
quién iban a atacar si no era a ella?

Un miembro fornido de mediana
edad de la familia Guo llamado
Qiulang

la agarró por el pelo y le bajó la cabeza con toda su fuerza.

«¡Inclínate, vieja

canosa!», gritó. Gao Yang la observaba desde la distancia y esa escena le

vino en ese momento a la mente con tanta intensidad como si fuera el día

en que sucedió. Podía oír llorar a su anciana madre canosa como si fuera

una niña pequeña...

Una vez recuperado el conocimiento
con el chapuzón, Cuarta Tía

pasó los labios sobre sus encías
desdentadas y comenzó a llorar como
una

niña...

—¿Tienes sed? —Escuchó cómo la
mujer policía preguntaba a

Cuarta Tía con un asomo de dulzura.

Pero en lugar de contestar, ésta comenzó a gimotear. Su voz era

ronca y al mismo tiempo estridente y sus lamentos carecían de la fuerza y

la viveza que tenían antes.

—¿Qué ha pasado con todos estos valientes que rompen cristales?

—preguntó la mujer policía mientras vertía otro cacillo de agua fría sobre

la cabeza de Cuarta Tía como gesto final antes de coger el cubo de agua y

dirigirse hacia Gao Yang.

Incapaz de ver sus ojos por culpa de las gafas de espejo, dirigió su

atención hacia la estrecha ranura que formaban sus labios fuertemente

apretados. Se estremeció al recordar por alguna razón a un cerdo

desmembrado y no dijo una sola palabra mientras ella dejaba el cubo en el

suelo. Sacó un poco de agua y la

lanzó contra el pecho de Gao Yang,
quien

con una reacción involuntaria
encogió el cuello entre los hombros y

emitió un extraño grito apagado. Ella
sonrió, con sus hermosos y

perfectos dientes brillando a la luz
del día, luego volvió a coger un poco
de

agua y la vertió por encima de la
cabeza de Gao Yang. Esta vez no se

estremeció, ya que sabía lo que le esperaba y después de que el agua fría

resbalara lentamente por su espalda y por su pecho, dejó unos churretes

grises sobre sus piernas.

Revitalizado al instante y con la cabeza

inusitadamente despejada, tuvo la sensación de que el agua fresca era la

mayor fuente de alegría que jamás había conocido. En ese momento,

mientras miraba la maravillosa boca de la mujer policía, le invadía una

inmensa sensación de agradecimiento.

Ella le empapó un par de veces más antes de dirigirse hacia el joven

con cara de caballo, cuyo rostro tenía una palidez mortecina, con un ojo

hinchado y cerrado y el otro abierto

de par en par, con el labio torcido en una sonrisa dedicada a la mujer policía. Insultada por aquella mirada, lanzó

con toda su fuerza un cacillo de agua y empapó el pálido rostro del joven, que también encogió el cuello entre los hombros.

—¿Qué dices a eso? —gruñó enfadada.

El joven sacudió su cabeza

empapada.

—Está fresca y es agradable —
respondió, todavía sonriendo—.

Simplemente maravillosa.

Ella lanzó otro cacillo y le salpicó el
rostro, sin importarle el lugar ni

la fuerza con la que le golpeaba.

—¡Ya te enseñaré lo que es fresco y
agradable! —gritó—. ¡Ya

veremos lo maravillosa que te

parece!

—Lo que es fresco y agradable es fresco y agradable... —gritó el

joven, retorciendo la cintura, lanzando patadas al aire con los dos pies y

sacudiendo la cabeza hacia atrás y hacia delante.

Tras tirar el cacillo contra el suelo, la mujer policía cogió el cubo y lo vació sobre la cabeza del joven.

Pero ni aún así consiguió aplacar su ira, de

modo que le golpeó varias veces en la cabeza con el borde del recipiente,

como si quisiera asegurarse de que caía sobre él hasta la última gota de

agua. Luego dejó caer el cubo y se colocó delante del joven, con las manos

en las caderas y el pecho palpitando.

Para Gao Yang, el sonido del cubo

golpeando contra la cabeza de

aquel joven era apagado y húmedo, y le produjo dentera.

El joven, que estaba escupiendo, apoyó su cabeza —que parecía

hincharse y adquirir cierto color caoba— sobre el tronco del árbol.

Gao

Yang escuchó cómo el estómago del joven hacía ruido y observó que su

cuello se estiraba hacia delante hasta

que los tendones parecieron estar a punto de atravesar su tirante piel. Intentó una y otra vez cerrar la boca, pero no podía. Entonces, de repente, la boca se ensanchó y un torrente de agua mugrienta salió a borbotones, golpeando en pleno pecho de la mujer

policía antes de que pudiera apartarse a un lado.

Ella gritó y dio un salto. Pero el

joven con cara de caballo estaba demasiado ocupado vomitando como para prestar atención a su pecho.

—Muy bien, Song —dijo Zheng, mirando su reloj—. Ya casi es la hora de cenar. Acabaremos con esto después de comer algo.

Bigotes Zhu cogió el cubo y el cacillo y se marchó detrás del viejo Zheng y de Song Anni.

Gao Yang escuchó cómo Bigo -

tes Zhu gritaba por el teléfono de la oficina para acelerar la entrega de las

albóndigas estofadas que había pedido, y sintió una enorme repulsa. Tuvo

que apretar los dientes para no regurgitar las tres botellas de agua que

acababa de beber y que tanto

necesitaba. El joven con cara de caballo

.81

todavía estaba vomitando, aunque ahora sólo tenía arcadas Isecas. Gao

Yang advirtió una espumosa hilera de esputos sangrientos en la comisura de la boca y sintió lástima por aquel joven de lengua afilada.

La luz del atardecer había perdido algo de fuerza; eso y el hecho de

que no sentía los brazos insuflaron a Gao Yang una sensación de

bienestar. Se levantó una ligera brisa que refrescó su cuero cabelludo, que

estaba bronceado por el sol y luego se empapó de agua hasta que sintió un

ligero hormigueo. En general, todavía se sentía bastante bien —de hecho,

se sentía tan bien que quería hablar

—. Las arcadas secas del joven con cara de caballo le estaban poniendo de los nervios, así que Gao Yang ladeó la cabeza y dijo:

—Vamos a ver, amigo, ¿no puedes detener las náuseas? Pero sus palabras no surtieron efecto. Las arcadas seguían produciéndose.

Un par de camiones y una pequeña furgoneta azul estaban aparcados

en el otro extremo del recinto municipal, donde una bulliciosa cuadrilla de

hombres cargaba cajas de cartón, armarios, mesas, sillas, taburetes.

Probablemente están ayudando a hacer la mudanza a algún oficial, dedujo

mientras miraba absorto toda aquella actividad. Pero, unos instantes

después, la presencia de todo aquello

era más de lo que podía soportar, así que miró hacia otro lado.

Cuarta Tía estaba arrodillada en silencio, con el pelo barriendo el suelo. Cuando Gao Yang escuchó un tenue ruido en la garganta de la anciana, pensó que se habría quedado dormida. Y, a continuación, pasó por delante de sus ojos otra imagen que se remontaba a la Revolución

Cultural: la de su anciana madre vilipendiada y apoyándose en el suelo con

las manos y las rodillas. Sacudió la cabeza para espantar algunas moscas

que revoloteaban por el apestoso charco que había delante del joven con

cara de caballo. Su madre se encontraba arrodillada sobre los ladrillos, con

los brazos en la espalda... Apoyó una mano en el suelo para aliviar el dolor,

pero una agresiva bota de cuero la pisó con fuerza... Ella gritó... Con los dedos doblados y retorcidos hasta el punto de no poder enderezarlos...

--Cuarta Tía —susurró—. Cuarta tía...

La anciana gruñó ligeramente, en lo que Gao Yang consideró que

era una respuesta.

El chico de los recados del restaurante llegó montando hábilmente

sobre su bicicleta. Esta vez, llevaba la comida en una mano y movía el manillar con la otra mientras se abría paso entre un par de álamos blancos, dejando tras de sí un aroma a vinagre y ajo.

Gao Yang miró la puesta de sol, cuya

luz era cada vez más tenue y

agradable. Sabía que los camaradas policías estarían en ese momento

mojando las albóndigas estofadas en la salsa de vinagre y ajo, y esto

encerraba un terrible significado oculto. Cuando acaben de comer, se

recordó a sí mismo, saldrán a meterme en una furgoneta de color rojo y

me llevarán... ¿A dónde me llevarán?

Sea donde sea, va a ser mejor que
estar atado a un árbol, ¿verdad?
Aunque, ¿quién sabe? Lo cierto es
que, tal

y como lo veía, no había ninguna
diferencia pasara lo que pasara. «El
corazón del pueblo está hecho de
acero, pero la ley es una fragua». Si
me

declaran culpable, me cortarán la
cabeza. Se volvió a levantar la brisa,

agitando las hojas de los álamos y transportando el aroma de una muía

lejana, que le heló el cogote. Se obligó a sí mismo a dejar de pensar en lo

que podría suceder.

Una mujer que llevaba un fardo apareció en la puerta del recinto,

donde discutió con un joven que no le dejaba pasar. Después de fracasar

en su intento de entrar, tomó el largo

camino que había alrededor del bosque de árboles. Gao Yang la observó mientras se aproximaba. Era

«6

Jinju, arrastrando pesadamente al bebé que llevaba en su vientre hasta el punto de que apenas podía caminar. Estaba llorando. El fardo que llevaba en sus manos era grande y redondo, con la forma y el tamaño exactos de

una cabeza humana. Pero cuando estuvo más cerca, Gao Yang observó

que sólo se trataba de un melón.

Como no tenía el ánimo suficiente para

mirarla a los ojos, Gao Yang suspiró y bajó la cabeza. Comparado con la

pobre Jinju, él no tenía motivos para quejarse. La gente debería tener en

cuenta las cosas positivas que hay en su vida.

—Madre... Madre... —Jinju se encontraba tan cerca que podía

tocarla—. Madre... Madre... ¿Qué te ocurre?

No estoy llorando, se recordó Gao Yang a sí mismo, no estoy

llorando, no estoy...

Jinju se puso de rodillas junto a Cuarta Tía y cogió entre sus manos la

cabeza gris y mugrienta de la vieja dama. Estaba llorando y gimiendo

como una anciana.

Gao Yang se sorbió la nariz, cerró los ojos e hizo un esfuerzo por escuchar los gritos de los granjeros que llamaban a su ganado en los campos. El rebuzno modulado y rítmico de una muía le llegó a los oídos.

Era el sonido que más temía de todos, así que volvió a mirar a Jinju y a

Cuarta Tía. Los suaves rayos anaranjados del sol iluminaban el rostro de

Cuarta Tía, que estaba rodeado por las manos de Jinju.

—Madre... Todo es por mi culpa...
Madre... Despierta...

Los párpados de Cuarta Tía se abrieron lentamente, pero el blanco de sus ojos apenas se dejó ver antes de que los párpados se volvieran a

cerrar, dejando salir un par de lágrimas cetrinas que resbalaron por sus

mejillas.

Gao Yang observó cómo la blanquecina y afilada lengua de Cuarta

Tía asomaba para lamer la frente de Jinju, como una perra que lava a su cachorro o una vaca que limpia a su ternero. Al principio la escena le

desagradó, pero se recordó a sí mismo que la anciana no habría hecho eso

si tuviera las manos libres.

Jinju sacó el melón del fardo, lo partió con un certero golpe, sacó un poco de pulpa rojiza y la colocó entre los labios de Cuarta Tía, que comenzó a lloriquear como una niña.

Gao Yang dirigió su atención al melón, cuya presencia hacía que

sintiera nudos en el estómago. Le invadió la ira. ¿Qué pasa conmigo?, se

reprochó a sí mismo. Hay suficiente para todos.

El joven con cara de caballo, que había dejado de tener arcadas

—Gao Yang estaba demasiado ocupado observando a Jinju como

para

darse cuenta de ello—, se había deslizado por el tronco que ayudaba a

mantenerle cautivo, hasta que se sentó en la base del árbol, sacudiendo la

cabeza y con el cuerpo inclinado hacia delante. Parecía estar haciendo una

reverencia.

Madre e hija empezaron a gemir, sin lugar a dudas revividas por el melón que acababan de devorar. Eso es lo que pensó Gao Yang, pero se sorprendió al ver que ni siquiera se habían acabado una rodaja. Jinju estaba acunando la cabeza de su madre entre sus brazos y lloraba tan amargamente que todo su cuerpo se agitaba.

—Querida Jinju... Mi pobre niña —

lloraba también Cuarta Tía—.

No tenía que haberte golpeado... No volveré a entrometerme en tus

asuntos... Ve y reúnete con Gao Ma... Vivid juntos y felices...

Los camiones, cargados con tantos muebles que casi sobresalían, se

dirigieron con paso vacilante hacia ellos. La policía, una vez acabada la

comida, apareció con ganas de conversación y cuando Gao Yang

escuchó

cómo se aproximaban sus pasos,
volvió a sentir miedo. Un camión
crujía

y chirriaba mientras avanzaba, y los
últimos rayos de sol se reflejaban
con

fuerza en el parabrisas, detrás del
cual se sentaba un conductor de
rostro

encendido.

A continuación, sucedió algo que Gao Yang nunca podrá olvidar. El

camino era estrecho y el conductor probablemente había bebido

demasiado. El destino habría sido un poco más favorable con el joven con

cara de caballo si no hubiera tenido una cabeza tan larga, pero una pieza

triangular de metal que sobresalía de aquel vehículo tan cargado le golpeó

la frente y le abrió un terrible tajo,

que por un instante fue blanco antes de

que empezara a emanar un chorro de sangre espesa. De su boca salió un

quejido mientras el cuerpo se lanzaba todavía más hacia delante.

Sin

embargo, a pesar de su extraordinaria longitud, su cabeza se detuvo cerca

del suelo, ya que los brazos aún estaban atados alrededor del árbol.

La

.89

sangre salpicaba la carretera curtida por el sol que se extendía ante su cuerpo.

Los policías se quedaron congelados en su camino.

El viejo Zheng rompió el silencio maldiciendo al conductor de rostro enrojecido con terrible furia.

—¡Maldito bastardo hijo de puta!

El policía tartamudo rápidamente se quitó su casaca y envolvió con ella la cabeza del joven.

Capítulo 4

El ajo en la tierra negra, el jengibre en el suelo arenoso, las ramas de sauce para

las cestas, las cañas de cera para los cestos, el ajo verde y el ajo blanco para freír

pescado y carne, el ajo negro y el ajo podrido para crear una montaña de abono...

Extracto de una balada cantada por Zhang Kou a los funcionarios

públicos municipales durante la sobreabundancia de ajo.

Cuarto Tío golpeó a Jinju en la cabeza con la cazoleta de su pipa, que estaba hecha de bronce rojo,

haciendo que cayera de bruces al suelo, enfadada y humillada.

—¡Eres un bruto! —gritó—. ¡Me has golpeado!

—¡Te lo has buscado! —replicó una enrabiada Cuarta Tía—.

¡Tienes suerte de que no matamos a las personas inmorales como tú!

—¿Que yo soy inmoral? ¿Y qué me dices de vosotros? —gritó

Jinju—. Sois una pandilla de

matones...

—•Jinju! —la cortó bruscamente
Hermano Mayor Fang Yi- jun—.

¡No te permito que hables a tu madre
de ese modo!

Después de golpear a Gao Ma en el
suelo, los hermanos Fang se

quedaron vigilándole bajo la
temblorosa luz de la lámpara, que
lucía

amenazadora. Jinju se incorporó para

limpiar su frente abrasada y cuando retiró la mano vio la sangre que había en ella.

—¡Mirad lo que habéis hecho! — gritó.

La silueta de Hermano Mayor Fang Yijun cambió irregularmente bajo la luz de la lámpara.

.90

—La primera regla para un hijo o

una hija —dijo—, es escuchar a sus padres.

Jinju replicó desafiante.

—¡No pienso escucharles y no voy a formar parte de ese falso pacto de matrimonio!

—Su problema es que no la hemos golpeado lo suficiente —co-

mentó Segundo Hermano Fang Yixiang—. Está demasiado mimada.

Jinju agarró una pipa y la arrojó contra su hermano.

—¿En ese caso, golpéame, maldito matón, ven a golpearme!

—¿Es que has perdido el juicio? — preguntó Cuarto Tío, sacudiendo

la cabeza. Bajo la luz de la lámpara de queroseno, su rostro parecía estar

hecho de bronce.

—¿Y qué si lo he perdido? —replicó dando una patada a la mesa.

Cuarto Tío se levantó como un viejo león, furioso. Volvió a coger su

pipa y la lanzó salvajemente contra la cabeza de Jinju, que se protegió con

sus brazos, esquivando el cuenco y gritando de terror.

Mientras la atención de los hermanos Fang se había desviado, Gao

Ma se puso de pie.

—Es a mí a quien queréis —dijo.

Un escalofrío recorrió el corazón de Jinju mientras observaba cómo

Gao Ma se tambaleaba penosamente.

Los hermanos se giraron. Mientras el mayor trataba con denuedo de

mantener el equilibrio, el más joven permanecía erguido y firme, mientras

Gao Ma echaba a correr, directo a una cerca, que protestó ruidosamente

antes de venirse abajo, llevándose consigo a Gao Ma. La valla tenía

como

misión proteger el jardín de verduras de la familia y, más tarde, cada vez

que Gao Ala recordase ese episodio, se acordaría del olor a pepinos

frescos que salía de ella.

—¡Sacadlo de nuestra propiedad! —
ordenó Cuarto Tío.

Dirigiéndose hacia la valla caída, los hermanos agarraron a Gao Ma

por los pies y le arrastraron hacia el otro lado de la puerta. Era un hombre

tan grande que el hijo mayor casi se dobla del esfuerzo.

Jinju rodó por el suelo, llorando lastimosamente.

.91

—Desde que eras un bebé —se quejó su madre— lo único que has

aprendido a hacer es comer y vestirte. Te hemos mimado

demasiado.

¿Qué quieres ahora de nosotros?

Jinju escuchó un ruido seco seguido del golpe de la puerta de lantera,

y supo que sus hermanos habían echado a Gao Ma. Ambos proyectaban

una sombra terrible y distorsionada —una larga y una corta— que la

llenaba de desagrado. Su corazón se encogió, se sentó sobre la valla

caída,

donde lloró y lloró, hasta que su angustia y su humillación quedaron

sumergidas en una sensación de remordimiento que empezó como un

pequeño goteo pero que acabó por convertirse en una inmensa marea. A

continuación, como ya no tenía más lágrimas que derramar, se levantó

furiosa buscando algo que destruir. Desafortunadamente, se sentía

demasiado mareada como para
mantenerse de pie y volvió a
desplomarse

sobre la valla. Sus manos se
perdieron en la oscuridad que se
extendía ante

ella y aterrizaron en una enredadera
espinosa cubierta de pepinos tiernos.

En su frenesí, los arrancó lo más
rápidamente que pudo, luego
desgarró la

enredadera, arrancándola del suelo, y la arrojó hacia su padre, que se

encontraba sentado junto a la mesa chupando su pipa. La enredadera se

retorcó en el anillo que formaba la luz de la lámpara, como una serpiente

moribunda. Pero en lugar de golpear al padre, aterrizó sobre la

desordenada mesa. El hombre dio un brinco, y su madre hizo lo mismo.

—¡Pequeña bastarda rebelde! —
gritó el padre.

—Vas a matarnos a todos. ¿Es eso lo
que quieres? —se quejó la
madre entre lágrimas.

—Jinju, ¿cómo has podido hacer una
cosa así? —preguntó seve-
ramente Hermano Mayor.

—¡Golpeadla! —lanzó Segundo
Hermano.

—¡Adelante, golpeadme! —gritó
mientras se ponía torpemente de

pie y cargaba contra Segundo
Hermano, que se apartó a un lado y
la agarró

por el pelo mientras pasaba.

Apretando los dientes, la agitó varias
veces

antes de lanzarla contra el jardín,
donde rompió, arrancó o aplastó todo
lo

que había a su alcance, gritando a pleno pulmón. Cuando acabó con los pepinos, dirigió toda su ira hacia su propia ropa.

.92

—¿Por qué has hecho eso? —se quejó Hermano Mayor a Segundo

Hermano—. Mientras nuestros padres vivan, sólo ellos tienen derecho a

enseñarle disciplina. Nosotros sólo

podemos razonar con ella.

Segundo Hermano resopló con desprecio:

—He hecho todo lo que he podido por ti —dijo—. Has conseguido

una esposa y ahora te crees que eres mejor que los demás.

En lugar de replicarle, el tullido Hermano Mayor cojeó por la valla

caída, se agachó y trató de ayudar a levantarse a su hermana. Pero sus

manos frías solamente aumentaron su enfado y Jinju se liberó de ellas.

—Hermana —imploró después de enderezarse—. Por favor, hazme

caso. Levántate y deja de llorar. Nuestros padres se están haciendo viejos.

Nos han cambiado los pañales y limpiado cuando mojábamos la cama,

criándonos hasta que nos hemos

convertido en adultos. Lo último que ahora necesitan es más quebraderos de cabeza.

Jinju todavía estaba llorando, pero su ira comenzó a remitir.

—Todo es culpa mía. Como no puedo conseguir una esposa por mí mismo, tengo que utilizar a mi hermana pequeña como moneda de cambio...

Mientras hablaba, balanceaba su pierna coja hacia delante y hacia atrás, provocando que las zarzas que había bajo su pie se partieran y se quebraran.

—Soy un inútil...

De repente, se agachó y empezó a golpearse la cabeza con los puños.

Enseguida comenzó a llorar como un niño pequeño. Su dolor y

desesperación ablandaron el corazón de Jinju y convirtieron sus gemidos en sollozos.

—Vete y vive tu vida. No necesito una esposa. Seguiré soltero hasta el día que me muera...

La madre caminó hacia él.

—Levantaos los dos —dijo—. ¿Qué van a pensar los vecinos si os ven peleando como perros y gatos?

—¡Levantaos! —repitió el padre severamente.

Hermano Mayor, obediente, hizo que las zarzas crujieran mientras se levantaba.

.93

—Padre, madre —dijo entre sollozos—, haré lo que vosotros digáis.

Jinju permaneció un poco más sobre la valla antes de ponerse de pie.

Mientras tanto, Segundo Hermano entró en la casa y encendió la

radio a todo volumen. Un cantante de ópera estaba gritando: *Wah-wah*.

Hermano Mayor colocó un taburete detrás de Jinju y extendió las manos sobre sus hombros.

—Siéntate, hermana. «Los vientos huracanados siempre cesan y las

familias pronto regresan a la paz». No puedes confiar en los extraños,

pero

tus hermanos siempre estarán a tu lado.

Demasiado débil como para mantenerse en pie, Jinju cedió a la

amable presión de sus manos y se sentó. Y lo mismo hicieron el padre y la

madre, él para volver a turnar su pipa y ella para encontrar una manera de

hacer entrar en razón a su hija.

Mientras tanto, Hermano Mayor entró en

la casa con la intención de mezclar un poco de pasta de fideos para

extenderla en la cabeza herida de su hermana. Pero ella lo rechazó cuando

éste trató de embadurnarla.

—Sé una buena chica —dijo—, y déjame que te aplique un poco de

esto.

—¿Por qué la tratas así? —preguntó el padre—. ¡No tiene el menor sentido de la vergüenza!

—Mira quién habla —replicó Jinju.

—Vigila esa boca —amenazó su madre.

Hermano Mayor agarró su taburete y se sentó junto con los demás.

Una estrella fugaz asomó mientras atravesaba la Vía Láctea.

—Jinju, ¿recuerdas cuando tenías dos años y te llevé a ti y a nuestro

hermano a pescar al río? Cuando llegamos te senté en la orilla para que él y

yo pudiéramos echar las redes y, cuando me di la vuelta, ya te habías ido.

Casi me muero del susto. Pero Segundo Hermano gritó: «¡Ahí está!». Y

cuando miré, estabas revoleándote en el agua. Así que agarré la red y te

atrapé de un solo intento. ¿Recuerdas lo que dijo Segundo Hermano?

«¡Esta vez sí que has atrapado a un pez enorme!» Por entonces, mi pierna

todavía estaba sana. El hueso no empezó a reblandecerse hasta al año

siguiente...

A continuación, se detuvo y suspiró. Luego continuó con una risa

desdeñosa:

—Han pasado casi veinte años y ahora ya eres toda una mujer.

Más suspiros.

Jinju escuchó las agudas pisadas del potro castaño mientras corría

por delante de la puerta y bajaba hasta el borde de la era y percibió los

chillidos de los periquitos que procedían del patio de Gao Zhileng,

pero

eso no le hizo reír ni llorar.

El padre se levantó después de golpear su pipa contra la planta de su zapato y tosió unas cuantas veces.

—Es hora de acostarse —dijo, mientras se dirigía hacia el interior de

la casa. Unos minutos más tarde, apareció con una enorme llave de latón

para cerrar la puerta. *Zas*. La atrancó.

A la noche siguiente, la propiedad de los Fang era un hervidero. Los dos hijos habían sacado una mesa octogonal y tomaron prestados cuatro bancos de la escuela elemental. La madre se encontraba en la cocina, donde el *wok* chisporroteaba con fuerza. Jinju se encontraba dentro de la casa —su pequeña habitación

estaba aparte de la de sus hermanos
— escuchando el jaleo que había
fuera. No había salido de su cuarto
en todo el día y Hermano Mayor, que
permaneció en casa en lugar de ir a
atender los campos, entraba cada
cierto tiempo para mantener una
breve conversación con su hermana,
pero ésta se tapaba con la manta por
encima de la cabeza y no le
recompensaba ni con una sola

palabra como respuesta.

El padre y la madre se encontraban hablando entre susurros en la habitación exterior.

—Todos están marchitos y amarillos —dijo ella—, y envolverlos en plástico no va a servir de nada.

Jinju percibía el olor del ajo.

—No los has sellado lo suficientemente bien —dijo el padre

—. No

se habrían secado o puesto amarillos si hubieras sacado todo el aire.

—No sé cómo el gobierno se las arregla para mantenerlos tan verdes

y bonitos durante todo el invierno, como si los acabaran de arrancar de la

tierra —comentó la madre.

—Almacenamiento en frío, así es como lo hacen. Cuando estás

dentro de uno de esos congeladores
tienes que llevar abrigo y pantalones
forrados, incluso en pleno verano.
Así ¿cómo se van a estropear?

.95

—Deja que sea el gobierno quien
haga las cosas —dijo la madre con
un suspiro de admiración.

—Siempre y cuando puedan seguir
exprimiendo al pueblo.

El *zuok* chisporroteaba todavía más,
inundando la casa con el olor
del ajo.

—¿Por qué no pedimos a Segundo
Hermano que vaya a hablar con
el adjunto Yang a la oficina
municipal?

—No —rechazó el padre—. Podría
hartarse de que recurramos
siempre a él y no volver jamás.

—Vendrá, Si no lo hace por nosotros, al menos lo hará por su sobrino.

—En realidad no es su sobrino — dijo el padre pesadamente.

Más tarde, cuando las lámparas se encendieron, Jinju escuchó voces en el patio y, por los fragmentos de conversación que pudo percibir, dedujo que entre los invitados estaban su futuro suegro, Liu Jia-

qing, y

Cao Jinzhu, el padre de su futura
cuñada, Cao Wenling. Los demás

miembros de la futura familia estaban
presentes, al igual que el adjunto

Yang, que trabajaba en el gobierno
municipal. Una vez que se
dispensaron

las debidas formalidades, llegó la
hora de beber.

Hermano Mayor se dirigió hacia la

habitación de Jinju con un

humeante pastel y un plato de cerdo con ajo frito.

—Hermana —dijo suavemente—, come algo. Luego lávate,

cámbiate de ropa y ven a saludar a tu futura familia política. Tu abuelo

político está preguntando por ti.

Ni una palabra, ni un sonido.

—No seas tonta —continuó diciendo

en voz baja—. Alguien tan

rico como el señor liu seguramente no vendrá con las manos vacías en un día como hoy.

Ni una palabra, ni un sonido.

tüü

Colocó la comida sobre el *kang* y salió invadido por el desanimo.

Fuera, en el patio, habían comenzado a beber y la fiesta empezaba a

caldearse. Se podía escuchar la voz del adjunto Yang por encima de la ie

los demás. A continuación, Jinju escuchó a su madre y a Hermano Mayor

susurrar en la habitación de al lado.

—¿Cuánto falta? —preguntó el hermano.

—Todavía media botella...

Doscientos gramos o más. ¿Es suficiente?

—De sobra. El adjunto Yang y el anciano Liu pueden pulirse ina botella entera ellos solos.

—¿Y si pedimos prestado un poco?

—¿A estas horas de la noche? Vete a por una botella vacía. Di-

uiremos lo que nos queda con agua e intentaremos que cuele.

—¿Qué pasa si no sabe igual? Seremos el hazmerreír.

—En este momento ya tendrán las papilas gustativas entumecidas.

Serán incapaces de saborear nada.

—Aun así, no me parece correcto.

—¿Qué es lo que no te parece correcto? En estos tiempos, allá donde

mires siempre hay alguien que trata de engañarnos con algo. El que no

devuelve el engaño es que es idiota. Pero si hasta el funcionario del

gobierno es deshonesto, ¿por qué no vamos a poder serlo os pobres campesinos?

La madre no dijo nada y, un minuto después, Jinju escuchó el onido del líquido derramado en el interior de una botella.

—¿No tenemos DDT?

—¡Bestia inmunda! —la madre trató de mantener la voz baja—.

Cómo puedes tener esos
pensamientos tan malvados?

—Dicen que un poco de DDT hace
que sepa como el verdade- o

Maotai.

—Vas a matar a alguien.

—No te preocupes. Sólo añadiré una
gota y es una botella nuy

grande. Lo peor que podría suceder
es que vomiten las lom- irices.

—¿Y qué me dices de tu padre?

—Es demasiado tacaño como para beberse una él solo.

Jinju se agitó repentinamente, retiró la colcha y se levantó. Miró el rollo de Año Nuevo que había colgado en la pared con un querubín vestido con un chaleco rojo sujetando un enorme melocotón rojo entre sus manos a modo de ofrenda.

—Ah, adjunto Yang, Viejo Maestro, padre —ése tenía que ser Cao

Jinzhu; sólo de pensarlo se ponía enferma—, prueben un poco de esta

delicia que mi hermano compró en el mercado del caballo. Dicen que sabe

un poco como el Maotai, pero como nunca hemos probado el Maotai, no

puedo asegurarlo.

Cao Jinzhu sorbió ruidosamente un par de veces.

—Nuestro amigo Octavo Tío ha viajado mucho. Si alguien lo ha probado, ése es él.

El adjunto Yang rió con suficiencia.

.97

—Sólo un par de veces. Una vez en la casa del secretario del Partido

Geng y otra en casa de Zhang Yunduan. Ochenta yuan por botella no

suponen nada para alguien tan rico como Zhang.

—Vamos, Octavo Tío, dínos si sabe como el Maotai —apremió

Hermano Mayor.

Jinju le escuchó relamerse los labios e imaginó que habría tomado un trago.

—¿Y bien?

Debió tomar otro, porque Jinju

escuchó cómo volvía a relamerse.

—Bueno, maldita sea, realmente sabe un poco como el Maotai.

—Fantástico —dijo el padre—.
Bebamos.

El querubín que había en la pared bajó la mirada hacia Jinju como si quisiera salir del cuadro.

Liu Jiaqing se aclaró la garganta.

—Padre de la novia —dijo—, he

escuchado que la chica tiene
mucho genio.

—No es más que una niña —replicó
el padre— y la mitad de las

veces no sabe lo que hace. Es
impetuosa, pero no se va a salir con
la suya

mientras me quede un gramo de
aliento en el cuerpo.

—No es extraño que alguien tan
joven tenga ideas propias —zanjó

Cao Jinzhu—. Wenling es igual.
Cuando se enteró de que

Jinju quería romper el acuerdo,
montó tal escena en casa que su
madre y

yo tuvimos que darle una paliza.

—Dame, padre, deja que te llene el
vaso —dijo Hermano Mayor.

—No quiero más, ya he bebido
bastante —objetó Cao Jinzhu—.

Esta bebida enseguida se me sube a

la cabeza.

—Eso es lo que hace una buena bebida —dijo el adjunto Yang—.

Pero una vez que la chica es adulta, no deberíais golpearla. En nuestra

nueva sociedad, va contra la ley golpear a una chica, aunque sea tu propia

hija.

—¡Me importa un rábano la ley! —espetó Cao—. Si no hace lo que

se le dice, la golpeo. ¿Quién va a impedírmelo?

—No seas testarudo —dijo el adjunto Yang—. ¿Un poco más de

bebida? Si hay una cosa a la que no tiene miedo el Partido Comunista es a

las personas cabezotas como tú. Va contra la ley golpear a una persona y

como no hay duda de que tu hija es una persona, golpear a tu hija es, por

definición, golpear a una persona y, por lo tanto, golpearla va contra la ley.

Si quebrantas la ley, te van a detener. Tú ves la televisión, ¿verdad?

Cuando el gobernador incumplió la ley, se lo llevaron esposado, como si

se tratara de una persona más. No me dirás ahora que tú eres más

importante que el gobernador, ¿verdad? Si me preguntas, te diré que

no

eres más que un apestoso trozo de ajo.

—¿Y qué si lo soy? —replicó enojado Cao Jinzhu. Desde dentro

sonó como si se acabara de poner de pie ruidosamente—. Si no fuera por

los pedazos de ajos apestosos como nosotros, los peces gordos del

gobierno como tú tendríais que rellenar la panza con el viento del

noroeste. Son nuestros impuestos los que pagan vuestros sueldos y os

llenan la mesa de buen vino y succulenta comida, para que luego no hagáis

más que pensar en la manera de chuparle la sangre al pueblo.

—Viejo Cao —el adjunto Yang se había puesto de pie y pro-

bablemente estaba apuntando a Cao Jinzhu con un palillo chino—, suena

como si tuvieras cuentas pendientes con el Partido Comunista. ¿Acaso

sois los únicos que pagáis nuestros sueldos? ¡Eso son bobadas! Estamos

en un subsidio gubernamental y si nos pasáramos todo el día tumbados a

la sombra observando cómo trepan las hormigas por los árboles

seguiríamos cobrando nuestro sueldo. Tu ajo podría pudrirse hasta que no

fuera más que un mejunje infecto y yo seguiría cobrando mi sueldo.

—Muy bien —intercedió el padre—, ya es suficiente. Ahora somos

familia, así que deberíamos apoyarnos mutuamente, en lugar de pelear.

—Es una cuestión de principios —insistió el adjunto Yang.

—¿Es que no has escuchado lo que un anciano acaba de decir?

—intervino Liu Jiaqing—. No es fácil establecer lazos familiares hoy en

día y como los asuntos nacionales tienen muy poco que ver con nosotros,

¿por qué nos vamos a preocupar por ellos? Será mejor que nos ocupemos

de los asuntos locales, como emborracharnos.

—¡Bien dicho, emborrachémonos!

—-repitió Hermano Mayor—.

¿Quieres un poco más de vino, Tío?

—Hermano Mayor —dijo el adjunto Yang—. Os lo advierto a los

dos. Veamos, ¿dónde está tu hermano?

Hermano Mayor le dijo que se había marchado.

—En cualquier caso, habéis golpeado a Gao Ma muy gravemente.

—¡Podrían haber golpeado a ese bastardo hasta la muerte y aún así no haber acabado de ajustar las cuentas! —dijo el padre.

—Cuarto Tío —prosiguió el adjunto Yang—, te comportas como si hubieras perdido el juicio. Sólo digo que es ilegal golpear a la gente.

—Ha deshonrado a mi familia. Él es la razón de que Jinju se comportara así.

—Interferir en los planes de boda de los demás es un asunto feo

—dijo Liu Jiaqing.

—Gao Ma ha presentado una denuncia contra ti —explicó el

adjunto Yang—. Le he echado, pero sólo porque somos familia. Si se

hubiera tratado de otra persona, no me habría molestado.

—Estamos muy agradecidos —dijo
Hermano Mayor.

—Dile a tu hermano que no vuelva a
levantarle la mano a nadie.

—Octavo Tío, sabes tan bien como
cualquiera, que mi hermano y yo

hemos sido ciudadanos honrados y
respetuosos con la ley desde nuestra

infancia. No habríamos recurrido a la
violencia si no nos hubiera

deshonrado.

—Si tienes que golpear a alguien, dale en el trasero, no en la cabeza.

—¿Qué opinas, Octavo Tío? ¿Qué crees que va a hacer?

—En un caso como éste...

Todos bajaron la voz, así que Jinju se acercó a la ventana y apoyó la oreja contra el papel pintado para escuchar lo que estaban diciendo.

—Wengling no tiene más que diecisiete años, es demasiado joven

como para registrarse como una mujer casada —dijo Cao Jinzhu.

—¿Hay alguna triquiñuela que podamos utilizar?

—¿Me estás pidiendo que haga algo improcedente?

—Lanlan no tiene más que dieciséis años, lo que es todavía

peor.

—El registro censal de Wengling se puede cambiar, pero no el de

Lanlan. Estamos hablando de un municipio distinto y por muy largos que

sean mis tentáculos, no puedo abarcar todo el cielo...

—Di a la chica que salga y déjame hablar con ella —dijo Liu Jiaqing

en voz alta. Su discurso sonó un poco borroso.

—Ve a buscarla —dijo el padre. Su voz también sonó borrosa.

Jinju se apartó rápidamente de la ventana y se tumbó en el *kang*,

tapándose la cabeza con la colcha. Las pisadas se acercaban cada vez más

y cuando se escondió en la oscuridad, comenzó a temblar.

Los días pasaron rápidamente

hacia el final del cuarto mes lunar. Jinju ya no era vigilada tan

estrechamente como antes: la puerta

dejó de estar cerrada con llave y tenía

permiso para salir durante el día. Hermano Mayor, que la trataba mejor

que nunca, incluso le compró un par de zapatos de piel de cerdo, que ella

se limitó a arrojar a los pies del *kang* sin ni siquiera mirarlos.

La mañana del día veinticinco, Hermano Mayor le dijo-

—En lugar de pasarte todo el día

deambulando por casa con cara

mustia, ¿por qué no vienes a ayudarme a coger alubias? Segundo Hermano

ha ido a ayudar al adjunto Yang a hacer briquetas y no me las arreglo solo.

Parecía una petición razonable, así que Jinju cogió su guadaña y le siguió hasta la puerta.

Los campos habían cambiado

notablemente en los dos meses que pasaron desde la última vez que los visitó. Los granos de sorgo maduros y

secados al sol habían adquirido un tono rojo oscuro, las barbas del maíz se

habían marchitado y las hojas de las alubias presentaban un tono amarillo

pálido. Bajo el cielo azul intenso la vista parecía interminable; el pequeño

monte Zhou parecía un enorme
abanico roto de color verde. Los
pájaros,

alejados de sus nidos, cantaban
ruidosamente en el cielo, un sonido
triste

que Jinju encontró especialmente
desagradable. No soportaba ver los
movimientos forzados de Hermano
Mayor mientras cortaba las alubias,
arrastrando su pierna lisiada.

Aquella pierna estaba
inexorablemente unida

a su destino y, después de dos meses
de confinamiento, a menudo había

soñado que se rompía la suya, y se
despertaba asustada, sin poder
respirar,

con los ojos bañados en lágrimas.

Su campo de alubias lindaba con el
campo de maíz de Gao Ma, que

todavía no había sido cosechado.

¿Dónde estás, Gao Ma? Pensó en el verano anterior, cuando un alto y fornido Gao Ma se acercó, silbando confiadamente, para ayudarlo a recoger el mijo. Todavía podía escuchar el

sonido de su voz y ver su figura. Pero cuanto más se refugiaba en el

pasado, más se le oprimía el corazón, ya que también podía escuchar el

sonido de los taburetes golpeando sobre la cabeza de Gao Ma, un sonido

líquido que daba vueltas en sus oídos. No habría creído que su amable y

decente Hermano Mayor hubiera sido capaz de cometer semejante

ferocidad si no lo hubiera visto con sus propios ojos.

—Siéntate allí si tienes miedo de que

esto te deje rendida —dijo

Hermano Mayor con una mueca—. Puedo arreglármelas solo.

En los rabillos de sus ojos, que parecían apagados y sin vida, se

marcaban unas profundas líneas.

Algo se ocultaba detrás de aquella

expresión, pensó, pero no fue capaz de ponerle nombre. Sin embargo, le

recordaba a la pierna que arrastraba por todo el campo. La cojera

deforme

llevaba consigo las cicatrices de la felicidad y le hacía merecedor de la

compasión de los demás; pero era espantosa y despertaba el desagrado de

.101

todos. Los sentimientos de Jinju hacia su hermano se correspondían con

los sentimientos que sentía por su

pierna: algunas veces compasión, y

desagrado el resto del tiempo.

Compasión y desagrado, un conflicto

emocional que todavía no había
resuelto.

El campo de maíz de Gao Ma se
agitaba al paso de la brisa, que le

despeinaba y se deslizaba por debajo
del cuello hasta enfriarla.

Pensar en Gao Ma hizo que se
convirtiera en algo peligroso y

necesario a la vez mirar su campo de maíz mientras protestaba agita-

damente entre la brisa. Las borlas y los tallos marchitos apenas con-

servaban un asomo de humedad y disfrutaban de la resistencia de su

juventud cuando se doblaban con el viento, con sus hojas de color es-

meralda balanceándose grácilmente con cada ráfaga como lazos de satén

hasta formar hermosas hondas

verdes. Esos pensamientos le
llenaron los

ojos de lágrimas, ya que ahora el
viento hacía que los tallos se

estremecieran mientras permanecían
erguidos y rígidos, de forma que los

movimientos gráciles de antaño no
eran más que un recuerdo.

Las hojas amarillas y marchitas de
las alubias susurraban entre las

plantas y se agitaban alrededor del

suelo. Jinju, después de clavarse una espina en el dedo, se miró las manos, que se habían vuelto suaves como consecuencia de los meses que habían pasado desde la última vez que salió

a trabajar a los campos. Suspiró sin saber muy bien por qué. Sintiendo la mirada de Hermano Mayor sobre ella, notó cómo aumentaban tanto el desagrado que sentía hacia él como

la añoranza de Gao Ma. Mientras su
guadaña se movía mecánicamente a
través del campo de alubias, una
liebre

de color arenoso asomó la cabeza a
través de su madriguera. No era más
grande que un puño y sus ojos
relucían negros y brillantes. Se hizo
un

ovillo como una pequeña bola de
pelo, aplastó las orejas sobre su
espalda

por el miedo y permaneció inmóvil.
Jinju tiró su guadaña y se dirigió
hacia

el parsimonioso animal. Se agachó y,
colocando su mano sobre él, sintió

que su corazón se inundaba de
compasión mientras pellizcaba
dulcemente

una de sus orejas, que eran como un
pétalo traslúcido. Lo cogió con

cuidado para no dañar sus orejas, y

cuando su blanda panza se apoyó sobre su palma y el pequeño animal olisqueó la mano de esa manera tan tímida y cautelosa que tienen de olisquear las liebres, se sintió profundamente conmovida.

—Coge un pedazo de cuerda y áatala —dijo Hermano Mayor, que se había acercado hasta donde ella estaba—. Tal vez quieras quedártela de

mascota.

Ella rebuscó en su bolsillo con la esperanza de encontrar algo, pero

estaba vacío. Mientras buscaba en el suelo, su hermano se quitó

silenciosamente un cordón de su zapato y lo ató alrededor de la pata de la

liebre.

Jinju bajó la mirada hacia el pie descalzo que asomaba en el extremo

de la pierna coja de Hermano Mayor.
Estaba cubierto de una capa de

barro y brillaba como el esmalte. Su
hermano llevó la liebre al borde del

campo y la ató a uno de los tallos de
maíz de Gao Ma. Después cortó un

tallo viudo, lo limpió y lo masticó
para extraer su dulce savia.

Cada vez que Jinju miraba la liebre,
algo que hacía a menudo, veía

cómo ésta luchaba por liberarse,

peleando con tanta fuerza contra el cordón del zapato que parecía como si tratara de separarse de la extremidad atada para poder escapar apoyándose en las otras tres.

Finalmente, Jinju se acercó a ella, deshizo el lazo, desató el extremo que

estaba enrollado alrededor de su pata y la dejó libre. Mientras observaba cómo saltaba y desaparecía entre los

antño hermosos pero ahora

disecados tallos, una vaga sensación de esperanza inundó su espíritu. Un

secreto oscuro y sin límites se encontraba oculto entre todo aquel maíz.

—Tienes el corazón de un Bodhisattva, hermana —dijo Hermano

Mayor mientras se acercaba—. Algún día, tu bondad se verá

recompensada.

Su aliento a ajo le puso enferma.

Aquel día, durante el almuerzo, a Jinju la trataron con afecto,

probablemente porque todo el mundo se había enterado de lo compasiva

que había sido aquella mañana.

Durante la temporada de cosecha de

otoño, cuando todos desearían haber tenido otro par de manos, no

podrían vigilarla todo el tiempo. Así que, después del almuerzo, Jinju se fue al pozo a coger agua. El padre y la madre la siguieron con la mirada, pero ninguno dijo una palabra. Ella regresó con dos cubos llenos, los vació en el barril de agua y luego regresó a por más. Su instinto le decía que

se había ganado su confianza.

Decepcionada por no haber podido

ver a Gao Ma, sin embargo fue saludada por las vecinas que se apostaban alrededor del pozo, y las

.103

expresiones extrañas que creyó ver en sus ojos se desvanecieron cuando miró con mayor detenimiento. Quizá todo son imaginaciones mías,

pensó. En su tercer viaje al pozo, se encontró con la esposa de

Yu Qiushui, el vecino de Gao Ma, una enorme mujer de treinta años con pechos erguidos cuyos pezones siempre parecían asomar por debajo de la

chaqueta.

Cuando las dos mujeres se vieron al otro lado del pozo, la esposa de

Yu Qiushui dijo:

—Gao Ma quiere saber si tus sentimientos han cambiado.

Casi le da un vuelco el corazón.

—¿Acaso los suyos sí? —preguntó suavemente.

—No.

—Entonces los míos tampoco.

—Eso está bien —replicó la esposa de Yu Qiushui, mirando al-

rededor antes de dejar caer un pedazo de papel en el suelo.

Jinju se inclinó rápidamente como si

estuviera extrayendo agua,

cogió la nota y la guardó en el bolsillo.

Aquella tarde, cuando llegó la hora de regresar a los campos, Jinju

inventó una excusa, quejándose de que le dolía el estómago. El padre la

miró con recelo, pero Hermano Mayor dijo generosamente:

—Quédate en casa y descansa un poco.

Así pues, Jinju se dirigió a su habitación, cerró la puerta tras de sí y

sacó el papel —durante el almuerzo la preocupación que sentía por el contenido de la nota hizo que le resultara casi imposible mantener una

conversación con sus padres—, que había plegado cuidadosamente con mano trémula. Podía escuchar su

propia respiración. Cuando notó que un

poco de aire fresco se introducía a través de las grietas de la puerta, volvió

a doblar el papel ansiosamente y abrió. La habitación exterior estaba vacía.

Entonces, escuchando el martilleo rítmico que procedía del patio, se

asomó a la ventana, donde vio a su madre de pie bajo el radiante sol de

otoño, golpeando las cascarillas de las espigas de grano con un mazo de color púrpura brillante. Su chaqueta de tul se había pegado a su espalda sudorosa y una capa de cascarillas amarillas se había adherido a la chaqueta.

Por fin, Jinju pensó que podría desplegar el papel sin peligro. Leyó con avidez los caracteres escritos a

mano.

Mañana por la tarde. En el campo de maíz. ¡Nos escaparemos juntos!

Las palabras, escritas con bolígrafo, estaban borrosas por el sudor.

Más de una vez se acercó hasta el borde del campo de maíz, pero en cuanto llegaba, se daba la vuelta y regresaba. El viento frío del otoño había eliminado la mayor parte de la

humedad de las cosechas, así que el maíz de Gao Ma crujía ruidosamente y las vainas de alubias del campo de Jinju habían empezado a partirse y a caer. Hermano Mayor y el padre habían tomado la delantera. Hermano Mayor se quejaba de que Octavo Tío Yang hubiera ordenado a Segundo Hermano que le ayudara a hacer briquetas en plena temporada de recolección.

—;Por qué protestas? Para eso sirve la familia: para ayudarnos unos a otros.

Sintiéndose regañado, Hermano Mayor se sujetó la lengua, volviéndose para mirar a Jinju como si buscara su apoyo.

El padre avanzaba gateando, apoyándose en las manos y las rodillas;

Hermano Mayor iba cojeando y el

penoso aspecto de los dos hombres

hizo que declinara su decisión de abandonarlos. El maíz de Gao Ma crujía,

se balanceaba, y Jinju sabía que él estaba escondido en alguna parte,

observando con ansiedad todos sus movimientos. A medida que

aumentaba el anhelo de Jinju hacia él, cada vez le resultaba más difícil

recordar qué aspecto tenía Gao Ma,

así que decidió

concentrarse en el aroma del índigo y en el olor de su cuerpo. Finalmente,

decidió ayudar a su padre y a Hermano Mayor a recoger las alubias antes

de huir.

Afanándose en hacer su trabajo, enseguida dejó atrás a los dos y a

última hora de la tarde ya había recogido más que los dos hombres

juntos.

Cuando se acercaron a la sección final del campo de alubias, se levantaron

y se estiraron, suspirando de alivio. El padre miró satisfecho.

—Hoy has trabajado mucho —la felicitó su hermano—. Cuando

lleguemos a casa, le voy a pedir a madre que te haga un par de huevos.

La tristeza impidió que pudiera

responder. Todavía recordaba las virtudes de su madre y algunos acontecimientos contusos de su infancia.

Mi hermano mayor cojo me llevaba a cuestas; ahora él y mi padre se

.105

arrastran y cojean por el campo, cortando alubias. El sol del atardecer iluminaba el cielo por el oeste. Sus cabezas relucían. Incluso los bosques

salvajes son amables y acogedores.
Allí, hacia el norte, se encuentra la
aldea donde llevo viviendo veinte
años. El humo de la chimenea me
indica

que mi madre está preparando la
cena. Si me escapo... El pensamiento
era

insoportable. Hacia el este, un buey
bajaba lentamente por el camino,
tirando de un carro lleno hasta

rebosar de alubias. *La canícula del verano,*

abrasando en el sexto mes, cantaba el boyero. La Segunda Hija cabalga a lomos de

su asno adentrándose en el desierto...

Las golondrinas volaban como una nube que se disipa con el viento,

dirigiéndose hacia el campo de maíz de Gao Ma, que se movía

ligeramente. Una figura elevada apareció ante su vista y, a continuación, se

desvaneció al instante. Jinju se dirigió hacia ella, pero se detuvo al notar

que se veía empujada en direcciones opuestas por fuerzas igualmente poderosas.

La voz de su padre rompió el punto muerto:

—¿Qué andas buscando por ahí?
Cuanto antes acabemos, antes
podremos volver a casa.

No había el menor calor en su voz y
la resolución de Jinju retornó al
instante. Después de tirar al suelo su
guadaña, corrió hacia el campo de
maíz de Gao Ma.

—¿Dónde crees que vas? —gritó un
infeliz padre.

Ella siguió corriendo.

—No pensarás irte a casa hasta que no acabemos, ¿verdad? —gritó

Hermano Mayor.

Ella se volvió.

—Tengo que orinar. ¡Si no confías en mí, puedes venir conmigo!

Y, sin volver a mirar a ninguno de ellos, se adentró en el campo de maíz.

—Jinju.

Gao Ma la agarró por la cintura y la sujetó por unos instantes.

—Agáchate —susurró—. ¡Corre como el viento!

Los dos corrieron cogidos de la mano, ocultos en un surco, dirigiéndose hacia el sur con toda la rapidez que les permitían sus piernas. Las

hojas de maíz seco golpeaban su

rostro, así que cerró los ojos y

simplemente corrió hacia donde la mano la llevaba. Las cálidas lágrimas

resbalaban por sus mejillas. No voy a regresar jamás, pensaba. El hilo de seda que la ataba a su hogar se había roto y no había vuelta atrás. El

estruendo producido por las hojas secas de maíz casi la paralizaba de miedo y podía oír el latido de su

corazón.

El campo de maíz estaba limitado por la ribera de un río cubierta de arbustos de índigo e, incluso en su estado de confusión, podía sentir su aroma característico y embriagador.

Gao Ma la arrastró hacia la ribera del río. Ella se giró instintivamente para mirar a su espalda y vio una enorme esfera de bronce que se hundía

lentamente en el horizonte:
contempló las nubes multicolor;
observó una

extensión de campos bañados por el
sol y vio a su padre y a Hermano

Mayor avanzando hacia ella dando
traspies, blandiendo sus guadañas.
Las

lágrimas inundaban sus ojos.

Gao Ma la arrastró hacia la
pendiente interior de la ribera, pero

ella

se sentía demasiado débil como para seguir de pie. El estrecho río

formaba el límite entre dos condados: Caballo Pálido hacia el sur, Paraíso

hacia el norte. Se llamaba Corriente Favorable. El flujo de las turbias y

poco profundas aguas provocaba un balanceo casi imperceptible de los

juncos que se encontraban en la

orilla del río mientras

.107

Gao Ma la cargaba sobre sus espaldas y corría por el agua sin quitarse los

zapatos ni remangarse las perneras de los pantalones. Desde la

perspectiva privilegiada que le proporcionaba ir a cuestas, Jinju escuchó

cómo los juncos secos susurraban y

el agua salpicaba en todas direcciones.

Por el modo en el que Gao Majadeaba, sabía que el barro era espeso y viscoso.

Después de ascender por la orilla opuesta, se encontraron en el

Condado Caballo Pálido, donde una inmensa ciénaga se extendía ante sus ojos, plantada exclusivamente de

yute. Como era una planta de

recolección tardía, todavía estaba verde y llena de vida. Se sintieron como

si hubieran encallado en mitad de un océano y no pudieran ver dónde estaba la orilla.

Con Jinju todavía encaramada sobre su espalda, Gao Ma se de-

rrumbó en los campos de yute. Ahora eran como dos peces sumergidos

en ese océano.

Capítulo 5

*En el octavo mes los girasoles
miran hacia el sol. Si el bebé llora,
entregádselo a su*

*madre. Sed valientes, compañeros
ciudadanos, sacad pecho: Si no
podéis vender vuestro*

*ajo, id a ver al administrador de la
provincia...*

Extracto de una balada cantada por

Zhang Kou, el rapsoda ciego,
durante la sobreabundancia de ajo.

L

Los policías introdujeron rápidamente al joven con cara de caballo en un vehículo de la policía de color rojo y amarillo. Gao Yang no pudo ver su rostro, pero la casaca que estaba envuelta alrededor de su cabeza se

encontraba empapada de sangre y goteaba a borbotones en el suelo. Las esposas abiertas que colgaban de su muñeca se arrastraron por el suelo mientras le metían en el vehículo. Un joven policía saltó hacia el interior del camión para detener al conductor,

que permanecía con la cara pálida, el cuello metido entre los hombros y los brazos estirados a lo largo de los

costados mientras temblaba de terror.

Después de confiscarle el permiso de conducir, los policías le patearon repetidamente.

—Pequeño Gao, date prisa y carga a los prisioneros —gritó el viejo

Zheng—. Volveremos después para encargarnos de éste.

Uno de los policías soltó las esposas de Gao Yang y le ordenó que se

pusiera de pie. Mientras escuchaba la orden y el sonido del cierre de las esposas, su primer instinto fue retirar los brazos de alrededor del árbol, pero éstos no iban a ser capaces de responder a su deseo y le horrorizaba pensar que ellos también podrían haber dejado de existir. La única sensación que tuvo fue la de un inmenso peso sobre su espalda. Cuando

los policías movieron con la punta del pie sus brazos tullidos, Gao Yang

se sintió aliviado al descubrir que todavía estaban pegados a los hombros.

Una vez que el joven con cara de caballo fue introducido en la

furgoneta de la policía, el agente volvió a esposar las manos a Gao Yang

por delante del cuerpo. A

continuación, entre él y su
compañero le

pusieron de pie y le dijeron que se
dirigiera hacia la furgoneta. En ese

momento, no deseaba otra cosa más
que obedecer las órdenes de los

camaradas policías, puesto que ya
tenían bastantes problemas entre

manos. Cualquier cosa con tal de
facilitarles el trabajo. El
descubrimiento

de que sus piernas no eran capaces de moverse como sus brazos le azoró enormemente. La profunda sensación de vergüenza hizo que se sonrojara.

Tuvieron que arrastrarle hacia la furgoneta. «Sube». Miró hacia arriba tímidamente, tratando de hablar, pero sus labios parecían estar congelados. Esta vez, los policías se dieron cuenta del apuro en que se encontraba, porque en lugar de

gritarle se limitaron a levantarlo
cogiéndole por debajo de los brazos.
Cuando sus piernas enroscadas
abandonaron el suelo, Gao Yang
trató de ayudarles intentando ser lo
más

liviano posible y lo siguiente que
supo fue que se encontraba tumbado
junto al joven ensangrentado en una
cama del vehículo.

Metieron otro bulto enroscado en la

furgoneta. Se trataba de Cuarta

Tía Fang. Por el modo en el que ésta protestaba, supo que se había

golpeado la cadera cuando aterrizó en el interior del vehículo.

La puerta trasera se cerró después de que los dos policías saltaran en

su interior y ocuparan sus asientos.

Entonces, el conductor arrancó el

motor y salieron a toda velocidad.

Mientras conducían a través del

recinto

.109

municipal, Gao Yang echó una última mirada al álamo donde había estado

atado y le invadió una sensación de nostalgia. Bañado por la luz del sol de

la última hora de la tarde, el tronco se había teñido de color marrón

intenso y las hojas que antes eran de color verde brillante ahora parecían

un montón de monedas antiguas de bronce. La sangre púrpura que

pertenecía al joven con cara de caballo formaba un charco cada vez más

grande en el suelo del vehículo. La furgoneta todavía seguía aparcada y el

conductor estaba rodeado por una multitud de personas vestidas

pulcramente que, por lo que parecía,

le estaban haciendo pasar un mal rato.

Jinju, con su vientre abultado, seguía inmóvil, con una mirada que

hizo recordar a Gao Yang la recomendación que le hizo Cuarta Tía de ir a

encontrar la felicidad con Gao Ma. Gao Yang suspiró, ya que en ese

momento Gao Ma, que había trepado por la pared un paso por delante de

la policía, se había convertido en un fugitivo que llevaba unas esposas colgando de una muñeca.

En cuanto el vehículo de la policía salió a la carretera principal, aceleró y el sonido ensordecedor de su sirena hizo que a Gao Yang le recorriera un escalofrío por la espalda. Pero enseguida se acostumbró a él.

Jinju ahora parecía estar

persiguiéndoles, pero tan despacio que no tardó

en desaparecer de su vista y, cuando tomaron una curva, tanto ella como

el recinto municipal habían desaparecido.

Cuarta Tía permanecía acurrucada en una esquina. Sus ojos borrosos

estaban abiertos, pero nadie sabía lo que veían. La sangre que manaba de

la cabeza del joven goteaba sobre el

suelo del vehículo, invadiendo el espacio con su olor. Su cuerpo se contraía y su cabeza enrollada se balanceaba hacia delante y hacia atrás, emitiendo de vez en cuando un sonido sordo.

Tumbado en la furgoneta de la policía, Gao Yang se sintió ligeramente mareado por el movimiento del vehículo. Observó cómo el

polvo se arremolinaba a través de la rendija de la puerta trasera; los árboles

que se extendían a lo largo de la carretera caían como fichas de dominó y

los campos que se extendían a ambos lados pasaban a cámara lenta. Los

demás vehículos se apartaban cuando escuchaban el sonido de la sirena y

Gao Yang vio cómo un tractor con la

cabina abierta al que acababan de adelantar chocaba contra un sauce ajado que se elevaba a un lado de la carretera. Los ciclistas agotados quedaban atrás llenos de polvo, haciendo

que el pecho de Gao Yang se hinchara de orgullo. ¿Alguna vez habías ido

tan rápido?, se preguntó. ¡No, nunca!

L

Mientras avanzaban a toda velocidad, Gao Yang detectó la esencia del ajo crudo y fresco en la sangre del joven. Sorprendido, inhaló profundamente para asegurarse de que no se equivocaba. En efecto, era ajo, no había duda: crudo y limpio, como los bulbos frescos que crecen en la tierra, con una gota de néctar todavía colgando en el punto donde el tallo

se ha roto.

* * *

Gao Yang tocó la gota de néctar con la lengua y sus papilas gus-

tativas percibieron un sabor dulce y fresco que le relajó. Examinó esa

hectárea de campo de ajo. Era una buena cosecha, con las puntas blancas,

grandes y rollizas, algunas de ellas formando una curva graciosa, otras

rectas como una tabla. El ajo estaba húmedo y jugoso, con sus suaves

brotos empezando a salir. Su esposa embarazada se encontraba agachada

junto a él, arrancando el ajo del suelo. Su rostro estaba más oscuro de lo

habitual y alrededor de sus ojos se dibujaban unas finas líneas, como las

vetas de óxido que se extienden sobre una plancha de hierro.

Mientras ella

se agachaba, las rodillas se le

llenaban de barro, su deformidad infantil —tenía el brazo izquierdo mal

desarrollado hasta el punto de que le incapacitaba en cualquier tarea que

emprendiera— hacía que el trabajo le resultara más duro de lo que ya era.

Gao Yang observó cómo se agachaba

y pinchaba los tallos con un par de palillos de bambú nuevos; el esfuerzo le obligaba a morderse el labio y

sintió lástima de ella. Pero él necesitaba su ayuda, ya que decían que el

gobierno había abierto un almacén en la ciudad para comprar la cosecha

de ajo a un precio ligeramente superior a cincuenta fen el kilo, más caro

que el precio del año pasado, que fue de cuarenta y cinco. Gao Yang sabía

que este año el Condado había ampliado la extensión de hectáreas

concedidas al ajo y, como iba a haber una cosecha abundante, cuanto

antes recolectara la suya, antes podría venderla. Por esa razón todo el

mundo en la aldea, mujeres y niños incluidos, había salido a los campos.

Pero mientras observaba a su lastimosa mujer embarazada, dijo:

—¿Por qué no descansas un poco?

—¿Para qué? —preguntó levantando su dulce rostro—. No estoy

cansada. Sólo me preocupa que el bebé venga en cualquier momento.

—¿Ya es la hora? —preguntó Gao Yang ansiosamente.

—Imagino que vendrá en los próximos dos días. Espero que no salga hasta que, por lo menos, se haya acabado la cosecha.

—¿Siempre vienen en su debido momento?

—No siempre. Xinghua llegó diez días tarde.

Se giraron para mirar a sus espaldas, donde su hija se sentaba

obedientemente en el borde del

campo, con sus ojos ciegos abiertos
de

par en par. Estaba sujetando un tallo
de ajo con una mano y golpeándolo
con la otra.

—Ten cuidado con ese ajo, Xinghua
—dijo—. Cada tallo vale varios
fen.

Xinghua lo dejó en el suelo y
preguntó:

—¿Ya habéis terminado, papá?

—Si hubiéramos terminado, tendríamos un problema —dijo con una risa sofocada—. No ganaríamos el dinero suficiente como para salir adelante.

—Apenas hemos comenzado —respondió su madre lacónicamente—.

Xinghua se agachó para pasar la

mano sobre la pila de ajo que había debajo de ella.

—¡Qué bien! —exclamó—. El montón está creciendo mucho.

Vamos a ganar mucho dinero.

—Calculo que este año vamos a sacar más de mil quinientos kilos. A cincuenta fen el kilo, son mil quinientos yuan.

—No te olvides de los impuestos —

le recordó su mujer.

—Ah, claro, los impuestos —
murmuró Gao Yang—. Por no hablar
de los enormes gastos. El año pasado
el fertilizante costaba veintiún yuan
el saco. Este año ha subido a
veintinueve con noventa y nueve.

—Se creen que así nos suena mejor
que treinta —protestó su esposa.

—El gobierno siempre cuenta en
números impares.

—Hoy en día, el dinero apenas vale el papel con el que está impreso

—se quejó su esposa—. Al principio del año se podía comprar un kilo de

cerdo a uno cuarenta y ahora está por encima de uno ochenta. Los huevos

costaban uno sesenta el puñado y eran bien grandes. Ahora están a dos

yuan y son más pequeños que los albari- coques.

—Todo el mundo se está
enriqueciendo. El Viejo Su, del
instituto

empresarial, acaba de construirse
una casa de cinco habitaciones. Casi
me

muerdo cuando me enteré de que
costaba cincuenta y seis mil.

—Ese tipo nunca ha tenido
problemas para ganar dinero —dijo
su

esposa—-. Pero la gente como nosotros, que nos ganamos la vida con la

tierra, seguiremos siendo pobres dentro de miles de años.

—Da gracias por tener lo que tienes —dijo Gao Yang—. Acuérdate

de cómo estábamos hace unos años, cuando no teníamos ni para comer.

Los últimos dos años hemos tenido buena harina para elaborar comida y

nuestros mayores nunca han estado tan bien como ahora.

—¿Tú procedes de una familia de terratenientes y todavía dices que tus mayores nunca han estado tan bien como nosotros? —se burló su esposa.

—¿De qué les sirvió ser terratenientes? Eran demasiado tacaños

como para comer y demasiado

rastreros como para cagar. Todos los
fen

se invertían en adquirir más tierra.
Mis padres sufrieron toda su vida.
Mi

madre me dijo una vez que antes de
la Liberación del 49 solían comenzar
cada año con ocho onzas de aceite de
cocina y al final del año todavía les
sobraban seis.

—Me suena a arte de magia.

—No. Ella decía que cuando cocinaban algún alimento, solían mojar

un palillo en el agua antes de sumergirlo en el aceite. De ese modo, por

cada gota de aceite que se adhería al palillo, una gota de agua permanecía

en la botella. Así es como empiezas con ocho onzas y acabas con seis.

—En aquellos tiempos, el pueblo

sabía cómo arreglárselas.

—Pero sus hijos e hijas aprendieron lo que es el sufrimiento —dijo

Gao Yang—. Si no fuera por Deng Xiaoping, me habrían pegado la etiqueta de terrateniente.

.113

—El Viejo Deng lleva diez años en el poder. Espero que los dioses le permitan vivir muchos más.

—Las personas que son tan enérgicas están destinadas a tener una vida larga.

—Lo que no entiendo es cómo los funcionarios superiores pueden comer como reyes, vestir como príncipes y tener el cuidado médico de los dioses; entonces, cuando alcanzan los setenta u ochenta años y les llega el momento de morir, no tardan un

minuto. Sin embargo, mira a nuestros viejos campesinos. Trabajan durante toda su vida, crían a un par de hijos inútiles, nunca comen buenos alimentos ni llevan ropas decentes y a los

noventa años todavía salen a trabajar al campo cada día.

—Nuestros líderes tienen que lidiar con todo tipo de problemas, mientras que nosotros nos

preocupamos de trabajar, de comer y de

dormir. Por esa razón vivimos tantos años: no desgastamos el cerebro.

—Entonces, explícame por qué ludo el mundo quiere ser fun -

cionario y nadie quiere ser campesino.

—Ser funcionario tiene sus propios riesgos. Un paso en falso y estás

más perdido de lo que cualquier

campesino puede imaginar.

Un tallo de ajo se partió en dos cuando su esposa, con un quejido, lo arrancó del suelo.

—¡Ten cuidado! —gritó Gao Yang—. Cada uno de ellos vale varios fen.

—¿Por qué me miras así? —se defendió su esposa—. No lo he hecho a propósito.

—No he dicho que lo hicieras.

* * *

El camión de policía atravesó una puerta roja y dio un frenazo,

haciendo que la cabeza de Gao Yang se deslizara hasta el joven con cara

de caballo. El hedor de la sangre persistía, pero el olor a ajo había

desaparecido.

L

Capítulo 6

*Un jefe de prefectura que extermina
clanes, un administrador del*

*Condado que aniquila familias.
Ninguna broma delirante sale de las*

*bocas del poder: nos dices que
plantemos ajo y eso es lo que
hacemos,*

*así que, ¿qué derecho tienes a no
comprarnos nuestra cosecha ?*

Extracto de una balada de Zhang Kou

cantada delante de la casa

del administrador de la Provincia
Zhong después de la saturación.

k

Ella perdía y recuperaba la

consciencia mientras se apoyaba en la espalda de Gao Ma, con los brazos

enrollados fuertemente alrededor de su poderoso cuello. Cuando

cruzaron el río Corriente Favorable, abandonando un condado y

entrando en otro, sentía que todos los

lazos que había entre ella y su

pasado, entre ella y su hogar, entre ella y sus familiares —si es que todavía

seguía considerándolos como tales —, se habían cortado de un solo golpe.

Dejó de escuchar los gritos de su padre y de su hermano, pero sentía que

todavía estaban a su espalda.

Lanzados con dardos dorados,

bailaban en el

aire antes de volar por el río y se enganchaban en las puntas de los

arbustos de yute. Con los ojos cerrados, se pudo concentrar en el sonido

que emitía el cuerpo de Gao Ma mientras atravesaba el campo de yute, tan

densamente tupido que incluso detenía el viento, creando un suave

sonido

de olas oceánicas.

El yute se movía agitado,
rompiéndose como el agua para dejar
un

pasillo por el que poder atravesarlo
para después cerrarse ai instante.

Había momentos en los que Jinju se
sentía como si se encontrara

navegando en un pequeño bote —
algo que nunca había hecho en la

vida

real— y cuando abrió los ojos tuvo
ante sí un panorama

extraordinariamente colorido. Así
que los cerró de nuevo y sintió el

sosiego que se apoyaba sobre la base
del agotamiento. La respiración

agitada de Gao Ma sonaba como los
soplidos de un temible toro mientras

corría a través del yute, como una
interminable extensión de grilletes

suaves y flexibles contra los cuales
forjaban un camino fijo —al menos,
así

es como ella se sentía—. En su
mente, un sol enorme del color del
bronce

se hundía lentamente en un cielo
velado en la punta de un universo

caótico. Un racimo de palabras
desconocidas inundaba el aire —ella
ni las

entendía ni recordaba dónde las
había oído antes— y se desvanecía
con la

misma rapidez con la que apareció,
dejando tras de sí la majestuosa

presencia del cielo y la tierra. El
yute se doblaba dulcemente con el
fresco

viento del anochecer y después se
ondulaba ligeramente antes de

enderezarse con lentitud: era como

un mar de color escarlata. Ella .115

y s u

hombre se habían transformado en un pez que se había olvidado de

nadar.

El yute, todos los arbustos de yute estáis en su camino, y en el mío.

Vuestros labios verdes se amohinan y vuestros astutos ojos de ébano

miran de soslayo; os reís con

inusitada alegría y estiráis las
piernas con los

rostros sonrientes, extremidades
traicioneras.

Gao Ma se tropezó y cayó al suelo y,
mientras su cuerpo amortiguó

la caída de Jinju, ésta sintió cómo el
yute cedía bajo su peso. Un mar de

yute aumentó y golpeó por encima de
ellos como las olas de la marea,

tragándolos completamente. Sin

atreverse a abrir los ojos, trató de sumergirse en un estado de letargo. Los sonidos del mundo se perdieron en la distancia hasta que todos sus sentidos se agudizaron para captar la suavidad del yute.

Se despertó con el rugido de las olas, que rompían persistentemente sobre su cuerpo hasta que abrió los ojos. Lo primero que vio fue el

rostro demacrado de Gao Ma,
bañado en

los intensos rayos anaranjados del
sol. Su rostro era de color púrpura,
sus

labios estaban resecos y partidos;
tenía círculos oscuros alrededor de
los

ojos y su cabello parecía el pelaje
áspero de un chucho callejero.

Estremeciéndose al contemplar
semejante panorama, al instante se

dio

cuenta de que su mano apretaba fuertemente la suya y, mientras le miraba

a los ojos, tuvo la sensación de que aquella persona que le agarraba la mano era un completo desconocido. El terror que le recorrió todo el

cuerpo se vio invadido por una ligera sensación de culpabilidad, cuya aceptación la aterrorizó todavía más.

Jinju le soltó la mano y se apartó de él, hasta que su retirada se vio cortada por una imponente e inflexible

pared de yute. Las tajadas doradas de los rayos de sol asomaban a través

de los agujeros de la pared de yute y las hojas en forma de garra temblaban

emitiendo algún tipo de indicación secreta.

Escuchó la voz de su padre, vieja y áspera: «Jinju... Jinju...». Se

incorporó torpemente y agarró la mano de Gao Ma. «Jinju... Jinju. ..». Esta

vez se trataba de la voz de Hermano Mayor, aguda y nerviosa. Sus gritos

planeaban sobre las puntas de los arbustos de yute y avanzaban hacia el

horizonte. Gao Ma se incorporó, con los ojos redondos y despiertos,

como los de un perro arrinconado.

Contuvieron la respiración y escucharon atentamente. El crujido de

los arbustos y los sonidos de las pesadas respiraciones en el banco de

arena dirigiéndose hacia el norte penetraron profundamente en la quietud

de la noche. Jinju podía escuchar su propia respiración.

—Jinju... Jinju... Jinju... Jinju!
¡Pequeña puta, te comportas así para
acabar conmigo!

Casi podía ver llorar a su padre.
Soltándose de la mano de Gao Ma,
se levantó con lágrimas en los ojos.

Los gritos de su padre eran más
sombrios que nunca. Jinju lanzó un
grito justo antes de que Gao Ma le
tapara la mano con la boca. La .117

ma

no

apestaba a ajo —ella la arañó, y sus gritos ahogados se escaparon entre los

dedos—. Gao Ma pasó el otro brazo alrededor de su cintura y comenzó a

llevársela a rastras. Ella le arañó la cabeza. Mientras Gao Ma contenía la

respiración, dejó caer la mano con la que tapaba la boca de la joven. Un

líquido húmedo y viscoso se deslizó por las yemas de los dedos de Jinju mientras se clavaban en el cráneo de Gao Ma y observó cómo aparecían regueros de sangre de color rojo cobrizo en el nacimiento del pelo y resbalaban hacia las cejas.

Jinju pasó sus brazos alrededor del cuello de Gao Ma.

—Dime... ¿Qué es esto? —dijo llorando.

Gao Ma se tocó la frente con su palma.

—Has arrancado la costra de la herida que me hicieron con el taburete.

jinju, apoyando la cabeza sobre el hombro de su amado, gimió suavemente.

—Llermano Mayor Gao Ma, todo es culpa mía... Yo te he hecho

esto.

—No es culpa tuya. Me lo he buscado yo solo —dijo haciendo una pausa—. Jinju, me he dado cuenta con total claridad de cómo son las cosas. Vuelve a casa.

Una vez dicho esto, se agachó y ocultó la cabeza entre sus manos.

—No... Hermano Mayor... —Jinju se agachó y pasó sus brazos

alrededor de las rodillas de Gao Ma
—. He tomado una decisión. Voy a
seguirte allá donde vayas, aunque
tengamos que mendigar para
sobrevivir.

La noche cayó mientras el sol se
hundía en el horizonte. Las puntas del
yute estaban envueltas por una
neblina verde etérea, a través de la
cual

asomaba una docena de estrellas del

tamaño de un puño. Jinju se torció el tobillo y cayó.

—Gao Ma —gritó—. No puedo dar un paso más...

Él se agachó y la ayudó a incorporarse.

—Tenemos que seguir avanzando. Tu familia enviará a alguien para que nos dé caza.

—Pero no puedo caminar —replicó

entre lágrimas.

Él se despegó de sus brazos y comenzó a pasear de un lado a otro. El

zumbido de los insectos de otoño se escuchaba entre el yute, al tiempo

que un perro ladraba desde una aldea lejana.

Jinju se tumbó de espaldas completamente aturdida. Tenía el tobillo

hinchado y le dolían las piernas.

.118

—Duerme un poco —dijo Gao Ma
—. Aquí debe haber cinco mil

hectáreas de yute y la única manera
de que nos puedan encontrar es

usando perros policía. Cierra los
ojos y trata de dormir un poco.

Jinju se despertó en mitad de la
noche. El cielo estaba cubierto de

estrellas que parpadeaban misteriosamente. Las pesadas perlas de rocío

golpeaban con ruido sobre las hojas del yute que se habían caído al suelo.

Los insectos emitían sus zumbidos con más fuerza que nunca, llenando el

aire de un sonido que recordaba al roce de las cuerdas del laúd con una púa de bambú. Desde el suelo del

campo de yute procedía un susurro parecido al de las arenas movedizas. Así es como se debe sentir uno cuando navega por el océano, pensó Jinju, tumbada de espaldas. El yute desprendía un olor acre que recogía el aroma fétido de la tierra húmeda que emanaba del suelo. Un par de aves nocturnas volaba formando círculos sobre sus cabezas, mientras el aleteo de sus alas y sus

espeluznantes bramidos penetraban en la espesa bruma. Jinju trató de

darse la vuelta, pero le resultó imposible, ya que su cuerpo era tan pesado

que tenía la sensación de haberse convertido en piedra. Una miríada de

ruidos diminutos y apenas perceptibles procedía del campo, como si

estuviera invadido por pequeñas

criaturas misteriosas que brincaban y se

deslizaban de puntillas entre las plantas de yute, cuyos ojos fosforescentes

parpadeaban y brillaban con luz trémula. Volvió a sentirse invadida por el

pánico.

Haciendo acopio de toda la fuerza que le quedaba, Jinju se puso de

pie con mucho esfuerzo. El aire frío de la noche de otoño le había helado

hasta los huesos, entumeciendo sus extremidades con la humedad del

suelo. De repente, se acordó de una advertencia que una vez le había dado

su madre: si duermes al raso sobre el suelo húmedo en una noche de

bruma puedes contraer la lepra. El rostro de la anciana pasó como una

centella por delante de sus ojos,
arrastrando consigo un torrente de

remordimientos: no tenía ningún
kang caliente sobre el que dormir,

ningún ratón se escabullía por las
vigas del techo, ningún grillo
chirriaba

en la esquina de la pared, y no
escuchaba a Hermano Mayor hablar
en

sueños ni los ronquidos de Segundo

Hermano en la habitación de al lado.

Se quedó paralizada como si su cuerpo hubiera dejado de funcionar, con

el pensamiento fijo en su acogedor y humeante *kang*. Asustada al pensar

en la noche que la envolvía y en el día que estaba por venir, de repente se

vio a sí misma como una mujer completamente irracional y a Ga .119

o Ma

como un ser detestable.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y ahora las estrellas

brillaban con fuerza en el cielo, y una parte de su luz se había vuelto de

color verde pálido, como si se reflejaran en ella las hojas y los tallos del

yute. Miró a Gao Ma, que se encontraba sentado a sólo unos

cuantos

pasos de distancia, con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas

para que le sirvieran de almohada a la cabeza. Como si fuera una figura

esculpida en piedra, no se movía ni emitía el menor sonido. En ese

momento, estaban separados por un inmenso abismo y Jinju se sintió muy

sola mientras, uno a uno, los ojos

verdes de su alrededor se acercaban
más

y más y el crujido de las hojas secas
producido por unas diminutas garras

repiqueteaba en sus oídos. A su
espalda se extendía un manto de aire

fresco, mientras unos hocicos
helados se arrimaban a su cogote. Un
grito

se escapó de su garganta sin que
pudiera evitarlo.

Gao Ma se puso de pie de un salto y corrió en círculos mientras el

yute crujía como el aceite hirviendo, y una hilera de pequeñas luces verdes

brillaba a su alrededor como un aro que da vueltas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?

Se trataba de un hombre, y no de una fría y oscura roca en un

arrecife, y su pánico hizo que Jinju se

olvidara de sus pensamientos. Las oleadas de aire frío que venían por su espalda le empujaron a los brazos de

Gao Ma, hacia el calor de su cuerpo.

—Hermano Mayor Gao Ma, tengo miedo, y también frío...

—No temas, Jinju. Estoy aquí.

Gao Ma la sujetó con firmeza, y la fuerza de sus brazos reavivó en

ella una serie de recuerdos que
llevaban mucho tiempo dormidos.
Sólo

unos meses atrás, aquel hombre me
había agarrado tal y como lo hace

ahora y había apretado su boca
barbuda contra la mía. Pero ahora
Jinju no

disponía de la voluntad ni de la
fortaleza necesaria para responder a
la

llamada de sus labios ardientes, que desprendían un fuerte hedor a ajo enmohecido.

Jinju volvió su rígido cuello y le abrazó con fuerza.

.120

—Tengo frío... por todo el cuerpo...

Gao Ma la soltó y las rodillas de Jinju se doblaron. Cogió el abrigo de donde ella lo había dejado y,

mientras lo sacudía, una nube de destellos

verdes salpicó el yute, aumentando y apagándose, resplandeciendo y difuminándose.

Gao Ma le cubrió los hombros con el abrigo. El aire húmedo de la

noche lo había vuelto pesado y despedía el apestoso hedor de una

repugnante piel de perro. Gao Ma le ayudó a tumbarse en el suelo para

masajearle las articulaciones con sus manos encallecidas. Cada uno de los

dedos, cada uno de los músculos y tendones fueron frotados y

masajeados, y todas sus articulaciones fueron pinchadas y punzadas por

las manos de Gao Ma. En cada punto que tocaba se extendía una sucesión

de corrientes eléctricas. Una ola de calor le recorría de pies a cabeza y

regresaba de nuevo a los pies.
Cerrando los ojos hasta que no
fueron más

que unas simples hendiduras, Jinju
alargó el brazo para atrapar las
chispas

verdes que flotaban alrededor de la
espalda desnuda de Gao Ma, que era
delgada y enjuta. Pero lo que
encontró más atractivo de él fueron
sus

oscuros pezones masculinos del tamaño de un guisante, que

repentinamente Jinju se sintió tentada a pellizcar.

Algunas veces, Gao Ma aplicaba sobre sus músculos una fuerte

presión, otras veces su mano apenas pasaba por encima de su piel; algunas

veces pinchaba sus articulaciones con fuerza y otras apenas las

punzaba.

La respiración de Jinju se agitaba cada vez más y su corazón empezaba a

latir con fuerza, haciendo que borrara de su mente todas las cosas que

había pensado hacía sólo unos minutos. El cuerpo de Gao Ma estaba frío

y húmedo junto al calor del suyo, respirando en bocanadas heladas que

ahora emitían un olor ligeramente mentolado. Jinju se puso en tensión al

sentir lo que estaba por llegar.

Cuando los dedos de Gao Ma se separaron de su piel, Jinju reaccionó

con una mezcla de temor y curiosidad, levantando los brazos como si

quisiera protegerse de algo. Pero las ásperas manos de Gao Ma

acariciaban

sus pechos, haciendo que sintiera multitud de escalofríos que le tensaban

la piel, mientras un torrente de sacudidas eléctricas recorría todo su cuerpo.

.121

Alrededor de Gao Ma relucían unos puntos verdes; se posaban en

los arbustos de yute, bailaban,
volaban, describían arcos
irregulares,

densos y deliciosos... Gao Ma estaba
casi envuelto en esas chispas verdes,
que aparecían incluso sobre sus
dientes.

Jinju escuchó sus propios gemidos.

Una multitud de chispas verdes, una
multitud de luciérnagas que

chisporroteaban mientras volaban

por el aire. Jinju dobló la columna,
apoyándose en su espalda como si
estuviera agarrando las chispas que
se

iluminaban sobre Gao Ma. «No
siempre son verdes. Observa cómo
cambian de color: ahora son de un
escarlata intenso. ..., ahora son
verdes...,

ahora escarlata..., ahora verdes otra
vez... Y, por último, presentan un

reluciente manto de oro».

No se levantaron hasta poco antes del amanecer. Sólo cuando estaba

acurrucada en sus brazos, Jinju percibía que aquello era real; en cuanto

sentía su abrazo, todo cobraba forma, pero no sustancia.

—Debes estar agotado, Hermano Mayor. ¿Te encuentras bien?

La boca de Gao Ma estaba pegada a

la oreja de ella, respirando en su interior bocanadas de aire mentolado.

Las estrellas, diminutos fragmentos de jade verde, parpadeaban en el cielo pálido. La bruma era cada vez más intensa, como también lo era el apestoso hedor de la tierra húmeda. Los insectos, rendidos después de resonar durante toda la noche, dormían plácidamente. Ningún

sonido

salía de los rostros congelados de los arbustos de yute. Con el retumbar de

las olas en sus oídos, los párpados humedecidos y pegajosos, Jinju enterró

su cabeza en el pliegue del codo de Gao Ma, y allí cayó en un profundo

sueño, con los brazos envueltos firmemente alrededor de su cuello.

Los trinos de los pájaros anunciaron la llegada del amanecer. Las gotas de perla del rocío cubrían las verdes hojas del yute que, una vez recuperada toda su energía, apuntaban

directamente hacia el cielo. Los tallos —de color rojo intenso que de vez

en cuando se tornaba amarillo claro — permanecían erguidos e

imponentes. El sol de la mañana enviaba sus rayos rojos hacia la tierra

hasta iluminar el rostro de Gao Ma. Era un rostro enjuto, aunque claro y despierto. Un brillo irrefrenable de felicidad centelleaba en sus ojos. En ese momento, supo que Jinju ya no podría apartarse de él ni siquiera.¹²²

a

un

minuto. Su fuerza le atraía hacia él como si fuera un imán, hasta el punto de que los ojos de Jinju seguían todos sus movimientos. Los recuerdos de

la noche que acababan de pasar hacían que su corazón latiera con fuerza y

que la sangre se precipitara sobre su rostro. Una vez más, Jinju se arrojó a sus brazos, incapaz de controlar sus

emociones, mordisqueándole el cuello. Tragó con avidez su propia saliva, mezclada con la mugre salada y

sudorosa de su amado. Cuando le mordió en la arteria carótida sintió su

poderoso palpar, una sensación que la transportaba a un mundo de

encantamiento y de maravillas, donde perdía el control sobre sí misma.

Jinju le mordió, le chupó, acarició la piel con sus labios y, mientras lo

hacía, sintió cómo sus órganos internos se abrían como si fueran flores

nuevas.

—Hermano Mayor Gao Ma —dijo —, Hermano Mayor Gao Ma, no

hay nada que pueda hacerme arrepentir de esto, ni siquiera la muerte.

Las perlas de rocío golpeaban contra el suelo y las ramas parecían

estar recubiertas de una capa de aceite que emitía un brillo deslumbrante,

mientras que de la tierra emanaba una humedad vaporosa. De algún lugar

situado a su espalda llegó el grito de una codorniz moteada, un sonido

interminable y ahogado como si, por

arte de magia, el ave hubiera

introducido su pico en la tierra para amortiguar su grito. Otra codorniz

devolvió la llamada desde algún lugar situado enfrente. El aire de la

primera hora de la mañana permanecía inmóvil, sujetando los arbustos de

yute como un arrecife de coral que permanece inerte en un mar rojo.

—Tenemos que comer algo —dijo

Gao Ma apartándola.

Ella le dedicó una sonrisa y volvió a tumbarse, levantando la mirada

hacia las caóticas chispas verdes y a los fragmentos de luz del sol de color

rojo dorado. Enseguida se concentró en algún punto oculto que se

encontraba en el hueco de su mente donde permanecía el sonido de las

mareas crecientes, distantes y misteriosas. Deseando poder

sumergirse

eternamente en ese reino, permaneció completamente inmóvil y contuvo

la respiración; las chispas, como diminutos glóbulos de mercurio, se

congelaron en el espacio y se estremecieron brevemente, como si

quisieran mostrar que podían deslizarse en cualquier momento.

—Vamos, levántate a comer —dijo Gao Ma, sacudiéndole la

muñeca. Sacó algunas tortas y un poco de ajo de su fardo. Des

.

pué123

s

de

pinchar las puntas secas y marchitas y los extremos bulbosos de los tallos,

dejando únicamente las partes intermedias frescas y verdes, enrolló

seis de

ellos en una de las tortas y se la entregó a Jinju.

La joven sacudió la cabeza, ya que todavía estaba inmersa en las

placenteras sensaciones que había sentido un momento antes y quería

aferrarse a ellas el mayor tiempo posible. El olor acre del ajo le puso los

pelos de punta —con el tiempo,

había llegado a odiarlo—.

—Come algo, así nos podremos poner de nuevo en marcha —dijo

Gao Ma.

Jinju cogió a regañadientes el rollo de torta, pero esperó hasta que él

hubiera empezado la suya antes de realizar su primera tentativa. La torta

era fina, dura y resistente como un trapo congelado. La mandíbula de

Gao

Ma rechinaba, sus mejillas se
contraían y Jinju escuchaba el sonido
del ajo

crudo y frío que crujía
repugnantemente en su boca. Por fin
se decidió a

morder su ración de ajo, que se
partió fríamente, como si fuera un
bambú

cortado con un cuchillo. La boca se
le llenó de saliva, pero su corazón,
que

ahora estaba crudo y frío, se arrugó en su interior.

Gao Ma engullía su comida, gruñendo ásperamente mientras

masticaba, y lanzó una ruidosa ventosidad. Jinju, torciendo el rostro con

una sensación de desagrado, volvió a dejar la torta enrollada dentro del

fardo azul, donde se abrió para mostrar su contenido de ajo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ansiosamente con un hilillo de fibra de ajo atrapado entre los dientes.

—Nada, tú come —respondió ella en voz baja. El aliento a ajo de

Gao Ma hizo que volviera a ser consciente del abismo que se abría entre

los dos.

Una vez que hubo terminado su torta, Gao Ma introdujo su mano en

el fardo y sacó la torta de Jinju.

—No tienes por qué comer esto si no quieres —dijo mientras la

enrollaba—. Te voy a comprar algo más apetitoso cuando lleguemos a

Caballo Pálido.

—¿A dónde vamos, Gao Ma?

—Cuando lleguemos a Caballo Pálido, cogeremos el autobús a Lanji

y el tren al noreste. Estoy seguro de

que tus hermanos y el resto de tu familia nos están esperando en la estación de Paraíso —dijo mientras su

voz iba adoptando un tono siniestro, y luego prosiguió—: Nos

aseguraremos de que su plan no tenga éxito.

—¿Qué vamos a hacer en el noreste?

—preguntó Jinju, un tanto

aturdida.

•—Iremos al municipio de Magnolia, en Hailongjiang. Uno de mis

compañeros del ejército es el administrador adjunto del municipio. Él

puede ayudarnos a encontrar trabajo —dijo Gao Ma, demostrando que

había pensado las cosas. Luego dirigió su atención hacia la segunda torta

enrollada, que comenzó a comer

mientras dejaba escapar otra
estruendosa

ventosidad.

Ella soltó una risita tonta, sin saber
muy bien qué era lo que le hacía

tanta gracia.

Gao Ma se sonrojó.

—Creo que he vivido solo
demasiado tiempo —dijo avergonza-

do—. No te rías de mí.

Sintiendo que le perdonaba
inmediatamente, Jinju dijo como si
estuviera hablando con un niño:

—No eres distinto a los demás. Todo
el que come grano sabe lo que
es tener gases.

—¿Las mujeres también? No me
imagino a alguien tan hermoso
como tú dejando escapar
ventosidades.

—Las mujeres también son humanas
—dijo Jinju.

La neblina que se había posado sobre
las hojas de yute se había

evaporado. Ílacia el norte, en algún
lugar del bosque, un burro rebuznaba
estruendosamente.

—No podemos viajar a plena luz del
día, ¿verdad? —preguntó ella.

—Pues claro que podemos,
precisamente eso es lo último que

esperan que hagamos. Estamos a quince kilómetros de Caballo Pálido, a

unas tres horas andando. Para cuando tus hermanos lleguen para

seguirnos la pista, ya estaremos en Lanji.

—No quiero ir —protestó Jinju—. Ahora te pertenezco a ti. Tal vez

mi familia haya cambiado de opinión y nos permita estar juntos.

—Deja de soñar, Jinju —replicó
Gao Ma—. Tendrás suerte si .125

no te

golpean hasta la muerte.

--Mi madre me quiere... —Sus ojos
se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo puedes decir eso? Ella
sólo quiere a tus hermanos y te

utiliza como títere para poder
casarlos. ¿Acaso quieres pasar el
resto de tu

vida con Liu Shengii? Usa la cabeza, Jinju, y ven conmigo. Mi compañero

del ejército es el administrador adjunto del municipio. ¿Te lo puedes

creer? Administrador adjunto del municipio. Piensa en toda la influencia

que posee. No tiene más que decir una palabra para encontrarnos trabajo.

Eramos como hermanos.

—Gao Ma, te he dado todo lo que tengo. Si me llamas, iré corriendo a tu lado, como si fuera un perro...

—Jinju —respondió, pasándole el brazo alrededor de su hom-

bro—, voy a asegurarme de que lleves una vida digna, aunque para ello

tenga que vender mi propia sangre.

—Hermano Mayor, ¿por qué no nos abrazamos y acabamos con

todo ahora mismo? Mátame primero a mí.

—No, Jinju, no vamos a morir.

Vamos a salir adelante y vamos a dar a tus padres motivos para pensar.

Contemplando la firme determinación que se reflejaba en los ojos de

su amado, Jinju tocó con la punta de los dedos la costra que tenía en su

frente.

—¿Todavía te duele? —preguntó con ternura.

—Me duele aquí —dijo Gao Ma cogiendo su mano y colocándosela sobre el corazón.

Ella apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Has sufrido mucho. Mis hermanos son unos lobos sin corazón.

—No deberías decir esas cosas. La vida tampoco es fácil para ellos

—protestó Gao Ma magnánimamente
y luego prosiguió con

vehemencia—: ¿Te acuerdas de
aquel día del año pasado? Ya sabes,

cuando te estaba ayudando en el
campo y te dije que iba a comprar
pilas

nuevas a mi reproductor de cásete
para que pudieras escucharlo. Pues

bien, al final lo hice. Aquí está,
escúchalo.

Extrajo el reproductor de cassette de su fardo, apretó el botón de

encendido y empezó a escuchar el sonido áspero de la voz de una mujer:

La luz de la luna en la decimoquinta cascada se cierne sobre mi viejo hogar y sob.148

re l os

pasos fronterizos, / En el silencio de la noche, él añora a alguien, al

igual que lo hago yo.

—Es el nuevo disco de Dong Wenhua —dijo Gao Ma—. Es una cantante rechoncha y muy hermosa que pertenece al ejército, al Distrito Militar de Shenyang.

—¿La has visto alguna vez?

.149

—Sólo en la televisión —confesó—. Sun Baojia tiene un nuevo

televisor en color. Su familia plantó seis hectáreas de ajo este año y lo vendió por más de cinco mil yuan. Si no nos hubiéramos metido en este jaleo, me quedaría en casa y haría el agosto con el ajo, ya que el municipio va a dejarnos plantar todavía más superficie el año que viene.

Conectó los auriculares al reproductor y apagó el altavoz, para

desconcierto de Jinju. A continuación, colocó los auriculares sobre la

cabeza de su amada.

—Así suenan mejor —dijo elevando la voz.

Ella observó cómo Gao Ma sacaba del fardo un sobre lleno de

billetes de diez yuan.

—He vendido todo lo que he podido. Mi vecino Yu Qj.ushui

prometió cuidar mi casa... Tal vez,
dentro de unos años, podemos
regresar

del noreste.

Pero Jinju escuchaba la estridente
voz de la cantante a través de los

auriculares: *¡Ali Baba, hai! ¡Alt Baba
es un joven feliz!*

capitulo 7

*La luna de la mitad de mes no será
redonda hasta el día dieciséis,*

*después de que comience la erosión.
Todo el mundo se siente feliz
cuando*

*vende el ajo, pero sus corazones se
desatan cuando no lo consiguen...*

Extracto de una balada cantada por
Zhang Kou a los
cultivadores de ajo.

Gao Yang fue encerrado provi-
sionalmente en una celda de la
comisaría municipal. Al principio no

sabía

dónde se encontraba, pero la puerta roja de doble panel que había en la

entrada se había grabado en su mente, ya que era la misma que había

atravesado cuando llegó a la ciudad para vender su ajo y recordaba la

acequia que hacía las veces de foso.

El agua, que era asquerosa, servía

como hogar flotante para los manojos de hierbas medio muertas. La

ciudad rebosaba actividad, salvo en ese punto. El agua contaminada de la

acequia era un campo de cultivo de pequeños insectos rojos. La segunda

vez que había acudido a la ciudad para vender su ajo, había visto a un

anciano vestido de blanco atrapándolos con una red para mosquitos unida

al extremo de una larga caña de bambú. Alguien dijo que los usaba

para dar

de comer a los peces de colores.

La policía le quitó las esposas y, en cuanto sintió que tenía las manos

libres, ni siquiera los dos terribles hematomas púrpura que rodeaban sus

muñecas minaron su inmensa sensación de agradecimiento. Otro policía

colgó las esposas en su cinturón y dio un empujón a Gao Yang. «¡Entra

ahí!»), ordenó bruscamente,
señalando un catre que había cerca
de la

ventana.

—Éste es el tuyo —dijo—. De ahora
en adelante, eres el Preso

Número Nueve.

Uno de sus compañeros de celda, un
joven, saltó de su catre y

comenzó a aplaudir.

—Bienvenido, compañero de armas.
Bienvenido.

La puerta de metal se cerró de golpe.
El joven lanzó un redoble con la
boca y, en un espacio tan reducido,
comenzó a hacer piruetas y cabriolas.

Gao Yang le observó nerviosamente.
Tenía la cabeza afeitada, pero le
habían quedado tantos huecos que los
mechones de pelo oscuro que no
había rasurado la navaja daban a su

cráneo un aspecto desagradable y

moteado. Mientras el joven hacía piruetas alrededor de la celda

provisional, la imagen que Gao Yang tenía de él alternaba entre un rostro

pálido y demacrado y una espalda salpicada de lunares. Estaba tan

famélico que no parecía tener caderas y, cuando hacía cabriolas por la

celda, parecía una de esas figuras de

papel que dan saltos mortales cuando aprietas los palillos que las manejan.

Alguien desde el exterior golpeó la puerta con un objeto contundente y soltó un grito. Casi inmediatamente, en el ventanuco que había en la parte superior de la puerta, apareció un rostro sombrío y anguloso.

—Número Siete, ¿se puede saber qué demonios te pasa? —tronó el

rostro.

El joven dejó de bailar, puso en blanco sus vidriosos ojos y miró el rostro que había al otro lado de la ventana.

—Nada, oficial.

—Entonces, ¿por qué estás dando saltos? —El rostro anguloso

preguntó severamente—: ¿Y por qué estás gritando?

Gao Yang observó la hoja reluciente de una bayoneta.

—Estoy haciendo ejercicio.

—¿Quién dijo que podías hacer ejercicio aquí, maldito idiota?

, ' 151 .. .

—¡*Aja!* —dejó escapar el joven prisionero mientras se acercaba a la

puerta—. Así que, como eres un oficial, te gusta insultar a la gente, ¿no es

cierto? Las instrucciones del presidente Mao dicen: «No golpees a los

demás y no les insultes». Quiero ver al oficial al mando. Veremos si puedes

dirigirte a mí en ese tono.

El guardia, al que llamaban oficial, golpeó las barras de la ventana con

la culata del rifle.

—¡Sujeta tu lengua o hago que el

carcelero te abofetee!

El joven prisionero se dio la vuelta y corrió hacia su catre, sujetándose

la cabeza con las manos y suplicando cínicamente.

—Oficial, buen amigo. Ya me callo, ¿lo ves? Perdóname, por favor.

—¡Maldito imbécil de mierda! —se quejó el rostro mientras

desaparecía del ventanuco.

Gao Yang escuchó el repiqueteo de las botas alejándose por el pasillo, que parecía interminable. Cuando Gao Yang fue conducido allí en la furgoneta de la policía, le llevaron por el largo pasillo, atravesaron una puerta de acero tras otra, un ventanuco tras otro, detrás de los cuales se asomó un desfile de rostros desencajados. Parecían figuras de

papel

recortadas, que podía haber
derribado con sólo soplarlas.

Luego recordó vagamente cómo dos
policías sacaban de la furgoneta

al joven con cara de caballo, todavía
con la casaca blanca envuelta
alrededor

de la cabeza. A continuación, si no
recordaba mal, llegó un enfermero y
se

llevaron al joven en una camilla.
Trató de imaginar qué habría sido de él

después de aquello, pero esos pensamientos no hacían más que confundirle,

así que optó por dejarlo.

Era una celda oscura, con el suelo gris, las paredes grises y los catres grises; hasta los cuencos para la comida eran grises. Los últimos

rayos de luz

que procedían del sol del atardecer
se filtraron a través de la ventana de

barrotes, tiñendo algunas partes de la
grisácea pared de un tono púrpura

rojizo. Lo único que se podía ver a
través de la ventana era una torre de

perforación, recubierta con una jaula
de cristal que resplandecía a la luz
del

sol. Una bandada de palomas, con las

alas teñidas de rojo dorado, pasó por encima de la jaula emitiendo sus lúgubres gritos y haciendo que Gao Yang

temblara de miedo. Volaron hasta quedar fuera del alcance de su vista,

luego cambiaron de rumbo y regresaron, acompañadas de los mismos

gritos.

2'''-: V

Un anciano encorvado se acercó al desorientado Gao Yang y le tocó con un dedo tembloroso.

—Un cigarrillo... Un cigarrillo... Nuevo... ¿Tienes un cigarrillos—chilló.

Gao Yang, descalzo y con el torso desnudo, no llevaba más que un par de pantalones cortos anchos y cuando la mano pegajosa y maloliente le

tocó, su piel se estremeció. A duras penas consiguió reprimir los gritos.

Tras ser rechazado, el anciano se dio la vuelta con enfado y se enroscó en su catre.

—¿Por qué estás aquí, amigo? — preguntó sin darle importancia una voz que procedía de la espalda de Gao Yang.

Gao Yang no fue capaz de distinguir los rasgos de aquel hombre

entre la tenebrosa oscuridad, pero su instinto le dijo que se trataba de un individuo de mediana edad. Estaba sentado sobre el suelo de hormigón y tenía apoyada su enorme cabeza sobre un catre gris.

—Yo... —Gao Yang no tenía ganas de contestar—. No estoy seguro.

—¿Quieres decir que te han tendido una trampa para incriminarte?

—replicó el hombre con hostilidad.

—No, no es eso lo que he querido decir —se defendió Gao Yang.

—¡No me mientas! —espetó el hombre, mientras le señalaba amenazante con un rechoncho dedo negro—. A mí no me engañas: estás aquí por violación.

—No es cierto —protestó Gao Yang tímidamente—. Tengo esposa e hijos. ¿Cómo iba a hacer algo tan despreciable?

—Entonces estás aquí por haber robado.

—¡Te equivocas! —replicó Gao Yang con enfado—. ¡En mis

cuarenta años no he robado ni un alfiler!

—Entonces... Entonces debes ser un asesino.

—El único asesino que hay aquí eres tú.

—Casi aciertas —replicó el hombre

de mediana edad—. Aunque

aquel muchacho no llegó a morir. Le partí el cráneo con un palo y dijeron

.153

que se le salió el cerebro. ¿Quién diablos ha visto salirse un cerebro del

cráneo?

Un agudo silbido recorrió todo el pasillo, cortando de raíz su

conversación.

—¡Hora de comer! —gritó alguien roncamente fuera—. Sacad los cuencos al pasillo.

El anciano que había tocado a Gao Yang extrajo de debajo de la cama dos vasijas grises de esmalte y las empujó a través de una pequeña abertura

rectangular que se encontraba en la base de la puerta. La celda se

iluminó

con una luz intensa, pero sólo durante un breve momento, antes de volver

a sumergirse en una tenebrosa oscuridad. Pero fue suficiente para que Gao

Yang viera lo alta y estrecha que era la celda: una pequeña bombilla

eléctrica, que tenía forma de cabeza de ajo, colgaba del techo —que,

naturalmente, estaba pintado de gris

— como una tenue estrella solitaria
en

el inmenso cielo. Resultaba
imposible alcanzar un techo tan
elevado

incluso para un hombre alto que se
subiera a los hombros de otro. ¿Por

qué razón, se preguntó, han tenido
que hacer el techo tan alto? Lo único

que se consigue es que resulte muy
difícil cambiar la bombilla. Un par
de

metros al norte de la instalación de la luz se encontraba un pequeño

tragaluz cubierto por unas láminas de hojalata. Cuando la luz se encendió,

una docena aproximada de moscas enormes comenzó a zumbar alrededor

de la sala, poniéndole nervioso. A continuación observó otra nube de moscas pegada a las paredes.

El supuesto asesino, que sin duda era un hombre de mediana edad,

cogió un cuenco de esmalte de su catre y limpió algunos restos de alimento

de su interior con la mano desnuda, luego lo sujetó por el borde y

comenzó a golpearlo con un par de palillos rojos. El prisionero joven y

demacrado sacó su cuenco de debajo del catre. Pero, en lugar de

golpearlo,

lo arrojó sobre el camastro. Luego se estiró y bostezó perezosamente, con lágrimas en los ojos y mucosidad en la nariz.

El otro prisionero dejó de golpear el cuenco para dar una patada al

compañero de celda más joven con un gran zapato de cuero que daba la

sensación de pesar varios kilos; la piel oscura y el vello rubio

asomaban por

entre los jirones de sus pantalones.

Su patada, que con toda seguridad

debió ser muy dolorosa, alcanzó al joven en la espinilla e hizo que emitiera

un grito de dolor. Poniéndose de pie, se fue saltando hasta su catre y se

tumbó en él para restregarse su pierna dolorida.

—¿Por qué has hecho eso, asesino?

¿Acaso disfrutas siendo cruel?

El hombre de mediana edad apretó sus fuertes y amarillos dientes y

dijo gruñendo:

—Tu viejo seguro que murió cuando era joven, ¿no es así?

—¡Tu viejo sí que murió joven!

—Es cierto, así fue, ese cerdo hijo de puta —dijo el hombre, para

desconcierto de Gao Yang. ¿Cómo

puede llamar hijo de puta a su propio padre?—■. Pero yo te pregunté si tu viejo murió joven.

—Mi viejo está vivo y coleando — dijo el joven prisionero.

—Entonces, es un mal padre y, además, un hijo de puta. ¿Acaso no te enseñó que es de mala educación estirarse y bostezar delante de los demás?

—¿Qué tiene eso de malo?

—Trae mala suerte —respondió el hombre de mediana edad en un

tono sombrío. A continuación escupió en el suelo, pisó fuertemente tres

veces el viscoso escupitajo con el pie izquierdo y luego otras tres veces con

el pie derecho.

—Tienes un problema —dijo su

joven compañero de celda mientras se frotaba la pierna, y luego añadió entre dientes—: Deberían haberte disparado, maldito asesino.

—A mí no —el hombre de mediana edad dejó escapar una risa

extraña—. Los únicos a los que van a disparar son a los que están en el corredor de la muerte.

Después de empujar los dos cuencos

de esmalte hacia el pasillo a

través del agujero que había en la puerta, el anciano se mojó los labios,

como una lagartija que come bolas de grasa. Gao Yang se asustó al ver sus

dientes podridos y deformes, así como sus ojos llorosos e infectados.

La quietud del pasillo se vio interrumpida por el sonido de un cacillo

golpeando contra un balde de metal. El ruido todavía se encontraba a mucha distancia. El anciano encorvado avanzó

arrastrando los pies y se agarró a los barrotes para mirar fuera,

pero no tenía la altura suficiente, así que se apartó de la puerta y comenzó

a rascarse la cabeza y a contraer las mejillas como si fuera un mono

inquieto, A continuación, se dejó

caer sobre su vientre para echar una mirada por el agujero que había debajo de la puerta. Lo más probable es

que lo único que viera fueran los cuencos, así que se levantó, mojándose

todavía los labios. Gao Yang se giró con una mueca de desagrado. .155

El sonido de los golpes cada vez se oía más próximo y el anciano

parpadeó con mayor rapidez. Los demás prisioneros cogieron sus cuencos y se dirigieron hacia la puerta. Sin saber muy bien qué hacer, Gao

Yang se sentó desconcertado sobre su catre gris y se quedó mirando al ciempiés que ascendía por la pared de enfrente.

Al sonido del balde que procedía del otro lado de la puerta se le unió

la voz del guardia que les había gritado unos momentos antes.

—Cocinero Han, hoy ha entrado un prisionero nuevo, Número

Nueve.

El cocinero Han, o quienquiera que fuera, aporreó la puerta.

—Escucha, Número Nueve. Un bollo al vapor y un cacillo de sopa

por prisionero.

El cacillo golpeó contra el balde, e inmediatamente después una

palangana se deslizó a través del agujero de la puerta, seguida de otra. La

primera —gris, con un brillo de porcelana—, estaba llena de cuatro bollos

al vapor; la segunda estaba a medio llenar con sopa, de color rojo intenso y con grumos de grasa flotando por

encima, junto a unos cuantos pedazos amarillentos de ajo.

El tufillo del ajo enmohecido golpeó de lleno a Gao Yang, pro-

duciéndole al instante una sensación de ansiedad y de náusea. Su

estómago borboteó como una bañera de burbujas; todavía tenía la

sensación de estómago lleno después de las tres botellas de agua fría que

se había tomado a mediodía. Sentía espasmos en el vientre y la cabeza le iba a estallar.

Cada uno de los compañeros de celda agarró un bollo al vapor, y dejaron uno, del tamaño de un puño y de color gris, con una piel brillante.

Gao Yang sabía que le correspondía, pero no tenía apetito.

El prisionero de mediana edad y su compañero de celda más joven

dejaron sus cuencos junto al bol de sopa. El anciano siguió su ejemplo y a

continuación miró hacia Gao Yang con sus putrefactos ojos.

—No te apetece comer, ¿eh amigo?
—dijo el hombre de mediana

edad—. Probablemente todavía no has digerido los deliciosos alimentos que has tomado en el desayuno, ¿verdad?

Gao Yang apretó los dientes para contener la intensa sensación de náusea.

—Tú, viejo sinvergüenza, haz los honores. Y guarda algo para él.

—La voz del hombre de mediana edad estaba cargada con un tono de autoridad.

El anciano prisionero cogió un cacillo grasiento y lo sumergió en la

sopa, escurriéndolo durante unos instantes. A continuación levantó el cacillo, con cuidado de no derramar nada, y con una destreza y un equilibrio sorprendentes llenó el cuenco del prisionero de mediana edad.

En su rostro asomaba una sonrisa de sumisión. Pero la expresión del hombre de mediana edad no cambió un ápice. La segunda cucharada fue

despachada con mayor rapidez, sin la menor destreza o equilibrio, directa al cuenco del prisionero más joven.

—¡Maldito viejo gamberro! —gritó el joven—. Sólo me has dado caldo aguado.

—Ya tienes mucho —respondió el anciano—. ¿De qué te quejas?

El joven miró a Gao Yang como si buscara un aliado.

—¿Sabías que este viejo cabrón fue atrapado agitando las cenizas de

su familia? Cuando su hijo fue nombrado oficial y tuvo que marcharse a la

ciudad, dejó a su vieja esposa en casa como si fuera una especie de mujer

abandonada. Y empezó a acostarse con su propia nuera...

Antes de que el joven prisionero

pudiera finalizar, su anciano

compañero de celda le lanzó el
cacillo de aluminio, golpeándole con
tanta

fuerza que se agarró la cabeza y
empezó a gemir, mientras la sopa

resbalaba por su rostro. El impacto
hizo que se desconchara el cacillo,
que

el anciano prisionero recogió,
manteniéndose todo lo erguido que le

permitía su encorvado torso; con el cuello rígido y una mirada venenosa en

el rostro.

El joven prisionero, aceptando el reto, agarró su bollo al vapor

mirándolo pensativo, y lo arrojó a la cabeza del anciano, que estaba tan

calvo como el propio bollo, salvo por unos graciosos mechones que

asomaban a lo largo de las sienes. El

bollo aterrizó en mitad de su amplia
y

brillante cabeza. El anciano se
tambaleó y cayó de espaldas,
sacudiendo la

cabeza como si tratara de
desprenderse de algo. Después de
golpear su

cabeza rapada, el bollo gris rebotó
una vez en el suelo por delante del

prisionero joven, que lo atrapó en el
aire y lo levantó para ver si se había

dañado.

Todo el episodio hizo que a Gao Yang se le pusieran los pelos de

punta, pero sirvió para que se le pasara la náusea. Los sonidos que salían de

su vientre también se detuvieron en seco. Entonces, como si se hubiera

.157

encendido un interruptor, el agua

pareció vaciarse en sus intestinos y de

ahí pasar a su vejiga. Ahora necesitaba orinar.

Cuando el anciano prisionero acabó de llenar los cuencos con sopa y

con algunos trozos de verdura, quedó un poco en el fondo de la palangana.

Miró a Gao Yang y, a continuación, al hombre de mediana edad.

—Déjalo ahí para nuestro amigo —

ordenó este último.

—¿Dónde está tu cuenco? —preguntó el prisionero a Gao Yang.

Con la vejiga a punto de reventar, Gao Yang apenas podía man-

tenerse erguido, y mucho menos hablar.

El prisionero de mediana edad se inclinó y deslizó un recipiente

limpio de debajo del catre de Gao Yang. Era de color gris, con un

número

«9» impreso en el lateral, contenía un cuenco gris para la comida y un par

de palillos rojos, además del contraste blanco de las telarañas y el negro de

la suciedad y del hollín.

Gao Yang presionó la espalda con fuerza contra la pared gris para

reducir lo máximo posible la presión de su vejiga. Observó que el

prisionero de mediana edad era el
único que se sentía confiado
comiendo

delante de él. Los otros dos
permanecían cada uno en una
esquina, con el

rostro mirando hacia la pared,
inclinados a la altura de la cintura,
con el

cuello metido entre los hombros y
sujetando con las dos manos los
bollos

al vapor contra el abdomen, como si éstos tuvieran vida y se pudieran escabullir si no los agarraban bien. El posible asesino devoró la comida, el joven prisionero la masticó lentamente hasta que estuvo bien triturada, mientras que el anciano partió algunos pedazos del bollo con sus temblorosos dedos y los enrolló en

bolitas pastosas, que metía en la boca y

las acompañaba con un trago de sopa. Sus manos nunca dejaban de

sacudirse, como si estuviera excitado, o agitado, o nervioso; y mientras

comía, un espeso líquido rezumaba de sus infectados conductos

lagrimales, por debajo de unos párpados que ya no tenían pestañas.

El prisionero de mediana edad gruñía entre bocado y bocado. El

joven se relamía una y otra vez. Para cuando el prisionero de mediana edad

había terminado el último bocado de su bollo, el anciano estaba echando la

última bola de masa en su boca y el joven se relamía por última vez. A

continuación, se intercambiaron

miradas precipitadas, bajaron la cabeza y

sorbieron ruidosamente la sopa.

Los sonidos produjeron un acto reflejo en Gao Yang: la presión

contra una válvula invisible aumentó con cada sorbo, y el calor de la orina

que arrastraba tras de sí parecía estar a punto de salir como un torrente.

Sus oídos se llenaron de sonidos de sopa de ajo: los sorbos y el torrente

que recorría el interior de sus tímpanos, haciendo presión sobre la pared

de su vejiga, hicieron que se hinchara su uretra. Durante un breve instante,

escuchó cómo caía un chorrito y sintió resbalar un reguero de líquido

caliente por sus muslos.

Después de que sus compañeros de celda hubieran acabado de tomar

la sopa, el anciano sujetó el cuenco

con sus manos temblorosas y lamió una y otra vez el fondo con su gruesa y amoratada lengua. Luego,

sujetando todavía los cuencos, los tres se quedaron mirando boquiabiertos

a Gao Yang: su rostro estaba bañado en sudor —podía sentir cómo

empapaba sus cejas— y sabía que debía tener aspecto de haberse vuelto loco.

—¿Te encuentras bien, compañero?

—preguntó crudamente el

prisionero de mediana edad.

Gao Yang, demasiado ocupado como para poder hablar, concentró

hasta el último gramo de energía en una válvula invisible que existía en

algún lugar de su mente.

—Hay un médico en la prisión —
dijo el hombre.

Gao Yang se dobló y se apretó el
vientre, luego se arrastró hasta la
puerta, donde fue sacudido por un
torrente de orina. Se incorporó
apoyándose en las yemas de los
dedos de los pies, como si pudiera
mantener la válvula en su sitio y, a
continuación, golpeó la puerta con el
puño, que emitió un ruido estridente.
Se escucharon en el pasillo los pasos
del guardia que se acercaba

corriendo. Gao Yang tuvo la sensación de que, mientras corría, la culata de

un rifle rozaba contra los pantalones del guardia. Siguió golpeando la puerta.

—¿Qué está pasando ahí? —gritó el guardia a través de los barrotes.

—Tenemos a un enfermo —respondió el hombre de mediana edad.

—¿Quién es?

—Número Nueve.

—No... no estoy enfermo —Gao Yang miró avergonzado a sus

compañeros de celda—. Sólo necesito orinar... No puedo aguantar más.

El prisionero de mediana edad gritó, ahogando intencionadamente

las quejas de Gao Yang.

—¡Abrid, se encuentra a las puertas de la muerte!

.159

El sonido de las llaves, el cerrojo descorrido —clang—, la puerta abierta. El guardia sujetaba el rifle con la mano izquierda y las llaves con la derecha.

—¿Qué ocurre, Número Nueve?

Gao Yang se inclinó.

—Camarada —dijo—, necesito orinar... Camarada...

El guardia, con el rostro crispado de ira, lanzó una patada a Gao

Yang y le obligó a entrar de nuevo en la celda.

--¡Imbécil! —protestó—. ¿Quién eres tú para llamarme «ca-

marada»?

La puerta se cerró de un golpe.

—No quise llamarte «camarada» —
gimió—. Quise decir «oficial».

Oficial, oficial, oficial, déjeme salir,
no puedo aguantarme más... No me
aguanto...

—¡Ahí tienes un orinal, imbécil! —
gritó el guardia desde el otro lado
de la puerta—. Úsalo.

Todavía sujetándose el vientre, Gao

Yang se dio la vuelta y, para

delirio de sus compañeros de celda,
revoloteó de un extremo a otro,

tratando de encontrar el orinal.

—Tío... Hermano Mayor... Hermano
Menor... ¿Dónde está el orinal?

¿Dónde? —dijo llorando mientras
miraba debajo de los tres catres y,
cada

vez que se agachaba, se derramaban
algunas gotas de orina.

Sus compañeros de celda miraban y se reían.

—No rae aguanto más —gimió—. Os lo digo en serio.

La válvula se abrió, soltando un chorro de orina caliente. Su mente se quedó en blanco mientras sus piernas empezaron a temblar y todos los músculos de su cuerpo se aflojaron. Sintió cómo se le escaldaban las piernas mientras se estremecía su

cuerpo, experimentando la mayor
sensación de alivio de toda su vida.

La orina le empapó los pies,
formando originales dibujos en el
suelo.

—Eh, tú, dale el orinal, y date prisa
—espetó el prisionero de

mediana edad—. Es probable que
todavía tenga que echar más.

El prisionero joven corrió hacia la
pared y sacó un orinal negro de

plástico. Toda la celda se inundó de un terrible hedor.

—Puedes hacerlo aquí, y date prisa
—dijo, dando a Gao Yang un empujón.

Gao Yang se sacó su miembro con los dedos temblorosos y apuntó hacia el orinal. Con una terrible sensación de repugnancia por lo que había en su interior, soltó toda la carga,

produciendo grandes salpicaduras

mientras que el chorro golpeaba el recipiente. Aquello era música para sus

oídos. Con una enorme sensación de alivio, cerró los ojos, deseando poder

escuchar ese sonido eternamente.

Un manotazo en el cuello le sacó bruscamente de su estado de trance.

Había vaciado su vejiga en el orinal

y el borde ahora estaba espumoso.

—Vamos, vuelve a dejarlo en su sitio —le ordenó el prisionero de mediana edad.

Gao Yang obedeció la orden, depositando el orinal junto a la pared y

cerrando la pequeña puerta de madera que había tras él.

A continuación, con la celda oliendo como una letrina y sus

compañeros mirándole ferozmente, hizo un gesto de disculpa con la

cabeza y se sentó dócilmente en su catre. Se sentía absolutamente

consumido. Las perneras de sus pantalones, empapadas de orina, se le

pegaban de manera incómoda a la piel y la lesión en su tobillo cubierto de

orina le producía punzadas

dolorosas, trayendo a su memoria los
recuerdos de todo lo que había
pasado a lo largo del día: cuando
salió de su

casa, cuando vio al conejo de color
arcilloso pasar corriendo por el
bosque

de acacias, deteniéndose y,
aparentemente, mirándole a los ojos.

Desconcertado, recordó que aquel
anciano le había dicho que si lo

primero que ves por la mañana es un conejo salvaje estás condenado a

tener mala suerte durante todo el día. Más tarde, la policía había venido a

por él... Tenía la sensación de que estos agotadores recuerdos habían

sucedido hacía años, y no hace tan sólo unas horas, y estaban enterrados

bajo varias capas de polvo.

El anciano, relamiéndose los labios y parpadeando, se acercó y le

preguntó elevando la voz.

—¿No quieres comer?

Gao Yang sacudió la cabeza.

Eso es todo lo que el anciano necesitaba saber para caer de rodillas y

recoger el último bollo al vapor. Luego se arrastró lentamente hacia la pared, mientras le temblaban los hombros y la cabeza. Ronroneó como un

gato que acabara de comerse un
ratón.

En cuanto su compañero de celda de
mediana edad hizo una señal, el

joven prisionero se giró y se
abalanzó sobre la espalda del
anciano. Había

.161

llegado su oportunidad de vengarse
por el golpe que le había propinado

con el cacillo y golpeó la ridícula

cabeza rapada del anciano con los
dos

puños.

—¿Quieres comer? —gritó
encaramado en la espalda del
anciano—.

¡Ven aquí, que te voy a dar de comer!

Los dos hombres rodaron por el
suelo, golpeándose el uno al otro

mientras chillaban y gruñían. Eso
hizo que los guardias se acercaran

corriendo. Un guardia con la cara cuadrada apareció por la ventana, golpeando ruidosamente la culata de su rifle contra los barrotes.

—¿Es que estos idiotas se han cansado de vivir? —dijo gruñendo —.

¿Así es como nos pagáis que os demos de comer? Muy bien, si no os separáis ahora mismo, os tendré a pan y agua durante tres días.

Dicho eso, se fue corriendo ruidosamente por el pasillo de regreso a

su puesto.

Los dos prisioneros, el anciano y el joven, se miraron como si fueran

dos contrincantes en una pelea de gallos •—a uno apenas le quedaban

plumas, mientras que el otro todavía esperaba que le aparecieran—

tratando de intimidarse durante una

pausa. Todavía atrapado en el puño del anciano prisionero se encontraba el bollo al vapor, su premio, y la causa de que tuviera una serie de cortes y cardenales en su cabeza rapada.

—Suelta ese bollo, maldito viejo — dijo el prisionero de mediana edad con voz contenida y autoritaria.

El temblor en las manos del anciano se hizo más acusado a medida

que apretaba el bollo al vapor contra su ombligo.

—Si no lo haces —dijo el prisionero de mediana edad con voz

amenazadora—, esta noche te meto la cabeza en el orinal y te ahogo.

Incluso bajo la luz difuminada de la celda, los ojos del prisionero de

mediana edad parecían luminosos.

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas y, puesto que carecía de

pestañas que pudieran controlar el flujo, resbalaron libremente por los conductos de sus infectados rabillos. Gao Yang se dio cuenta de ello con total claridad. El anciano prisionero estiró lentamente los brazos hasta que

quedaron a veinte centímetros de su cuerpo y, a continuación, abrió las manos. Gao Yang contó siete longevos dedos enterrados en el

bollo, que

desde hacía tiempo había dejado de tener su forma original. El

desconsolado anciano de repente se puso furioso, arrancó un pedazo de

bollo y se lo metió en la boca. A continuación, arrojó lo que le quedaba en

el charco de orina que Gao Yang fue incapaz de contener.

—¿Lo quieres? ¡Entonces cógelo! —

gritó.

El prisionero de mediana edad
apretó los labios y dijo:

—¿Así es como te gusta, maldito
perro mestizo?

Se acercó a él y le agarró por el
cuello con el brazo, inmovili-
zándole.

—O coges ese bollo y te lo comes o
te meto la cabeza en el orinal.

Elige.

Los ojos del anciano se pusieron en blanco.

—Muy bien, ¿qué piensas hacer? — preguntó el hombre de mediana edad empleando un tono comedido.

—Me lo voy a comer... Me lo voy a comer —contestó el hombre, respirando con dificultad.

El prisionero de mediana edad le soltó y se dirigió a Gao Yang.

—No pareces un tipo que vaya a darme problemas —gruñó—.

Espero que así sea. Lo que ahora quiero que hagas es que te bebas a lengüetazos el pis que has dejado en el suelo.

i:

r

—Venga, vamos a ver quién es capaz de beberse su propia orina —

anunció Wang Tai, un estudiante de sexto curso de la escuela elemental de la aldea Gaotong, situada en el municipio Zanja del Árbol, mientras se encontraba en los aseos. Era el verano de 1960 y Wang Tai, cuyo padre era el líder del Equipo de Producción Número 2 de Gaotong, pertenecía a una familia de pobres campesinos.

Era la hora del recreo. En cuanto sonó la campana, los alumnos

salieron en tropel de la escuela, fusionándose en un solo cuerpo hasta que

alcanzaron la pista de atletismo, donde se dividieron por géneros, de

manera que quedaron los chicos al este y las chicas al oeste. Las malas

hierbas crecían por toda la pista de atletismo, cuyas canastas de madera

para jugar al baloncesto ofrecían una espléndida cosecha de hongos y los aros estaban rojos por el óxido. Un viejo macho cabrío barbudo y de ojos

azules, atado a un poste de madera en el borde oriental de la pista, miraba fijamente a la pandilla de niños demacrados, enjutos y desenfrenados.

Los aseos estaban situados en el

borde meridional de la pista de atletismo: constaban de dos estructuras al aire libre, donde los aseos de los

.163

niños estaban en el este y los de las niñas en el oeste, separados por un

muro bajo hecho con trozos de ladrillo. Gao Yang recordó que la pared

apenas superaba la altura de su

cabeza. Pero Wang Tai, que era el niño de

mayor edad de la clase, era tan alto como el muro, así que le bastaba con ponerse de pie sobre unos ladrillos para ver lo que ocurría al otro lado.

Gao Yang evocó la imagen de Wang Tai de pie sobre tres ladrillos

para curiosear el lavabo de niñas que había al otro lado de la pared.

También recordó el aspecto que tenía

el aseo de los chicos: una larga fosa
en el centro protegida por una
pequeña pared recubierta de
ladrillos, donde

los niños se situaban de pie
alrededor de los cuatro lados
orinando al

mismo tiempo. El espacio que había
alrededor de la abertura de la fosa lo

llamaban «el precipicio», y su parte
más recóndita estaba pulida por los
pies

de los niños. Algunas malas hierbas de un color negro impecable y algunos

juncos rojos crecían en los extremos del mismo, junto a las verdolagas, con

sus pequeñas flores amarillas.

—¡Eh, escuchadme todos, no meáis ahora! Aguantaos para ver quién

es capaz de beberse su propia orina —dijo Wang Tai desde el precipicio.

Como todos los chicos desde primero a quinto curso no podían orinar desde el precipicio, regaban las malas hierbas y las flores que se encontraban en el borde exterior, haciendo que crujieran ruidosamente.

—¿Quién es el primero? —preguntó Wang Tai—. Vamos, Gao

Yang, inténtalo.

Gao Yang y Wang Tai pertenecían al mismo equipo de producción.

El padre de Wang Tai era el líder del equipo, mientras que el de Gao Yang

era un antiguo terrateniente al que habían obligado a trabajar bajo la

supervisión de los campesinos pobres y de clase media baja.

—Muy bien, yo el primero —
respondió Gao Yang con alegría.

Un cuarto de siglo después, todavía se acordaba de aquel incidente.

Por entonces, Gao Yang sólo tenía

trece años y, aunque su familia

nunca tenía suficiente para comer ni para vestir ropas decentes, y se veía

obligada a ahorrar y a apretarse el cinturón, ai menos podía enviarle a la

escuela durante el sexto curso. Su padre fue un terrateniente; su madre, la

esposa de un terrateniente. Con un pasado así, ni con todo el talento del

mundo se podía impedir que Gao Yang tomara el único camino que había

despejado para él: dentro de poco tiempo se iría directo a trabajar al

Equipo de Producción Número 2 de Gaotong bajo la supervisión del

padre de Wai Tang. Gao Yang estaba completamente seguro de que nunca

iba a aprobar el examen de ingreso en la escuela media, aunque sacara

las

mejores notas en todas las asignaturas, algo que en todo caso sería im-

posible. Por eso, enseguida se mostró dispuesto cuando Wang Tai le dio la

1.68

posibilidad de beberse su propia orina. Por entonces, llamar la atención de

los demás, por la razón que fuera, era algo que le hacía feliz.

Cuando dijo que la probaría, estaba seguro de poder hacerlo, así que

apuntó su firme y pequeño pájaro hacia el cielo y lanzó un chorro de orina

amarilla por encima de su cabeza. Acercó rápidamente los labios a la

columna acuosa, tomó una buena bocanada y se la tragó. Luego volvió

a

repetir el proceso.

Wang Tai soltó una carcajada.

—¿Qué tal sabe? ¿Te ha gustado?

—Se parece al té —mintió.

—¿Quién más quiere probar? —
preguntó Wang Tai—. ¿Quién va
ahora?

No hubo voluntarios.

Algunos de los muchachos más pequeños salieron corriendo hacia la pista de atletismo y gritaron.

—¡Venid aquí, rápido! ¡Los de sexto curso están viendo quién se bebe su propio pis!

Wang Tai se dirigió hacia los demás estudiantes de sexto curso.

—Li Shuanzhu, ve allá y ocúpate de esos mocosos.

Luego dijo bajando la voz:

—Eh, chicos, ¿sabéis cómo mean las niñas? Así.

Wang Tai abrió las piernas, se agachó y soltó un sonido siseante por la

boca. Los estudiantes de sexto soltaron grandes carcajadas.

A continuación, Wang Tai les alineó en el borde occidental del precipicio.

—Ahora veremos quién puede mear más alto —dijo—. Al ganador le doy un premio.

Una docena o más de alumnos formó en línea, con Wang Tai a la

cabeza, y lanzó hacia el aire una serie de columnas acuosas: algunas de ellas

amarillas y otras blancas, algunas claras y otras turbias. La mayoría de ellas

fue a chocar contra la pared que dividía los aseos de los niños y de las

niñas, pero al menos dos de ellas aterrizaron en el otro lado. Con

diferencia, el torrente más turbulento pertenecía al propio Wang Tai. Gao

Yang estaba completamente seguro de ello.

Del lavabo de las niñas salió un chillido agudo, seguido por una serie

de improperios.

Gao Yang no se lo podía creer cuando Wang Tai le echó la culpa de todo.

El director llevó a rastras a Gao Yang hasta su despacho y le golpeó delante de los profesores.

—Los hijos de los héroes son sólidos como ladrillos, los hijos de los

reaccionarios son todos unos gilipollas —anunció, antes de dirigirse a uno

de los profesores más jóvenes—: Liu Yaohua, ve a la aldea Gaotong y di a los padres de Wang Tai y de Gao Yang que quiero verles.

Gao Yang se echó a llorar, temiendo que su padre volviera a sufrir de nuevo, y todo por culpa suya.

El prisionero anciano recogió el

bollo del charco de orina de Gao

Yang y lo apretó con las dos manos, emitiendo un sonido burbujeante

mientras la pegajosa orina se derramaba a través de sus mugrientos y

nudosos dedos. Después de haberlo escurrido para que se secara, se frotó

las manos en los pantalones, arrancó un pedazo y se lo introdujo en la

boca.

—Lo ves, compañero, se lo está comiendo. Ahora, adelante, a beber.

Es tu propia orina, así que no puede hacerte daño —dijo con una sonrisa

el prisionero de mediana edad, en voz tan baja que los guardas no podían

escucharle.

Gao Yang lanzó una mirada de odio al supuesto asesino, sintiéndose

por primera vez en su vida

moralmente superior a alguien.

¡Asesino!

¡Ladrón! ¡Viejo cabrón incestuoso!

Cuando los campesinos pobres y de

clase media y baja me hicieron beber
mi propia orina, lo hice. Y cuando

los Guardianes Rojos me obligaron a
bebería, lo hice. ¿Pero un

delincuente común como tú?

—No pienso hacerlo —anunció
desafiante.

—¿Estás seguro? —preguntó el
prisionero de mediana edad con una
risa sutil.

—Completamente —replicó Gao
Yang mientras miraba al anciano,
que estaba engullendo el bollo
empapado en orina, y sintió cómo
una

oleada de náuseas ascendía por su

garganta.

—Será mejor que hagas lo que dice, por la cuenta que te trae —le

apremió el prisionero joven.

—Si los guardias me ordenaran que lo bebiera, no tendría más

remedio que hacerlo —respondió Gao Yang—. Pero no he hecho nada

para ofenderos a ninguno de vosotros.

—Puede que no —dijo el joven piadosamente—. Pero las reglas son las reglas.

—Vamos, bébetelo —añadió el anciano, aumentando su ira—. Las personas tienen que aprender a comportarse gentilmente con humillación. Mírame a mí, me estoy bebiendo tu orina, ¿lo ves?

—No soy la clase de tirano que crees, amigo mío —dijo el

prisionero

de mediana edad con voz seria—. Créeme, es por tu propio bien.

Empezando a vacilar, Gao Yang se sintió verdaderamente con-

movido por la aparente sinceridad de aquel hombre.

—Adelante, Hermano Pequeño.

Bébetelo —gritó el anciano, con la

garganta llena de pedazos de bollo al vapor.

—Haz lo que te dice, Hermano Mayor —le apremió el joven

compañero de celda con los ojos llorosos.

A Gao Yang le empezó a doler la nariz —estaba a punto de llorar—

y cuando observó a los tres criminales con los que compartía la celda, se

sintió como un hombre a quien sus seres queridos tratan de engatusar

para

que se tome una dosis de medicina.

—La voy a beber... La voy a beber
—dijo tensando la garganta hasta

no poder hilar una frase completa.

—Buen chico, eso es lo que quería
oír —exclamó el prisionero de

mediana edad dándole una palmada
amistosa en el hombro.

Gao Yang se puso lentamente de

rodillas sobre el suelo de cemento
en mitad de su propio charco de
orina, que conservaba el intenso
hedor del

ajo. Mientras cerraba los ojos, por su
mente pasaron las imágenes de su
padre y de su madre. Su padre
llevaba un sombrero cónico para la
lluvia

hecho jirones, por cuya punta
asomaba un mechón de cabello ralo.
Estaba

encorvado y respiraba con dificultad.

Su madre, arrastrando sus pies

pequeños y estrechos, empujaba una
carreta colina arriba en mitad de la

nieve. Gao Yang alisó rápidamente
sus febriles labios contra el frío
suelo

de cemento. El olor del ajo —¡ah, el
olor del ajo!—. Bebió un sorbo de

orina fría, y otro más, y un tercero...
¡Ah, el olor del ajo!

El hombre de mediana edad le agarró por los hombros y le ayudó a incorporarse.

—Hermano Pequeño —dijo—, ya es suficiente.

Después de que le condujeran hasta su catre, Gao Yang se sentó en el borde como si hubiera entrado en trance, sin decir una sola palabra durante la mitad de tiempo que se tarda en fumar una pipa entera. Un

borboteo le subió por la garganta.
Otra larga pausa antes de que sus
labios

se separaran y soltaran
repentinamente, entre lágrimas:

—Padre... Madre... Hoy vuestro
hijo... se ha bebido su propia orina...
otra vez.

Jj£ * *

Su padre llevaba puesto su raído
sombbrero cónico para la lluvia y

respiraba con dificultad. Entre sus manos sujetaba una vara mientras

esperaba de pie en la oficina de la escuela, observando lastimosamente el

rostro del casi apoplético director.

—Señor Director, señor, el chico no sabía lo que estaba haciendo...

—¿Qué quiere decir con que no sabía lo que estaba haciendo?

—bramó el director mientras

golpeaba sobre la mesa—. ¡Es un
pequeño

vándalo!

—¿Un ván... dalo?

—¡Ha orinado encima de las niñas
de su clase! ¿Qué tiene que decir a
eso?

—Señor Director... Señor... Llevo
muchos años leyendo a los
clásicos... Benevolencia, justicia,

ritos, conocimiento, confianza...

Ningún

contacto entre niños y niñas... —Su padre se echó a llorar antes de acabar.

—Olvídese de toda esa sarta de estupideces feudales —gruñó el director.

—No tenía la menor idea de que pudiera hacer algo tan vergonzoso como eso —dijo su padre, que

temblaba de los pies a la cabeza,
levantando

la gruesa vara de sauce entre sus
manos—. Voy... voy a matarle... Le
voy a

golpear hasta la muerte... Me has
decepcionado, no vales para nada,

pequeño hijo de puta... Como si ya
no tuviera suficientes problemas,
ahora

vas y me haces esto...

El encorvado anciano tocado con su desvencijado sombrero cónico

para la lluvia levantó la vara de sauce con ambas manos... Se inclinó hacia

atrás apuntando a la cabeza de Gao Yang, pero la vara aterrizó en su hombro...

—¿Qué cree que está haciendo? —
bramó el director—. ¿Dónde se cree que está, cometiendo una locura

como ésa?

Arrebató de golpe la vara de las manos del padre y la arrojó a un lado.

—Hemos decidido expulsar a Gao Yang. Lléveselo. Por lo que a mí respecta, una vez que lleguen a su casa, puede golpearle hasta la muerte.

—Señor Director, por favor, no me expulse, por favor, no lo haga...

—Gao Yang se sentía muy mal.

—¿Acaso esperas que tengamos aquí a un gamberro como tú? —El

director le miró—. ¡Vamos, vete con tu padre!

—Señor Director... —El padre estaba todavía más encorvado,

sujetando de nuevo la vara con las dos manos y respirando con dificultad,

mientras las lágrimas resbalaban por

su rostro—. Señor Director, se lo suplico... Deje que acabe el bachillerato, por favor.

—¡Cierre el pico! —ordenó el director—. ¿Está ahí el Líder del Equipo Wang?

Gao Yang observó entrar al padre de Wang Tai, Wang Seis Ruedas.

El Líder del Equipo Seis Ruedas más tarde sería su superior durante veinte

años. Durante dos décadas Gao Yang sirvió como uno de sus

subordinados del municipio. Era un hombre alto y fornido que iba

descalzo y con el torso desnudo.

Tenía la piel bronceada y mostraba un

aspecto sano. Como se negaba a ponerse un cinturón, siempre se ataba sus

holgados pantalones blancos a la

altura de la cintura, con la guadaña metida

en la pretina. Gao Yang lo llamaba el Maestro Seis.

—Director —dijo Seis Ruedas con su voz arenosa—. ¿Para qué me ha llamado?

—Líder del Equipo Wang —dijo el director—, no se ponga furioso, pero su hijo, Wang Tai, ha orinado encima de algunas de las niñas de su

clase... Hacer una cosa así, en fin, no es una buena idea. Los cabezas de familia comparten la responsabilidad de la educación de sus hijos con las personas que trabajamos en las escuelas.

—¿Dónde está ese pequeño gilipollas? —refunfuñó Seis Ruedas

Wang.

El director hizo una señal a uno de los profesores, que arrastró a

Wang Tai hasta el interior de la oficina.

—Tú, pequeño idiota —dijo Seis Ruedas a su hijo—, ¿has orinado encima de las niñas de tu clase? ¿Ahí es donde se supone que debes orinar?

Wang Tai se quedó callado, con la cabeza agachada, mientras se tocaba las puntas de los dedos.

—¿Quién te dijo que hicieras una

cosa así? —preguntó Seis Ruedas.

Wang Tai señaló a Gao Yang.

—El —dijo sin dudarlo un instante.

Gao Yang estaba conmocionado. La cabeza le daba vueltas.

—No se conformaba con hacer una cosa tan terrible por sí solo

—dijo el director al padre de Gao Yang—. Tenía que arrastrar con él al

hijo de un campesino pobre y de

clase media baja a un asunto tan vergonzoso. Una cosa así no sucede por accidente.

—Mi familia está maldita... Mi familia está maldita... Produce escoria

como ésta... Escoria —dijo agitado el padre.

—Siempre has sido un mal muchacho —dijo Seis Ruedas a Gao

Yang—. Un día de estos tu malvada

naturaleza te va a llevar a la muerte.

A continuación, se volvió hacia el padre de Gao Yang.

—¿Cómo puede ser el padre de una mala semilla como ésta?

—preguntó—. Conteste.

El padre cogió la vara y golpeó a Gao Yang en toda la cabeza... Un

par de gritos lastimeros... Gao Yang trató de recordar si había llorado.

Debían haber pasado veinte años y no tenía la menor idea de si había

llorado o no. Recordaba que deseaba haber gritado:

—¡Padre, lo único que hice fue beberme mi propia orina!

* * *

—Anímate, Hermano Pequeño —
consoló el prisionero de mediana

edad a Gao Yang—. Ahora que has pasado la prueba, todo te va a ir

bien.

Te has comportado como un hombre.
Sabes cuándo no debes ceder
terreno y cuándo debes rendirte. Lo
mejor para ti todavía está por llegar.

Una vez que salgas de aquí, nunca
más volverás.

Para tragar las migas de su bollo
empapado en orina, el anciano
prisionero bebió lo que quedaba en
el cuenco de sopa, metiendo la mano

en él para coger un pedazo amarillo de ajo que se había quedado pegado en

el fondo, y se lo metió en la boca. Por último, lamió los lados espu

mos 176

os y

aceitosos del cuenco — *slurp slurp*— como si fuera un perro.

Volvió a sonar el silbato, larga y ruidosamente, seguido de una voz metálica.

—¡Atención todas las celdas! ¡Luces apagadas! Normas para la noche. Primera: no se puede hablar ni susurrar. Segunda: no se pueden cambiar las camas. Tercera: no se puede dormir desnudo.

La luz amarilla se apagó repentinamente, dejando la celda en

la más

completa oscuridad. En el silencio que siguió, Gao Yang escuchó respirar

a sus tres compañeros de celda y vio seis ojos centellear en la oscuridad

como si fueran luminosos. Con las energías agotadas, se sentó sobre la

manta gris y cerró los ojos, que soltaron dos lágrimas sin sentido. Suspiró,

tan suavemente que nadie pudo escucharle y a través de los espacios que

había entre los barrotes, contempló la silueta borrosa de la torre de

perforación que se elevaba hacia el cielo, mientras la luna creciente de

color amarillo pálido estaba suspendida sobre su punta, mostrando un

aspecto dulce y apacible.

Capítulo 8

Un simio traicionero, un perro renegado: la ingratitud ha existido desde el

principio de los tiempos. Pequeño Wang, has arrojado tu guadaña y tu azadón para aprender cuál es el camino del tirano, tal y como hace un

cangrejo...

Extracto de una balada de Zhang Kou

después del exceso de ajo,
para maldecir abiertamente a Wang
Tai, el nuevo director diputado
de la Cooperativa de
Comercialización y Abastecimiento
de la
comarca.

La furgoneta de la policía llevaba
tanto tiempo viajando por la
carretera que el polvo que se había

acumulado en el asfalto era un ribete
cegador de luz. Un sapo muerto que

llevaba ahí desde quién sabe cuándo
ahora no era más que una piel reseca

y aplastada, como si fuera una
calcomanía, [inju arrastró los pies y
tropezó

en el lateral de la carretera.

Empapada en sudor, con las rodillas

magulladas y la mente en blanco, se
sentó sobre una mata de hierba, con

aspecto de estar más muerta que viva.

La carretera atravesaba un amplio campo de cultivo, lleno de sorgo y de maíz que alcanzaba la cintura, así como de extensas olas de mijo que se perdían en la distancia. La tierra negra parecía un edredón de retazos multicolor extendido sobre los campos, que se habían preparado para una

siembra de soja o de maíz. El aire seco y el sol abrasador hacían que la tierra se agrietara y crepitara. Todo lo que tocaba el sol adquiría un tono amarillo dorado, especialmente el recinto gubernamental del municipio, donde los girasoles estaban en flor.

Jinju se sentó con la mente perdida en sus pensamientos hasta que el sol se metió por el oeste y las nubes de la neblina ascendieron hasta el

cielo, mientras de los campos
llegaba el sonido de algunas

tristes canciones. Todos los días de
verano, cuando caía la noche, la
brisa

fresca arrastraba consigo las
canciones que salían de la garganta
de los

campesinos. Las gruesas capas de
polvo cubrían sus cuerpos desnudos,
que parecían aumentar a medida que

la intensidad del sol iba remitiendo.

Un buey tiraba de un carro,
convirtiendo la tierra en un campo de
ajos,

rodando constantemente y dejando
tras de sí la negra estela ondulante
del

carro.

Se quedó mirando atontada la
actividad que se estaba
desarrollando

en el campo y, cuando el anciano que se encontraba detrás del carro

empezó a cantar, se echó a llorar desconsoladamente.

—La puesta de sol en la Montaña del Oeste, el cielo se vuelve oscuro.

—El

anciano agitaba su látigo, haciendo danzar la punta del mismo sobre la

cabeza del buey—. *Tía Abuela monta en su muía hacia Yangguan...*

Los mismos dos versos, luego se detuvo de nuevo.

Jinju se puso de pie, se sacudió la suciedad del trasero con el fardo y se dirigió lentamente a casa.

Su padre había muerto y su madre estaba arrestada. Un mes antes, su padre había sido atropellado por el coche del secretario del partido de la ciudad, mientras que su madre había sido introducida por la policía en un

camión y se la habían llevado sin que Jinju supiera el motivo.

Caminó sobre el dique del río, pero mientras avanzaba su vientre

abultado le obligó a echar la espalda hacia atrás para mantener el

equilibrio. Con cautela, avanzó por la impecable hierba y por el tramo de

arena donde crecían los sauces llorones. El suelo esponjoso estaba

salpicado de matas de hierba

desconchada de color verde y puntas amarillas. Apoyada contra un sauce de tamaño medio, observó la corteza satinada verde y marrón, sobre la cual desfilaba un ejército de hormigas

rojas. Sin saber con qué pensamientos llenar el vacío que había en su

mente, poco a poco fue siendo consciente de que tenía las piernas

hinchadas y de que el bebé que llevaba en el vientre se movía con violencia. Aspiró una bocanada de aire fresco, se inclinó y contuvo la respiración mientras envolvía firmemente los brazos alrededor de un árbol.

El sudor inundaba su frente y las lágrimas resbalaban por el rabillo de sus ojos. El bebé que llevaba en su

vientre golpeaba y daba patadas como

si albergara algún tipo de rencor secreto hacia ella. Sintiéndose

profundamente agraviada, escuchó llorar y despotricar a su bebé nonato y

supo, con absoluta certeza, que se trataba de un varón, y que en ese

.179

preciso momento estaba mirándole a

ella.

¿Quieres salir ya, mi niño? ¿Es eso lo que quieres? Se sentó con

cuidado sobre el suelo arenoso y frotó su mano ligeramente sobre la piel

tirante que se extendía sobre su vientre. Todavía no es la hora, mi niño, no

tengas tanta prisa, imploró. Pero ese furioso feto golpeaba y pateaba como

nunca, con los ojos abiertos de par
en par llenos de odio, chillando y

llorando... Nunca he visto llorar a un
niño con los ojos abiertos... Mi niño,

por favor, no tengas tanta prisa por
salir. .. Luego arrancó un pedazo de

corteza del árbol... Un reguero de
líquido cálido resbaló por sus
piernas...

Mi niño, todavía no puedes salir...

El desgarrador lamento de Jinju

asustó tanto a los orioles que había sobre su cabeza que chillaron ruidosamente y salieron volando con destino desconocido.

—Hermano Mayor Gao Ma...
Hermano Mayor Gao Ma... Ven a salvarme... Deprisa. —Sus estridentes lamentos rompieron el silencio del bosque de sauces.

El bebé que habitaba en su vientre no se aplacó. Crueles y des-

piadados, sus ojos inyectados en sangre se abrieron de par en par, mientras

gritaba: «¡Dejadme salir de aquí! ¡Os digo que me dejéis salir!».

Abrazándose contra el árbol y mordiéndose con fuerza los labios,

fue capaz de ponerse de pie con mucho esfuerzo. Cada golpe y cada

patada le doblaban de dolor y
arrancaban un grito de tortura de su

garganta. La imagen de esa pequeña
cosita tan espantosa flotaba por

delante de sus ojos: una nariz
brillante, oscura y pronunciada, unos
ojos

enormes, dos hileras de dientes
afilados.

—No me muerdas, mi niño...

Suéltame... No me muerdas...

Haciendo un esfuerzo para agacharse, avanzó unos cuantos pasos

arrastrando los pies hacia las ramas de sauce caídas, cuyas hojas estaban cubiertas de pulgones que se posaban sobre su rostro, cuello, cabello y hombros cuando se frotaba contra ellas. El líquido caliente le empapaba

los zapatos y se mezclaba con la

arena hasta formar un lodo granuloso que

le hacía resbalar y deslizarse como si sus zapatos estuvieran llenos de

cieno. Avanzó yendo de un sauce llorón a otro, obligando a todos ellos a

compartir el tormento por el que estaba pasando. Las hordas de pulgones

centelleaban como si fueran luciérnagas, hasta que las ramas y las

hojas del

sauce parecían estar cubiertas de aceite.

—Mi niño... No me mires de esa manera... No lo hagas... Sé que te estás ahogando de la opresión, que no comes bien, que no tienes nada bueno que beber, que quieres salir...

Jinju se tropezó y cayó, arrancando un grito de dolor al niño que

estaba en su vientre, que golpeó salvajemente la pared del útero. El punzante dolor hizo que se pusiera de rodillas. Avanzó gateando por el suelo llena de agonía, con los dedos clavados en la tierra arenosa como si fueran unas garras de acero.

—Mi niño... Me has hecho un agujero de un mordisco... Me has hecho un agujero... Tengo que avanzar a gatas como un humilde

perro...

Su vientre se frotaba contra el suelo arenoso mientras avanzaba a

cuatro patas, haciendo que el sudor y las lágrimas marcaran su paso por el

polvo. Lloró a lágrima viva, todo ello por causa de un bebé revoltoso, de

corazón oscuro, que no le daba más que problemas y que la estaba

rompiendo en pedazos. Se sentía

aterrorizada por el malintencionado
mocososo que se retorció como si en su
interior tuviera un gusano de seda,
tratando de estirar los límites del
espacio en el que estaba confinado.
Pero

las paredes eran elásticas como la
goma, así que, en cuanto se estiraban
en

un punto, se recuperaban en el otro.
Eso hacía que se pusiera tan furioso

que se agitaba y daba patadas y mordía todo lo que encontraba. «¡Tú, perra! ¡Tú, maldita perra!», protestaba.

—Mi niño... Oh, mi niño...
Perdóname... Soy tu madre... Me pondré

de rodillas por ti...

Conmovero por sus plegarias, el bebé dejó de morder y de dar

patadas a la pared del útero. El dolor

remitió al instante y Jinju dejó caer
su

rostro sudoroso y empapado tai
lágrimas sobre la arena del suelo,
llena de

agradecimiento por la muestra de
misericordia que ic había dado su
hijo.

El sol del atardecer pintó de oro las
puntas de los sauces. Jinju

levantó su rostro lleno de polvo y
arena y contempló los mechones de

humo blancos como la leche elevarse por encima de la aldea. Con cautela, se puso de pie, temerosa de volver a despertar la ira de su hijo.

Cuando llegó a la puerta de la casa de Gao Ma, el rojo sol había caído por debajo de las ramas de sauce. El chasquido de los látigos resonando por encima de las cabezas de los bueyes que avanzaban en los caminos de

la aldea y los compases de la música empapados de agua salada tiñeron el cielo de la tarde de un rojo intenso.

Pienso en tu madre, que partió temprano

hacia los Manantiales Amarillos,

dejándote a ti y a tus hermanas solas y desdichadas:

un niño sin madre es como un caballo sin riendas.

*A los catorce años vivías sola en un
burdel:*

18 j

*desde el amanecer de los tiempos
las ramera se han apoderado*

de la risa reservada a los pobres...

*En lugar de vender tu cuerpo,
deberían haberte erigido*

un arco conmemorativo

en tu honor para saldar esta deuda

de sangre.

Se abrieron paso a empujones por el campo de yute. El sol elevado había calcinado la penetrante neblina, dejando

despejados el cielo y la tierra. A lo largo de la pálida hilera del camino pudieron ver miles de hectáreas de guindillas plantadas por los granjeros del

Condado Caballo Pálido: un man to

de rojo intenso se extendía hasta donde

la vista podía alcanzar.

En el momento en que salieron del campo, Jinju se sintió como si

estuviera desnuda delante de una multitud. Abrumada por la vergüenza,

rápidamente se retiró de nuevo al campo, seguida de Gao Ma.

—Sigue moviéndote —le apremió—.

¿Por qué te acobardas ahora?

—Hermano Mayor Gao Ma —dijo —, no podemos viajar a plena luz del día.

—Estamos en el Condado Caballo Pálido. Nadie nos conoce aquí

—dijo Gao Ma con evidente ansiedad.

—Tengo miedo. ¿Qué pasa si nos encontramos con alguien conocido?

—Eso no va a pasar —le aseguró—.
Y aunque eso sucediera, no
tenemos nada de lo que
avergonzarnos.

—¿Cómo puedes decir eso? Mira lo
que me has hecho... —dijo
sentándose y empezando a llorar.

—Muy bien, mi pequeña abuelita —
dijo exasperado—. Vosotras las
mujeres tenéis miedo de que os
ataquen los lobos de frente y los

tigres por la

espalda, cambiando de opinión a cada minuto.

—No puedo caminar más. Me duelen las piernas.

—Ahora no quiero burdas excusas.

—Y tengo sueño.

Rascándose primero la cabeza, y luego sacudiéndola, Gao Ma

dijo:

—No podemos vivir el resto de nuestra vida en este campo de yute.

—No me importa, no pienso moverme mientras no se ponga el sol.

—Entonces, esperaremos hasta la noche —dijo ayudándola a ponerse de pie. Pero vayamos un poco más adentro. Este sitio es demasiado

peligroso.

—Yo...

—Sé que no puedes caminar más —
dijo arrodillándose delante de
ella—. Te llevaré a cuestas.

Después de entregarle su fardo, se
levantó y pasó sus brazos alrededor
de la parte posterior de las rodillas
de Jinju. Ella se encaramó sin
esfuerzo

sobre su espalda.

Mucho antes de que Gao Ma empezara a jadear y a resoplar, su cuello

oscuro se inclinó hacia atrás formando un ángulo agudo. Jinju empezó a

sentir lástima por él y le dio un golpecito con las rodillas.

—Bájame —dijo—, ya puedo caminar.

Sin una palabra por respuesta, Gao Ma deslizó las manos hacia arriba

hasta que se posaron en sus nalgas, que apretó con delicadeza. La sensación

de que sus órganos brotaban como flores frescas recorrió el cuerpo de Jinju.

Lanzó un gemido y dio un golpecito a Gao Ma en el cuello, que se tropezó, y ambos cayeron rodando.

Las plantas de yute temblaban inquietas. Al principio sólo lo hacían unas cuantas, pero pronto se les unieron las demás a medida

que el viento aumentaba, y todos los sonidos del mundo fueron en-

gullidos por el ruido intenso y sorprendentemente dulce de las hojas y de

las ramas de yute frotándose entre sí.

A primera hora de la mañana

siguiente, Jinju y Gao Ma, con la
ropa llena

de polvo y mojada por el rocío, se
dirigieron a la estación de autobuses
de

largo recorrido del Condado Caballo
Pálido.

Era un edificio imponente y elegante
—al menos, por fuera—,

cuyas luces de diversos colores que
colgaban encima de la puerta

iluminaban tanto las grandes letras rojas del cartel como la fachada de escayola de color verde pálido. Los tenderetes que se abrían pasada la noche formaban dos hileras que conducían hacia la puerta, como si se tratara de un largo pasillo. Los vendedores, tanto masculinos como femeninos, se apostaban perezosamente detrás de sus carros con ojos

somnolientos. Jinju observó a una joven vendedora de unos veinte años

taparse un bostezo con la mano; cuando hubo acabado, los ojos se le

.185

llenaron de lágrimas que parecían renacuajos aletargados en las llamas

azules reflejadas desde una crepitante linterna de gas.

—Peras dulces... Peras dulces...
¿Quieres unas peras dulces? —

gritaba una

señora desde detrás de su tenderete.

—Uvas... Uvas... ¡Compra estas deliciosas uvas! —gritaba un hombre desde detrás del suyo.

Manzanas, melocotones de otoño, dátiles almibarados: vendían

cualquier cosa que se pudiera desear. El olor de la fruta demasiado madura flotaba en el aire, y el suelo estaba

sembrado de papel usado, de las
pieles

podridas de todo tipo de frutos y de
excrementos humanos.

Jinju pensó que había algo oculto
detrás de las miradas benévolas de

los vendedores. En lo más profundo
de su interior, me están maldiciendo

o se están riendo de mí, pensó. Saben
quién soy y las cosas que he hecho

en los últimos dos días. Aquélla de

allí es capaz de ver las manchas de lodo

en mi espalda y las hojas de yute machacadas que hay en mis ropas. Y

aquel viejo cabrón de allí, que me mira como si yo fuera una de *esas*

mujeres... Abrumada por una intensa sensación de humillación, Jinju se

encogió hasta que las piernas se quedaron inmóviles y los labios se

cerraron fuertemente. Bajó la cabeza

por la absoluta vergüenza y se aferró a la chaqueta de Gao Ma. Las sensaciones de remordimiento regresaron,

así como la idea de que la carretera que había ante ella se había cerrado.

Los pensamientos sobre su futuro eran aterradores.

Siguió dócilmente a Gao Ma mientras ascendía las escaleras y se colocó detrás de él en el mugriento

suelo de baldosas, lanzando al final
un

suspiro de alivio. Los vendedores,
que ahora guardaban silencio,

empezaban a dormirse.

Probablemente no fuera más que mi
imaginación,

se reconfortó. No veían nada que se
saliera de lo ordinario. Pero
entonces,

una anciana agotada y desaliñada
salió del edificio y, con los ojos

llenos de

odio, miró hacia Jinju, cuyo corazón se estremeció en la cavidad de su

pecho. La anciana siguió avanzando, buscó un rincón apartado, se bajó los

pantalones y orinó en el suelo.

Cuando Gao Ma pasó su mano por el picaporte de la puerta,

manchado por el contacto de innumerables miles de manos grasientas, el

corazón de Jinju volvió a estremecerse. La puerta crujió cuando Gao Ma la

abrió levemente, y azotó el rostro de Jinju una corriente de aire caliente y

.186

nauseabundo que casi le hizo tambalearse. Sin embargo, le siguió hacia el

interior de la estación, donde una mujer que parecía ser una guardiana

bostezaba abiertamente mientras caminaba por la sala. Gao Ma arrastró a

Jinju hacia la guarda, que resultó ser una mujer embarazada con el rostro lleno de lunares.

—Camarada, ¿a qué hora sale el autobús a Lanji? —preguntó Gao Ma.

La guardiana se rascó su abultado vientre y miró a Gao Ma y a Jinju

con el rabillo del ojo.

—No lo sé. Preguntad al vendedor de billetes.

Era una mujer atractiva que hablaba con voz suave.

—Por allí —añadió, señalando con la mano.

Gao Ma asintió y dio las gracias tres veces.

La fila era corta y Gao Ma llegó hasta la ventanilla en poco tiempo.

Unos instantes después, tenía los billetes en la mano. Jinju, que no se había desprendido de su chaqueta mientras los compraban, lanzó un estornudo.

Mientras permanecía en la entrada de la enorme sala de espera, se sintió aterrorizada pensando que todo el mundo la miraba y estudiaba su mugriento ropaje y sus zapatos salpicados de lodo. Gao Ma la

condujo

hacia la sala de espera, cuyo suelo
estaba cubierto de cascaras de
pepitas

de melón, envoltorios de caramelos,
mondas de fruta, diversos

escupitajos de flemas y agua
estancada. El asfixiante aire caliente

transportaba el hedor de las
ventosidades y del sudor y muchas
otras

innombrables pestilencias que casi hicieron que se desmayara, pero en unos minutos consiguió acostumbrarse a ellas.

Gao Ma la condujo en busca de asientos. Las hileras de bancos

pintados de un color imposible de identificar, que se extendían por toda la

sala, estaban abarrotadas de personas durmiendo y de unos

cuantos

pasajeros apretados entre los
asientos. Gao Ma y Jinju encontraron
un

banco vacío junto a un tablón de
anuncios, pero tras una inspección
más

minuciosa vieron que estaba mojado,
como si un niño se hubiera orinado

en él. Jinju se resistió a sentarse,
pero Gao Ma limpió el líquido con la

mano.

.187

—Siéntate —dijo—. Las comodidades en casa y los problemas en la

carretera. Te sentirás mejor cuando descanses.

Gao Ma se sentó primero, seguido por una ceñuda Jinju que tenía las piernas hinchadas y entumecidas. Sin embargo, enseguida se sintió mucho

mejor. Al menos ahora podía echarse hacia atrás y ser un objetivo menos

evidente de las miradas curiosas.

Cuando Gao Ma le dijo que intentara

dormir un poco, puesto que el autobús no saldría hasta dentro de hora y

media, cerró los ojos, aunque no tenía sueño. Transportada de nuevo a los

campos, se encontró rodeada de

tallos de yute, de los contornos
afilados

de las hojas y del frío destello del
cielo que se extendía sobre su
cabeza. Le

resultó imposible dormir.

Tres de los cuatro paneles de cristal
que había sobre un tablón de

anuncios de color verde grisáceo
estaban rotos, y un par de hojas de
periódico amarillento colgaban de

los fragmentos de cristal roto. Un hombre de mediana edad se acercó y arrancó una esquina de ellos mientras miraba a su alrededor furtivamente. Un instante después, el repugnante hedor del tabaco quemándose inundó el ambiente y Jinju se

dio cuenta de que el periódico le había servido como papel de fumar. ¿Por

qué no se me ocurrió utilizarlo para secar el banco antes de sentarnos?, se

preguntó mientras miraba sus zapatos. El barro endurecido estaba seco y

se resquebrajaba, así que lo raspó con el dedo.

Gao Ma se inclinó hacia delante y preguntó dulcemente:

—¿Tienes hambre?

Jinju sacudió la cabeza.

—Voy a por algo para comer —dijo Gao Ma.

—¿Por qué? Ya tendremos oportunidad de gastar nuestro dinero cuando salgamos de aquí.

—Las personas son el hierro —dijo —, y la comida es el acero.

Necesito conservar toda la fuerza para encontrar trabajo. Guárdame el

sitio.

Después de dejar el fardo junto a ella sobre el banco, Jinju tenía la

desazonadora sensación de que Gao Ma ya no iba a regresar. Sabía que se

estaba comportando como una idiota, que no la iba a abandonar allí, que

no era de ese tipo de hombres. La imagen de Gao Ma en el campo con los

auriculares en las orejas —la

primera impresión verdadera que le
había

.188

causado— inundó su mente. Unas
veces tenía la sensación de que

estuviera sucediendo en ese mismo
instante, y otras de que hubieran

pasado varios años. Abrió el fardo y
sacó el reproductor de cassette para

escuchar un poco de música. Pero,
por miedo a que la gente se riera de

ella, lo volvió a dejar en su sitio y ató el fardo otra vez.

Una mujer, que parecía una figura de cera, se sentó en la silla que se

encontraba delante de Jinju: su larga cabellera morena, que le llegaba hasta

los hombros, le daba una complexión de marfil y se complementaba

perfectamente con sus finas cejas en forma de luna en cuarto creciente.

Tenía unas pestañas
sorprendentemente largas y los
labios como cerezas

maduras, luminosos y de un rojo
intenso. Llevaba una falda del color
de la

bandera nacional y sus pechos
sobresalían tanto que hacían que
Jinju se

sintiera avergonzada. Recordó que
alguien dijo que las chicas que
vivían

en la ciudad llevaban sujetadores con relleno y pensó en sus propios

pechos caídos. Siempre he sabido que se desarrollarían demasiado y que

serían feos, y eso es exactamente lo que ha sucedido, pensó. Pero las

chicas de ciudad esperan en vano a que los suyos crezcan hermosos y

sensuales. La vida está llena de misterios. Sus amigas le habían

advertido

que no debía dejar que los hombres le tocaran los pechos, ya que si lo

hacían, en cuestión de días crecerían como pan con levadura. Y tenían

razón; eso era precisamente lo que había sucedido.

Un hombre —también de aspecto extraño, por supuesto— había

apoyado su cabeza, cubierta por un pelo ondulado, sobre el regazo de la

mujer de rojo, que introdujo sus dedos pálidos y afilados en su cabello,

despeinando los mullidos rizos del hombre. La mujer levantó la mirada y

sorprendió a Jinju, que la observaba fijamente, avergonzándole tanto que

tuvo que bajar la cabeza y mirar hacia otro lado, como si fuera un ladrón al

que hubieran atrapado con las manos

en la masa.

Mientras pasaba todo esto, la sala se iluminó y los altavoces

anunciaron a los pasajeros que se dirigían a Taizhen que hicieran una fila

en la puerta diez para que les picaran los billetes. El fuerte acento de la VOZ

femenina que salía por el sistema de megafonía era tan estridente que le

dio dentera a Jinju. Los pasajeros que dormían sobre los bancos

comenzaron a estirarse y en poco tiempo un torrente de viajeros —con

los fardos y las cestas en la mano, y acompañados por sus esposas e

hijos— apareció por la puerta diez como si fuera un enjambre de abejas.

Formaban una colorida muchedumbre, corta y achaparrada.

La pareja que se sentaba delante de

ella se comportaba como si no hubiera nadie a su alrededor.

Un par de guardias se acercó a las hileras de bancos y comenzó a

golpear a los durmientes en las nalgas y en los muslos con los palos de las

escobas. «Arriba —apremiaron—, levantaos todos». La mayoría de los

receptores de los golpes se incorporó, se frotó los ojos y acabó

SUS

cigarrillos; pero algunos de ellos sólo se incorporaron, luego se volvieron

a tumbar y prosiguieron con su siesta interrumpida en cuanto

desaparecieron los guardias.

Sin embargo, por algún motivo, los guardias no estaban dispuestos a

reprender al hombre del pelo ondulado. La mujer de rojo, que

todavía

recorría su cabello con los dedos,
levantó la vista hacia los mustios

guardias y preguntó con voz elevada
y segura:

—¿Señorita, a qué hora sale el
autobús hacia Pingdao?

Su perfecto acento pekinés era toda
una afirmación de sus cre-

denciales y Jinju, como si le
estuvieran permitiendo ver las

puertas del

Paraíso, suspiró con admiración tanto por el magnífico aspecto físico como por la encantadora forma de hablar de aquella mujer.

Los guardias respondieron amablemente:

—A las ocho y media.

Al contrario que la mujer de rojo de acento culto, los guardias

producían en Jinju un fuerte desagrado. Comenzaron a barrer el suelo, de

un extremo a otro de la sala. Jinju tuvo la sensación de que todos los

hombres y la mitad de las mujeres estaban fumando cigarrillos y pipas,

cuyo humo llenaba lentamente la sala y daba paso a una ronda de toses y

escupitajos.

Gao Ma regresó con una abultada

bolsa de celofán.

—¿Todo va bien? —preguntó cuando vio la mirada que tenía Jinju.

Ella dijo que todo estaba en orden, así que se sentó, buscó en el interior de la bolsa y sacó una pera.

--Los restaurantes locales estaban todos cerrados, así que te he

comprado un poco de fruta —dijo ofreciéndole una pera.

—Te dije que no gastarás mucho dinero —protestó ella.

.195

Gao Ma frotó la pera contra su chaqueta y le dio un sonoro mordisco.

—Toma —dijo, entregándosela a Jinju—, tengo más.

Un mendigo se paseaba de arriba abajo por las hileras de bancos

pidiendo a todo el que estuviera despierto. Se detuvo delante de un joven

oficial militar, que le miraba con el rabillo del ojo, adoptó una pose

lastimera y dijo:

—Oficial, coronel, ¿puede darme un poco de cambio?

—¡No tengo dinero! —lanzó el oficial con cara de luna a modo de respuesta, y puso los ojos en blanco

para mostrar su desagrado.

—Cualquier cosa valdrá —rogó el joven mendigo—. ¿Acaso no se compadece de mí?

—Ya eres mayorcito para trabajar. ¿Por qué no te buscas un empleo?

—El trabajo me produce mareos.

El oficial sacó un paquete de cigarrillos, lo abrió, sacó uno y se lo puso en los labios.

—Ya que no me da dinero, coronel,
¿al menos me podría dar un
cigarrillo?

—¿Sabes qué clase de cigarrillos
son éstos? —el oficial le miró a los
ojos mientras sacaba un brillante
encendedor y, *clic*, lo abrió de golpe.
En

lugar de colocar enseguida la llama
en la punta de su cigarro, dejó que
centelleara.

—Extranjeros, coronel. Son cigarrillos extranjeros.

—¿Sabes de dónde vienen?

—No

—Mi suegro los compró en Hong Kong, de ahí vienen. Y observa este encendedor.

—Es usted muy afortunado por tener un suegro como ése, coronel.

Veo que la vida le ha sonreído. Su

suegro debe ser un oficial importante
y

su yerno algún día también lo será.
Los oficiales importantes son

ricachones y generosos. ¿Qué hay de
ese cigarro, coronel?

El joven oficial se lo pensó unos
instantes y dijo:

—No, prefiero darte dinero.

Jinju vio cómo sacaba una reluciente
moneda de dos fen y se la

entregaba al mendigo, que mostró una sonrisa de circunstancias mientras

aceptaba con las dos manos la miserable limosna y hacía una exagerada

reverencia.

Luego el mendigo siguió su camino, abordando a todas las personas

con las que se encontraba. Pasó por delante de Jinju y Gao Ma y decidió

dirigirse a la mujer de rojo y al joven

de cabello ondulado, que acababa de levantarse. Cuando se inclinó para hacer una reverencia, Jinju observó cómo se veía la piel a través de los pantalones rotos del mendigo.

—Señora, señor, compadézcanse de un hombre que desconoce lo que es la suerte y hagan el favor de darme el cambio que les sobra.

—¿Te avergüenzas de ti mismo? —preguntó mojigatamente la mujer

de rojo—. Un hombre joven y sano como tú debería estar trabajando.

¿Acaso no te respetas a ti mismo?

—Señora, no entiendo una palabra de lo que dice. No pido más que unas cuantas monedas sueltas.

—¿Estás dispuesto a ladrar como un perro para conseguirlas?

—preguntó al mendigo el hombre de cabellera ondulada—. Te daré un

vuan por cada ladrido.

—Por supuesto que sí. ¿Qué prefiere, un perro grande o un perro pequeño?

El joven de cabellera ondulada se volvió a la mujer de rojo y sonrió.

—Como tú quieras.

El joven mendigo tosió y se aclaró la garganta. A continuación empezó a ladrar, emitiendo un sonido

bastante parecido a un perro:

— ¡Arf, arf-arf arf arf-arf arf arf arf
arf arf arf arf arf arf arf a r f arf arf
arf arf

arf arf arf arf arf Ése era un perro
pequeño. Veintiséis ladridos. ¡Guau!
¡Guau

guau! ¡Guau guau! ¡Guau guau
guau! ¡Guau guau guau guau guau
guau guau guau guau

guau! ¡Guau guau guau! ¡Guau
guau! ¡Guau! Ese era un perro

grande,

veinticuatro ladridos.

.197

Sumando los dos perros tenemos cincuenta ladridos, a un yuan cada uno,

hacen un total de cincuenta yuan, señor, señora.

El joven de cabello ondulado y la mujer de rojo intercambiaron

miradas, con aspecto de estar bastante avergonzados. El hombre sacó su

billetera y contó su contenido, luego se dirigió a su compañera y dijo:

—¿Tienes dinero, Yingzi?

—No me queda más que unas cuantas monedas —contestó

ella.

—Hermano Mayor —dijo el hombre de cabellos rizados—, hemos

hecho un viaje muy largo y ésta es nuestra última parada. Sólo nos quedan

cuarenta y tres yuan. Si nos das una dirección, en cuanto lleguemos a casa

te enviaremos los siete yuan que te debemos.

El joven mendigo cogió el dinero, se humedeció el dedo y contó

meticulosamente los billetes dos

veces. Retirando uno de un yuan al que le

faltaba una esquina, dijo:

—No puedo aceptar éste, señor. Puede quedárselo y aceptaré los cuarenta y dos. Ahora me debe ocho.

—Escríbenos tu dirección —dijo el joven.

—No sé escribir —respondió el mendigo—. No tiene más que

enviarlos al Presidente de los Estados Unidos y pedirle que me los remita.

¡Es mi tío!

Dicho eso, el mendigo hizo una generosa reverencia a la atractiva

pareja y se rió hasta agitar todo el cuerpo. Después, se dio la vuelta y se

presentó ante Jinju y Gao Ma.

Haciendo una reverencia, dijo:

—Hermano Mayor, Hermana Mayor,
¿podrías darme una de esas

peras de aspecto tan delicioso?
Tengo la garganta seca de tanto
ladrido.

Jinju sacó una grande y la depositó
en la mano del mendigo, que

agradeció el regalo con una gran
reverencia antes de engullir la pera
dando

un enorme bocado tras otro, al

tiempo que emitía un sonido nasal. A continuación, como si no hubiera otra alma a la vista, se dio la vuelta y se alejó, manteniendo la cabeza alta.

El sistema de megafonía lanzó otro mensaje, enviando más pasajeros a las puertas para que les picaran los billetes. La mujer de rojo y el joven de la cabellera rizada se levantaron y se dirigieron hacia la puerta,

arrastrando

tras de sí una maleta con ruedas.

.198

—¿Qué pasa con nosotros? —
preguntó Jinju a Gao Ma.

Éste miró el reloj.

—Cuarenta y cinco minutos más —
dijo—. Me estoy impacientando
un poco.

En ese momento ya no quedaban pasajeros durmiendo en los

bancos, aunque la gente seguía entrando y saliendo de la sala de espera,

incluyendo un viejo mendigo que temblaba de pies a cabeza, y una mujer

que cargaba con un bebé y también pedía limosna. Un hombre de

mediana edad vestido con capuchón

y una casaca de uniforme, que

sujetaba una botella de cerveza vacía
en la mano, se colocó delante del

tablón de anuncios y comenzó a
soltar una perorata, mientras agitaba
la

botella en el aire. Tenía las mangas
manchadas y grasicintas y le faltaba
un

trozo de piel en la nariz, de manera
que se mostraba la pálida carne que

había debajo de ella. En el bolsillo de la chaqueta llevaba sujetas dos

estilográficas. Jinju pensó que sería una especie de oficial del partido.

Dio

un trago a la cerveza, agitó la botella una o dos veces para ver cómo

ascendía la espuma y comenzó a hablar. Tenía la lengua hinchada y su

labio inferior parecía no moverse en absoluto.

—Los nueve artículos, rebatiendo la
Carta Abierta del Revisionista

Comité Central Soviético del Partido
Comunista... Dijo Krus- chev:

«Stalin, eres mi segundo padre». En
chino sería: «Stalin, eres mi
verdadero

padre». En el dialecto del Paraíso
sería: «Stalin, eres mi mejor amigo».

Tomó otro trago de cerveza y, a
continuación, se arrodilló como

Kruschev en actitud suplicante hacia Stalin.

—Pero —prosiguió—, los herederos de las personas pérfidas son

tan depravados como sus predecesores. Cuando Kruschev subió al poder,

ordenó quemar a Stalin. Camaradas, los acontecimientos históricos

demandan nuestra atención...

Otro trago de cerveza.

—Camaradas líderes a todos los niveles, debéis prestar toda vuestra atención. No debéis, repito, no debéis ser negligentes. *Puajj*.

La espuma de la cerveza salió de su boca y se la limpió con la manga.

—Los nueve artículos, rebatiendo la Carta Abierta del Comité

Central Soviético...

Hipnotizada por la presencia de ese hombre, Jinju le escuchó

despotricar contra cosas de las que nunca había oído hablar. El temblor de

su voz y la forma en la que retorció la lengua cuando pronunciaba el

nombre de Stalin era lo que más le atraía de él.

Gao Ma le apretó el brazo y dijo:

—Tenemos problemas, Jinju. Aquí

viene el adjunto Yang.

Ella se giró para mirar y se sintió como si su cuerpo se hubiera

convertido en hielo. El adjunto Yang, su cojo Hermano Mayor y el matón

de su Segundo Hermano aparecieron en la entrada de la sala de espera.

Agarrando la mano de Gao Ma con miedo, se puso de pie.

El oficial de mediana edad dio un trago a la cerveza, agitó el brazo en

el aire y gritó: «Stalin...».

!

El *jeep* ranchera saltaba y tra-

queteaba junto al borde del campo de yute, hasta que el adjunto Yang dio

un toque en el hombro del conductor y dijo:

—Párate aquí, amigo.

El conductor pisó los frenos; el *jeep* lanzó un chirrido al detenerse. El

adjunto Yang bajó y dijo:

—¿Quieres estirar la piernas,
Número Uno?

Abrió la puerta y Hermano Mayor
bajó de un salto, tropezándose

brevemente. Luego se puso de pie y
se estiró.

Segundo Hermano dio un codazo a
Jinju.

—Baja —le dijo. Gao Ma estaba
sentado en el otro lado.

—¡Que bajas! —gritó Hermano Mayor.

Gao Ma bajó rodando; Segundo Hermano dio un codazo a Jinju para que saliera del *jeep*.

El sol caía directamente sobre la cosecha de guindillas que se extendía a un lado de la carretera del Condado Caballo Pálido, formando un mar virtual de rojo sangre. En el lado que pertenecía al Condado

Paraíso, los campos de yute, amplios y profundos, parecían extenderse

hasta el infinito; los pájaros revoloteaban ruidosamente por encima de las

puntas de las plantas haciendo que Jinju se sintiera extrañamente en paz,

como si ya hubiera vislumbrado vagamente los acontecimientos que iban

a suceder ese día. Ahora, todo estaba

en su sitio.

.200

Tenía las manos sujetas a la espalda con unas cuerdas de cáñamo; sus

hermanos las habían aflojado un poco, atándolas en las muñecas. Con

Gao Ma la cosa era distinta, ya que había sido atado a cuatro patas de tal

modo que las cuerdas se clavaban dolorosamente en los hombros y le

obligaban a colocar el cuello en una postura poco natural. A Jinju le partía

el corazón verle de aquella manera.

El adjunto Yang se adentró un par de pasos en el campo de yute y se

alivió con una impudicia despreocupada. Cuando hubo acabado, giró la

cabeza y dijo:

—Número Uno, Número Dos,

vosotros los Fang sois un montón
de basura despreciable.

Hermano Mayor miró boquiabierto al
adjunto Yang sin saber qué
responder.

—Cualquiera que permita que su
hermana pequeña le engañe para
escaparse con un hombre es que es
un cabrón estúpido. Si hubiera sido
yo... *¡ufff!*

Luego lanzó una mirada amenazadora a Gao Ma.

Sin esperar a que el adjunto Yang dijera una sola palabra más,

Número Dos atacó a Gao Ma y lanzó su puño directamente contra su nariz.

Sin un grito de protesta, Gao Ma dio tres o cuatro pasos tamba-

leantes hacia atrás, tratando de mantener el equilibrio. Sus hombros

daban

bandazos como si estuviera tratando de tocar su rostro: con-
mocionado

por el puñetazo, parecía que hubiera olvidado que tenía los brazos atados.

—Número Dos, no le golpees a él...
Golpéame a mí —suplicó Jinju

mientras protegía el cuerpo de Gao Ma con el suyo.

De una patada, su hermano la envió volando al campo de yute. A

Jinju se le engancharon algunas plantas cuando cayó de cabeza al suelo. La

cuerda que había alrededor de sus muñecas se aflojó mientras enrollaba su

cuerpo y le permitió envolver rápidamente los brazos alrededor de las

rodillas; el agudo dolor que sintió en la pierna reveló que se había roto un

hueso.

—No esperes misericordia de nosotros —gritó Número Dos—,

¡eres una puta apestosa y desvergonzada!

Un reguero de sangre salió de la pálida nariz de Gao Ma. Fluía y fluía,

al principio negra y luego de color rojo brillante.

—Que sepas que va contra la ley

golpear a los demás —tartamudeó,

con las mejillas crispadas y la boca retorcida, dibujando una mueca.

—La engañaste para que se escapara contigo y eso sí va contra la ley

—dijo el adjunto Yang—. No sólo robaste la futura esposa de un hombre,

sino que también destruiste los planes de boda de tres parejas.

Deberían

encerrarte durante veinte años.

—No hice nada ilegal —se defendió Gao Ma, sacudiendo late-

ralmente la cabeza para limpiar la sangre de su nariz—. Jinju nunca se

registró como la esposa de Liu Shengli, así que no está legalmente casada

con nadie. Tratasteis de obligarla a que se casara con él violando la Ley de

Matrimonio. ¡Si alguien tiene que ser encerrado, sois vosotros!

El adjunto Yang apretó los labios y dijo a los hermanos Fang:

—Vaya lengua más afilada tiene.

Segundo Hermano lanzó su puño contra el vientre de Gao Ma. ¡*Uff!*

Gao Ma lanzó un gruñido mientras se doblaba, tambaleándose un par de pasos y desplomándose en el suelo.

Los hermanos no perdieron tiempo. Segundo Hermano comenzó a dar patadas a Gao Ma en las costillas y en la espalda y, como por las noches practicaba artes marciales en la era, con cada patada hacía que su víctima se enroscara y gritara por su vida. Hermano Mayor trató de lanzar unas cuantas patadas, pero su pierna coja apenas podía soportar el peso de

su cuerpo, y para cuando su pierna buena estaba ladeada y preparada para

avanzar, Segundo Hermano ya había enviado a Gao Ma rodando fuera de su alcance. Finalmente consiguió impactar una patada en su objetivo, pero

con muy poca fuerza y, lo que es peor, se cayó al suelo y permaneció en él

mucho tiempo antes de poder ponerse de pie.

, ■ .,

if'f

p. 203 ; £§

—¡Dejad de pegarle! ¡Yo le supliqué que me llevara con él! —rogó

Jinju mientras luchaba por ponerse de pie agarrándose a un tallo de yute.

Pero cuando apoyó el peso del

cuerpo sobre su pierna dañada, unos dolores espantosos llegaron a su cerebro, haciendo que volviera a caerse al

suelo, mientras de su garganta salía un torrente de gritos secos.

Finalmente, se vio obligada a gatear de una planta de yute a otra.

Mientras tanto, Gao Ma estaba rodando entre el polvo, con el rostro empapado de sangre y barro.

Segundo Hermano siguió dándole patadas

sin piedad, como si fuera un saco de arena, y cada una de las patadas iba

acompañada de gritos de «¡vuelve a darle una patada!» por parte de

Hermano Mayor, que saltaba en el aire como si estuviera sobre un

trampolín.

—¡Más fuerte! ¡Mata a ese maldito hijo de puta! —E .1 202

r

ostro de

Hermano Mayor estaba desencajado y las lágrimas inundaban sus ojos.

Después de llegar arrastrándose hasta el borde de la carretera, Jinju

se puso de pie y dio un par de pasos titubeantes, pero enseguida se

encontró con una patada voladora en el vientre que le dio Segundo

Hermano. Ella gimió mientras caía al suelo y rodaba por el campo.

Gao Ma, al que ya le resultaba imposible hablar, todavía era capaz de

rodar, algo que le venía muy bien al sudoroso Segundo Hermano, cuyas

patadas seguían golpeando en su cuerpo.

—¡Lo vas a matar! —Jinju había vuelto a gatas a la carretera.

El adjunto Yang echó a correr, se colocó entre Segundo Hermano y

Gao Ma y dijo:

—Muy bien, Número Dos, ya es suficiente.

Gao Ma había rodado hasta el borde de la carretera y tenía el rostro

manchado por el barro que cubría el campo de pimientos, mientras sus

brazos atados se movían

nerviosamente por encima de los

dedos

púrpuras, que parecían hongos venenosos. El adjunto Yang se acercó a él

con gesto de preocupación, lo cargó a su espalda y colocó el dedo por

debajo de su nariz para ver si todavía respiraba.

¡Han matado a Gao Ma! Jinju vio miles de puntos dorados, que

cambiaban de color hasta formar un

arco verde en el aire por encima de
su

cabeza. Estiró el brazo, pero no fue
capaz de atraparlos. Algunas veces

pensaba que había atrapado uno,
pero cuando abría la mano, había

desaparecido. Un nauseabundo sabor
dulce ascendía desde lo más

profundo de su garganta y, cuando
abrió la boca, un reguero rojo salió
de

ella y fue a parar a una rama blanquecina que se encontraba delante de ella.

¡Estoy tosiendo sangre! Al principio se asustó. ¡Estoy tosiendo sangre!

Luego se sintió afortunada: sus temores, sus preocupaciones, sus problemas, se habían volatilizado como una nube de vapor, dejando solamente un almibarado pesar alrededor de su corazón.

—¡Eres un maldito vengador! —
maldijo el adjunto Yang a Segundo

Hermano—. Se supone que tenías
que darle una lección, y no matarle.

—Nos llamaste basura despreciable.

—Porque no sabéis cuidar de vuestra
propia hermana. En ningún

momento dije que pudieras matarle.

—¿De verdad está muerto? ¿Lo está?

—preguntó Hermano ■ Mayor

con voz nerviosa—. Adjunto Yang...
yo no le di ninguna patada.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —le preguntó Segundo

Hermano, mirándole con los ojos
inyectados en sangre—. Todo esto lo
hacemos para que te puedas casar.

—No he querido decir eso.

—Entonces, ¿qué has querido decir?

—Dejad de discutir —cortó en seco

el adjunto Yang—, y mo- vedlo

hacia la carretera.

Los hermanos entraron en el campo de pimientos, cogieron a Gao

Ma sujetándole por la cabeza y los pies, y le sacaron a la carretera. En

cuanto le dejaron extendido, Hermano Mayor se derrumbó en el suelo, sin

aliento.

—Daos prisa y desatadlo —ordenó el adjunto Yang.

Los hermanos cruzaron las miradas, sin decir una palabra, aunque

parecían estar dispuestos a hacerlo. Segundo Hermano dio la vuelta a Gao

Ma y le puso boca abajo, mientras Hermano Mayor se acercó a él

cojeando y trató de soltar el nudo. A través de los puntos verdes que le

rodeaban, las grandes manos de
Hermano Mayor, con sus dedos
nudosos

y huesudos, le parecieron a Jinju dos
abanicos. Estaba demasiado agitado
como para deshacer el nudo.

—¡Utiliza los dientes! —gritó el
adjunto Yang a Hermano Mayor,

que levantó la mirada con una
expresión patética en su rostro antes
de

arrodillarse junto a Gao Ma y tratar de aflojar el testarudo nudo con los dientes, como si fuera un chucho escuálido royendo un hueso. Cuando por

fin consiguió desatar el nudo, el adjunto Yang le sacó del camino y tiró de

la cuerda, como si tratara de arrancar un tendón del cuerpo de Gao Ma.

Una vez que pudo quitar la cuerda,

cargó a Gao Ma sobre su espalda y volvió a colocar un dedo debajo de su nariz.

El corazón de Jinju comenzó a encogerse y todo su cuerpo se sacudió

mientras una bocanada de aire frío ascendió en su interior. ¡Le han matado

y todo por mi culpa! Hermano Mayor Gao Ma... Mi. querido Hermano

Mayor Gao Ma... El corazón encogido de Jinju se volvió a relajarse,

inmersa en su dicha de pesar almibarado, volvió a ascender lentamente

más líquido rojo y dulce por su garganta. Las ramas de yute y las hojas

crujieron; la luz del sol era cegadora; decenas de miles de chispas rojas y

cálidas danzaban libremente en los campos de guindillas del Condado

Caballo Pálido; y un potro de color castaño salió al galope del campo,

agitando la cola alegremente mientras corría entre las chispas que lanzaban

sus herraduras como si fueran diminutas piedras preciosas. Las

campanillas que colgaban alrededor de su cuello emitían un tono agudo y

melódico.

La bronceada piel del rostro hinchado de Gao Ma brillaba bajo la sangre y el barro. Estaba tumbado en el suelo, con las piernas rectas y los brazos extendidos con rigidez a lo largo de los costados. El adjunto Yang

colocó la oreja sobre su pecho. Jinju escuchó el intenso y potente latido del

corazón de Gao Ma, que iba
acompañado con el ritmo de las
pisadas del

potro: las pisadas de sus pezuñas
eran el palpar de un pequeño
tambor,

los latidos del corazón eran el sonido
de un tambor más grande.

—Por favor, no te mueras, Hermano
Mayor Gao Ma. No me dejes

aquí sola —gimió Jinju mientras

observaba cómo el potro castaño

galopaba por la carretera, luego iba de acá para allá dando grandes

zancadas por el borde del campo de pimientos, mientras las chispas salían

volando de sus zapatos de metal y daba la sensación de que estaba

chapoteando en el agua. El agudo tintineo de las campanillas que colgaban

de su cuello era largo e interminable. En el borde del campo de pimientos se ralentizó hasta que caminó con un paso más titubeante y volvió sus ojos azules hacia el rostro relajado y sonriente de Gao Ma.

—Tenéis suerte, chicos —dijo el adjunto Yang mientras se le-

vantaba—. Todavía está vivo. Si hubiera muerto, tendríais que ir a la cárcel

por una larga temporada, y me refiero a los dos.

.205

—Y ahora, ¿qué hacemos, Octavo Tío? —preguntó Hermano

Mayor desesperado.

—Ya veo que me toca cargar con vuestros problemas —protestó el adjunto Yang, sacando un pequeño frasco del bolsillo y agitándolo bajo la

mirada de los dos hermanos—. Éstos son polvos medicinales Yunnan. Se

los vamos a dar a nuestro amigo.

Dicho eso, se arrodilló, retiró el tapón del frasco y vació una pastilla

roja sobre la palma de la mano. Hizo una breve pausa para conseguir un

efecto melodramático y dijo:

—Abre la boca.

De nuevo los hermanos se intercambiaron miradas. Segundo

Hermano hizo una señal a Hermano

Mayor para que colocara sus oscuros
dedos en la boca de Gao Ma y la
abriera. Sujetando la pastilla entre
los

dedos, el adjunto Yang volvió a
hacer una pausa solemne antes de

introducirla con un gesto de
desagrado entre los labios de Gao
Ma.

—Pequeño Guo —gritó el adjunto
Yang al conductor—, trae la

cantimplora.

El conductor se bajó perezosamente del *jeep* y se acercó con una

cantimplora del ejército cuya superficie amarilla estaba desgastada. En su

mejilla se observaba un surco semicircular, que indicaba que había estado

durmiendo boca abajo sobre el volante.

El adjunto Yang derramó un poco de agua dentro de la boca de Gao

Ma. Apestaba a alcohol.

Los cuatro hombres se quedaron mirando por encima de Gao Ma

como si fueran pilares, con los ocho ojos pegados a su rostro. El potro

castaño corría como el viento, con las pezuñas resonando en el aire; el

círculo que describía era lo suficientemente amplio como para

rodear a

Jinju y, mientras pasaba a través de los campos, los tallos y las ramas se doblaban ante él como si fueran las ramitas frágiles del sauce. Los puntos verdes salían de su satinado escondite. Pequeño potro... pequeño potro...

Jinju quería rodear con sus brazos su satinado cuello.

La mano de Gao Ma se movió.

—Muy bien —exclamó el adjunto Yang—. Excelente. Los polvos medicinales Yunnan gozan de una fama bien merecida. Son fantásticos.

Los ojos de Gao Ma se abrieron ligeramente. El adjunto Yang se agachó y dijo en tono enérgico:

—Tienes suerte de estar vivo, muchacho. Si no fuera por mis polvos

medicinales Yunnan, en este

momento te estarías reuniendo con Karl

Marx.

Gao Ma estaba tumbado con una sonrisa de paz y felicidad en su rostro y consiguió dedicar un apenas perceptible movimiento afirmativo con la cabeza al adjunto Yang.

—¿Y ahora qué, Octavo Tío? — preguntó Hermano Mayor.

Un ruido emergió del pecho de Gao Ma mientras tiraba de los brazos

hacia atrás y se apoyaba sobre sus codos, levantando ligeramente la cabeza

y el cuerpo hasta que quedó sentado. Unos hilos espumosos de sangre

asomaron por las comisuras de la boca. Hermano Mayor Gao Ma...

Querido Hermano Mayor Gao Ma... El potro castaño está tocando tu

rostro con su suave hocico... está llorando. La cabeza de Gao Ma cayó hacia atrás. Lentamente, la volvió a levantar. El potro castaño está lamiendo el rostro de Gao Ma con su dorada lengua.

—Tiene aguante para soportar una paliza —dijo el adjunto Yang

mientras bajaba la mirada hacia Gao Ma, que ahora estaba en cuclillas, y le

preguntó con un tono de verdadero
aprecio—: ¿Sabes por qué te ha
pasado esto?

Gao Ma sonrió y asintió. Me está
mirando. Hay una sonrisa en el
rostro de Hermano Mayor Gao Ma.
El potro castaño está lamiendo los
rastros de sangre de su rostro.

—¿Vas a intentar convencer otra vez
a nuestra hermana de que se

escape contigo? —preguntó Hermano Mayor, cojeando.

Gao Ma sonrió y asintió.

Segundo Hermano dobló la pierna para volver a dar una patada a

Gao Ma.

—¡Número Dos! —gritó el adjunto Yang—. ¡Estúpido cabrón!

Hermano Mayor cogió el fardo de Gao Ma, aflojó el nudo con sus

dientes y derramó su contenido,
incluyendo el sobre, en el suelo. Se
puso

de rodillas y agarró el sobre.

—Número Uno, no lo hagas.

Después de mojarse el dedo en la
boca, Hermano Mayor comenzó a
contar los billetes.

—Número Uno, no deberías hacer
eso.

—Octavo Tío, ha corrompido a nuestra hermana y consumido tu costosa medicina. Debe pagar por ello.

A continuación Hermano Mayor examinó el interior de los bolsillos

de Gao Ma con su mano húmeda y sacó algunos billetes de diez fen

arrugados y cuatro monedas brillantes de un fen. El potro castaño volvió

la cabeza y le tiró las monedas de un golpe. Hermano Mayor se lanzó tras

.207

ellas, con los ojos llenos de lágrimas.

Capítulo 9

En la vieja sociedad el pueblo pagaba por la anarquía oficial, en el nuevo orden se

supone que la justicia echa raíces y crece. El administrador del

Condado Wangpensó

que estaba por encima de la ley;

*el chófer TLhang se escabulló
después de un fatal accidente...*

Extracto de una balada cantada en la
comisaría de policía por Zhang

Kou en nombre de Cuarto Tío, que
había sido atropellado en la

carretera después de tratar de vender
su ajo.

Era mediodía. Cuarta Tía yacía aturdida sobre la cama, apenas consciente

de que alguien estaba tirándole del brazo. Se incorporó frotándose los ojos y se quedó cara a cara con una joven mujer policía que llevaba un capuchón y un uniforme blanco.

—¿Por qué no estás comiendo, Número Cuarenta y Siete? — preguntó la

guardiana.

Tenía unos ojos marrones grandes y alargados, con unas pestañas

ondulantes sobre un rostro blanco y redondo como el huevo de un cisne.

Cuarta Tía se sintió instintivamente atraída por esta encantadora

muchacha, que se quitó el sombrero para abanicar el aire.

—Esperamos que aquí dentro te comportes y confieses todos los

cargos. Recuerda: «Indulgencia para aquellos que confiesan, severidad para los que se niegan a hacerlo». Es la hora de comer, así que adelante.

El corazón de Cuarta Tía estaba saturado de calor y las lágrimas inundaban sus envejecidos ojos. Asintió con ánimo. El brillante cabello

negro de la guardiana, peinado con raya a un lado, le daba un aspecto un

tanto masculino y destacaba su complexión blanca y suave.

—Señorita... —dijo Cuarta Tía con una mueca; quería decir algo,

pero estaba demasiado asfixiada como para poder hablar.

La guardiana volvió a ponerse el sombrero.

—Muy bien, date prisa y come. Debes confiar en el gobierno. Una buena persona no tiene nada de lo

que preocuparse y una mala persona
no

tiene dónde esconderse.

—Señorita... Soy una buena persona.
Deje que me vaya a casa —dijo

Cuarta Tía entre lágrimas.

—Hablas mucho para ser una
anciana —dijo la ceñuda guardiana,
mostrando unos hoyuelos en las
mejillas—. No me corresponde a mí

decidir si debes salir de aquí o no.

Cuarta Tía se frotó la nariz con la manga y dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—¿Cuántos años tiene, señorita?

La guardiana mostró su lado más mezquino y se quedó mirándola.

—¡No preguntes cosas que no te conciernen, Número Cuarenta y

Siete!

—No pretendía nada con ello. Es que es tan hermosa que pensé que debería preguntárselo.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Por ningún motivo en especial.

—Veintidós —dijo la guardiana tímidamente.

—Más o menos la misma edad que mi hija, Jinju, que nació en el Año

del Dragón. Ojalá la inútil de mi hija fuera algo más...

—He dicho que te des prisa y comas. Cuando hayas acabado quiero

que pienses en lo que has hecho y que me hagas una confesión detallada.

—¿En qué quiere que piense, señorita?

—¿Por qué te han detenido?

—No lo sé. —Cuarta Tía volvió a

gimotear y no tardó en ponerse a

llorar; luego prosiguió entre sollozos —: Estaba comiendo en casa, tortitas

de grano y verduras picantes salteadas, cuando alguien llamó a la puerta.

Cuando salí a abrir, me cogieron por los brazos... Estaba tan asustada que

cerré los ojos. Lo siguiente que supe fue que tenía las muñecas sujetas con

unas relucientes esposas... Mí hija

estaba dentro llorando. Va a tener un bebé cualquier día de éstos. Ríase si quiere, pero se lo voy a contar de todos modos: ni siquiera está casada. Yo grité, pero dos oficiales me sacaron a rastras y otra oficial, más alta que usted pero no tan hermosa y, por supuesto, no tan amable, de hecho era malvada, comenzó a darme patadas...

—Ya es suficiente —le interrumpió la guardiana con impaciencia—.

Date prisa y come.

—¿Le estoy molestando, señorita? —preguntó Cuarta Tía—. Con

todos los criminales que hay fuera esperando a ser arrestados, ¿por qué

pierden el tiempo conmigo?

—¿No ayudaste a arrasar las oficinas del gobierno?

—¿Eran oficinas del gobierno?! —
exclamó sorprendida Cuarta

Tía—. No lo sabía. Tengo que
encontrar ayuda como sea. Mi
marido, que

todavía era fuerte y gozaba de buena
salud, fue atropellado por su coche...

Señorita, tengo que encontrar ayuda
donde sea...

—Deja de llorar —dijo la guardiana
—. Y deja de llamarme «se -

ñorita». Llámame «oficial» o «guardiana», como hacen los demás.

.210

—Nuestra hermana que está allí dijo que deberíamos llamarle

«oficial» y no «señorita» —confesó Cuarta Tía, señalando a su compañera

de celda, que estaba tumbada boca abajo sobre un catre gris—. Pero lo

olvidé. Cuando te haces viejo, te

falla la memoria.

—He dicho que comas —insistió la guardiana.

—Seño... Oficial. —Cuarta Tía señaló hacia el bollo al vapor

ennegrecido y al cuenco de caldo de ajo—. ¿Tengo que pagar la comida?

¿Necesito sellos de racionamiento?

Sin saber si reír o llorar, la guardiana dijo:

—Limítate a comer. No necesitas dinero ni sellos de racionamiento.

¿Por eso no comes, porque piensas que tienes que pagarlo?

—Usted no lo sabe, señorita, pero cuando , mi marido fue asesinado,

los inútiles de nuestros dos hijos se pelearon como perros y gatos para

apoderarse de las propiedades de la familia hasta que no quedó nada...

La guardiana se giró para marcharse,

pero antes de que saliera por la
puerta, Cuarta Tía preguntó:

.211

—¿Todavía no ha escogido marido?

—¡Ya basta, Número Cuarenta y
Siete, maldita bruja chiflada!

—Las chicas de hoy en día tienen
mucho genio. Ni siquiera permiten
hablar a una anciana.

La guardiana cerró la puerta de la celda de un golpe y se alejó, con los tacones altos resonando por todo el pasillo, hasta llegar al extremo del mismo.

Una serie de chirridos prolongados rebotaba por las vigas que se extendían por encima del pasillo, sonando como una vieja noria. Los grillos armaban mucho estruendo en los árboles que se encontraban en el

patio. Cuarta Tía suspiró y cogió el bollo ennegrecido, olisqueándolo

antes de arrancar un pedazo y hundirlo en el ahora frío caldo de ajo. Luego

lo metió en su boca casi desdentada y comenzó a masticar ruidosamente.

La mujer de mediana edad que se encontraba en el catre de enfrente se dio

la vuelta para mirar al techo. Un

largo suspiro se escapó de sus labios.

—Apenas has tocado la comida,
Cuñada —dijo Cuarta Tía a la

mujer, que abrió de par en par sus ojos turbios, sacudió la cabeza y frunció

el ceño.

—Tengo un nudo tan grande en la boca del estómago que no puedo

dar un bocado más —dijo abatida.

La mitad sin tocar de su bollo al vapor

aguardaba en el estrado que se extendía junto a ella. Las moscas verdes se

habían posado en él.

—Estos están hechos con harina rancia —dijo Cuarta Tía mientras

comía su bollo—. Saben como el moho. Pero, aún así, son mejores que las

tortitas de grano.

Su compañera de celda no dijo nada mientras permanecía inmóvil

sobre su catre, mirando fijamente al techo.

Después de engullir el último bocado de su bollo y de sorber el caldo

de ajo, Cuarta Tía se quedó mirando a la mitad intacta del bollo al vapor de

la otra mujer, que todavía servía de

alimento para las moscas sobre la
mesa

gris.

—Cuñada —dijo tímidamente—,
todavía tengo algunas gotas de

aceite en mi cuenco y sería una
lástima no aprovecharlas. ¿Me
permities

que utilice un poco de corteza de tu
bollo?

21 (>

La mujer asintió.

—Puedes comértelo todo, tía.

—No puedo quitarte la comida de la boca —objetó Cuarta

Tía.

—No me lo voy a comer, así que adelante.

—Muy bien, si me lo permites...

Se bajó del catre y, acercándose a la mesa, cogió el bollo lleno de

moscas.

—Lo importante no es quién lo come
—dijo Cuarta Tía—, siempre
y cuando no se eche a perder.

La mujer asintió. Entonces, sin darse
cuenta, dos lágrimas amarillas
resbalaron de sus ojos grises y
bajaron por las mejillas.

—¿Qué te inquieta, Cuñada? —dijo
Cuarta Tía.

No obtuvo respuesta; sólo más lágrimas.

—Sea lo que sea, no dejes que te deprima —incluso Cuarta Tía ahora estaba llorando—. La vida ya es muy dura de por sí. Algunas veces pienso que los perros son más afortunados que nosotros. La gente les da de comer cuando tienen hambre y, como último recurso, pueden sobrevivir con los desperdicios que tiramos los

humanos. Y como tienen el cuerpo

lleno de pelo, no tienen que preocuparse por vestirse. Pero nosotros

tenemos que alimentar y vestir a nuestras familias, y eso nos mantiene en

vilo hasta que somos demasiado viejos como para cuidar de nosotros

mismos. Entonces, si tenemos suerte, nuestros hijos se ocuparán de

atendernos. Si no, abusarán de nosotros hasta el día en que muramos...

Cuarta Tía se incorporó para secarse los ojos.

La mujer de mediana edad se dio la vuelta y enterró su rostro bajo la manta, llorando tan amargamente que sus hombros se agitaban. Cuarta Tía se bajó con dificultad del catre, se acercó y se sentó junto a ella.

—Cuñada —dijo dulcemente,
dándole golpecitos en la espalda—,

no te hagas esto. Trata de ver las
cosas tal y como son. El mundo no se
ha

hecho para personas como nosotras.
Debemos aceptar nuestro sino.

Algunas personas nacen para ser
ministros y generales y otras para ser
esclavos y lacayos, y no se puede
hacer nada para cambiarlo. El

Anciano

que mora en el Cielo decidió que tú y yo compartiéramos esta celda. No

está tan mal. Tenemos un catre y una manta y la comida es gratis. Si la

.217

ventana fuera un poco más grande, a lo mejor la celda no estaría tan mal

ventilada... pero no dejes que te deprima. Y si realmente no puedes seguir

adelante, entonces tienes que encontrar una manera de acabar con todo.

El sonido del llanto se intensificó tanto que atrajo la atención de la guardiana.

—¡Número Cuarenta y Seis, deja de llorar! —ordenó, golpeando los barrotes con el puño—. ¿Me has oído? ¡He dicho que dejes de llorar!

La orden produjo el efecto deseado

en cuanto al ruido, pero no
consiguió que remitieran los
espasmos que agitaban el cuerpo de
la pobre
mujer.

Cuarta Tía regresó a su catre, donde
se quitó los zapatos y se sentó

sobre las piernas. Un enjambre de
moscas zumbaba alrededor de la
celda,

a veces ruidosamente, otras de forma

más suave. Cuarta Tía sintió un picor por debajo de la cintura, donde atrapó y sacó algo gordo y carnosos.

Era un piojo, enorme y de color gris. Lo apretó entre los dedos hasta que no era más que una cáscara crujiente. Como en su casa no había piojos, éste debía haber venido de la cama. Levantó la manta gris y descubrió, sin

lugar a dudas, que los pliegues

estaban repletos de insectos retorciéndose.

—Cuñada —soltó—, ¡hay piojos en las mantas!

Sin obtener respuesta, ignoró a su compañera de celda y se acercó la manta para someterla a un meticuloso análisis. Enseguida se dio cuenta de que aplastarlos uno por uno entre los dedos iba a ser un proceso muy lento, así que empezó a metérselos en

la boca y a aplastarlos con los molares —carecía de dientes incisivos que realizaran ese cometido—, y

escupía después los caparzones. Tenían un ligero sabor dulce, tan adictivo que enseguida olvidó su sufrimiento.

21K

Cuarta Tía escuchó alarmada el sonido de las arcadas que emitía la

mujer

de mediana edad. Se frotó los ojos, agotada por la caza de los piojos, y se

limpió los restos de los caparzones de los labios; retiró los que se habían quedado pegados al dorso de su mano frotándola contra la pared.

Su compañera de celda respiraba con gran esfuerzo, con la boca abierta de par en par, así que se

arrastró por la celda y comenzó a darle

golpecitos en la espalda. Después de quitarle la saliva de las comisuras de

la boca, la mujer se volvió a tumbar invadida por el agotamiento y cerró los

ojos; le costaba respirar.

—No estás... Ya sabes, ¿verdad? — preguntó Cuarta Tía.

La mujer abrió sus ojos apagados y

mortecinos y trató de con-

centrarse en el rostro de Cuarta Tía, sin lograr entender la pregunta.

—Te pregunto si estás esperando.

La mujer respondió abriendo la boca y dijo gimiendo:

—Mi bebé. Mi pequeño Aiguo.

—Por favor, Cuñada, déjalo. No sigas pensando en eso —le apremió

Cuarta Tía—. Dime qué es lo que te

inquieta. No sigas reprimiéndolo en tu interior.

—Tía... Mi pequeño Aiguo está muerto... Lo he visto en un sueño...

Tenía la cabeza abierta... y el rostro cubierto de sangre... Mi pequeño ángel

gordito se convirtió en un saco de huesos sin vida... Como cuando has

matado a esos piojos... Le sujetaba entre mis brazos, gritaba su nombre...

Sus mejillas sonrosadas, sus enormes y hermosos ojos... tan negros que te podías reflejar en ellos... La orilla del río estaba llena de flores, de berenjenas salvajes de color púrpura y de calabazas blancas y de frutos amargos del color de la yema de huevo y del hibisco rosa... Mi Aiguo, un

niño que amaba las flores más de lo que lo hacen las niñas, recogió unas

cuantas para hacer un ramillete y ponerlo bajo mi nariz. «Huele éstas, mamá, ¿verdad que son hermosas?». «Son como el perfume», le decía.

Cogió una blanca y dijo: «Arrodíllate, mamá». Yo le pregunté por qué. El

me dijo que simplemente me arrodillara. Mi Aiguo se echaba a llorar por

cualquier motivo, así que le obedecí

y él me puso esa flor blanca en el pelo.

«¡Mamá tiene una flor en el pelo!».
Yo dije que la gente suele llevar flores

rojas en el pelo, ya que las blancas dan mala suerte y sólo las usas cuando

.219

alguien se muere. Eso asustó a Aiguo y empezó a llorar. «Mamá, no quiero

que te mueras. Yo puedo morir, pero tú no...».

En ese momento, la pobre mujer sollozaba desconsoladamente. La

puerta de la celda se abrió con un sonido estridente y en el umbral apareció

una guardiana armada con un trozo de papel en la mano.

—¡Número Cuarenta y Seis, ven con nosotros! —ordenó.

La mujer dejó de llorar, aunque sus hombros seguían agitándose y

todavía tenía las mejillas llenas de lágrimas. La guardiana estaba flanqueada

por dos oficiales de policía vestidos con uniformes blancos. El de la

izquierda, un hombre, sujetaba un par de esposas de metal, como si fueran

pulseras doradas; a la derecha había una mujer baja y de amplia sonrisa

con

un rostro lleno de granos y un lunar negro cubierto de pelos en la comisura

de la boca.

—¡Número Cuarenta y Seis, ven con nosotros!

La mujer introdujo los pies en los zapatos y los arrastró hacia la

puerta, donde el policía dio un golpe seco con las esposas en sus muñecas.

—Vamonos.

La mujer giró la cabeza para mirar a Cuarta Tía. No había vida en sus ojos, ninguna. A Cuarta Tía le asustó tanto esa mirada que fue incapaz de moverse y cuando escuchó la puerta de la celda cerrarse de golpe ya no pudo ver nada más: ni a la guardiana, ni su brillante bayoneta, ni a los oficiales de policía vestidos de blanco, ni a la mujer gris. Le

abrasaban los

ojos y la celda quedó envuelta en la oscuridad.

¿A dónde la llevan?, se preguntó

Cuarta Tía, atisbando cualquier señal, pero lo único que pudo escuchar

fueron los grillos que se encontraban fuera de su jaula de acero y, un poco

más allá, probablemente en la autopista pública, los sonidos del

metal

golpeando contra el metal. La celda se volvía cada vez más clara; las moscas revoloteaban a su alrededor como si fueran meteoros de color verde azulado.

Con la salida de su compañera de celda, Cuarta Tía experimentó la desazón que produce la soledad. Se sentó en el catre de la prisionera

Número Cuarenta y Seis, hasta que recordó vagamente que la atractiva guardiana le había dicho que no se permitía a los presos sentarse en otro catre que no fuera el suyo. Abrió de golpe la manta de su compañera de

.220

celda y su rostro recibió una bocanada de aire nauseabundo. Estaba

cubierta de diminutos puntos oscuros,

como si fueran excrementos o

sangre seca, y cuando los raspó con la uña del dedo, una horda de piojos

salió de los pliegues. Cogió algunos de ellos y se los metió en la boca, los

masticó y comenzó a llorar. Estaba pensando en Cuarto Tío y en lo bien

que se le daba cazar piojos.

Cuarto Tío se sentó apoyándose contra la pared del patio abrasada

por el sol, desnudo de cintura para arriba, con la chaqueta extendida sobre

las rodillas mientras cogía algunos piojos del pliegue y los metía en un cuenco desconchado lleno de agua.

—Caza todos los que puedas —dijo Cuarta Tía—. Cuando hayas

llenado el cuenco, los freiré para que los acompañes con vino.

Jinju, que todavía era una niña

pequeña, se sentó junto a su padre.

—¿Cómo es que tienes tantos piojos, papá?

—Los pobres tienen piojos, los ricos cogen la sarna —dijo, metiendo

uno especialmente gordo en el cuenco.

Mientras Jinju removía un piojo que se ahogaba con una brizna de

hierba, una gallina pelona se acercó al cuenco, asomó la cabeza y

escudriñó

los insectos.

—La gallina se quiere comer
nuestros piojos, papá —dijo.

—He tenido que trabajar mucho para
cazarlos y no pienso dejar que
se los coma —espetó, mientras
espantaba a la gallina.

—Dale unos cuantos, así pondrá más
huevos.

—Prometí al señor Wang, de la Aldea del Oeste, que le llevaría un millar —dijo Cuarto Tío.

—¿Para qué los quiere?

—Para elaborar medicamentos.

—¿Se pueden hacer medicamentos con los piojos?

—Se pueden hacer medicamentos prácticamente con todo.

—¿Cuántos has cazado ya?

—Ochocientos cuarenta y siete.

—¿Quieres que te ayude?

—No. El señor Wang dice que ninguna mujer puede tocarlos. No puede elaborar medicinas si los han tocado unas manos femeninas.

Jinju retiró la mano.

—No es fácil ser un piojo —le dijo—. ¿Has oído aquella historia sobre un piojo de ciudad y un piojo

de campo que se encuentran en la
carretera? El piojo de ciudad
pregunta: «¿Entonces, hermano de
campo,

hacia dónde te diriges?»). El piojo de
campo le dice: «A la ciudad, ¿y tú?»).

«Voy a buscar algo para comer».
«Olvídalo. Yo voy a la ciudad a
encontrar

comida». Cuando el piojo de la
ciudad le preguntó por qué, le dice:
«En el

campo lavan la ropa tres veces al día y si no encuentran nada, la golpean

.224

con un palo y lo que sale se lo meten en la boca. Si no nos golpean hasta la

muerte, acaban por comernos. He podido escapar vivo por los pelos».

El

piojo de campo relató entre lágrimas su desdichada historia. El piojo de

ciudad lanzó un suspiro y dijo:
«Estaba convencido de que las cosas
irían

mejor en el campo que en la ciudad.
Nunca pensé que las cosas estuvieran

tan mal». «Pues yo pensaba que la
vida sería mucho mejor en la ciudad
que

en el campo», dijo el piojo del
campo. «¡Ni mucho menos!», dijo el
piojo de

ciudad. «En la ciudad todo el mundo viste de seda y satén, una capa tras

otra. Lavan la ropa tres veces al día y se cambian cinco veces. Nunca veo ni

un trocito de carne. Si no nos mata el acero, lo hará el agua. He escapado

con vida por los pelos». Los dos piojos lloraron el uno sobre el hombro

del otro durante unos instantes y,

cuando se dieron cuenta de que no
tenían dónde ir, saltaron a un pozo y
se ahogaron.

Jinju se moría de risa.

—Papá, te lo acabas de inventar.

Con el sonido de la risa de su hija en
sus oídos, Cuarta Tía se sorbió la

nariz y engulló un piojo,
apesadumbrada por los recuerdos de
los días

felices. Dejó de lado su caza de piojos y caminó descalza hasta los barrotes

de la ventana. Pero estaba demasiado alta como para poder mirar hacia el

exterior, así que optó por regresar y se puso de pie sobre el catre para

disfrutar de una mejor vista. Desde allí pudo divisar una verja con alambre

de espino y, detrás de ella, los

campos plantados con pepinos,
berenjenas

y habichuelas. Las habas se estaban
tiñendo de amarillo y las berenjenas

empezaban a florecer. Un par de
mariposas rosas y blancas
revoloteaba

alrededor de las flores púrpuras,
yendo de acá para allá entre las
espalderas

de alubias y las flores de la
berenjena. Cuarta Tía se sentó,

retomó la caza

de piojos en la manta y recuperó sus tristes recuerdos.

Era la cuarta vez aquella mañana que los periquitos del recinto de Gao

Zhileng en la Carretera del Este formaban una algarabía. Cuarta Tía

golpeó a Cuarto Tío con la punta del pie.

—Escucha, viejo, es la hora de levantarse. Es la cuarta vez en lo que

va de

mañana que escucho a los periquitos.

.225

Él se levantó, extendió una chaqueta sobre sus hombros y llenó su

pipa. A continuación, se sentó a fumar en el *kang* mientras escuchaba los

insoportables chillidos de los periquitos.

—Sal a mirar las estrellas —dijo—. No puedes confiar en un puñado de pájaros. Sólo los gallos saben cuándo ha amanecido.

—Todo el mundo dice que los periquitos son muy inteligentes

—dijo ella, con los ojos brillando en la oscuridad—. ¿Has visto alguna vez

los pájaros de Gao Zhileng? Son muy coloridos, verdes, amarillos, rojos, y

meten sus picos curvados entre las plumas del ala, de tal modo que sólo se

ven sus brillantes ojitos. Todo el mundo dice que dentro de ellos habita el

diablo, lo que significa que Gao Zhileng está en su bando. Nunca he confiado en él.

Cuarto Tío dio una bocanada a su pipa hasta que la cazoleta se tiñó de

un

rojo intenso, pero no dijo una sola palabra. Los gritos de

los periquitos cortaban la oscuridad, primero de forma estridente, luego

más suave, y Cuarta Tía se imaginó los coloridos pájaros ladeando la

cabeza y observándola.

* * *

Se puso la ropa de cama sobre las

piernas, cada vez más invadida por

el miedo y deseando que su
compañera de celda volviera cuanto
antes.

Los guardianes gritaban en el pasillo,
y Cuarta Tía escuchaba

con frecuencia el sonido de sus
pasos.

* * *

Fuera, en el patio, Cuarta Tía estaba
muerta de frío. Un gato lustroso

cruzó por encima de la pared y desapareció. Comenzó a tiritar y metió la

cabeza entre los hombros mientras miraba al cielo, donde las estrellas

brillaban con fuerza. La Vía Láctea parecía más densa que el año pasado.

Trató de encontrar sus tres estrellas más familiares. Ahí estaban, en el sudeste, junto a la resplandeciente

media luna, que permanecía inmóvil
en

mitad de la noche. Se asomó para ver
el nuevo cobertizo para el ganado

que se encontraba a los pies de la
pared oriental y, moviéndose a
tientas

.226

entre la oscuridad, añadió más paja
al pesebre. Su vaca moteada, que

habían comprado la primavera

anterior, se encontraba echada en el suelo,

rumiando su bolo alimenticio, mientras unas luces verdes emergían de sus

ojos. Pero, cuando escuchó la actividad que se desarrollaba cerca de su

pesebre, se levantó y se acercó con paso lento, golpeando la cabeza de

Cuarta Tía con sus cortos y curvados cuernos.

—*¡Ay!* —exclamó Cuarta Tía
mientras se restregaba la cabeza—.

¿Es que tratas de matarme? ¡Estúpido
animal!

La vaca ya estaba ocupada
masticando la paja, así que Cuarta
Tía se

acercó y sintió su vientre. Otros tres
meses y será el momento de tener un
ternero.

—¿Y bien? —le preguntó Cuarto Tío cuando regresó al *kang*.

—Todavía es medianoche —
respondió—. Duerme un poco más.

He dado de comer a la vaca mientras estaba levantada.

—Ya me he despertado —dijo él—,
así que también puedo ponerme

en marcha. Ayer hice un viaje en
balde, así que hoy quiero llegar

temprano. Hay veinticuatro

kilómetros hasta la ciudad y,
teniendo en

cuenta lo despacio que anda la vaca,
para cuando llegue allí ya se habrá

hecho de noche.

—¿De verdad hay tanta gente
vendiendo ajo?

—Créeme, la hay. Las calles están
abarrotadas de campesinos,

camiones, carros de bueyes, carretas
con caballos, tractores, bicicletas y

hasta motocicletas. La calle se extiende desde el almacén de cámaras

frigoríficas hasta las vías del ferrocarril. Ajo, solamente ajo. Dicen que el

almacén estará lleno en un día o dos.

—Son malos tiempos. Cada vez es más difícil vender algo.

—Despierta a los chicos y diles que carguen la carreta y enganchen la

vaca —dijo Cuarto Tío—. No estoy de humor para hacerlo. Esa zorra de

Jinju me saca tanto de quicio que me pongo frenético por cualquier cosa.

—¿Sabes que tus hijos están hablando de dividir la propiedad de la

familia y seguir cada uno por su lado?

—No estoy ciego. Número Dos tiene miedo de que su hermano

arruine sus propios proyectos de matrimonio. Número Uno se da cuenta

de lo decidida que está Jinju de irse con Gao Ma, y si el contrato de

matrimonio se convierte en un pedazo de papel mojado, cree que tiene

.227

derecho a coger todo lo que pueda y a llevar una vida de soltero. ¡Unos

malditos desagradecidos! ¡Eso es lo que son!

Cuarto Tío estaba fuera de sí.

—En cuanto venda esta cosecha de ajo, podemos añadir tres ha-

bitaciones y después dividirlo todo.

—¿Jinju se quedará con nosotros?

—¡Ya puede ir sacando el culo de aquí!

—¿De dónde va a sacar Gao Ma los

diez mil yuan que le hemos reclamado?

—Ha adquirido cuatro hectáreas de tierra este año junto a las dos

que ya tenía y ha plantado ajo en ellas. El otro día pasé por delante de su

campo y te puedo asegurar que va a tener una cosecha abundante, al

menos dos mil ochocientos kilos, que podrá vender por cinco mil yuan.

Cogeré ese dinero y le diré que me puede dar la otra mitad el año que viene. Esa zorra le ha salido barata, pero no permitiré que críe aquí, en mi

casa, a ese pequeño bastardo.

—Después de que se haya ido y de que nos quedemos con el dinero

de Gao Ma, va a sufrir mucho.

—¿Empiezas a compadecerte de ella? —Cuarto Tío golpeó la pipa

contra el *kang*—. Me da igual si esa pequeña zorra se muere de hambre.

Se dio la vuelta y salió hacia el establo de la vaca, donde Cuarta Tía le

escuchó golpear en la ventana del ala oeste.

—Número Uno, Número Dos, es la hora de levantarse a cargar el ajo.

Cuarta Tía bajó del *kang*, encendió

la lámpara y la colgó junto a la
puerta. Después vertió un cacillo de
agua de la tinaja en la olla.

—¿Para qué es eso? —le preguntó
Cuarto Tío cuando regresó.

—Para hacer un poco de caldo —
contestó—. Te vas a pasar ca-
minando la mitad de la noche.

—No te preocupes por mí —replicó
—. No voy a andar. Iré en el

carro todo el trayecto. Si quieres sentirte útil, ve a dar de beber a la vaca.

Los hermanos salieron de la habitación y se quedaron en mitad del

patio, tiritando por el aire frío de la noche sin decir una palabra.

Mientras tanto, Cuarta Tía vertió dos cacillos de agua en una

palangana, extendió una capa de

salvado por encima y la removió con un

.228

atizador. Después lo llevó al exterior y lo dejó en el patio mientras Cuarto

Tío sacaba la vaca del establo, pero ésta se limitó a quedarse allí

relamiéndose estúpidamente sin dar ni un sorbo.

—Bebe, bebe —le imploró al animal—. Bebe un poco de agua.

La vaca se quedó allí sin moverse, mientras un hedor caliente salía de su escondrijo. Los periquitos volvieron a la carga y sus chillidos ascendían

hasta el cielo como las volubles nubes. La media luna, que ahora estaba un

poco más elevada en el firmamento, inundaba el patio con sus rayos dorados. Las estrellas habían

perdido parte de su brillo.

—Echa un poco más de salvado —
dijo Cuarto Tío.

Cuarta Tía así lo hizo.

—Vamos, chica —dijo el tío, dando
unas palmaditas a la vaca—.

Bebe.

La vaca bajó la cabeza, resopló
dentro del barreño y comenzó a
salpicar el agua.

—¿A qué esperáis? —gritó Cuarto Tío a sus hijos—. ¡Subios a la carreta y cargad el ajo!

Después de traer la carreta, aseguraron las ruedas y los ejes y ensamblaron el vehículo. Había demasiados ladrones en la aldea como para

dejarla al otro lado de la puerta. Todo el ajo se había empaquetado en fardos junto a la pared sur, debajo de

unas láminas de plástico.

—Vierte un poco de agua por encima para evitar que se seque —dijo

Cuarto Tío. Su hijo mayor le obedeció.

—¿Por qué no te llevas a Número Dos? —le preguntó su esposa.

—No —dijo secamente.

—Imbécil testarudo —protestó ella —. Al menos cómprate en la

ciudad algo decente para comer, ya que no tengo nada para que te puedas llevar.

—Pensaba que todavía quedaba media torta de grano —dijo Cuarto Tío.

—Eso lo comes todos los días.

—Pónmela para llevar. —Condujo a la vaca hacia la puerta y la introdujo en la carreta. Después

volvió a entrar en el patio, se colocó su

desvencijado abrigo sobre los hombros, metió la fría torta en el interior de

la pechera de su camisa, cogió una vara y se dirigió hacia la puerta.

.229

—Cuanto más viejo eres, más cabeza de muía tienes —se quejó su

esposa—. No sé qué otra cosa se

puede llamar a una persona que no
deja

que su propio hijo le ayude a vender
su cosecha.

—Tiene miedo de que le vaya a
esquilmar todas sus ganancias

—dijo Número Dos sarcásticamente.

—Nuestro padre sólo piensa en
nuestro bienestar —refutó su

hermano mayor.

—¿Quién se lo ha pedido? —
protestó Número Dos mientras se
dirigía hacia el interior de la casa
para acostarse de nuevo.

Cuarta Tía lanzó un suspiro mientras
se quedó en el patio es-

cuchando el crujido de los ejes de la
carreta alejarse lentamente en la

tenebrosa oscuridad. Los periquitos
de Gao Zhileng comenzaron a lanzar

chillidos frenéticamente y la pobre

Cuarta Tía era un manojito de nervios mientras titubeaba en el patio, que ahora estaba cubierto del amarillo apagado de la luz de la luna.

La puerta de la celda se abrió y los policías le quitaron las esposas a

Número Cuarenta y Seis, que dio un par de pasos vacilantes antes de

meterse en el catre, donde se derrumbó como si estuviera muerta.

—Oficiales —imploró Cuarta Tía mientras cerraban la puerta—.

Por favor, déjenme ir a casa. Ya casi estamos en la quinta semana de

oficios religiosos en memoria de mi marido...

La única respuesta que obtuvo fue el sonido de la puerta al cerrarse.

.230

Capítulo 10

Jefe del Condado Zhong, pon la mano en el corazón y piensa: como protector

del gobierno, ¿dónde está la bondad en tu alma? Si eres un oficial malvado,

vete a casa y quédate en la cama; pero si eres un servidor íntegro, toma el

mando y haz algo bueno...

Extracto de una herejía cantada por

Zhang Kou mientras permanecía en las escaleras de la oficina del gobierno después de que la

sobreabundancia de ajo hubiera obligado a miles de aldeanos a acudir al

administrador local, que se negó a salir de la cama en busca de ayuda.

Jinju apenas había entrado en el patio de Gao Ma cuando, lanzando un grito de angustia, se desplomó. El

feto levantó los puños y rugió:

—¡Dejadme salir! ¡Maldita sea,
dejadme salir de aquí!

—Gao Ma... Ven aquí... Ayúdame...
Ven a hacer caso a tu hijo...

Cruzó el patio a gatas y luego se puso
de pie, sujetándose a la jamba

de la puerta. Cuatro paredes
desnudas, un puchero oxidado,
charcos de

agua negra y algunas ratas que

saltaban desde detrás del puchero fue todo

lo que vio en el interior. Era como si hubieran soltado a un toro y una

sensación de catastrofismo paralizante la hubiera atrapado. Cuando el

bebé que llevaba en su vientre arremetió con los puños y los pies,

comenzó a gemir:

—Gao Ma... Gao Ma...

El bebé le dio un puñetazo.

—¡Deja de gritar! ¡Gao Ma es un fugitivo, un criminal! ¿Cómo he podido tener unos padres como vosotros?

Le dio una patada y una sensación de escalofrío recorrió la columna vertebral de Jinju, que gritó otra vez, y todo se volvió negro.

Mientras se caía al suelo, golpeó su cabeza contra la única mesa que no

había sido destrozada por sus
hermanos.

* * *

El padre, agotado por la paliza que
había administrado, se sentó en el
umbral de la puerta fumando su pipa.
La madre, igualmente extenuada, se
sentó en el fuelle para recuperar la
respiración y restregarse los ojos
bañados en lágrimas. Jinju yacía
enroscada encima de una pila de

hierba y

de matojos, sin quejarse ni llorar, con una sonrisa congelada en el rostro.

Sus hermanos regresaron; el mayor de ellos traía un par de cubos de

metal y una hilera de pimientos secos, y el más joven empujaba una

bicicleta seminueva con algunos uniformes militares en el portaequipajes.

Ambos se habían quedado sin aliento.

—No tenía muchas cosas que mereciera la pena coger —dijo el más

joven, y luego señaló a su hermano mayor—. Tuve que detener a éste para

que no destrozara el puchero y al menos le quedara algo.

■ —Dime, ¿todavía sigues pensando

escapar con Gao Ma? —La ira del padre se reavivó.

El sonido de la música que salía del reproductor de cassette de Gao Ma inundó sus oídos. Las palabras del padre, procedentes de alguna parte, le resultaban irrelevantes.

—¿Estás sorda? ¡Tu padre te ha preguntado si todavía piensas

fugarte con él! —gritó la madre,
bajándose del fuelle y dando unos

golpecitos a su hija en la frente con
un atizador.

Jinju cerró los ojos.

—Sí —respondió suavemente.

—¡Pégala! ¡Pégala! —El padre saltó
del umbral de la puerta y se puso

de pie—. ¡Colgadla! ¡Voy a enseñar
a esta pequeña puta lo que significa

desafiarme!

—No puedo, padre —disintió
Hermano Mayor—. Es mi hermana.

Ahora mismo no sabe lo que hace,
sólo es eso. Adelante, grítala, con
eso

será suficiente. Jinju, eres lo bastante
inteligente como para saber que estás

llevando la vergüenza a la familia
con tu comportamiento. La gente se
va a

reír de nosotros durante generaciones. Admite que te has equivocado y

¿i(:

empieza a llevar una vida normal. Los errores forman parte de toda educación. Sé una buena chica y di que lo sientes.

—No —dijo ella en voz baja.

—¡Dadle una paliza! —repitió el padre dirigiéndose a sus hijos—.

¿Qué pasa con vosotros? ¿Estáis muertos o sordos o qué?

—Padre, nosotros... —Hermano Mayor estaba lleno de recelo.

—¡Es mi hija y si digo que muera, es que muera! ¿Quién me va a

detener? —dijo metiéndose la pipa en la cintura y lanzando a su esposa

una mirada malvada—. ¡Sal y echa el cerrojo de la puerta!

La madre estaba temblando.

—Déjala hacer lo que quiera, ¿vale?

—¿Tú también quieres recibir una paliza? —dijo dándole una

bofetada—. He dicho que salgas y eches el cerrojo.

La madre retrocedió un par de pasos. Los ojos empezaban a po-

nérsele vidriosos, luego se dio la vuelta, como si fuera una marioneta, y se

arrastró hacia la puerta. Jinju sentía

lástima de ella.

El padre cogió de la pared un rollo de cuerda nueva, la sacudió y

ordenó a sus hijos:

—¡Desnudadla!

Hermano Mayor se puso blanco como la pared.

—No le pegues, padre, no tengo necesidad de casarme.

El padre arremetió contra él con la

cuerda, envolviéndola alrededor de la cintura de su hijo y haciendo que se enderezara al instante. Él y su hermano se dirigieron hacia donde se encontraba Jinju y apartaron la mirada mientras buscaban a tientas los botones de la ropa de su hermana. Pero ella les apartó las manos y se quitó la chaqueta, luego los pantalones, y se colocó delante de ellos vestida

únicamente con una raída camiseta y unos calzones rojos.

El padre alargó un extremo de la cuerda a Hermano Mayor.

—Atale los brazos —ordenó.

Sujetando la cuerda con la mano, Hermano Mayor suplicó a Jinju:

—Por favor, pide perdón a nuestro padre.

—No —respondió sacudiendo la

cabeza.

Segundo Hermano apartó a Hermano Mayor de un manotazo, luego

pasó los brazos de Jinju por la espalda y la ató por las muñecas.

.238

—Me sorprende el hecho de que esta familia haya dado un miembro

del Partido Comunista que prefiera morir antes que rendirse.

Ella se rió en su cara. Su hermano pasó el extremo suelto de la cuerda por encima de la viga del tejado y miró a su padre.

—¡Colgadla!

Jinju sintió que los brazos se sacudían hacia fuera y hacia arriba. Sus

tendones estaban tensos y los hombros sobresalían. Toda la cuerda le

levantó la piel de los brazos y el sudor emanaba por todos los poros de la

piel. Se mordió el labio, pero era demasiado tarde para contener los angustiosos lamentos que emanaron de su garganta.

—¿Qué dices ahora? ¿Todavía piensas en volver a fugarte?

—¡Sí! —respondió haciendo un esfuerzo por elevar la cabeza.

—¡Levántala más! ¡Levántala!

Por delante de sus ojos flotaban unas chispas verdes, el sonido de las

llamas crepitando explotó alrededor de sus oídos; las plantas de yute se

balanceaban delante de su cuerpo. El potro castaño estaba junto a Gao

Ma, lamiéndole el rostro para limpiarle la sangre seca y la mugre con su

purpúrea lengua mientras las capas

doradas de la niebla ascendían desde
la

carretera, desde miles de hectáreas
de plantas de yute, y desde las
cosechas

de pimientos del Condado Caballo
Pálido. El potro desapareció, luego

volvió a aparecer entre la niebla
dorada... El rostro de Hermano
Mayor era

pálido, el de Segundo Hermano
estaba azul, el de su padre era verde

y el de

la madre era negro; los ojos de
Hermano Mayor eran blancos, los de

Segundo Hermano eran rojos, los del
padre eran amarillos y los de la

madre eran púrpuras. Mientras su
cuerpo colgaba en el aire, bajó la
mirada

hacia ellos y se sintió
extraordinariamente agradecida. Su
padre volvió a

gritar. Ella miró su rostro verde y sus ojos amarillos y, luciendo una

sonrisa, sacudió la cabeza. El padre corrió hacia el patio, agarró el látigo

que tenía en el carro del buey y la azotó con él: allá donde llegaba la punta,

la piel se llenaba de llamas.

Jinju recuperó la consciencia en una esquina de la pared; la gente

hablaba a su alrededor incluyendo, a

su entender, al adjunto Yang. Se puso de pie con esfuerzo: se sentía un tanto mareada y con las piernas cansadas,

y se desplomó a los pies del *kang* de sus padres. Una mano se alargó para

.239

ayudarla a levantarse. Jinju no sabía de quién se trataba. Al levantar la cabeza se encontró con los rostros de sus padres.

—Podéis golpearme hasta la muerte si queréis, pero aún así seguiré

perteneciendo a Gao Ma, porque me he acostado con él y llevo en mi

vientre a su bebé.

Dicho eso, se deshizo en lágrimas y en agudos gemidos.

—Me rindo. —Escuchó decir a su padre—. Dile a Gao Ma que me

pague diez mil yuan. Le entregaremos a la muchacha cuando nos dé el

dinero.

Jinju sonrió.

El ceñudo hijo de Gao Ma soltó
un rugido.

—¡Sacadme de aquí! ¡Dejadme

salir ahora mismo! ¿Qué clase de
madre no deja salir a su hijo?

Los ojos de Jinju sangraron.

Apartando a un lado la fría cabeza
del

potro castaño, dijo:

—No salgas, mi niño. Tu madre sabe qué es lo mejor para ti. ¿Qué

piensas hacer ahí fuera? ¿Acaso tienes idea de lo difícil que es la vida?

El bebé dejó de luchar.

—¿Cómo son las cosas ahí fuera? Dime.

El potro castaño trató de lamer el rostro de Jinju con su lengua cálida

y purpúrea.

—¿Oyes los gritos de los periquitos, mi niño? —preguntó—.

Escucha atentamente.

Las orejas del bebé se enderezaron mientras se concentraba en el sonido.

—Son los periquitos del patio de Gao Zhileng: los hay amarillos, rojos, azules, de todos los colores

imaginables. Tienen los picos curvos
y

crestas en la cabeza. Comen carne,
beben sangre y succionan cerebros.

¿Todavía tienes valor para salir, mi
niño?

Esto hizo que el bebé se llenara de
miedo y se encerrara en sí mismo.

—Mira, mi niño, ¿ves cómo esa
amplia extensión de ajo parece un
nido de serpientes venenosas

entrelazadas? También son
carnívoras,

beben sangre y absorben cerebros.
¿Todavía tienes valor para salir, mi
niño?

.240

Los pies y manos del bebé se
doblaron hacia dentro y los ojos se
escarcharon.

—Cuando era como tú, mi niño,

también quería salir y ver el mundo exterior pero, después de llegar aquí, me daban gachas para cerdos y comida para perros, y trabajé como un buey y un caballo juntos, me golpearon y me dieron patadas, tu abuelo incluso me colgó y me azotó con el látigo. ¿Todavía quieres salir, mi niño?

El bebé metió el cuello entre los hombros, convirtiéndose en algo

parecido a una pelota, con los ojos llenos de temor y de espanto.

—Mi niño, tu padre es un fugitivo de la justicia y su familia es tan

pobre que ni siquiera puede criar ratas. Tu abuelo fue atropellado por un

coche, tu abuela está detenida y tus tíos han dividido nuestra propiedad.

La familia ya no existe: algunos miembros se han ido, otros están

muertos

y no tengo a nadie a quién acudir.
¿Todavía quieres salir, mi niño?

El bebé cerró los ojos.

El potro castaño asomó la cabeza a
través de la ventana abierta para,
lamerle la mano con su cálida lengua.
La campanilla que colgaba de su
cuello resonó con fuerza. Jinju
golpeó su mullida cabeza y sus ojos

hundidos con la mano que le quedaba libre. El pelo del potro tenía el

brillo helado del valioso satén. Las lágrimas inundaron los ojos de Jinju y

también había lágrimas en los ojos del potro.

El bebé comenzó a retorcerse de nuevo.

—Madre —dijo, entreabriendo los ojos—, quiero salir a curiosoear.

He visto girar una bola de fuego.

—Es el sol, mi niño.

—Quiero mirar el sol.

—No puedes hacerlo, mi niño, sus
llamas queman la piel y la carne
de tu madre.

—He visto flores en los campos y
he olido su aroma.

—Esas flores son venenosas, mi
niño, y su aroma es fétido. ¡Pro -

vocarán la muerte de tu madre!

—Madre, quiero salir y acariciar la cabeza roja del potro.

Jinju se levantó y dio una palmada al potro, sorprendiéndolo por unos instantes antes de que retirara la cabeza de la ventana y se alejara galopando.

—No hay ningún potro, mi niño. Es una aparición.

El niño cerró los ojos con fuerza y dejó de moverse.

.241

Jinju encontró un poco de cuerda en la esquina, la pasó por encima

de una viga e hizo un nudo corredizo en el otro extremo. A continuación,

agarró un taburete y se subió a él.

Las ásperas hebras de la cuerda le

pincharon los dedos. Tal vez debería frotarlas con un poco de aceite.

Estaba empezando a vacilar. A continuación escuchó relinchar al potro al

otro lado de la ventana y, para proteger al bebé de cualquier sufrimiento

futuro, metió la cabeza a través del nudo y dio una patada al taburete. El

potro volvió a asomar la cabeza por la ventana. Ella quería estirarse y

acariciar su frente fría y lustrosa,

pero fue incapaz de levantar los brazos.

Capitulo 11

Hubo un tiempo e?i el que el Condado Paraíso producía

hombres valientes y heroicos. Ahora lo único que te

encuentras son cobardes débiles que carecen de valor cuyos

rostros son ceñudos: suspiran y se irritan al ver su ajo

podrido...

Extracto de una balada cantada por Zhang Kou urgiendo a los

campesinos que cultivan ajo a que asalten las oficinas del gobierno.

Mientras Gao Ma saltaba por encima del muro sonaron dos disparos, que

levantaron sobre él nubes de humo y enviaron pequeñas salpicaduras de la

pared de lodo. Después de saltar al otro lado, cayó sobre una pocilga; las

inmundicias se esparcieron en todas las direcciones y un par de cerdos

sorprendidos chillaron y corrieron dominados por el pánico. Sin saber qué

camino coger, entró a rastras en una zona cubierta. Un zumbido

estridente pasó por encima de su cabeza y un dolor agudo desgarró sus

mejillas y su cuero cabelludo.

Levantó la cabeza y vio que había

arrancado

un nido de avispas que colgaba del recubrimiento que protegía los tallos de sorgo. Cuando vio que cientos de avispas agitadas descendían sobre él como una nube amarilla, aplastó el cuerpo contra el estiércol, sin atreverse

a mover un dedo. Pero cuando recordó que la policía andaba pisándole los

talones, se cubrió la cabeza con los brazos, se zafó como pudo, alcanzó la

verja, saltó por encima de ella y aterrizó detrás de una pila de troncos.

Entró en el patio, dio un salto y se dirigió hacia el este. En ese momento,

alguien le cogió del brazo y le sujetó con fuerza. Agitado por el pánico,

levantó la mirada hacia el rostro de un hombre de tez blanca. Le reconoció

casi al instante: era el maestro de la escuela elemental Zhu. Como había

sufrido una fractura de pelvis a manos de los Guardianes Rojos, Zhu ya

no podía permanecer erguido; la montura de sus gafas estaba unida con

cinta adhesiva.

Gao Ma se arrodilló, como si fuera el actor de una telenovela, y rogó

al maestro Zhu que le salvara de la policía, que trataba de detenerle a raíz

de los incidentes del ajo.

Zhu le cogió de la mano y le condujo a una habitación oscura donde

las plumas de gallina y las hojas de ajo cubrían el suelo casi por

completo y

una tinaja de escabeche llena de posos de boniato descansaba en una esquina.

—Métete ahí —dijo Zhu.

Sin inmutarse por el hedor, Gao Ma se introdujo en la tinaja y se

agachó. El nivel de los posos se elevó hasta el borde, y salía espuma

ruidosamente. Estaba metido hasta el

cuello en el líquido, pero el maestro

Zhu le sumergió hasta que el escabeche le cubrió la boca.

—No hagas el menor ruido —dijo Zhu—, y contén la respiración.

A continuación cubrió la cabeza de Gao Ma con una calabaza usada,

y luego deslizó una magullada tapa sobre la tinaja, de manera que quedara

únicamente una pequeña abertura.

Los pasos sonaron por todo el patio. Gao Ma levantó la cabeza para escuchar. Podría asegurar que la policía ya había llegado a la cochiguera.

—Es-estás escondido en la pocilga. No pienses que no voy a en-encontrarte. Sa-sal de ahí.

—¡Sal o abrimos fuego!

—Camaradas, ¿qué estáis haciendo aquí? —les preguntó Zhu.

—¡A-atrapando a un co-
contrarrevolucionario!

—¿En mi pocilga?

—Aparta. Ya nos ocuparemos de ti
después de que lo hayamos

atrapado —gritaron los policías—.
Sal de aquí o abrimos fuego. Estamos
autorizados a matarte si te resistes a
ser detenido.

—Camaradas, ¿qué broma es ésta?

—¿Qui-quién está bromeando? —
dijo el tartamudo—. Voy a entrar
para mirar personalmente.

.243

Apoyando las manos sobre el
pequeño muro, entró de un salto en la
pocilga, después se dirigió hacia los
cultivos cubiertos e introdujo la
cabeza en ellos, donde fue recibido
por un par de avispas que le picaron
en

la boca.

—Camaradas —dijo el maestro de escuela Zhu—, ¿por quién me

han tomado, por un espía nacionalista? ¿De verdad creen que les iba a

engañar? He escuchado disparos y, cuando mis cerdos comenzaron a

gritar, salí para comprobar qué estaba pasando, justo a tiempo para ver a

una figura oscura corriendo como el diablo hacia la pared sur.

—Ayudar a un fugitivo es una felonía —dijo el policía—. Quiero que te quede claro ese punto.

—Lo sé —replicó Zhu.

—¿Có-cómo te llamas? —preguntó el tartamudo.

—Zhu Santian.

—¿Y di-dices que viste a una figura

oscura corriendo hacia la pared
sur?

—Exactamente.

—¿A qué te dedicas?

—Soy maestro.

—¿Eres miembro del par-partido?

—Pertenece al Partido Nacionalista
antes de la Liberación.

—¿Al Partido Nacionalista? En

aquellos tiempos sí que se vivía bien.

Te lo advierto, si estás mi-mintiendo, te van a acusar, y no te va a servir de nada ser del partido.

—Lo entiendo.

Los policías salieron de la pocilga y corrieron hacia la pared sur en

busca de la figura oscura. Gao Ma sabía que el callejón que se extendía

detrás de la pared sur iba a dar a una fábrica de fideos junto a la cual corría

una acequia de agua putrefacta y estancada.

El maestro Zhu retiró la calabaza podrida de la cabeza de Gao Ma y

dijo con premura:

—Sal de ahí. Dirígete hacia el este por el callejón.

Gao Ma salió de un salto del viscoso

líquido. Estaba cubierto de

hojas de boniato podridas y un líquido rojo oscuro resbalaba por sus

.244

piernas y brazos. La habitación se llenó de un intenso hedor. De nuevo, se

inclinó como si quisiera arrodillarse delante del maestro de escuela Zhu

como muestra de su gratitud.

—Déjate de ceremonias —dijo Zhu—. ¡No te detengas!

Completamente empapado, Gao Ma fue recibido en el patio por un

viento helador mientras abría la puerta del maestro de escuela Zhu, y se

dirigió hacia el este por un estrecho callejón que, después de unos

cincuenta pasos, se abría a un callejón más amplio que se extendía

de

norte a sur. Hizo una pausa en la intersección, temeroso de que le

estuviera esperando una dura bota de cuero, fuera cual fuera el camino

que tomara. El amplio callejón aparentemente estaba desierto.

Permaneció unos segundos delante de una valla de bambú cuya altura no

le superaba la cintura, dio un paso hacia atrás para impulsarse y dio un

salto, pasó por encima de ella y aterrizó en un campo de cilantro de

aproximadamente dos palmos de altura y de color verde esmeralda que

desprendía una fragancia dulce. Aquello era maravilloso. Pero no había

tiempo para pararse a contemplarlo, así que saltó por encima de él y se dirigió hacia el este siguiendo una

acequia, tan rápido como sus piernas se

lo permitieron. El viejo y canoso Gao Pingchuan, invidente, agazapado

entre sus manos y rodillas, estaba atendiendo sus calabazas. Otra valla de

bambú bloqueaba su paso, así que de nuevo tuvo que pasar por encima de

ella. Aunque esta vez no tuvo tanta suerte. Las esposas que colgaban de su

muñeca se quedaron atrapadas en un tallo de sorgo, que se partió en dos.

—¿Quién anda ahí? —gritó Gao Pingchuan.

Gao Ma no se paró, sino que entró en otro callejón que se extendía

de norte a sur, donde un grupo de mujeres sentadas a la sombra de un

árbol en el extremo sur disfrutaba de una ruidosa visita. Como una hilera

de casas unidas bloqueaba su paso hacia el este, se desvió hacia el norte y

alcanzó aproximadamente en un minuto la ribera arenosa de un río.

Después de penetrar en un bosque de sauces rojos, se dirigió

instintivamente hacia el este. El enmarañado bosque era como un

laberinto, donde las ramas crecían a cada paso, y sus extremidades

servían

de hogar a millones de orugas
venenosas de color marrón claro a
las que la

gente del lugar llamaba «trepadoras
punzantes». Bastaba con tocar sus

.245

pequeñas barbas para que la piel se
pusiera roja y se hinchara,

produciendo un picor terrible. Gao
Ma no se dio cuenta de que se había

topado con las orugas hasta que las dejó atrás. Estaba demasiado ocupado

saltando por encima de las espinosas enredaderas y se sintió tan contento

cuando llegó al banco de arena que no advirtió sus agujijones. Incluso

entonces, corriendo descalzo sobre las enredaderas, no sentía el menor dolor.

Su repentina entrada en el bosque de

sauces hizo que las liebres

salieran de sus escondrijos, y aunque corrían a su lado, no tardó en

distanciarse de ellas. Mientras alcanzaba el final del bosque de sauces,

apareció a su izquierda un puente de adoquines un tanto tambaleante que

se apoyaba sobre unos puntales de madera. Construido para las carretas

de caballos, servía para unir el límite

oriental de la aldea con los campos.

Temeroso de ser visto, acertó a través de un trozo de campo plagado de

zanjas excavadas por los ladrones de la aldea y se dirigió corriendo hacia

los bosques donde las moreras y las acacias crecían codo con codo. Las

acacias acababan de echar flores y el aire estaba envuelto en su fragancia.

Siguió corriendo, aunque tenía la

sensación de que las piernas eran
pesas

de plomo, la vista se le nublaba, la
piel le escocía dolorosamente y

respiraba de manera entrecortada.
Los nudosos troncos de los árboles

—la blanca morera y la acacia
marrón— formaban una red peligrosa
y

prácticamente impenetrable. En
cuanto el camino se abría, se cerraba
por

el árbol siguiente, y en uno de sus repentinos bandazos se golpeó contra el

suelo.

.246

Gao Ma recuperó la consciencia

cuando empezaba a anochecer y su primera sensación fue la de una sed

intensa que hizo que le ardiera el vientre, después se percató de las

picaduras que tenía por todo el cuerpo: allá donde apretara la piel con su

dedo, una terrible bocanada de aire fresco se filtraba por los poros.

Tenía

los ojos hinchados, hasta el punto de estar prácticamente cerrados, pero

hasta que no tocó verdaderamente su piel abultada no recordó vagamente

haberse rebozado en la pocilga del

maestro de escuela Zhu y haber golpeado con la cabeza una colmena de avispas.

El sol, una rueda roja, se hundía con lentitud por el oeste. Además de

I ser espectacularmente hermosa, la puesta de sol de principios de verano

tenía una extraordinaria dulzura y delicadeza: las hojas negras de las

moreras se volvían tan rojas como las rosas; los pétalos de la acacia, de

un

blanco prístino, emitían un aura envolvente de color verde pálido. La

suave brisa de la tarde hacía que las hojas de las moreras y los pétalos de

las acacias danzaran y se agitaran, llenando los bosques de un suave

murmullo.

Se levantó sujetándose en la rama de una morera, aunque le dolían

todas las articulaciones del cuerpo.
Las piernas estaban hincha

.247

das, al igual que los pies, y tenía la
sensación de que los senos nasales

estaban a punto de explotar.

Necesitaba con desesperación un
poco de

agua. Por un instante, se devanó los
sesos para determinar si los

acontecimientos que habían tenido

lugar aquella tarde habían sucedido
verdaderamente o si no habían sido
más que un mal sueño. Los trozos
secos de inmundicias de cerdo que
tenía pegados al cuerpo y las
relucientes esposas que colgaban de
su muñeca izquierda eran la prueba
que necesitaba para confirmar, sin
lugar a dudas, que era un fugitivo de
la
justicia. Y sabía cuál era el delito

por el que querían arrestarle.

Llevaba un

mes esperando inquieto a que llegara ese día, y por esa razón había dejado

de cerrar la ventana. La debilitadora sed y la dolorosa tirantez de su piel

hicieron que le resultara imposible relajarse, así que continuó avanzando

por las moreras y las acacias en dirección norte, hacia el lecho seco del río

donde, según recordaba. Gao Qunjia y su hijo habían cavado un pozo aquella primavera.

Para evitar pisar sobre las dolorosas enredaderas que crecían en el

suelo arenoso, se vio obligado a caminar entre los espinosos juncos, que

sólo eran un poco menos punzantes para las plantas de los pies. Los rojos

destellos de luz se filtraban a través de las flores de las acacias, las hojas de

las moreras se posaban en su desnuda piel y, mientras examinaba su

desnudez, especialmente la de sus brazos y su pecho, observó que se había

convertido en un amasijo de ampollas de color rojo intenso y le vino a la

mente el recuerdo de las orugas venenosas.

La reluciente arena del lecho seco del río le cegó cuando emergió de

la arboleda. La bola de fuego crepitaba en su descenso como si cogiera

velocidad, tiñendo el cielo hasta hacer que pareciera un jardín de flores

celestial. Pero Gao Ma estaba

demasiado ocupado examinando la zona y

tratando de encontrar una señal de la existencia del pozo. Por fin, entre las

interminables arenas rojas y amarillas del lecho del río, alcanzó a ver

algunos montículos de tierra de color chocolate y se dirigió hacia ellos.

Agua, agua. Se dejó caer de rodillas y sorbió con avidez el agua como

si fuera un caballo sediento. En unos segundos, su boca, su garganta y su estómago compartieron el alivio de la ansiada agua. Pero las paredes de su

estómago se retorcieron ante la repentina inundación y pudo escuchar el

chisporroteo que emitían sus resecos órganos al ser regados. Después de

un minuto de beber con frenesí,
levantó la cabeza durante unos diez

segundos para recobrar la
respiración, luego se volvió a
inclinarse y

comenzó de nuevo, esta vez con más
tranquilidad, para poder paladear el
sabor y el calor del agua.

El agua era salobre y estaba caliente.
Pero enterró su rostro en ella

una última vez antes de ponerse

lentamente de pie y dejar que se resbalara

por su cuello y hombros, y que bajaba luego por el abdomen hasta

alcanzar las ampollas que le produjeron las orugas, que se abrieron y

soltaron su veneno; una terrible sensación de dolor tensó su recto.

«¡Oh, Dios mío!». Gimió débilmente y bajó la cabeza hasta que su

mirada se posó sobre las agrietadas
paredes del pozo y sobre un tierno

musgo verde que flotaba en la
superficie y que servía de hogar a
unos

bancos de pequeños renacuajos. Tres
grandes ranas moteadas croaban en

el borde del pozo, con sus opacas
bolsas expandiéndose y
contrayéndose

rítmicamente mientras seis ojos de

color esmeralda le miraban con intensidad. Gao Ma dio un respingo. Un eructo seco ascendió por su garganta; tenía la sensación de que cientos de renacuajos se retorcían en el interior de su estómago y de sus intestinos. El agua salió de su boca como si fuera un géiser. Una vez visto lo que podía conseguir del pozo, se dio la

vuelta y regresó a los bosques de moreras y acacias, balanceando el cuerpo

hacia delante y hacia atrás mientras avanzaba.

.249

Aunque el sol había caído por detrás del horizonte, el cielo todavía

no había oscurecido; una bruma espesa se extendió alrededor de una

multitud de gusanos de seda mientras
levantaban sus cabezas metálicas

extrañamente perfiladas y carcomían
las plateadas hojas de las moreras, y

cada crujido penetraba en el pecho
de Gao Ma. Se dejó caer sobre una

morera y observó cómo las ondas
transparentes de las flores de las
acacias

asomaban a través de la envolvente
bruma; la fragancia se hizo más

intensa con el anochecer y un polvo
de azafrán ascendió con las
corrientes

de viento mientras los excrementos
de los gusanos de seda, como si

fueran limaduras de acero,
aterrizaban sobre sus piernas, que se
estiraban

por delante de su cuerpo.

La luna ascendió en el baldaquín azul
intenso del cielo, acompañada

de un puñado de estrellas doradas. Las deposiciones de los gusanos de seda cargadas de rocío que caían sobre sus piernas le parecieron los excrementos de las constelaciones celestiales. A menudo, se sentía tentado a ponerse de pie como reacción a un poderoso estímulo, que se disipaba en cuanto trataba de doblar las rodillas. Otras veces, quería

quitarse las esposas que tintineaban en su muñeca; pero en cuanto trató de levantar el brazo vio que también era un esfuerzo inútil.

El silencio se rompió por el aleteo de las aves nocturnas. Mientras

pasaban volando sobre las puntas de las ramas de las moreras creyó verlas

dejar rastros fosforescentes sobre ellas. Pero cuando trató de mirar más

de

cerca, se dio cuenta de que todo era producto de su imaginación, y no

estaba seguro siquiera de que hubiera ave alguna.

Ya había pasado la medianoche y empezaba a sentir frío. Mientras su

estómago rugía, sintió una inmensa acumulación de gases que era incapaz

de liberar, por más que lo intentaba.

Después reconoció la figura de Jinju
pasando por entre las moreras y
bordeando las acacias, con un fardo
rojo

por encima del brazo y su vientre
sobresaliendo notablemente.

Mientras

avanzaba hacia él, se encogía y se
detuvo aproximadamente a cinco
pasos

de distancia. Agarró una planta de
yute temblona en una mano y frotó su

superficie con las uñas de los dedos.

—Ven aquí, Jinju —dijo.

250

El rostro de su amada cambió de color y pasó del rojo al amarillo, del amarillo al verde claro, luego al verde oscuro y finalmente a un gris aterrador.

—Hermano Mayor Gao Ma —

respondió—, he venido a decirte
adiós.

250

El tono amargo de sus palabras le golpeó plenamente en el rostro.

Trató de llegar hasta ella, pero tenía las piernas atadas al árbol y no se pudo

mover, así que estiró los brazos, que comenzaron a alargarse más y más.

Justo cuando estaba a punto de tocar su rostro con los dedos, cuando

podía detectar en sus uñas el frío de su cuerpo, en ese punto crítico entre

alcanzar la longitud exacta y quedarse corto, sus brazos dejaron de crecer.

—Jinju —la llamó invadido por la ansiedad—, no te puedes marchar

sin que antes hayamos pasado un solo día juntos. Me casaré contigo en

cuanto haya vendido el ajo y te
prometo que nunca más serás
zarandeada

por el viento, tostada por el sol,
empapada por la lluvia o congelada
por la

nieve. Permanecerás en casa para
ocuparte de los niños y del trabajo
de la

cocina.

—Deja de soñar, Hermano Mayor

Gao Ma. Nunca vas a vender tu
ajo. Se ha podrido. Has quebrantado
la ley por arrasar las oficinas del
Condado. La policía ha colgado un
cartel de *Se busca* con tu cara... No
me

queda otra opción que coger a
nuestro hijo y marcharme.

Jinju abrió su fardo rojo y sacó un
pequeño reproductor de cassette.

—Es tuyo —dijo—. Lo cogí

aprovechando un momento en que mi segundo hermano no miraba. Después de que me haya ido te sentirás solo, y esto aliviará un poco tu soledad.

Dicho esto, se dio la vuelta y se alejó con sus ropajes rojos difuminándose en una sombra blanca. — ¡Jinju!

Su propio grito le despertó.

Observó cómo la pálida media luna
ascendía en el cielo del sudeste;

en sus ojos se reflejaba la terrible
decepción que sentía y el dolor que
le

producía la pérdida de su amada.

Con un temor creciente, revivió todo
lo

que acababa de pasar por su mente.

Contó los días una y otra vez y

siempre llegaba a la misma

conclusión: el bebé tendría que haber nacido

ayer u hoy.

Finalmente se puso de pie, tal y como había hecho hacía menos de

un año en el Condado Caballo Pálido, en esa porción de terreno que se

extendía entre el campo de yute y la cosecha de pimientos. Aquel día

estaba anocheciendo y después de

ponerse de pie había escupido al menos

una docena de bocanadas de sangre. Los hermanos Fang le habían

golpeado tanto que casi le envían a ver a Yama, el Rey del Inframundo, y

.257

así habría sucedido si no hubiera sido por los polvos reconstituyentes del

adjunto Yang, o si la esposa de su

vecino Yu no hubiera cuidado de él,
o si

ella no hubiera acudido junto a él con
un mensaje de los Fang diciendo

que podía casarse con Jinju si les
entregaba diez mil yuan, un dinero en

metálico a cambio de la libertad de
su amada. Recordó la inmensa
alegría

que le produjo la noticia y cómo
había llorado amargamente. La
señora Yu

comentó que estaban vendiendo a su hija como si fuera ganado y Gao Ma

le dijo:

—Querida cuñada, estoy llorando porque me siento enormemente

feliz. Voy a reunir los diez mil yuan como sea. Seguiré plantando ajo y lo

venderé. Jinju será mi esposa en el plazo de dos años.

¡Ajo! Todo es culpa de ese maldito

ajo. Arrancó algunas ramas de morera, dobló acacias, partió troncos de moreras, arrancó cortezas de acacia: norte, sur, este, oeste, dio vueltas alrededor de los árboles. Una nube repentina de pájaros en formación fue engullida por la luna, y Gao

Ma se vio encerrado de repente entre cuatro paredes: el redil del demonio.

Los hombres prosperan durante una

década y los demonios no se atreven a acercarse. Gao Ma, desde el día en el que conociste a Jinju, desde la primera vez que cogiste su mano, estabas destinado a recibir una lección por la fuerza.

Gao Ma pasó la noche entre las moreras y las acacias, sin salir de su mundo de fantasmas y duendes hasta

que amaneció. Sintió que el frío congelaba todo su cuerpo, menos lo más

profundo de su pecho, donde todavía permanecía una oleada de calor. La

hinchazón que tenía alrededor de los ojos había remitido y eso le produjo

cierto alivio. El rojo sol le fue calentando a medida que ascendía en el cielo

y eso le produjo placer. Su estómago

rugió y a ello le siguió la liberación de

varias docenas de ventosidades, la prueba fehaciente de que su sistema

digestivo y sus órganos internos todavía funcionaban a pleno

rendimiento, y eso le permitió retomar la esperanza. La recuperación de la

claridad mental acabó con el deseo de ir a la aldea a ver a Jinju, ya que se

imaginaba que la policía estaría oculta en su casa, pistola en mano, dispuesta a tenderle una trampa. Sólo un loco entraría en la aldea a plena luz del día, así que decidió ir después de que cayera la noche. Aunque Jinju

hubiera dado hoy a luz, su madre estaría con ella, así que no había nada de

lo que preocuparse. La madre más

cruel del mundo sigue siendo una madre.

¿Pero qué pasaría durante los próximos días? Se detuvo a meditar la

cuestión. No podía asomar el rostro por ningún lugar del

Condado Paraíso, al menos mientras llevara las esposas colgando de la

muñeca. Iría a ver a Jinju al caer la noche y luego se dirigiría hacia el

noreste. Una vez se recuperara, enviaría a alguien a por ella y el bebé.

La hilera de árboles cobró vida con la llegada de unos pájaros de

colores brillantes. Se sentía hambriento, así que buscó una joven acacia de

dos metros y medio cuyas ramas estuvieran cubiertas de flores. Dio un salto, agarró la punta del árbol y lo

dobló con el peso de su cuerpo. El árbol se arqueó, crujiendo ruidosamente, y se partió en dos. Los fragmentos de madera pálida que quedaron a la luz derramaron savia amarilla, pero empezó a recoger a dos manos una cosecha de flores de acacia —completamente abiertas, parcialmente abiertas, incluso capullos sin abrir, eso no importaba— y se

las metió en la boca. Las primeras flores entraron en su estómago, y les siguieron unos pétalos que liberaban un sabor característico al masticarlos: un sabor demasiado maduro, un poco más amargo en el caso de las flores viejas y un bocado ligeramente ácido en el de los capullos. Las flores recién abiertas, con su delicioso

néctar, eran las más sabrosas. Pasó la mayor parte de la mañana devorando

tres árboles enteros.

Una vez que Gao Ma se sintió incapaz de seguir comiendo más

flores de acacia, detectó un aroma dulce y ligeramente acre en el aire cálido

y húmedo del mediodía. Después de mirar atentamente, encontró unas

bolas púrpuras, rojas y blanquecinas
rematadas con espinas en las

horquillas de las ramas de morera.

«¡Moras!», gritó alegremente. Se

abalanzó sobre ellas tal y como había
hecho con los pétalos de las acacias:

al principio cerró los ojos y las
engulló, verdes, rojas, negras,
blancas. Pero

pasados unos minutos, se volvió más
selectivo. Moras blanquecinas:

duras, poco dulces, acres, un tanto ácidas. Moras rojas: más tiernas, más

dulces, sólo un poco acres. Moras púrpuras: tiernas, muy dulces, con un regusto intenso y agradable. Trató de coger las púrpuras y pronto

aprendió que si sacudía una morera, sólo las más maduras caerían al suelo.

Cuando declinó la tarde, le bastó con

observar sus dedos para saber que sus labios estaban manchados de púrpura.

.259

Al ponerse el sol empezó a notar que le dolía el estómago. Después

de rodar por la arena retorciéndose de dolor hasta que las estrellas

iluminaron el cielo, se alivió durante una media hora larga. El dolor

remitió. Sólo podía intuir la hora que era.

Aquella noche tenía intención de averiguar cómo estaban las cosas, sin importar lo que ocurriera. Sentía que se había distanciado de todo el mundo, aunque había oído a las mujeres

hablar mientras recogían moras y había visto a los campesinos en el campo

desde un lugar oculto junto a la orilla del río. El viento del sur trajo el olor

del mijo maduro, una señal inequívoca de que al día siguiente empezaba la

recolección. «Los gusanos de seda emergen sin previo aviso y el mijo

madura de la noche a la mañana».

Eso hizo que aumentara su ansiedad: de

haber plantado dos hectáreas de

mijo, le estaría esperando una buena cosecha. Ahora que su cosecha de ajo se había perdido completamente, ¿cómo iba a pasar el año si perdía el mijo? Mientras se frotaba el rostro con

cansancio, advirtió que su frente y las comisuras de la boca se habían arrugado.

Hizo planes para entrar a hurtadillas en la aldea bajo el amparo de la

oscuridad, dudando si la policía soportaría las molestias que supone pasar

dos noches en su casa esperando a que apareciera. Lo primero que haría

sería coger ropa y, lo que era más importante, unos zapatos. Un par de

zapatillas de deporte nuevas que le entregaron cuando estaba en el ejército

reposaba en el interior de una caja de

cartón, uno de los pocos artículos que había sobrevivido a la rapiña de los hermanos Fang. También había cuatrocientos setenta yuan que ganó con la primera venta de ajo —había sido uno de los pocos aldeanos afortunados que se las había arreglado para vender una remesa durante la sobreabundancia—, los que había escondido en una grieta que se había

abierto en la pared oriental.

Recuperaría ese alijo oculto y le daría a Jinju cuatrocientos yuan para que

comprara alimento y ropa para el bebé. Los restantes setenta serían

suficientes para poder llegar al noreste, donde buscaría a su viejo

compañero del ejército, el jefe adjunto del Condado, y le pediría que

escribiera al Condado Paraíso con el fin de obtener un perdón formal.

Las tintineantes esposas lanzaban destellos oscuros en el tenebroso

aire. Tenía que escapar, eso era lo que había que hacer. Frotó el fino aro de

metal que colgaba de su muñeca y pensó que podría liberarse de él

utilizando un martillo y un cincel. Sólo una vez más, necesitaba ir a

casa

sólo una vez más.

Mientras retomaba los pasos que dio el día anterior, evitando las

calles y las carreteras, permaneció atento a los sonidos que le rodeaban.

Avanzando con cautela y paso a paso, se reconfortó a sí mismo al pensar

que los policías se habían adentrado en un territorio con el que no estaban

familiarizados y que no gozaban del apoyo de las masas; así que, aunque se

encontrara cara a cara con ellos, todavía tenía una buena posibilidad de

escapar. Sus revólveres podían hacer que se detuviera —habían disparado

un par de veces el día anterior— pero, aunque le mataran, ¿qué

importaba? Y como disparaban tan

mal, hasta el punto de no ser capaces de acertarle a plena luz del día, se sentía más seguro por la noche.

Cuando penetró en el callejón tenía los nervios de punta, pero su

corazón se reconfortó al ver las siluetas familiares de las casas y de los

árboles que había a cada lado. Desde las acacias cercanas pudo escudriñar

su patio, que estaba en calma, salvo

por los murciélagos que volaban
alrededor de su ventana. Cogió un
puñado de barro y lo arrojó contra el
cristal. Se escuchó un sonoro
golpetazo cuando impactó contra el
puchero que seguía volcado en el
suelo. No se movió nada en la casa
ni en

el patio. Lanzó otro puñado de barro,
sin ningún resultado, pero esquivó
el patio por si acaso y se dirigió

hacia la parte trasera de la casa,
pegándose

a la pared mientras penetraba si-
lenciosamente por la ventana. Lo
único

que escuchó fue las ratas que se
escabullían.

Cuando por fin se sintió seguro,
recordó haber visto una bandada de
periquitos deslumbrantes revolotear
a toda velocidad por entre las
acacias,

y pensó que tal vez las jaulas de Gao Zhileng tenían un agujero por donde poder soltarlos para que volaran por el cielo oscuro de la noche. El potro castaño, que daba la sensación de que nunca se hacía adulto, galopaba por

el callejón y su lustrosa piel olía como un jabón de baño.

La puerta estaba abierta, lo que hizo que se le erizara el vello del

brazo. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Nada más

entrar, adivinó la presencia de una figura junto a la puerta de la habitación

que daba al este. Su primer impulso fue dar la vuelta y salir corriendo, pero

tuvo la sensación de que sus pies habían echado raíces. Detectó el tenue

olor de la sangre justo antes de que le invadiera el familiar, aunque

.261

extrañamente estancado, hedor de Jinju. La escena de la pesadilla que tuvo

la noche anterior pasó como un rayo por su mente y tuvo que agarrarse al

marco de la puerta para evitar caerse.

Con las manos temblorosas, cogió

una cerilla del fogón y necesitó

tres intentos para encenderla.

Envuelto en la temblorosa luz de la cerilla

vio el rostro amoratado de Jinju colgado en el hueco de la puerta, con los

ojos abultados, la lengua colgando y el vientre caído.

Estirando los brazos como si la fuera a coger, se desplomó pesa-

damente en el suelo como una pared
derrumbada.

Capítulo 12

*Ciudadanos, sacad pecho, mostrad
de qué pasta estáis hechos:*

¡Avanzaremos de la

*mano hasta el poder! El
administrador municipal Z.hong no
es una constelación*

*celestial y el pueblo llano no es un
animal mudo de granja,..*

Extracto de una balada cantada por Zhang Kou incitando a las masas a

levantarse mientras el ajo se pudría en las calles y enviaba un terrible

hedor hacia el cielo.

Gao Yang se estiró en el catre de

la prisión y se durmió antes de taparse con la manta. Después vinieron las

pesadillas, una tras otra. Primero soñó con que un perro le roía

lentamente

su tobillo, mordiéndolo y lamiéndolo como si quisiera dejarle sin sangre y

consumir el tuétano de sus huesos.

Trató de apartar al perro de una

patada, pero no podía mover la pierna; intentó estirarse y darle un

puñetazo, pero no podía levantar el brazo. Después soñó que estaba

encerrado en una habitación vacía de una nave de la cooperativa por haber

enterrado a su madre en lugar de llevarla al crematorio. Dos miembros de

las «cuatro categorías malignas» — terratenientes, contrarrevolucionarios,

campesinos ricos y criminales— la llevaban a las diez de la noche hacia el

interior de la casa. Su cabeza era brillante como una calabaza, sus dientes

incisivos habían desaparecido y la boca estaba llena de sangre. Cuando

encendió la lámpara y les preguntó qué había sucedido, le miraron con lés-

tima antes de darse la vuelta y salir caminando silenciosamente por la

puerta. La dejaron tumbada sobre el *kang*, mientras gemía y le rechinaban

.262

los dientes. Ella abrió los ojos y sus

labios se estremecieron, como si quisiera hablar, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, su

cabeza se desplomó hacia un lado y murió. Agitado por el dolor, se arrojó

encima de ella.

Una mano enorme le tapó la boca. Sacudió la cabeza para liberarse, escupiendo saliva en todas las

direcciones, hasta que por fin consiguió que

aquella mano le soltara.

—¿Por qué gritas, muchacho? —Una pregunta, en voz baja, emergió

desde detrás de dos puntos fosforescentes.

Ahora estaba despierto y sabía lo que había sucedido. Una luz

procedente de la garita del centinela iluminó el pasillo, por donde un

guardia avanzaba nerviosamente.

Gao Yang sollozó:

—Estaba soñando con mi madre.

Se escucharon risas desde detrás de los puntos.

—Será mejor que sueñes con tu esposa —repuso la voz.

Los puntos se marcharon y volvió la oscuridad a la celda. Pero los estridentes ronquidos del prisionero

anciano, el goloso relamer de labios del joven y los demoníacos jadeos del prisionero de mediana edad le mantuvieron despierto.

Los mosquitos, después de haber chupado toda la sangre que podían, reposaban inmóviles en las paredes y, pasada la medianoche, los zumbidos se detuvieron. Se cubrió con una manta que, repentinamente,

pareció moverse por sí sola: un ejército de insectos comenzó a reptar por

su piel. Jadeando de miedo y de repugnancia, sacudió la manta; pero eso

sólo hizo que volviera el aire frío, y la manta fue el menor de los males.

El

prisionero de mediana edad se rió en sueños.

* * *

La cabeza de su madre se desplomó hacia un lado y murió. No hubo últimas palabras. Era el mes de julio, uno de esos días sofocantes de verano. Pero aquella noche llovía y se formaron unos charcos que atraían a las ranas. El agua caía ruidosamente desde el tejado de paja mucho después de que hubiera dejado de

llover. Pasado el amanecer, rebuscó por

.263

toda la casa hasta que encontró una manta raída con la que envolver a su

madre. Luego la colocó sobre su hombro, cogió una pala y salió de la

aldea. Había tomado la decisión de no enterrarla en el cementerio local, ya

que allí era donde terminaban los

campesinos de clase media y baja —
no

podía enterrarla entre gente como
ésta, por temor a que sus fantasmas
pudieran hostigarla—, y no podía
permitirse llevarla al crematorio del
Condado.

Siguió caminando, con su difunta
madre sobre los hombros, hasta
que alcanzó una parcela de tierra
entre los condados Paraíso y Caballo

Pálido que no pertenecía a nadie que él supiera. Las malas hierbas y todo tipo de vegetación salvaje eran los únicos indicios de vida. Después de vadear la Corriente Siguierte, cuyas aguas rápidas y profundas casi les arrastran a él y a su madre, depositó la manta enrollada que contenía su cuerpo en el otro lado de la corriente. La cabeza de su madre asomaba a

través de la manta. Las ligeras gotas de lluvia salpicaban en los ojos y en la

boca abierta de la difunta, rozando su rostro tenso y brillante. Los pies le

sobresalían por el otro lado. Uno de sus zapatos desgastados se le había

caído por el camino. El pie descalzo, de un pálido fantasmal y con la forma

del cuerno de un buey, estaba cubierto de barro. Cuando Gao Yang

se

arrodilló, un lamento se escapó de su garganta, pero no derramó ni una

lágrima, aunque tenía la sensación de que un cuchillo estaba rebanándole

la garganta.

Después de escudriñar la zona y de elegir un lugar en pendiente,

cogió la pala y comenzó a preparar la tumba. Primero eliminó las malas

hierbas, con los terrones de barro todavía adheridos a las raíces, y las

colocó con cuidado junto a él. A continuación, comenzó a cavar.

Cuando

la zanja llegó a la altura del pecho, el agua empezó a filtrarse a través del

suelo gris y arenoso. Después, colocó el cuerpo junto a la nueva tumba, lo

depositó en el suelo y se arrodilló.

—Madre —dijo en voz alta, después de bajar la cabeza humil-

demente tres veces—, está lloviendo y el agua penetra en el agujero. No puedo pagar un ataúd, así que tendrás que conformarte con esta manta usada. Madre, tú... tendrás que contentarte con eso.

Con gran cuidado la depositó en el interior de la zanja y recogió un poco de hierba verde para cubrir su

rostro. Una vez hecho eso, comenzó a

.264

tirar barro en la zanja, haciendo un
alto de vez en cuando para afirmarlo

con unos golpecitos a fin de que no
dejara ningún rastro. Sin embargo, la

idea de saltar por encima del cuerpo
de su madre hacía que se le llenaran

los ojos de lágrimas y que le
retumbaran los oídos. Finalmente,
volvió a

colocar las malas hierbas y las plantas silvestres y las replantó donde

estaban, justo cuando las nubes de lluvia se cernían sobre su cabeza y los

relámpagos de rojo sangre atravesaban las nubes negras. Un viento frío

barrió la arboleda y los campos plantados de sorgo y maíz, haciendo que

las hojas bailaran en el aire como
agitados banderines de seda. Gao
Yang

se situó junto a la tumba y miró a su
alrededor por última vez: hacia el

norte se extendía un río, un amplio
canal hacia el este, una
aparentemente

interminable llanura hacia el oeste, y
el neblinoso Pequeño Monte Zhou

hacia el sur. El paisaje que le

rodeaba hizo que se sintiera tranquilo. Volvió

a arrodillarse, bajó la cabeza humildemente tres veces y dijo en voz baja:

—Madre, éste es un buen lugar.

Cuando se puso de pie, su tristeza había desaparecido y ya sólo sentía alguna punzada en el pecho. Pala en mano vadeó el río, volviendo sobre sus pasos. El nivel del agua, que

había aumentado precipitadamente,
ahora

le llegaba por encima de la barbilla.

* 1 *

El prisionero joven avanzó a tientas
hacia la ventana, abrió la

pequeña puerta que había en la pared
y evacuó en el orinal de plástico,

salpicando con su orina y
contribuyendo a que aumentara el
hedor en la

celda. Afortunadamente, el cristal de la ventana hacía mucho que se había roto y ya no quedaban fragmentos. Había una pequeña abertura en la parte

inferior de la puerta, por donde pasaban la comida, y el techo tenía una

pequeña claraboya. Todo ello permitía que un poco de brisa nocturna

penetrara desde el exterior e hiciera que el aire de la celda fuera respirable.

El cielo y la tierra se habían convertido en una neblina gris y el martilleo húmedo de la lluvia cayendo violentamente sobre ramas y troncos procedía de la arboleda. Una vez que estuvo a salvo en casa, se

1 * *

desnudó, escurrió la mayor parte del

agua de sus raídas ropas y las colgó para que se secaran. La habitación estaba llena de goteras y había agua por

todas partes, especialmente en la unión del alero y de las paredes de barro,

donde unos regueros de un sucio escarlata se deslizaban hacia el suelo de

barro. Trató de contener las gotas con una serie de cacerolas y sartenes,

pero se resignó a sentarse en el
borde del

k a n g y a dejar que el agua fuera a
donde quisiera.

\$ * *

Tumbado boca arriba, observó a
través de los barrotes de la ventana
una tenue porción del cielo.

* * *

Éste es el momento más
desafortunado de mi vida, reflexionó.
El

padre está muerto, la madre se le ha
unido y mi tejado tiene goteras.

Levantó la mirada hacia la viga
mugrienta y grasicnta del tejado,
hasta

que su atención se dirigió hacia un
ratón que estaba agazapado en el
fogón

después de verse obligado a abandonar su escondite por la lluvia. Pensó en

colgarse de la viga del tejado, pero carecía del valor necesario.

Cuando dejó de llover y salió el sol, se puso la ropa mojada y,

esperándose lo peor, salió al exterior para ver si su tejado, picado y

debilitado por la lluvia, seguía en pie. Justo entonces, Gao Jinglong, el

jefe

de policía local, entró en el patio,
acompañado por siete militares
armados

con rifles del calibre 38. Llevaban
unas botas de lluvia negras y cascos

cónicos camuflados con tallos de
sorgo, y habían

cubierto sus hombros con sacos de
fertilizante. Avanzaron como si
fueran

una pared móvil.

—Gao Yang —dijo el jefe de policía
—, el secretario Huang quiere

saber si has enterrado en secreto a tu
madre, aquella anciana que

pertenecía a la clase terrateniente.

Gao Yang estaba sorprendido por la
rapidez con la que corrió la

noticia y le extrañó que los miembros
de la cooperativa estuvieran tan

preocupados por uno de sus miembros fallecidos.

—Cuando el tiempo está tan lluvioso como ahora —dijo—, si

hubiera esperado un poco más, habría empezado a apestar... ¿Cómo se

supone que iba a llevarla a la ciudad con una lluvia como ésta?

—No he venido aquí a discutir —dijo el jefe de policía—. Puedes

exponer tus argumentos ante el secretario Huang.

—Tío.,. —Gao Yang dio una palmada, bajó la cabeza, e hizo una reverencia hasta la cintura—. Tío... ¿no puedes dejarme marchar?

—Muévete. La única posibilidad que tienes de no meterte en problemas es hacer lo que se te dice —dijo Gao Jinglong.

Entonces, un hombre fornido avanzó

hacia él y le golpeó con la
culata del rifle.

—Muévete, muchacho.

Gao Yang se dirigió al hombre:

—Amping, somos como hermanos...

Amping le volvió a golpear.

—He dicho que te muevas. La novia
fea tarde o temprano tiene que
conocer a sus cuñados.

En la oficina de la brigada se había preparado una mesa y el se-

cretario Huang estaba sentado detrás de ella fumando un cigarrillo. El

resplandeciente rojo de los carteles y las consignas que cubrían las paredes

aterrorizó a Gao Yang. Cuando se colocó delante de la mesa, sus dientes

comenzaron a rechinar.

El secretario Huang sonrió

afablemente.

—Gao Yang, no hay duda de que eres valiente.

—Maestro... Yo... —Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo.

—¡Levántate! —le ordenó el secretario Huang—. ¿Quién es tu maestro?

—¡Levanta el culo! —ordenó el jefe de policía, dándole una patada.

Gao Yang se levantó.

—¿Conoces la ley que obliga a enviar todos los cuerpos al crematorio? —Sí.

—¿Entonces quebrantaste la ley conscientemente?

—Secretario Huang —se defendió Gao Yang—, estaba lloviendo a

cántaros... Vivo muy lejos de la ciudad y no tengo dinero para pagar la

tarifa del crematorio... o una urna para las cenizas. Imaginé que, de todos

modos, las iba a enterrar cuando llegara a casa. Eso también ocupa espacio

en el campo.

—Vaya, ¡eres un dechado de sabiduría! —dijo el secretario Huang

sarcásticamente—. El Partido Comunista no está a la altura de ti.

—No, secretario Huang. Lo que quería decir era que...

—¡No quiero oír una palabra más!

—El secretario Huang golpeó la

mesa y se puso de pie de un salto—.

Ve a desenterrar a tu madre y a

llevarla al crematorio.

—Secretario Huang, se lo ruego, por favor, no... —Estaba de

rodillas, llorando y suplicando—. Mi madre sufrió mucho toda su vida. La

muerte fue un alivio para ella. Ahora que está bajo tierra, déjela allí para que descanse en paz...

El secretario Huang le cortó en seco:

—¡Gao Yang, será mejor que endereces tus pensamientos! Tu madre

disfrutó de una vida de ocio y lujo explotando a los demás. Después de la

Liberación, fue necesario reeducarla

y reformarla a través del trabajo.

Ahora que está muerta, la incineración es lo más adecuado para ella. Y lo

mismo me sucederá a mí cuando muera.

—Pero secretario Huang, ella me dijo que antes de la Liberación no

se podía permitir siquiera un sola comida o una masa de harina rellena y

que se levantaba antes del amanecer, tanto si había dormido como si no, para ganar dinero con el que comprar tierra.

—¿Estás pidiendo que revoque el veredicto del partido? —demandó un enrabiado secretario Huang—. ¿Estás diciendo que la reforma de la tierra fue un error?

La culata de un rifle golpeó en la nuca de Gao Yang. Mientras caía

desplomado, ante sus ojos danzaron flores doradas, y su rostro se golpeó contra el suelo de ladrillo.

Un militar le levantó agarrándole de los pelos para que el jefe de

policía pudiera golpearle en ambas mejillas con una brillante vara de

madera . *¡Crac! ¡Crac!* El sonido era claro y nítido.

—Encerradlo en el ala oeste —dijo el jefe de policía—. Dai Zi-jin,

convoca inmediatamente una reunión de los miembros del comité aquí, en

la oficina, y utiliza el sistema de megafonía.

Gao Yang fue encerrado en una habitación vacía en el ala oeste del

cuartel general de la brigada, bajo la atenta mirada de dos militares

armados que se sentaron en un banco

situado delante de él. Los truenos retumbaban en el exterior y los cielos enviaban cubos de lluvia que caían sobre las hojas de los árboles del complejo y sobre el tejado de tejas rojas en una cadencia ensordecedora.

Los altavoces crepitaron por unos instantes y, a continuación, enviaron la voz de Dai Zijin. Gao Yang conocía los nombres que

flotaban

en el aire.

—Gao Yang —dijo uno de los militares—, esta vez te has metido en un gran problema.

—Pequeño Tío —replicó Gao Yang —, no he enterrado a mi madre en la tierra de la brigada.

—Lo que has hecho con su cuerpo no ha sido lo que está estipulado.

—¿Qué es lo que está estipulado? -
—preguntó temeroso.

—¿Estás tratando que revoque el veredicto que se le aplicó?

—Sólo estoy diciendo la verdad. Todo el mundo lo sabe. Mi padre fue un famoso cicatero al que sólo le importaba ahorrar dinero para comprar tierra. Solía golpear a mi madre si compraba un nabo de más.

—Estás perdiendo el tiempo

contándome esas cosas —dijo el militar con indiferencia.

Aquella tarde, a pesar de la intensa lluvia, se celebró una reunión con todos los miembros de la brigada y, aunque Gao Yang finalmente olvidó la mayoría de los detalles, siempre recordaba el sonido de la lluvia y las consignas que se gritaron, que siguieron sin interrupción desde última

hora de la tarde hasta bien entrada la noche.

.269

A la mañana siguiente un comando de militares ató a Gao Yang a un

banco y colocaron cuatro ladrillos unidos con cáñamo alrededor de su

cuello; era como una pieza de alambre estranguladora que le cortaría la

cabeza si se atrevía a moverse.

Después, por la tarde, el jefe de policía le

ató los pulgares con un pedazo de alambre y lo amarró a una viga de

madera que se extendía por encima de su cabeza. No le dolía mucho, pero

en el mismo momento en que sus pies se despegaron del suelo, sintió que

el sudor emanaba de cada poro de su piel.

—Ahora dinos, ¿dónde está enterrada la esposa del terrateniente?

Gao Yang sacudió la cabeza, que se llenó con imágenes de un pedazo

de tierra cubierto de malas hierbas y de un riachuelo crecido. Las briznas

de hierbas que había arrancado y replantado se habían empapado de lluvia,

hasta el punto de presentar el aspecto de no haber sido nunca arrancadas.

Sus pisadas también deberían haberse desvanecido con la lluvia así que,

mientras su boca permaneciera cerrada, su madre podría descansar en paz.

Juró no revelar jamás su secreto, aunque eso le costara la vida.

Pero esa determinación no permaneció tan firme en todo momento:

cuando el jefe de policía le introdujo una rama espinosa varios centímetros

por el ano comenzó a gritar de agonía:

—Tío, perdóneme, por favor... Le llevaré hasta allí...

La rama ensangrentada fue retirada y le bajaron de la viga de acero.

—¿Dónde está enterrada?

Dirigió su mirada al rostro oscuro del jefe de policía, luego miró a su

propio cuerpo y, finalmente, miró por la ventana hacia el nebuloso cielo.

—Madre —dijo—, espérame. Pronto estaré a tu lado...

Bajando la cabeza, se precipitó contra la pared, pero los militares le sujetaron.

Su corazón se llenó de indignación.

—Hermanos —gritó con voz ronca—, yo, Gao Yang, siempre he

hecho lo correcto, desde que era un niño. No hay mala sangre entre nosotros, entonces ¿por qué me hacéis esto?

El jefe de policía dejó de golpearle, pero la expresión de simpatía que se reflejaba en sus ojos desapareció ante su dura respuesta.

—¡Estamos hablando de la lucha de clases!

Como Gao Yang iba a pasar la noche detenido, los militares

metieron dos bancos en la habitación.

El plan consistía en dormir por

turnos, pero antes de que la noche hubiera avanzado demasiado, los dos

estaban roncando plácidamente.

El marco de la ventana que había en la habitación estaba hecho de

madera así que, si quería salir huyendo, sería suficiente con

propinar una

patada en el lugar oportuno. Pero ni le apetecía escapar ni tenía en las

piernas la fuerza suficiente como para destrozar el marco de la ventana. La

rama que le había introducido el jefe de policía le había inflamado tanto el

recto que le impedía dejar pasar los gases, lo que hacía que se le hinchara el

vientre y que se abultaran sus
intestinos. Una lámpara de queroseno

colgaba de la viga del techo, aunque
su luz se había vuelto tan oscura por

la acumulación de humo que la
atenuaba y proyectaba una sombra
del

tamaño de una piedra sobre el suelo
de ladrillo. Cuando miró hacia los
dos

militares, que sujetaban los rifles

sobre su pecho mientras dormían completamente vestidos, se sintió culpable por haberles creado tantos problemas. Pensó una o dos veces en arrebatarse uno de los rifles a su propietario, destrozar la ventana con la culata y escapar por el patio. Pero era un pensamiento fugaz que rápidamente desechaba, convencido de que su castigo no era más que el precio

que debía pagar para mantener a su madre alejada de las llamas del crematorio. Simplemente tenía que apretar

los dientes y soportar todo lo que le viniera encima. De lo contrario, ella habría sufrido en vano.

Los militares habían dormido como bebés, pero él no. Y lo mismo le sucedía esa noche: sus compañeros de celda cayeron dormidos

rápídamente, pero él no tenía una pizca de sueño después de haberse despertado de sus pesadillas.

Las estrellas brillaban ai otro lado de los barrotes de la ventana, por encima de las hojas de la esterculia y de los álabes del tejado que repiqueteaban bajo una ligera llovizna. Pero también se escuchaba otro

sonido, un bramido lejano que sólo

podía significar que había aumentado el caudal de la Corriente Siguierte hacia el sur y del río Arenoso, hacia el

norte de la aldea. Inexplicablemente, se sintió preocupado por los

propietarios de los campos que se iban a convertir en un pantano si los

.271

ríos se desbordaban de sus lechos. Los tallos más elevados podrían

aguantar unos días, pero los más cortos estaban condenados a inundarse.

* * *

Se hizo un ovillo en la esquina, con la espalda apoyada sobre la pared mojada. Alguien pasó por delante de la ventana y un pequeño pedazo de papel fue a aterrizar a sus pies. Lo recogió, lo desenvolvió y notó que desprendía un maravilloso aroma.

Era un rollo de cebolla frita —
todavía

caliente— y tuvo que hacer un
esfuerzo para no ponerse a llorar
como un

bebé. Con cuidado de no interrumpir
a los militares que dormían junto a

él, mordisqueó el rollo de cebolla,
masticando a fondo y tragando cada

uno de sus sabrosos bocados. Nunca
antes se había dado cuenta de lo

ruidosos que somos los humanos cuando comemos. El Cielo le protegía,

pensó, ya que consiguió acabarse el rollo sin despertar a los guardias.

Después de acabar el rollo de cebolla, Gao Yang volvió a pensar que

la vida merecía la pena. Cerró los ojos y durmió durante un par de horas,

hasta que sintió la necesidad de orinar. Después, sin atreverse a despertar a

los militares, buscó una ratonera en la que poder aliviarse tranquilamente.

Por desgracia, todos los edificios de la brigada tenían el suelo de ladrillo y

no fue capaz de encontrar una grieta del tamaño adecuado, y mucho

menos una madriguera para ratones.

Para su sorpresa, encontró una

botella de vino vacía, que servía muy bien para su propósito. Pero no

había pensado en el ruido que haría —como rocas que caen en un

cañón— y se contuvo lo máximo posible para no despertar a los guardias.

El líquido se derramó por el cuello de la botella mucho antes de que se

llenara, así que detuvo el flujo para dejar que descendiera hasta el fondo antes de continuar; repitió el proceso —tres veces en total— hasta que la botella estuvo rebosante. A continuación, sujetándola por el cuello, la colocó en la esquina, donde recibió la tenue luz del amanecer suficiente para iluminar la etiqueta. Enseguida se dio cuenta de que los militares no

la

podían encontrar ahí, así que la colocó en la otra esquina, pero era

igualmente perceptible y se vio obligado a situarla sobre el alféizar de la

ventana. Pero eso fue todavía peor.

Justo entonces, uno de los militares se despertó.

.272

—¿Qué estás haciendo?

Sus mejillas se ruborizaron de vergüenza.

—¿De dónde has sacado ese vino?

—No es vino... Yo... Mi...

El militar soltó una carcajada.

—¡Menudo carácter!

El jeíe de policía abrió la puerta.
Cuando los guardias le mencionaron

la botella de vino, se echó a reír.

—Adelante, bébetela —dijo el jefe de policía.

—Jefe, no tenía intención de despertarlos... No habría... La voy a vaciar —dijo Gao Yang, tratando de hablar y de salir de una situación comprometida.

—No hace falta que lo hagas —dijo sonriente el jefe de policía—. La

orina de un hombre es capaz de extraer el veneno de su cuerpo.

Vamos,

bébetela.

Entusiasmado de repente por una emoción extrañamente ma-

ravillosa, repuso:

—Tío, en realidad es una botella de vino excelente.

El jefe de policía sonrió e intercambió una mirada con los dos

militares.

'S'1

—Si es una puta botella de virio —
dijo—, entonces bébetela.

Sin decir una palabra, Gao Yang
cogió la botella y dio un largo trago.

Todavía estaba caliente y tenía un
sabor un tanto salado, aunque no le

resultó en absoluto desagradable.

Acercándose la botella a los labios
por

segunda vez, engulló
aproximadamente la mitad de la
orina que quedaba

en ella, después se limpió la boca
con la manga y sus ojos se llenaron
de

cálidas lágrimas. Con una sonrisa
helada en su rostro, dijo:

—Gao Yang, oh Gao Ying, maldito
cabrón, ¿cómo puedes tener

tanta suerte? ¿Quién si no podría

tener la inmensa fortuna de comer un delicioso rollo de cebolla y regarlo con un buen vino?

Se acabó la botella, luego se tumbó en el suelo de ladrillo y cerró los ojos para dormir.

Unas horas más tarde, el secretario Huang llegó para decirle que la policía estaba muy ocupada tratando de contener las aguas desbordadas

del río Arenoso, y que no podía perder el tiempo en buscar el cuerpo de su

madre, así que le impusieron una multa de doscientos yuan y le dejaron libre.

Cuando al amanecer regresó andando a casa, los caminos se habían

convertido en un mar de lodo. Estaba lloviendo de nuevo y las enormes

gotas de lluvia que le golpeaban la

cabeza hacían que se sintiera feliz.

—Madre —pensó en voz alta—,
mientras vivías no fui un hijo

afectuoso, pero al menos conseguí
darte un entierro decente. Los

campesinos de la clase media y baja
acuden al crematorio cuando mueren,

pero tú no. Ha merecido la pena.

Mientras penetraba en su patio
observó que el tejado de la ca- baña

de tres habitaciones a la que llamaba su hogar se estaba desplomando

lentamente, y salpicaba agua y lodo en todas las direcciones. En un

momento todo se vino abajo con un tremendo estrépito y allí, justo

delante de él, de repente, sólo se veían el bosque de acacias y las turbias

aguas amarillas del río que corría por detrás de su casa.

Gritó por su madre y cayó de rodillas en el lodo.

El amanecer llegó y, aparentemente, había conseguido dormir un poco, pero ahora le dolía todo el cuerpo. El fuego parecía salir de su nariz y de su boca, y ambas casi se incendian espontáneamente por causa del aire recalentado. Se agitó con

tanta violencia que los muelles de metal de su catre crujieron. ¿Por qué los

seres humanos tiritan? Eso me gustaría saber: ¿por qué los seres humanos

tiritan? Un grupo de niñas vestidas de rojo pasó por encima del tejado

corriendo, saltando, chillando y gritando; eran tan ligeras que las ráfagas

de viento las doblaban fácilmente una y otra vez. Una de ellas, que iba desnuda y sujetaba una caña de bambú, se apartó del grupo.

—¿Esa no es Xinghua? —preguntó en voz alta—. ¡Xinghua, baja de ahí ahora mismo! ¡Si te caes, te vas a matar!

—No puedo caerme, papá —dijo, empezando a llorar.

Sus enormes lágrimas cristalinas

colgaban suspendidas en el aire
sobre las puntas de su cabello en
lugar de caer al suelo.

Una fuerte racha de viento se llevó a
la niña y una anciana de cabellos
grises avanzó tambaleándose a través
del estercolero que se extendía junto
a la carretera, con una manta raída
sobre los hombros, sin un zapato.

Estaba llena de lodo de la cabeza a
los pies.

—¡Madre! —gritó—. ¡Pensé que habías muerto!

Mientras corría hacia ella, sintió cómo su cuerpo era cada vez más

ligero, hasta que se hizo tan insustancial como el grupo de niñas.

Abofeteado por las rachas de viento, su cuerpo recuperó varias veces su

tamaño original y tuvo que agarrarse a las barandillas que le rodeaban para

mantener el equilibrio, mientras se situaba con mucho esfuerzo delante de

su madre. La anciana entornó sus cenagosos ojos y lo miró boquiabierta.

—¡Madre! —exclamó Gao Yang con excitación—. ¿Dónde has

estado todos estos años? Pensé que habías muerto.

Ella sacudió la cabeza ligeramente.

—Madre, hace ocho años a todos los terratenientes, a los cam-

pesinos ricos, a los contrarrevolucionarios, a los malhechores y a los

derechistas les quitaron sus títulos y la tierra fue repartida entre la gente

que trabajaba los campos. Me casé con una mujer que tenía un brazo

tullido y un corazón bondadoso. Ha engendrado para ti una meta y un

nieto, para que nuestro linaje no desaparezca. Tenemos una provisión de

alimentos y si este año la cosecha de ajo no se pudre antes de que se pueda vender, habremos ahorrado todavía más dinero.

El rostro de su madre experimentó una metamorfosis y un par de gusanos salió reptando de las cenagosas cuencas de los ojos. Una

vez

superada la conmoción inicial, Gao Yang estiró la mano para retirar los gusanos, pero cuando tocó la piel de la anciana, un frío pegajoso le recorrió desde la punta de los dedos hasta lo más profundo de su corazón.

Al mismo tiempo, un fluido amarillo brotó del cuerpo de su madre, y su carne y sus tendones se cayeron en pedazos arrastrados por el viento,

hasta que delante de él sólo quedó un esqueleto desnudo. Un grito de terror salió de su garganta.

Se escucharon gritos en el exterior:

—Eh, amigo... amigo... ¡Despierta!
¿Estás poseído o qué?

Seis ojos verdes y brillantes se fijaron en él. Una mano huesuda, cubierta de una piel verdosa, se alargó, aterrorizándole completamente. La

mano heladora retrocedió cuando pasó por su frente, como si escaldara.

.283

La huesuda mano verde volvió a cubrirle la frente, y le provocó terror y satisfacción al mismo tiempo.

—Estás enfermo, amigo —dijo en voz alta el prisionero de mediana edad—. Estás ardiendo de fiebre.

Cubrió a Gao Yang con una manta casi con ternura: se trataba del

mismo hombre que le había obligado a beberse su propia orina.

—Yo diría que es gripe, así que tendrás que sudarla.

Su mente estaba trastornada y tiritaba descontroladamente. ¿Por qué

los seres humanos tiritan?, se preguntó. ¿Por qué tenemos que hacer eso?

Sus compañeros de celda se acercaron y añadieron el peso de sus mantas a

la suya. Su cuerpo todavía temblaba y hacía que las cuatro mantas se

movieran graciosamente. Una de ellas le tapó hasta cubrir su rostro y

bloquear la luz. El hedor hizo que respirara con dificultad. El sudor que

emanaba por los poros de su piel hacía que los piojos retrocedieran y

saltarán. Sintió la inminencia de su propia muerte, si no por la enfermedad

que le había atrapado, sí por la terrible opresión de las mantas apiladas que

le hacían sentir como una piel de vaca carcomida por las polillas.

Haciendo un gran esfuerzo con las energías que le quedaban, consiguió levantar la manta de su rostro e

inmediatamente se sintió como si su cabeza hubiera salido a la superficie desde el fondo de un pantano.

—¡Ayudadme, salvadme! —gritó.

Trató de agarrar un asidero invisible, que era lo único que le impedía

caer en un estado de estupor, como si fuera un hombre que sujeta una

rama de sauce colgante mientras se hunde en un cenagal. El espacio que se

extendía ante sus ojos se iluminó un minuto para oscurecerse después. En

la oscuridad, todos los demonios danzaban; sus padres muertos y el grupo

de niñas de rojo saltaban y giraban, se reían mientras formaban un círculo

a su alrededor, haciéndole cosquillas debajo de los brazos, pellizcándole

las orejas o pinchándole en las nalgas. Su padre paseaba errante por

una

calle llena de cristales, con una vara de sauce en la mano, y tropezaba con

frecuencia sin razón aparente, algunas veces de forma intencionada y otras

como si un mastodonte invisible le hubiera empujado. Pero cada vez que

caía, tanto a propósito como por accidente, se levantaba con el rostro

lleno de pedazos de cristal, que

brillaban y relucían.

.284

Cuando Gao Yang estiró la mano para atrapar a los espíritus, la

oscuridad se desvaneció y dejó únicamente sus risas reverberando cerca

del techo. El sol naciente iluminó el cielo, pero no su celda, aunque podía

distinguir las formas de los objetos que había en ella. El imponente

prisionero de mediana edad golpeó enfadado la chirriante puerta con los dos puños, mientras que los otros compañeros de celda —el anciano y el

joven— alzaron sus voces como si fueran lobos aullando a la luz de la luna.

Los pasos sordos del pasillo indicaron que los guardias se aproximaban. Un rostro apareció en la

abertura.

—¿Esto es una rebelión o qué?

—No es ninguna rebelión. Número Nueve está tan enfermo que

creo que se va a morir.

—¡Esta celda da más problemas que todas las demás juntas! Se lo

diré al oficial de guardia cuando empiece su turno.

—Para entonces ya estará muerto.

El guardia apuntó con su linterna a Gao Yang, que cerró los ojos de golpe para evitar la luz cegadora.

—Pues su color me parece muy sonrosado.

—Porque tiene fiebre.

—¿Y todo este jaleo por una vulgar gripe? —dijo el guardia alejándose.

Gao Yang regresó a un reino de

agonía donde se alternaban la luz y

la oscuridad, donde su padre y su madre conducían a un grupo de

pequeños demonios para atormentarle. Podía sentir su respiración y

percibir su hedor. Pero, al igual que antes, cuando alargó la mano, ya

habían desaparecido; se llevaron con ellos la oscuridad y dejaron tras de sí

sólo los rostros inquietantes de sus
compañeros de celda.

El desayuno se deslizó a través de la
ranura que había en el fondo de

la puerta y escuchó hablar entre
susurros a sus compañeros de celda.

—Trata de comer algo, amigo —dijo
el prisionero de mediana edad

mientras le sujetaba por los hombros.

Ni siquiera tenía fuerzas para sacudir la cabeza.

Unas horas más tarde escuchó que se abría la puerta y sintió que la celda se llenaba con una bocanada de aire fresco, ayudándole a despejarse la cabeza. Luego retiraron una manta tras otra, como si fueran capas de piel.

—¿Qué sucede? —preguntó un voz amable y femenina.

Era una sencilla pregunta, tan ardiente y tan cálida. Débilmente, alcanzó a ver el rostro afable de su madre. Abrió los ojos para observar a

través de los estratos de niebla y pudo discernir la forma de un amplio

rostro blanco por encima de una larga bata del mismo color. La bata

desprendía un olor antiséptico y su portadora, el aroma limpio y

jabonoso

de una mujer aristócrata.

Y, ciertamente, se trataba de una mujer aristócrata, fornida y de

cintura ancha, que le sujetaba la muñeca con dedos helados que llevó hasta

su frente, acarreando con más fuerza el agradable olor antiséptico hacia

sus orificios nasales. Mientras lo respiraba ávidamente, la mala

ventilación

de su propio pecho comenzó a remitir. La esencia de la mujer le

proporcionó una sensación más intensa de bienestar. Le sacudió una

sensación etérea de tristeza, belleza y santidad, todo al mismo tiempo. Le

dolía la nariz y estaba a punto de echarse a llorar.

—Sujeta esto.

Gao Yang observó cómo sacudía un tubo de cristal reluciente que

luego deslizó debajo de su axila.

—Aprieta con fuerza.

Detrás de la mujer se encontraba un hombre de tez oscura, adusto,

vestido con un uniforme que lucía una expresión de inseguridad e

incomodidad y que se ocultaba como un niño esquivo que estuviera

delante de extraños.

—Deberías vestirte —dijo la mujer.

Gao Yang trató de decir algo a modo de respuesta, pero fue incapaz.

—Así es como tu gente le trajo hasta aquí —respondió en su lugar el

prisionero de mediana edad—.

Descalzo y desnudo hasta la cintura.

—Guardia Sun. —La mujer se giró para dirigirse al hombre adusto

que se encontraba detrás de ella—.
¿Puede hacer que su familia le traiga
ropa?

El celador asintió y, a continuación,
desapareció tras ella.

—¿Qué tal se está aquí? —Escuchó
preguntar al celador.

—¡Genial! —tronó el prisionero
joven—. ¡Fresco, cómodo, un
toque de Paraíso! Así sería si no
fuera por esos malditos piojos.

—¿Has dicho piojos?

—No, al menos ninguno que pueda hablar.

—Oficial, ¿qué tal si dispensa un poco de ese humanitarismo

revolucionario acabando con los piojos que haya aquí?

—Esa es una petición razonable — dijo el celador—. Doctora Song,

haga que la enfermería prepare algún pesticida.

—En total, somos tres en la enfermería. ¿De dónde se supone que

vamos a encontrar tiempo para elaborar un pesticida para todas las celdas

que hay aquí?

La doctora Song refunfuñó mientras retiraba el termómetro de la

axila de Gao Yang. La escuchó aspirar cuando lo acercó a la luz.

La doctora sacó un instrumento de su

bolsa de cuero, lo colocó

alrededor de su cuello e introdujo los extremos en las orejas. A con-

tinuación, levantó un objeto de metal brillante y redondo que colgaba del

extremo de un tubo de goma y se inclinó hasta que su blanco rostro se

situó directamente sobre el suyo. El olor de su piel casi le transporta a otro

mundo, mientras el objeto metálico

se movía pesadamente de un punto a otro sobre su pecho aplicando una presión de lo más placentera.

Si mi vida acaba ahora mismo, en esta celda, moriré satisfecho,

pensó vagamente. Una mujer aristócrata me ha tocado la frente y ha

colocado su rostro junto al mío, tan cerca que podía oler su fragancia

natural y ver la piel, blanca como el

polvo, que hay debajo de su cuello cuando se inclina. No puede haber nada mejor que eso.

Ella le dio unos golpecitos.

—Date la vuelta —dijo amablemente y, a continuación, sujetó un

tubo de cristal que tenía anillos oscuros alrededor de su superficie.

.287

Estaba lleno de un fluido dorado y

rematado con una larga aguja plateada.

Gao Yang se dio la vuelta tal y como le dijo. Los dedos de la doctora, tan

dulces y suaves, tan agradables y refrescantes, agarraron la banda elástica

de su ropa interior y la bajaron, dejando sus nalgas al aire, llegando a tocar

su ano, tensando todos sus músculos. Algo todavía más frío entró en

contacto con su nalga izquierda y comenzó a golpearle suavemente.

—¡Relájate! —dijo con voz firme—. Relaja los músculos. ¿De qué

tienes miedo? ¿Nunca te habían puesto una inyección?

La doctora le dio un cachete en el trasero.

—¿Cómo se supone que voy a clavar la aguja si estás tan tenso?

¿Qué más podía pedir a la vida? A una mujer aristócrata como ella ni siquiera le importa lo sucio que estoy. ¡Me ha dado una palmadita en mi

mugriento culo con su mano desnuda! Podría morirme aquí y ahora sin la menor objeción.

Suavemente, la doctora frotó el punto con dos dedos.

—¿Qué le pasa a tu pie? —preguntó

—. ¿Por qué está tan hinchado?

Los pensamientos de Gao Yang volvieron a su tobillo y a las patadas que le llovieron por parte de los policías, aunque estaba tan abrumado por

la sensación de bienestar que en ese momento era incapaz de responder.

La doctora volvió a darle una palmada en el trasero, pero esta vez vino seguida de la picadura de una

abeja. Gao Yang la escuchó respirar pesadamente mientras empujaba la aguja y sintió cómo su dedo meñique dejaba unas pequeñas muescas en su piel. Nunca antes había notado tanta ternura sobre su cuerpo. Se sentía como si el alma estuviera flotando y su

cuerpo se agitó entre sollozos.

La doctora sacó la aguja. Mientras colocaba el instrumento dentro de

su maletín médico, dijo:

—¿Por qué lloras? No te he podido hacer mucho daño.

Gao Yang no dijo nada y lo único que era capaz de pensar era que ella saldría de allí después de haberle puesto la inyección.

—Doctora —dijo el prisionero joven—, tengo estreñimiento.

¿Podría examinarme ahora?

—¿Y para qué quieres curarte? Lo mejor es que te quedes como estás —le dijo la doctora.

—Esa no es forma de hablar de un médico.

—¿Acaso te crees que voy a hablar con un pequeño sinvergüenza como tú?

—No tienes ningún derecho a llamarme pequeño sinvergüenza. Tu

hija y yo fuimos juntos al colegio.
Incluso pensamos en casarnos.

—¡Vigila tu lengua, Número Siete!
—amenazó el celador.

El diálogo entre el joven prisionero y
la doctora disgustó a Gao

Yang. Tenía la esperanza de que la
doctora volviera a dirigirse a él,
pero no

fue así, ya que cogió su maletín, lo
arrojó por encima de su hombro y

salió

con el celador, que regresó media hora más tarde.

—Hemos preparado una comida especial para ti, Número Nueve

—dijo desde el pasillo—. Procura comértela.

Un cuenco gris se deslizó por debajo de la puerta, inundando la celda

de una fragancia deliciosa. Los ojos de sus compañeros de celda

emitieron

destellos de color verde. El prisionero de mediana edad llevó

personalmente el cuenco de fideos a Gao Yang y cuando éste se incorporó

vio un par de huevos dorados colocados encima de los fideos y una capa

de cebollas verdes y de aceite flotando en el caldo.

—¡Celador, oficial, yo también estoy

enfermo! —gritó el prisionero

joven—. ¡Me duele el estómago!

—Pequeño Li —gritó el celador a uno de los soldados que andaba

por el corredor—. Asegúrate de que no le roban la comida.

Azorado, el prisionero de mediana edad depositó rápidamente el

cuenco sobre el catre de Gao Yang y regresó con desgana al suyo.

La presencia de los fideos y los huevos despertó el apetito de Gao Yang. Cogió sus palillos con mano trémula y removió los resbaladizos fideos blancos —los más finos y blancos que había visto en su vida—, luego acercó el cuenco hacia sus labios y envió un bocado de caldo caliente a su estómago y a sus intestinos, que retumbaron de placer. Mientras las lágrimas inundaban sus

ojos, miró hacia la puerta y murmuró
al soldado.

—Gracias, oficial, por su enorme
amabilidad.

Gao Yang, eres un hombre
afortunado. Una mujer aristócrata a
la

que hasta hoy sólo podías mirar
desde la distancia te ha tocado la
cabeza, y

los mejores fideos que has visto en tu vida ahora descansan en tu

estómago. Gao Yang, la gente nunca está satisfecha con lo que tiene. Pues

bien, ya es hora de que te contentes con lo que te ha deparado la vida...

Se comió hasta el último fideo que había en el cuenco y sorbió hasta

la última gota del caldo. Con cierto rubor, se dio cuenta de que los ojos del

prisionero anciano y del joven no se despegaban de su recipiente.

Todavía

se sentía hambriento.

—¿Aún estás enfermo?—preguntó el guardia a través de los

barrotes—. Menos mal. Si no lo llegas a estar, te tomas una olla entera.

—Oficial, yo también estoy enfermo—sollozó su joven compañero

de celda—. Me duele el estómago...

\Ay, madre querida, este dolor me

está matando!

V

n

í i

ti

Un agudo silbido indicó que había

comenzado la hora de hacer
ejercicio, un tiempo que los
prisioneros

empleaban en estirar las piernas y
tomar un poco de aire fresco. Dos

guardias abrieron las celdas y

mientras los compañeros de Gao Yang más

viejos penetraron en el pasillo, el más joven sacó el orinal de plástico, que

estaba lleno con los desperdicios de sus moradores.

—Oye, nuevo —le dijo a Gao Yang —, como te has comido un

enorme cuenco de fideos, deberías ser tú el que se deshiciera de esto.

Sin esperar respuesta, se precipitó hacia el pasillo.

Sintiéndose un tanto avergonzado por haber sido obsequiado con

un cuenco de fideos y una inyección por parte de una mujer aristócrata,

Gao Yang hizo un esfuerzo por levantarse. Después de poner los pies

descalzos sobre el frío y húmedo suelo de cemento, la cabeza le dio

vueltas y se incorporó
tambaleándose. El pie tullido estaba
tan

entumecido que tenía la sensación de
ir caminando sobre algodones.

Agarró el orinal de plástico, que no
era especialmente pesado pero que

apestaba terriblemente, y trató de
alejarse estirando el brazo. Por

desgracia, no estaba en condiciones
de llevar a cabo esa tarea y cada

vez que chocaba contra él, salpicaba su hediondo contenido sobre su pierna desnuda.

Los rayos de sol eran cegadores, los ojos le dolían increíblemente y su rostro estaba bañado en lágrimas. Unos minutos después dejaron de dolerle los ojos, pero todavía era incapaz de conseguir que sus brazos y piernas dejaran de temblar; así que

se detuvo, colocó el orinal en el suelo y

se agarró a un poste para sostenerse y recobrar el aliento. Su respiro fue

breve: un guardia que se encontraba en el extremo del pasillo le gritó:

—¡No se puede dejar el orinal en el suelo!

Rápidamente, lo recogió e hizo cola detrás de los demás prisioneros

que portaban orinales parecidos. Al

final del pasillo giraron hacia el oeste,

en dirección a una pequeña habitación con paredes de metal ondulado y

tablones apolillados, en uno de las cuales se leía la palabra *Hombres* rodeada

por un círculo rojo. Docenas de prisioneros avanzaban en fila india

acarreando orinales a la espera de entrar en la sala. Uno salía, otro

entraba,

y así constantemente.

Cuando llegó su turno, penetró descalzo en la estancia e inme-

diatamente metió el pie hasta el tobillo en una mezcla pegajosa de lodo y

excrementos humanos. Una fosa abierta ocupaba el centro de la

dependencia e hizo todo lo posible para no caer mareado en su interior

mientras vaciaba su carga. Los demás prisioneros se alineaban detrás de un

grifo de agua oxidado que se encontraba cerca del retrete y que servía para

lavar los orinales. El agua salía formando un pequeño reguero, como si

fuera el chorro de orina de un niño pequeño lanzado al aire. Los

prisioneros frotaban sus orinales con un ralo cepillo de mango corto, y daba la sensación de que estaban rascando sus propias entrañas. Sintió ganas de vomitar y casi podía ver los fibrosos fideos removerse dentro de su estómago, seguidos por unos dorados huevos fritos. Apretando los dientes con fuerza, obligó a retroceder a la masa de alimentos apelmazada

que ascendía por su garganta. No puedo vomitar. No debo desperdiciar una comida tan buena como ésta.

Cuando llegó al grifo, antes de frotar la suciedad de su orinal, Gao

Yang colocó el pie herido bajo el agua para eliminar la acumulación de

.291

excrementos pegados que no se atrevió a mirar. El prisionero que esperaba

detrás le golpeó en el trasero con su orinal.

—¿Por qué demonios eres tan quisquilloso? —protestó—. ¡Esto no es un balneario!

Se dio la vuelta y quedó cara a cara con un prisionero de mediana edad y perfectamente afeitado que lucía unos ojos enormes y amarillentos y la piel arrugada: un rostro marchito que tenía el aspecto de una semilla de

soja

empapada en agua y luego puesta a secar. Asustado y reprendido, Gao Yang

se excusó patéticamente:

—Hermano Mayor, soy nuevo aquí...
No conozco las normas...

Tengo un pie herido...

El prisionero de ojos amarillentos le cortó en seco:

—¡Acelera, maldita sea! La hora de hacer ejercicio casi se ha terminado.

Gao Yang se frotó precipitadamente los pies —la piel de su pie izquierdo herido presentaba un blanco fantasmal— y restregó a toda prisa el interior de su orinal.

Cuando volvió a colocar el orinal en su lugar junto a la pared se sintió

agotado y casi no podía creer que, en el transcurso de veinticuatro horas, un

hombre vigoroso como él se hubiera convertido en un inútil y jadeante

despojo de ser humano. La breve estancia en el exterior de su celda hizo

que fuera consciente de lo cargado que estaba el aire en el interior. Escuchó

un traqueteo en el interior de su pecho y empezó a pensar en la muerte. No

puedo morir ahora, pensó. Se enderezó y salió por la puerta, que todavía

estaba sin cerrar, en dirección hacia el pasillo, un punto de observación que

le permitió hacerse mejor una idea de la distribución de la prisión.

Cada extremo del largo y estrecho pasillo contenía una jaula de acero que estaba ocupada por un guardia armado. Observó que había dos pequeñas puertas en la pared gris meridional del ahora vacío pasillo y se preguntó dónde estarían los demás prisioneros.

—Número Nueve —le llamó el guardia del puesto occidental—, por

esa puerta.

Siguiendo sus indicaciones, apareció en la gloriosa intemperie o, para

ser más exactos, en un calabozo al aire libre alrededor de un enlosado de

.292

hormigón cuya longitud se correspondía con la del pasillo, pero tenía unos

diez metros de ancho y tres o cuatro

metros de alto. Unas gruesas vigas de acero azulado se engarzaban entre los postes de acero cubiertos de óxido y

formaban una barrera entre los prisioneros y la tierra que se extendía más

allá del calabozo, que estaba plantada de hortalizas, patatas, pepinos y

tomates. Las guardianas femeninas estaban fuera recogiendo pepinos.

Más

allá de la zona ajardinada se elevaba una imponente pared gris rematada con

un alambre de espino. Eso le hizo recordar de repente que cuando era niño

había oído decir que las paredes de las cárceles estaban equipadas con

alambres de alto voltaje que electrocutaban todo lo que entraba en

contacto

con ellos, aunque fuera un pájaro.

La mayoría de los prisioneros se sujetaba a las costillas de acero y

miraba al exterior del calabozo. Los espacios que había entre los barrotes

tenían aproximadamente el tamaño de un cuenco pequeño, y en ningún

momento eran lo suficientemente amplios como para poder meter la

cabeza, por muy pequeña que fuera. Unos cuantos hombres se sentaban en el suelo, apoyaban la espalda contra la pared septentrional y tomaban el sol,

mientras que otros caminaban por los bordes exteriores del calabozo, que estaba dividido en dos secciones: la mitad occidental la ocupaban los prisioneros y la mitad oriental las prisioneras.

Gao Yang vio a Cuarta Tía Fang agarrada a los barrotes del ala de las féminas. Apenas pudo reconocerla, ya que había cambiado mucho desde la

última vez que la vio. Decidió no saludarla.

Bajo la mirada vigilante de los silenciosos prisioneros que se agarraban

a los barrotes, un grupo de

guardianas transportaba una enorme cesta de

bambú hacia un huerto donde cultivaban tomates. Estaban riendo y

pasándose en grande, especialmente una muchacha bajita, de unos veinte

años y con la cara llena de pecas, que era la que se reía con más fuerza.

Gao Yang escuchó a su joven compañero de celda gritar en broma:

—Oficial, sé una buena chica y pásame uno de esos tomates, ¿quieres?

La muchacha se limitó a mirar boquiabierta hacia el calabozo.

—Vamos, sé una buena chica y pásame uno —intentó de nuevo.

—Llámame Tía Abuela —dijo la guardiana de la cara pecosa—, y a lo mejor te hago caso.

—¡Tía Abuela! —gritó el prisionero joven sin dudarlo.

La mujer primero se sorprendió y luego se retorció de la risa.

—Pequeña Liu, será mejor que des a tu sobrino nieto un tomate —se burlaron sus compañeras.

Así pues ella se enderezó, sacó un tomate a medio madurar de la cesta de bambú, apuntó con cuidado y lo lanzó con todas sus fuerzas. El

tomate

rebotó en un barrote y aterrizó a unos metros de distancia del calabozo.

—¿No sabes hacerlo mejor, Pequeña Liu? —se burló una de sus

compañeras, que era delgada como la raspa de un pescado.

La guardiana con la cara llena de pecas cogió otro tomate, apuntó

hacia el prisionero joven y lo lanzó de nuevo. Esta vez consiguió meterlo

entre los barrotes y aterrizó en el suelo de cemento, donde fue asaltado por

un enjambre de prisioneros. Gao Yang no pudo ver quién se hizo con el

tomate, pero escuchó unos gemidos extraños y lastimeros.

—¡Maldita sea! —protestó el prisionero joven—. ¡Era un regalo de mi

tía abuela! ¡Malditos seáis! El tigre mata a su presa para que luego se la coma

el oso.

Por entonces, el tomate ya se encontraba en el estómago de algún

preso, así que los prisioneros volvieron a agarrarse a los barrotes y a mirar

hacia el exterior.

—¡Tía Abuela, uno más, por favor!

—suplicó el prisionero joven.

Estaba acompañado por un coro de gritos: «Tía abuela», decían unos;

«Hermana Mayor», decían otros —y la voz inconfundible de su compañero

de celda de mediana edad: «¡Que te den por el culo, Tía Abuela!»—.

Entonces las guardianas comenzaron a apedrear el calabozo con los

tomates, sobre los cuales los

prisioneros se lanzaban y peleaban como si

fueran una jauría de perros salvajes, gruñendo y refunfuñando y formando pequeños focos de tensión.

Los guardianes llegaron corriendo desde ambos extremos del pasillo, con los rifles preparados, seguidos por los carceleros, que se precipitaron

hacia el interior del calabozo. Los

seguros de los rifles chasquearon
mientras los carceleros vestidos con
uniformes de tela patearon la
colección de piernas y traseros que
se agolpaba delante de ellos. El
sonido
agudo del silbato de un policía rasgó
el aire.

.294

—¡Meted todos el culo dentro de la
prisión! —gritaron los carceleros.

Como un compacto banco de peces, los prisioneros se deslizaron a través de la pequeña puerta de metal. Ésta se cerró de golpe y el cerrojo se corrió detrás de Gao Yang, que fue el último hombre en entrar. La hora de hacer ejercicio había llegado a su fin.

El calabozo, el jardín, el alambre de espino... Todo se había acabado.

Por primera vez, Gao Yang se dio

cuenta de lo estrecho que era el pasillo.

Escuchó a un hombre discutir con las guardianas que se encontraban fuera.

La estridente voz de la oficial que tenía la cara cubierta de pecas se podía

distinguir fácilmente de todas las demás.

Volver a entrar en la celda era como arrastrarse por una cueva, tan oscura

que embotó el oído y la vista de Gao Yang pero, desafortunadamente, no su sentido del olfato. El hedor del moho y de la podredumbre casi le tira al

suelo.

—Eh, tú, nuevo, levántate —dijo en voz baja el prisionero de mediana edad.

—Her-hermano Mayor —tartamudeó —, ¿qué quieres de mí?

El hombre sonrió de forma intrigante.

—¿Qué tal estaban los fideos?

—Muy buenos —replicó tímidamente.

—¿Habéis oído eso? Ha dicho que estaban muy buenos.

—Buenos, pero difíciles de digerir —dijo el prisionero joven.

—Has tenido una comida especial —soltó el prisionero anciano

mientras se precipitó hacia Gao Yang y comenzó a frotarle la cabeza y el rostro.

El prisionero de mediana edad apartó al anciano y obligó a Gao Yang

a retroceder. Cuando tenía la espalda pegada contra la pared, miró con temor hacia la abertura de la puerta.

—No grites o te estrangulo —
amenazó el prisionero—. ¡No eres

más que

un perrito faldero lameculos!

—Hermano Mayor,,. Por favor, no.

—Dinos qué clase de fideos eran.

Gao Yang sacudió la cabeza.

.295

—Ya te lo digo yo: eran fideos huecos. ¡Ahora veremos lo hueco que estás tú! —dijo el prisionero

señalando a los demás—. ¡Vamos, chicos, dadle tres puñetazos cada uno, hasta que le hagamos vomitar!

El prisionero joven apretó el puño, apuntó al esternón de Gao Yang y lanzó tres puñetazos rápidos y duros.

Gao Yang gimió lastimosamente y, mientras tenía la boca abierta, la masa de fideos salió de golpe. Mientras se encontraba en plena

vomitona,

cayó redondo sobre el suelo de cemento.

—Muy bien, jefe —dijo el prisionero de mediana edad—, ahí fuera

te he oído gritar a tu tía abuela, pero no conseguiste un solo tomate, así

que ahora voy a recompensarte.

—Tío, no quiero...

—Cierra el pico. Voy a dejar que
lajas los fideos que acabas de
derramar por el suelo.

Arrodillado, el prisionero joven
suplicó dulcemente:

—Tío, buen tío, querido tío, te
prometo que nunca más...

El sonido repentino de las llaves en
la puerta hizo que los tres
hombres se precipitaran sobre sus
catres.

La puerta se abrió con una llamarada de luz y un oficial posicio-

nado en el umbral de la puerta sujetaba una hoja de papel.

—¡Número Nueve, sal!

Arrastrándose hacia la puerta lo más rápido que pudo y dejando un

rastro de lágrimas y de mocos, Gao Yang suplicó:

—¡Oficial, por favor, sálveme!

—¿Qué te ocurre, Número Nueve?

—le preguntó el oficial.

—Está enfermo —dijo el prisionero de mediana edad—. Está muy

enfermo y 110 dice más que incongruencias. Le han traído comida de la

enfermería, pero la ha vomitado.

—¿Deberíamos sacarle? —preguntó el hombre a su compañero.

—Vamos a probar, a ver qué pasa.

—¡Ponte de pie! —ordenó el guardia.

En cuanto Gao Yang se puso de pie, el oficial más cercano le colocó un par de esposas en las muñecas.

.296

Capítulo 13

Aterrorizado, el adnministrador del Condado Zhong hizo los muros más altos, añadió

*un remate con trozos de cristal y
espirales de ala?nhre de espino.
Pero ningún muro*

*puede detener los gritos de las
masas, por m u y alto que sea, y un
alambre de espino no*

puede contener la furia del pueblo...

Extracto de una balada cantada por
Zhang Kou en el muro del Edificio

del Condado, hecho a prueba de
asaltantes, siguiendo las órdenes del

administrador del Condado Zhong Weimin, después de un incidente en el que el pueblo entró por la fuerza en la oficina del administrador y dio una paliza a algunos oficiales, a los que odiaban desde hacía tiempo.

A

Después de ponerse de pie como buenamente pudo, Gao Ma volvió a desplomarse sobre el suelo, mientras

siete u ocho periquitos de alegres colores pasaban volando por la ventana

abierta, revoloteando por encima y por debajo de las vigas del techo, y

luego se chocaban contra las paredes, pasando a toda velocidad junto al

cuerpo colgado de Jinju. Con sus plumas sedosas, parecía que tuvieran la

piel desnuda. El cuerpo de Jinju se balanceaba levemente, provocando

con ello que el marco de la puerta crujiera. En el silencio de la profunda

noche, hasta los sonidos más tenues retumbaban contra sus tímpanos.

Aunque su corazón entumecido no se sentía alterado por el dolor, el

nauseabundo sabor dulce que notaba en su boca le decía que estaba a

punto de volver a toser sangre. «¡Gao Ma!», gritó su nombre. Gao Ma,

estabas predestinado a padecer una caída sangrienta desde el mismo

momento en el que Jinju se hizo tuya. Has tosido sangre, has vomitado

sangre, has escupido sangre, has orinado sangre: estás salpicado de sangre

de la cabeza a los pies.

Agarrándose al marco de la puerta se

puso lentamente de pie, como

un árbol doblado que alcanza el cielo. Era una tarea difícil, pero al final

consiguió sostenerse por él mismo. Todo es culpa mía, Jinju.

La presencia de su vientre abultado hizo que el nauseabundo sabor dulce

que sentía en la garganta se hiciera más fuerte que nunca. Se subió a un

banco y buscó a tientas el nudo de la

cuerda: las manos le temblaban, los dedos eran torpes. El olor intenso y acre del ajo que desprendía el cuerpo

de Jinju le golpeó con toda su fuerza, al igual que el nauseabundo sabor

dulce que sentía en la garganta. Pudo discernir una ligera diferencia entre

el olor de la sangre de Jinju y el de la suya propia. La sangre de un hombre

es extraordinariamente caliente, mientras que la de una mujer es heladora.

La sangre de una mujer es limpia y pura, la de un hombre está sucia y

contaminada. Los periquitos revoloteaban por debajo de sus axilas y entre

sus piernas, haciendo con sus maliciosos gritos que su corazón latiera con

fuerza. Carecía de la fuerza suficiente para soltar el nudo, ya que la cuerda

era demasiado gruesa y estaba tan tensa que pensó que nunca podría desatarla.

Encontró una cerilla y encendió la lámpara de queroseno. Mientras la

luz inundaba la vacía habitación y proyectaba sobre la pared las sombras

de los periquitos volando, sintió una repentina furia y hostilidad hacia esos

pájaros tan maravillosos. La sombra del cuerpo de Jinju se proyectó sobre la pared y el suelo.

Cuando se dirigió a la cocina en busca de un cuchillo, frotó su cuerpo con el de Jinju. Mientras palpaba a tientas, su mano tocó el cepillo y la

espátula de la chimenea, pero no su cuchillo de carnicero.

—¿Has olvidado que mis hermanos se llevaron tu cuchillo de

carnicero, Gao Ma? —dijo la voz de Jinju. Con su rostro iluminado a

contraluz por la lámpara, parecía estar sonriendo, aunque no podía estar

seguro de ello, y añadió sonriendo —: Hermano Mayor Gao Ma. Estoy

segura de que es un niño.

—Yo me sentiría igual de feliz si fuera una niña. Nunca he preferido los chicos a las chicas.

—No, no quiero una niña. Tenemos que asegurarnos de que recibe una buena educación, de que va al instituto y a la universidad, para poder

encontrar un trabajo en la ciudad y no tener que llevar la miserable vida de

un campesino.

—Jinju, escaparte conmigo no te ha traído más que desgracias

—dijo golpeándose la cabeza.

—Tú has compartido mis desgracias

—dijo ella, acariciando el pecho

huesudo de Gao Ma, y añadió con tristeza—: Mis padres no deberían

haberte pedido tanto dinero.

—No pasa nada. Conseguiré

reunirlo. Y como todos los aldeanos vamos a ganar mucho, puedo pedir prestado el resto, estoy seguro de que me van a ayudar, así que podremos casarnos antes de que nazca el bebé.

—Cásate conmigo ahora —dijo Jinju—. No puedo vivir por más tiempo en esta casa.

Los pequeños puntos verdes jugaron sobre su rostro y Gao Ma

se preguntó si serían plumas de periquitos que se habían pegado a él.

En ese momento fue cuando se acordó de que tenía un sable, una reliquia familiar. Cuando era niño, le habían pillado jugando con él.

—¡Déjalo en su sitio! —le dijo su abuelo, que por entonces todavía vivía.

—Está oxidado. Voy a afilarlo —respondió Gao Ma.

—No es un juguete —dijo su abuelo
mientras se lo arrebatava de la
mano.

—Este sable ha matado a un hombre
—le había dicho su madre que,
por entonces, también estaba viva—.
No te atrevas a jugar con él.

Así pues, lo escondieron en una viga
del tejado para mantenerlo lejos

de su alcance.

Gao Ma movió el taburete unos metros, estiró el brazo hasta la viga y

palpó la zona hasta que su mano chocó con algo largo y duro, y lo sacó a la

luz. Mientras extraía el sable de su funda de madera, los rostros de su

abuelo y de su madre aparecieron ante él.

La hoja estaba salpicada con motas

de óxido rojo, pero el filo seguía en perfecto estado. Y aunque la punta se había partido, estaba hecho de acero de buena calidad. La mano de Gao Ma se movió en el aire hasta que

el sable se encontró con la cuerda. Pero, inexplicablemente, el arma rebotó

hacia atrás, haciendo que se cayera al suelo. Se puso de pie en el preciso

momento en que la cuerda se rompió
y el cuerpo de Jinju cayó por su

propio peso. Primero los dedos de
los pies, luego los talones, y después
el

resto del cuerpo, hasta quedar boca
arriba: una montaña desmenuzada de

plata, un pilar de jade desplomado,
levantando un doloroso viento insano

que hizo que la lámpara de
queroseno parpadeara. Se arrodilló y

aflojó el

nudo que había alrededor del cuello de Jinju, de cuya boca salió un suspiro

velado que provocó un grito de alegría en Gao Ma. Pero ella no hizo

ningún ruido más. Su cuerpo estaba frío y rígido, tal y como comprobó al

pasar su mano. Trató de colocar de nuevo la lengua en el interior de su

boca, pero había alcanzado un grosor

tan extraordinario que ya no le
cabía. Sin embargo, incluso en un
momento así, se podía adivinar una
sonrisa cautivadora en el rostro de
Jinju.

—¿Ya has juntado el dinero,
Hermano Mayor Gao Ma? ¿Cuándo
podemos casarnos?

El cubrió su rostro y la parte
superior de su cuerpo con una manta.

Después de sollozar amargamente durante unos minutos, se dio

cuenta de lo agotado que estaba.

Recogió el mellado y oxidado sable y se

dirigió hacia el patio con el viento azotando su rostro y el sabor de la

sangre en su boca. Mientras levantaba la vista hacia la luna y las estrellas

que se asomaban en el cielo

despejado, los periquitos salieron en tropel de

.300

la casa a través de la ventana abierta y de la puerta principal, deslizándose por el aire con tanta facilidad que se podría pensar que sus alas estaban engrasadas.

Se balanceó al compás de su sable.
Los pájaros cambiaron de rumbo,

pasaron por delante de él y volvieron a entrar en la casa. ¡Voy a mataros a todos! ¡Esperad a que afile mi sable! ¡Os voy a matar a todos!

Se arrodilló junto a una enorme piedra que trajo del Pequeño Monte

Zhou y comenzó a afilarlo. Primero lo frotó en seco para eliminar el

óxido; luego agarró un recipiente de cerámica desconchado, lo llenó de

agua hasta la mitad y comenzó a

afilarlo en húmedo. Siguió afilándolo durante el resto de la noche. Cuando cantó el gallo, limpió la hoja con un puñado de hierbas y sujetó el sable a la luz. El brillo helado del acero hizo que le corriera un escalofrío por la espalda. Cuando apoyó el filo ligeramente contra su rostro, escuchó un crujido y sintió cómo hasta los pelos más suaves, que siempre se doblan al paso de un cuchillo romo,

se

desprendían de su cara.

El peso del sable hizo que se sintiera como un espadachín que anda

por las noches al acecho y le empezó a escocer la palma de la mano

alrededor del mango. Primero penetró en el recinto municipal,

decapitando rápidamente varios girasoles que le rodeaban y dejando a

otros casi al nivel del suelo. El
afilado sable parecía cortar y
rebanar a su

propia voluntad, guiando su mano a
través de los lechos- de girasoles.

Nada podía detenerlo. Los tallos
permanecían suspendidos inmóviles
un

tiempo después de que el sable
hubiera pasado a través de ellos;
luego

observaba cómo se estremecían antes de caer ligeramente sobre las

grandes hojas en forma de abanico.

Consumido por un instinto homicida,

dirigió su atención a los pinos que se levantaban cerca de él. Los trozos

blancos de madera virgen volaron, mientras en las ramas que se extendían

sobre su cabeza una bandada de periquitos frenéticos se dispersaba

por el

cielo, luego formaba una nube de colores vivos que se arremolinaba por

encima del recinto municipal, depositando excrementos pálidos sobre las

azules tejas de los aleros hasta que, agotados de tanto aleteo, los periquitos

caían como piedras, desplomándose pesadamente como gotas de lluvia.

Después de talar tres pinos, Gao Ma observó cuatro lunas escarlatas

ascender por un cielo inusitadamente extenso, una por cada uno de los

.301

cuatro puntos cardinales, iluminando la tierra como si ya fuera de día. Las

plumas de los periquitos brillaban emitiendo multitud de colores y sus

ojos relucían como piedras preciosas

en la cegadora noche.

Levantó el sable con la mano derecha y luego con la izquierda. Era

un gigante. Acuchilló los periquitos contemplativos que habían levantado

el vuelo para rodearle. La sangre fría de sus cuerpos desmembrados le

salpicó el rostro y, mientras levantó el brazo para limpiarla con la mano

que le quedaba libre, el hedor de la sangre de los periquitos inundó su

cavidad nasal.

.302

Intrépidos, los pájaros penetraron en la casa a través de las ventanas

y de la puerta, y luego volvieron a salir volando. Hacía mucho que las lunas

se habían desprendido del cielo por encima del patio gris, que estaba

salpicado de montones borrosos de leña. Se quedó de pie en el umbral

de

la puerta, sable en mano, esperando.

Un periquito pasó volando cerca de

él, bulliciosamente, plegando las coloridas plumas de sus alas. Su sable

describió un arco mientras troceaba al pájaro; una mitad cayó a sus pies, la

otra mitad aterrizó a un metro o dos de distancia. De una sola patada

envió una mitad del pájaro por encima de la pared; después, ensartó la otra

mitad con la punta del sable y se la acercó para contemplarla mejor. Los

músculos todavía se comprimían, las entrañas, expuestas a la luz, se

agitaban; una bocanada de aire cálido le golpeó en pleno rostro. La sangre

fría y pegajosa resbaló por el filo y

sobre el protector de metal que se extendía por encima de la empuñadura. Un movimiento de muñeca bastó

para que la segunda mitad del periquito volara por encima de la pared.

Los periquitos que todavía permanecían con vida, enrabiados por

lo que aquel hombre había hecho, lanzaron un terrible grito de protesta.

«¡Vamos, malditos cabrones, aquí estoy!». A continuación se lanzó hacia la

bandada de periquitos, blandiendo el sable por encima de su cabeza. Una

ducha de periquitos se precipitó sobre la tierra, algunos murieron cuando

golpearon el suelo, otros estaban mortalmente heridos y daban saltos entre el barro como si fueran ranas.

Pero como los pájaros tenían ventaja numérica, lanzaron un contraataque. Ahora, Gao Ma luchaba por su propia supervivencia.

Finalmente se desplomó pesadamente en el suelo, y cayó sobre un montón de pequeños y sangrientos cadáveres, mientras los periquitos que

todavía sobrevivían volaban en círculos sobre su cabeza, gritando de

forma ensordecedora, fuera de sí por la agitación del combate.

El ruido de los cascos de un caballo sonó en el callejón. Haciendo

acopio de la poca energía que le quedaba, Gao Ma agarró fuertemente el

sable y se puso de pie, justo a tiempo para ver a su querido potro castaño

asomar la cabeza por el agujero de la pared. Parecía estar más delgado; sus

ojos, que ahora eran más grandes y estaban llenos de compasión, se

clavaron en él. Los ojos de Gao Ma se inundaron de lágrimas.

31!)

—Mi amado... No me dejes. Por favor, no me dejes... Te echo de menos... Te necesito...

El caballo volvió a sumergir lentamente la cabeza en la oscuridad

envolvente. Gao Ma escuchó el ruido de sus cascos dirigiéndose hacia el

sur, cada vez más lejos de él: al principio, el sonido era fuerte y agudo,

luego se hizo más débil y apagado y, finalmente, la nada.

Entregó un fajo de billetes a sus vecinos, el señor y la señora Yu.

—Hermano Mayor, Cuñada, es todo lo que tengo. Mirad a ver qué

podéis hacer con esto. Si no es suficiente, consideradlo un anticipo.

Algún

día os devolveré el resto. Lo prometo.

Se sentó y se apoyó contra la pared, debajo de la ventana, sable en

mano.

Los Yu se intercambiaron miradas.

—¿Deberíamos avisar a sus hermanos? —preguntó ella—. A tu

suegra la detuvieron ayer, y también a Gao Yang.

—Haced lo que podáis, amigos, sólo os pido eso.

—¿Incineración o enterramiento? — preguntó el hombre.

La idea de las llamas envolviendo la piel de Jinju y del bebé que había en su vientre casi le parte el corazón.

—Enterramiento —dijo con firmeza.

Los Yu se alejaron deprisa y justo en ese momento los vecinos más

curiosos aparecieron súbitamente por el lugar. Algunos se echaron a

llorar, otros miraban con los ojos secos y sin la menor expresión en sus

rostros. El jefe de la aldea, Gao Jinjiao, apareció por el patio,

husmeándolo todo y resoplando con recelo.

—Digno Sobrino —dijo mientras se

acercaba a Gao Ma—, tú...

Verás...

Gao Ma blandió el sable.

—Jefe de la aldea, déjeme en paz!

Gao Jinjiao se apartó de su camino sin siquiera molestarse en

ponerse derecho.

La señora Yu regresó con dos metros de satén rojo, que extendió en

el patio después de llamar a las demás mujeres. Una de ellas, que era

.312

costurera, entró a tomar medidas a Jinju y, a continuación, comenzó a trabajar con las tijeras.

Los aldeanos más curiosos entraron en el patio, pisoteando los

periquitos mutilados, cuyas plumas de colores, azotadas por la brisa, se

pegaban a sus piernas, a su ropa y a sus rostros, pero nadie se dio cuenta de ello.

El cuerpo de Jinju fue extendido sobre el *kang*, a plena vista de Gao

Ma. El sol, que ahora caía directamente sobre sus cabezas, incidía a través

de las ramas rojas y amarillas del yute y de las hojas en forma de talón para

iluminar el rostro de Jinju y
convertirlo en un crisantemo dorado
—un

jinju—, cuyos pétalos estaban
completamente abiertos por la luz del
sol de

otoño. Gao Ma tocó su rostro, que
tenía la lustrosa elasticidad del
preciado terciopelo.

Entonces aparecieron los hermanos
Fang. Primero llegó Segundo

Hermano, que avanzó malhumorado por el patio, dando patadas a las

plumas de los periquitos que flotaban en el aire y que acabaron

depositándose sobre el rojo satén.

Mientras atravesaba la puerta, un

periquito voló directamente hacia él, como si quisiera sacarle los ojos.

Con

un movimiento de la mano hizo que el periquito se estrellara contra la

pared. Se acercó al *kang* y levantó una esquina de la manta, dejando a la luz

el rostro de Jinju, que le estaba sonriendo.

Indignado, dejó que la manta cayera y se dirigió al patio.

—Gao Ma —refunfuñó—, has arruinado a nuestra familia, maldito cabrón.

Levantándose las mangas mientras

caminaba, se dirigió directa-

mente a la pared, donde Gao Ma estaba golpeando el lado embotado del

sable con la cadena de las esposas que colgaba de su brazo: *clang.*, *clang.*

clang. Miró a Segundo Hermano Fang con los ojos inyectados en sangre,

hasta que hizo que se detuviera en su avance. Segundo Hermano Fang

hizo una pausa antes de gritar:

—¡Te voy a acusar de la muerte de mi hermana!

Apenas había acabado de hablar cuando Hermano Mayor Fang

penetró en el abarrotado patio, cojeando de forma más acentuada que

nunca. Tenía el cabello lleno de canas y sus ojos estaban nublados; se

había convertido en un anciano casi de la noche a la mañana. Anunció su

3i4

llegada con fuertes sollozos que se arremolinaban por el patio, al igual que

haría una anciana. Una vez dentro de la casa, aporreó el *kang* y lloró.

—¡Hermana, mi pobre pequeña hermana, no deberías haber muerto de esta manera!

Los insistentes sollozos de Hermano Mayor Fang contagiaron a un

grupo de ancianas, que se frotaban sus llorosos ojos mientras conducían a

los hombres hacia la habitación para llevarles fuera.

—Hermano Mayor Fang —trataron de consolarle—, ya no puedes

hacer nada por ella, salvo preparar su funeral. Esa es la responsabilidad

de

un hermano.

Aquello funcionó, ya que dejó de llorar al instante, se limpió su

mocosa nariz y dijo:

—Casar a una hija es como derramar agua en el suelo. Ella dejó hace

mucho tiempo de ser un miembro de la familia Fang. No nos concierne a

nosotros decidir si se entierra en una

cripta o si se arroja a una fosa.

Y comenzó a marcharse cojeando, llorando amargamente mientras avanzaba.

Gao Ma se puso de pie y le detuvo con un grito:

—Comprueba si queda alguien dentro a quien quieras llevar contigo.

Hermano Mayor Fang se detuvo, pero no dijo nada. Luego siguió

avanzando por el patio.

Las mujeres llevaron al interior las ropas funerarias de color rojo

satén de Jinju y allí la desnudaron, la lavaron y la vistieron para que

emprendiera su viaje final. Cuando acabaron, iba vestida de color rojo

intenso de los pies a la cabeza, como si fuera una novia primeriza.

Los pies de Gao Zhileng casi volaban cuando entró precipita-

damente en el patio de Gao Ma,
donde se esparcían los cadáveres de
sus

periquitos. Maldijo y lloró mientras
cogía los cuerpos mutilados y los
metía en una cesta que traía consigo.

—Gao Ma, Gao Ma, ¿qué te han
hecho los pájaros? Haz lo que

quieras a las personas, pero ¿por qué
has matado a mis pájaros? Ellos eran
mi fuente de ingresos. Ahora ya no

tengo nada...

Siete u ocho periquitos
supervivientes se posaron
precariamente

sobre las puntas de las plantas de
yute, con sus plumas apretadas
cubiertas

de sangre. Sus chillidos eran gritos
de desolación. Incluso Gao Ma sintió

.316

lástima de ellos. Gao Zhileng frunció

el ceño y se sumó a ellos con un extraño silbido.

—Vengo de la emisora provincial de televisión. Hemos oído algo

acerca del trágico final de una relación amorosa entre la muchacha Jinju y

usted. ¿Le importaría contar a nuestros telespectadores qué ha ocurrido

exactamente?

El reportero, un hombre de unos treinta y tantos años que llevaba gafas con forma de búho, tenía una boca enorme y le apestaba el aliento.

—Vengo en representación de la liga de mujeres del Condado; estoy a cargo de la investigación de un contrato de matrimonio entre tres familias y me gustaría conocer su opinión al respecto.

La mujer era joven y tenía la cara

muy empolvada. Su boca des-
prendía el olor de la orina y Gao Ma
tuvo que hacer un gran esfuerzo para
no rebanarle el pescuezo con su
sable.

—¡Marchaos los dos de aquí! —gritó
mientras se ponía de pie, sable
en mano—. ¡No tengo nada que
deciros!

—Hermano Mayor Gao Ma, hace
demasiado calor para preocuparse

por un ataúd. Además, el precio de la madera se ha puesto por las nubes desde el incendio del bosque manchú —dijo Yu Qiushui mientras echaba otro vistazo al vientre abultado de Jinju—. He comprado un par de esterillas de junco y tres metros de plástico. Envolverla en el plástico y cubrirla con las esterillas de junco es igual de práctico que meterla en un ataúd. De ese modo, podemos ente

rrarla pacíficamente en la tierra sin
más demora. ¿Qué te parece?

—Lo que tú digas, Hermano Mayor
—replicó Gao Ma.

Mientras tanto, el reportero de
televisión merodeaba por la zona,
agachándose y arrodillándose para
conseguir las mejores fotografías,
incluida una de los periquitos
posados sobre las plantas de yute.
Era una

estampa típica: los tallos amarillos del yute... Los periquitos de vivos colores... Un afligido Gao Zhileng, con los labios fruncidos en un silbido.

Los cuellos de los pájaros se encogían mientras lanzaban gritos lastimeros

que llenaban de lágrimas los ojos de su propietario.

—He enviado a seis hombres al

cementerio del este de la aldea para que cavén una fosa. Es hora de ponerse en marcha —anunció el señor Yu.

.317

Dicho esto, extendieron en el patio las dos esterillas de junco nuevas y las cubrieron con la lámina de plástico azul pálido. A continuación cuatro mujeres sacaron a Jinju, con sus nuevos ropajes de satén rojo y la

depositaron sobre el plástico. ¡Clic!
¡Plop! La cámara del reportero
siguió

tomando imágenes, mientras la mujer
joven empolvada rellenaba

ostentosamente una libreta con lo que
fuera que estaba escribiendo. La

piel amarilla de su cuello contrastaba
con el blanco del polvo de su rostro

y una vez más Gao Ma tuvo que
contenerse las ganas de cortarle la

cabeza

por el punto en el que los dos colores se encontraban.

—Hermano Mayor, ven a comprobar si hay alguna cosa más que

debamos hacer —le dijo la señora Yu.

Gao Ma dio un último e íntimo vistazo a Jinju. Los tallos y las hojas de yute crujían con el viento y la estremecedora fragancia del índigo

saturó

su corazón. La luz del sol era intensa y hermosa, el contorno de la luna

pálida del mediodía era limpio y nítido. Gao Ma respiraba con dificultad y

sudaba profusamente mientras contemplaba el rostro sonriente de su

amada. Jinju, Jinju, tu esencia llena mi olfato...

Observó vagamente cómo envolvían

su cuerpo en el plástico azul

pálido con las esterillas de junco dorado, que un par de hombres

enlazaron con cuerdas nuevas hechas de yute, utilizando los pies que

estaban sobre las esterillas como palanca para atarlas lo más fuertemente

posible, y observó cómo los pies de los hombres pisaban por encima del

vientre abultado de Jinju.

Arrojando su sable al suelo, se cayó de rodillas y escupió una

bocanada de sangre, dejando que algunos regueros resbalaran por su

pecho. Los periquitos emergieron de las plantas de yute y volaron lo más

rápido que les permitían sus alas, luego se abalanzaron sobre la tierra

como las golondrinas que pasan rozando la superficie del agua, con sus

vientres casi tocando las puntas de las plantas de yute. El reportero no era

capaz de tomar instantáneas con la suficiente rapidez. Los pájaros volaban

como lanzaderas sobre un telar, tejiendo un diseño caleidoscópico sobre

los rostros de Gao Ma y Jinju.

Gao Ma levantó los brazos por

encima de su cuerpo. El policía tartamudo retiró las esposas rotas y las sustituyó por un par nuevo que lanzaba destellos de color amarillo intenso, esta vez en las dos muñecas.

.318

—¿Cre-crees que puedes volver a es-escaparte? ¡Podrías haber pasado el pri-primero de mes, pero nu-nunca habrías pasado del día

quince!

Capítulo 14

Cualquiera que no tuviera miedo de ser cortado en pedazos puede derrocar a un

secretario del partido o a un administrador del Condado.

Incitar a la muchedumbre puede ir contra la ley, ¿pero acaso no es peor esconderse detrás

de unas puertas cerradas, rechazar

*las responsabilidades y dejar que
sus subordinados*

exploten a los campesinos ?

Extraído de una balada cantada por
Zhang Kou después de

los interrogatorios masivos en la
comisaría de policía.

Gao Yang conducía su carro,

cargado de ajo y tirado por un burro,
por la carretera del Condado bajo un

cielo cubierto de estrellas. La carga era tan pesada y el carro estaba tan desvencijado, que los crujidos le acompañaban durante todo el viaje y, cada vez que el carromato encontraba un bache, tenía miedo de que pudiera romperse en pedazos. Mientras cruzaba el pequeño puente de piedra sobre el río Arenoso, tensó la

brida del burro y utilizó el peso de su cuerpo con el fin de estabilizar el carro, para alivio del enjuto animal, que

parecía más un macho cabrío de gran tamaño que un burro. Las

irregulares piedras hacían que las ruedas crujieran y crepitaran. El chorro

de agua que había tras ellas reflejaba las estrellas. Cuando empezó a

ascender la cuesta, deslizó una cuerda sobre su hombro para ayudar al

burro a tirar. La carretera pavimentada que conducía a la capital del

Condado empezaba en la cima de la cuesta; nivelada y suave, y sin estar

afectada por elementos externos, había sido construida después del

Tercer Pleno del Comité Central.

Recordó de nuevo cómo había protestado: «¿Qué necesidad hay de gastarse todo el dinero? ¿Cuántos viajes a la capital realizaremos cualquiera de nosotros a lo largo de nuestra vida?». Pero en ese momento se dio cuenta de su error. Los campesinos siempre ven las cosas a corto plazo y nunca son capaces de ir más allá de unas insignificantes ganancias

personales. El gobierno es sabio y nunca te

vas a equivocar si sigues sus consejos, fue lo que dijeron al pueblo en esos

días.

Mientras avanzaba por la carretera nueva, escuchó el sonido de otro

carro a veinte o treinta metros por delante de él, y la tos de un hombre

anciano. Era muy tarde y todo estaba

en silencio. La letra de una canción reverberaba por encima de los campos circundantes y Gao Yang dedujo

que se trataba de Cuarto Tío Fang. En su juventud, Cuarto Tío había sido

un joven elegante que cantaba duetos con una mujer que pertenecía a una compañía de ópera itinerante.

—*Hermana, hermana, qué visión*

*más cautivadora. / Acomodada en la
suite*

*nupcial a medianoche. / Una aguja
dorada sujeta la flor de loto.
/Manchas de precioso*

jugo saludan a la luz de la mañana.

—¡Sucio anciano! —juró Gao Yang
para sus adentros mientras

aceleraba el paso de su burro.

Pero iba a ser una noche larga y
había mucha distancia que recorrer,

así que le sedujo la idea de tener a alguien con quien hablar. Cuando tuvo

a la vista la silueta del carro, saludó:

—¿Eres tú, Cuarto Tío? Soy Gao Yang.

Cuarto Tío guardó silencio.

Las cigarras cantaban entre el follaje que se extendía a los lados de la

carretera, el sonido de los cascos del burro de Gao Yang tronaba

ruidosamente sobre el asfalto y el
aire estaba cargado con el olor del
ajo

mientras la luna se elevaba por
detrás de los árboles, con sus pálidos
rayos

bañando la carretera. Lleno de
esperanza, se situó a la altura del
carro que

tenía ante sí.

—¿Eres tú, Cuarto Tío? —repitió.

Como respuesta, Cuarto Tío dejó escapar un gruñido.

—Sigue cantando, Cuarto Tío.

Cuarto Tío suspiró.

—¿Cantar? Llegados a este punto, no puedo ni llorar.

—He salido muy temprano y jamás pensé que iba a ir detrás de ti,

Cuarto Tío.

—Debe haber más carrromatos por

delante de nosotros. ¿Has visto

todos los excrementos de animal que hay a lo largo de la carretera?

—¿No vendiste tu cosecha ayer, Cuarto Tío?

—¿Y tú?

—No pude. Mi esposa acaba de tener un bebé y fue un parto tan

complicado que me resultó imposible salir de casa.

—¿Qué ha sido? —preguntó Cuarto Tío.

—Un niño.

Gao Yang no podía disimular su emoción. Su esposa le había dado un niño y había sido una magnífica cosecha de ajo. Gao Yang, tu suerte ha

cambiado. Pensó en la tumba de su madre. Era un lugar propicio. Todo el

sufrimiento que había tenido que soportar durante estos años por no confesar a las autoridades su ubicación había merecido la pena.

Cuarto Tío, que se encontraba sentado en la barandilla del carro, encendió su pipa, y la llama de la cerilla iluminó durante unos instantes su

rostro. La cazoleta refulgió mientras el aroma acre del tabaco quemado se

extendió en el aire gélido de la noche.

Gao Yang comprendió por qué Cuarto Tío se sentía tan melancólico.

—La vida de las personas está controlada por el destino, Cuarto Tío.

El matrimonio y la abundancia están determinados antes de nacer, así que no tiene sentido preocuparse por ello.

Se dio cuenta de que, al tratar de consolar a Cuarto Tío, también

estaba reconfortando a su propio espíritu y los problemas de Cuarto Tío

no le producían ningún placer. Su corazón ya se sentía lo suficientemente

alegre con esperar a que los hijos de Cuarto Tío también encontraran

pronto a una esposa.

—Los campesinos como nosotros no le llegamos a la suela de los

zapatos a las clases adineradas. Las vidas de algunas personas no merecen

la pena y es mejor no tener algunas cosas. Sería peor para nosotros:

podríamos acabar todos pidiendo. Sabemos de dónde procede nuestra

próxima comida y es mejor llevar ropas raídas que ir por ahí con el

culo

desnudo. La vida es dura, de eso no hay duda, pero tenemos salud, y una

pierna coja o un brazo marchito es mejor que contraer la lepra. ¿No te

parece, Cuarto Tío?

Cuarto Tío lanzó otro gruñido como respuesta mientras chupaba su

pipa. La plateada luz de la luna bañaba los ejes de su carro, los cuernos de

la vaca que tiraba de él, las orejas del burro de Gao Yang y la fina lona de

plástico que cubría el ajo.

—La muerte de mi madre me ayudó a convencerme de que de-

beríamos contentarnos con lo que tenemos y no esforzarnos por con-

seguir más de lo que debemos. Si todo el mundo estuviera en la cima,

¿quién iba a sujetar la base? Si todo el mundo fuera a la ciudad para

divertirse, ¿quién se quedaría en casa plantando las cosechas? Cuando el

Anciano que está ahí arriba creó a los hombres, utilizó diversas materias

primas. La de mejor calidad fue para los oficiales, la de calidad media fue

para los trabajadores y lo que le quedó lo empleó para crearnos a

nosotros,

los campesinos. Tú y yo estamos hechos de retales y tenemos suerte de

seguir vivos. ¿No es cierto, Cuarto Tío? Es como esa vaca tuya, por

ejemplo. Tiene que empujar tu ajo y, para colmo, tiene que cargar también

contigo. Si reduce el paso, recibe una buena ración de tu látigo. Las

mismas normas rigen a todas las criaturas vivas. Por esa razón tienes

que

aguantar, Cuarto Tío. Si lo consigues, serás un hombre, y si no, te

convertirás en un fantasma. Hace unos años, Wang Tai y sus amigos me

hicieron beber mi propia orina, eso fue antes de que Wang Tai llegara al poder, así que apreté los dientes y lo hice. No fue más que un poco de pis, sólo eso. Las cosas por las que nos

preocupamos sólo están en nuestra cabeza. Nos engañamos a nosotros mismos al creer que somos puros.

Esos médicos con sus batas blancas, ¿son puros? Entonces, ¿por qué

comen la placenta? Piénsalo por un momento: vete a saber de qué parte de

la mujer sale eso, lleno de sangre y todo, y sin siquiera lavarla, la cubren con ajo picado, sal, salsa de soja y

más cosas, luego la fríen un poco y se la

comen. El doctor Wu se quedó con la placenta de mi esposa y cuando le

pregunté qué tal sabía, dijo que era como comer una medusa.

Imagínatelo,

¡una medusa! ¿Habías oído alguna vez algo más asqueroso? Así que,

cuando me dijeron que me bebiera mi propio pis, me lo tragué todo, una

botella entera ¿Y qué pasó después?
Pues que seguía siendo el mismo
tipo,

todo seguía en el mismo sitio. El
secretario Huang por entonces no se

bebía su propia orina, pero cuando
años más tarde contrajo cáncer se

comía crudas las víboras, los
ciempiés, los sapos, los escorpiones
y las

avispas, «hay que combatir el fuego

con fuego», decía, pero lo único que consiguió fue prolongar su lucha durante seis meses antes de exhalar su último suspiro.

Sus carros tomaron un recodo donde la carretera cruzaba el erial que se extendía detrás de la aldea Arena Elevada. La zona estaba salpicada de altozanos arenosos sobre los cuales crecían los sauces rojos, los arbustos

índigos, las cañas de cera y los arces. Las ramas y las hojas centelleaban a la

luz de la luna. Un escarabajo pelotero volaba por el aire, zumbando

ruidosamente hasta que aterrizó en la carretera. Cuarto Tío azotó las

posaderas de la vaca con una vara de sauce y volvió a encender su pipa.

Cuando llegaron a una pendiente, el

burro bajó la cabeza y se afanó

en silencio mientras tiraba de su carga. Compadeciéndose de él, Gao Yang

pasó una cuerda por su hombro y le ayudó a tirar. Era una cuesta larga y

empinada. Cuando llegaron a la cima, volvió la mirada para ver dónde

habían estado y se sorprendió, pues parecía que hubiera una serie de

linternas parpadeantes dentro de un pozo profundo. Durante el descenso trató de sentarse, pero cuando vio cómo el burro arqueaba su espalda y cómo sus pezuñas rebotaban por la carretera, se bajó del carro y caminó a su lado para evitar el desastre.

—Cuando lleguemos al final de esa pendiente, estaremos a mitad de camino, ¿verdad? —preguntó Gao

Yang.

—Más o menos —respondió Cuarto Tío con desgana.

Los insectos que se encontraban en los árboles y en los arbustos del camino les saludaban a su paso emitiendo sonidos apagados y lúgubres.

La vaca de Cuarto Tío tropezó y casi se cae al suelo. Una ligera niebla se elevó desde la carretera. Se escuchó

un estruendo en la lejanía, hacia el sur,

y el suelo vibró ligeramente.

—Por ahí va un tren —comentó Cuarto Tío.

—¿Alguna vez has montado en uno, Cuarto Tío?

—Los trenes no se hicieron para personas como nosotros, citando

tus propias palabras —dijo Cuarto Tío—. Quizá la próxima vez nazca

en

la familia de un oficial. Entonces montaré en uno. Mientras tanto, tendré

que contentarme con observarlos desde la distancia.

—Yo tampoco he montado nunca en uno —dijo Gao Yang—. Si el

Anciano que está en el Cielo me sonríe con cinco buenas cosechas, podré

juntar cien yuan para montar en tren.
Probar algo nuevo puede

compensarme por haberme tenido
que arrastrar durante toda la vida
como

si fuera una bestia con forma humana.

—Todavía eres joven —dijo Cuarto
Tío—. Aún hay esperanza.

—¿Esperanza para qué? A los treinta
años ya eres una persona de

mediana edad y a los cincuenta te

plantan en el suelo. Tengo cuarenta y un

años, uno más que tu hijo mayor. El lodo ya se me acumula en las axilas.

—La gente sobrevive a una generación; las plantas sólo duran hasta

otoño. Tienes la sensación de que fue ayer cuando escalabas árboles para

.323

atrapar gorriones y te metías en el

agua para coger peces. Pero antes de que

te des cuenta, ha llegado la hora de morir.

—¿Cuántos años tienes, Cuarto Tío?

—Sesenta y cuatro —respondió—. Setenta y tres y sesenta y cuatro

son los años críticos. Si el Rey del Inframundo no viene a atraparte, vas

derecho por tu propio pie. Hay pocas probabilidades de que pueda comer

la cosecha de miijo de este año.

—No digas eso. Estás lo bastante fuerte y sano como para vivir por

lo menos ocho o diez años más — dijo Gao Yang para animarle.

■—No es necesario que trates de levantarme el ánimo. No tengo

miedo a morir. No puede ser peor que esta vida. Y piensa en todo el

alimento que voy a ahorrar al país — añadió sarcásticamente Cuarto Tío.

—No vas a ahorrar alimento a la nación por morirte, ya que sólo comes lo que cultivas. No eres uno de esos parásitos de la élite.

La luna se escondió detrás de una nube gris, difuminando los

contornos de los árboles que se reflejaban en la carretera e incrementando

la resonancia de los insectos que habitaban en ellos.

—Cuarto Tío, Gao Ma no es un mal hombre. Hiciste bien en darle

permiso para que se casara con Jinju

—dejó caer, arrepintiéndose al

instante, especialmente cuando escuchó Cuarto Tío resoplar con fuerza,

así que trató de cambiar de conversación lo más rápidamente posible—.

¿Has oído lo que pasó con el tercer

hijo de la familia Xiong en el pueblo

Corral de Oveja, el que se fue a estudiar a América? Todavía no había

pasado un año desde su partida y ya se había casado con una chica

americana de cabello rubio y ojos azules. Envió una fotografía a casa y el

anciano Xiong ahora se la enseña a todo aquel con el que se encuentra.

—Las tumbas de sus antepasados están excavadas en una tierra propicia.

Ese comentario hizo que Gao Yang se acordara de la tumba de su madre. Estaba excavada en un terreno elevado, con un río que corría hacia el norte y un canal que avanzaba hacia el este; hacia el sur, se podía ver el

Pequeño Monte Zhou y hacia el oeste se extendía una interminable

llanura. Después pensó en su hijo de dos días, su hijo de enorme cabeza.

Toda mi vida he sido como un ladrillo recién sacado del horno y no puedo

cambiar ahora. Pero el lugar de descanso de mi madre puede ser de

provecho para su nieto y permitirle llevar una vida decente cuando

crezca.

Un tractor pasó resoplando, con las luces delanteras reluciendo y una

montaña de ajo apilada en su remolque. Cuando se dieron cuenta de que la

conversación les estaba retrasando, azuzaron a los animales para que

aceleraran el paso.

Se acercaron a las vías férreas bajo el rojo sol de la mañana. Aunque era

muy temprano, docenas de tractores ya habían formado una fila por delante, todos ellos cargados de ajo.

Su camino estaba bloqueado por una barrera de paso a nivel que se

encontraba en el lado norte de las vías. Una larga hilera de carros tirados

por bueyes, burros, caballos y humanos, además de los tractores y los

camiones, serpenteaba a sus espaldas, mientras toda la cosecha de ajo

procedente de cuatro municipios era arrastrada como un imán hacia la

capital del Condado. El sol mostraba la mitad de su cara enrojecida, y

dibujaba un contorno negro mientras ascendía por encima del horizonte y

caía bajo la marquesina de una nube blanca cuya mitad inferior estaba

teñida de rojo pálido. Ante ellos se extendían cuatro vías férreas brillantes

que iban de este a oeste. Una locomotora verde que se dirigía hacia el este,

lanzando humo blanco y rasgando el cielo con su estridente silbido, pasó a

toda velocidad, seguida de una procesión de vagones de pasajeros y de los

rostros inflados de los miembros de la clase alta asomándose por las ventanas.

Un hombre de mediana edad que sujetaba una bandera roja y verde de precaución estaba situado junto a la barrera bajada. Su

rostro también era redondo y rollizo. ¿Es que toda la gente de la élite que trabajaba en los ferrocarriles tenía el rostro inflado? El suelo todavía

vibraba después de que el tren hubiera pasado y su burro se estremeció

por los terribles chillidos que emitía el silbato del tren. Gao Yang, que

había tapado los ojos del animal, dejó caer sus manos y miró al guardia que

llevaba la bandera de precaución mientras levantaba la barrera con la

mano que le quedaba libre. Los

vehículos empezaron a atravesar las
vías

antes de que la barrera estuviera
completamente subida. La estrecha

carretera sólo podía albergar una
doble fila, y Gao Yang se quedó con
los

ojos abiertos mientras los carros
tirados a mano y más manejables y
las

bicicletas pasaban delante de él y de
Cuarto Tío. La tierra se levantó

rápido al otro lado de las vías férreas, donde su camino se

entorpeció todavía más por culpa de la superficie pedregosa de la

carretera, que estaba en pleno proceso de reparación. Los carros, que se

.325

afanaban por ascender la cuesta, se agitaban y traqueteaban por el

esfuerzo, y obligaban a los conductores a bajarse y a guiar cuidadosamente

a los animales sujetándolos por las bridas para enderezar los carros entre

la arcilla y la dorada arena.

Al igual que antes, Cuarto Tío encabezó la marcha. Gao Yang

observaba cómo el humo ascendía por su cuerpo y advirtió que su rostro

estaba tan negro como el extremo de una sartén mientras se afanaba por

guiar a su vaca, sujetando la cuerda con la mano izquierda y una vara de

sauce con la derecha. «¡Vaaamos, avanza!», vociferó mientras agitaba la

vara por encima del trasero del animal sin llegar a tocarlo. En la comisura

de los labios de la vaca se formaron

algunas burbujas espumosas; su respiración era profunda y áspera; sus ijadas se agitaron y se contornearon,

probablemente debido a las piedras que le cortaban las pezuñas.

La bola roja del sol y unas cuantas nubes desgarradas eran todo el escenario que el cielo podía ofrecer; una carretera desvencijada y docenas de carros cargados de ajo

configuraban un espectáculo terrenal.
Gao Yang

nunca había formado parte de
semejante comitiva y se sentía tan
aturdido

que no despegó los ojos de la nuca
de Cuarto Tío ni un momento, y no

dejó que su mirada se apartara de
ella ni un milímetro. Su pequeño
burro

parecía bailar sobre unas pezuñas
que se cortaban sin misericordia por

las

afiladas piedras; su pezuña izquierda iba dejando un rastro de sangre

oscura sobre las blancas piedras. El pobre animal se veía obligado a ir de

un lado a otro por los bandazos que daba el eje, pero Gao Yang estaba

demasiado decidido a seguir avanzando como para sentir compasión por

él. Nadie se atrevía a reducir el

paso, por temor a que la criatura
infracriatura que había tras ellos
pudiera intentar aprovecharse de la
situación.

Una explosión, como si fuera una
granada de mano, se escuchó a su

izquierda, y asustó a todos los
humanos y bestias por igual. Gao
Yang se

estremeció. Giró la cabeza hacia el
lugar de donde procedía el sonido y

observó que un carro había reventado un neumático, cuya cámara roja

había quedado extendida sobre el caucho negro. Dos mujeres jóvenes,

aproximadamente de la misma edad, tiraban del carro. La cabeza de la que

era un poco más mayor tenía la forma del tronco de un árbol y estaba

invadida de marcas de acné. Su

enjuta acompañante tenía un atractivo rostro ovalado con, lamentablemente, un ojo ciego. Gao Yang suspiró. El ciego Zhang Kou lo explicó mejor que nadie: hasta una belleza famosa como la de Diao Zhan tenía cicatrices de la viruela, algo que simplemente

demuestra que la belleza perfecta no existe. Las dos mujeres se quedaron mirando el neumático reventado y se

retorcieron las manos, mientras los que estaban detrás de ellas gritaban y maldecían para que se pusieran de nuevo en marcha. Tropezando y con mucho esfuerzo, empujaron el carro hacia el cenagoso arcén de la carretera, mientras los demás se acercaban rápidamente.

Eso hizo que comenzara una epidemia de reventones: un tractor de

cincuenta caballos de potencia
perdió algunos de ellos en una
ensordecedora explosión que hizo
que las ruedas metálicas se hundieran
profundamente en la carretera y que
el tractor casi volcara. Un grupo de
oficiales permanecía impotente frente
a un amasijo de caucho inservible,
mientras que el conductor —un joven
cuyo sudoroso rostro estaba
ennegrecido por el barro— sujetaba

una enorme llave mecánica y lanzaba
insultos contra la madre de todo
aquel que trabajara en el
Departamento
de Transportes.

.327

Ascendieron por una pendiente y
después bajaron por el otro lado.

Tanto en el ascenso como en el
descenso se vieron entorpecidos por
la

misma superficie empedrada: dientes mellados y colmillos de lobos que se les clavaban en los talones. Los frecuentes reventones provocaban una

sucesión de atascos y Gao Yang rezaba en silencio: «Anciano que estás en

el Cielo, por favor cuida de mis neumáticos y no permitas que estallen».

Al fondo de la última colina tomaron la autopista que iba de este a oeste, donde una banda de hombres ataviados con un uniforme gris y gorras de visera ancha permanecía esperando a que se abriera el semáforo.

A los carros cargados de ajo que llenaban la carretera se les unió una corriente de rezagados que emergió del sur. Cuarto Tío le informó de que

tanto ellos como todos los demás se dirigían hacia los nuevos almacenes frigoríficos del Condado que se encontraban en el este.

Después de haber viajado varios cientos de metros por la autopista, el paso se vio bloqueado por los carros que avanzaban delante de ellos.

Ahí fue cuando los hombres ataviados con el uniforme gris y

pequeñas

mochilas de plástico en mano se pusieron en acción. Sus insignias les identificaban como empleados de la estación de control de tráfico.

Gao Yang sabía por propia experiencia que los controladores de tráfico se ocupaban de los vehículos a motor; así que cuando uno de ellos, un imponente joven vestido de gris, le bloqueó el paso, mochila negra en

mano, no se percató de que se dirigía a él e, incluso, le dedicó una sonrisa amistosa, aunque bastante estúpida.

El joven de expresión pétrea anotó algo en un pedazo de papel, se lo entregó a Gao Yang y dijo:

—Un yuan.

Cogido por sorpresa, y sin estar seguro de qué iba el asunto, Gao

Yang sólo pudo quedarse mirando.

El hombre de gris agitó el pedazo de papel delante de él.

—Dame un yuan —dijo fríamente.

—¿Para qué? —preguntó Gao Yang ansiosamente.

—Es el peaje que hav que pagar por usar la autopista.

—¿Con un carro tirado por un hurro?

—Aunque fuera un carro tirado a mano.

—No tengo dinero, camarada. Mi esposa acaba de dar a luz y me he gastado hasta el último céntimo.

—Te digo que me pagues. Sin uno de éstos —dijo agitando el pedazo de papel en el aire—, sin uno de éstos, la cooperativa de mercado no te va a comprar el ajo.

—Sinceramente, no tengo dinero —insistió Gao Yang mientras

daba la vuelta a los bolsillos—.
Mire, ¡no hay nada!

—En ese caso, te voy a quitar una parte del ajo. Dos kilos.

—Dos kilos valen tres yuan, camarada.

—Si consideras que no es justo, entonces dame el dinero.

—¡Eso es chantaje!

—¿Me estás llamando chantajista?
¿Acaso piensas que me gusta

hacer esto? Es una orden del Estado.

—Muy bien, si es una orden del Estado, entonces, adelante.

El hombre recogió un montón de ajo y lo metió en una cesta que

había detrás de él, ayudado por dos muchachos, y colocó el pedazo de

papel con el sello rojo oficial en la mano de Gao Yang.

El controlador de tráfico se dirigió a continuación a Cuarto Tío, que

le entregó dos billetes de cincuenta fen. También le extendieron un

pedazo de papel blanco con un sello rojo.

Cuando la cesta estuvo casi llena los muchachos la recogieron y se

dirigieron tambaleando hacia la estación de control de tráfico, donde se

encontraba aparcado un camión. Dos hombres de blanco, que tenían

aspecto de ser peones, se apoyaban contra el parachoques con los brazos cruzados.

Al menos veinte hombres ataviados con uniforme gris se encargaban de la tarea de entregar los papeles que sacaban de sus mochilas negras. Se

produjo una discusión entre uno de ellos y un joven vestido con un chaleco rojo que expresaba su

opinión:

—¡Vosotros, atajo de bebés salidos de un coño, sois peor que

cualquier hijo de puta que conozco!

El controlador de tráfico le abofeteó tranquilamente en la cara sin

mover una pestaña.

—¿Quién te crees que eres, golpeándome de esa manera? —gritó el

joven del chaleco rojo.

—Ha sido una palmada cariñosa —
respondió el controlador de

tráfico con la voz relajada—.

Escuchemos qué más tienes que
decir.

El joven se precipitó sobre el
controlador, pero fue contenido por

dos hombres de mediana edad.

—¡Basta ya, basta ya he dicho! Dale
lo que quiere y mantén la boca

cerrada.

Dos policías vestidos con un uniforme blanco, que estaban to-

mándose un descanso para fumar un cigarro debajo de un álamo, ig-

noraron la escena completamente.

¿Qué está sucediendo?, pensaba Gao Yang. Pues claro que son unos

bebés salidos del coño. ¿Qué se creen que son, bebés salidos del culo? La

cruda realidad puede que no suene demasiado agradable, pero no por ello

deja de ser cierta. Se felicitó por no haber cometido una tontería como

ésta, aunque la idea de perder todo el jugoso ajo casi le rompe el corazón.

Lanzó un profundo suspiro.

Por aquel entonces, la mañana ya tocaba a su fin y el carro de Gao

Yang tirado por un burro no había

avanzado ni un milímetro. La
carretera

estaba llena de vehículos que iban en
ambas direcciones. Cuarto Tío le

había enseñado que el almacén
frigorífico —donde se compraba el
ajo—

se encontraba a algo más de un
kilómetro hacia el este. Estaba
deseando

verlo por sí mismo, atraído por los
gritos, las discusiones y otros

indicios

de actividad frenética, pero no se atrevía a moverse de donde estaba.

Cuando advirtió los primeros síntomas de hambre, Gao Yang sacó

un fardo de paño de su carro y lo abrió para extraer una tortita y medio

pedazo de verduras en escabeche; lo ofreció primero a Cuarto Tío a modo

de cortesía, y luego dio el primer mordisco una vez que su oferta fue

rechazada. Cuando había comido aproximadamente la mitad, Gao Yang cogió cinco tallos de ajo de su carga, pensando que debía considerarlos parte del peaje por la autopista. Su textura crujiente y su sabor dulce fueron el complemento perfecto para su comida.

Todavía se encontraba comiendo cuando otro hombre de uniforme y gorra de visera ancha apareció y le

bloqueó el paso, dándole un susto de muerte. Gao Yang cogió rápidamente su pedazo de papel, lo agitó delante del hombre y dijo:

—Ya he pagado, camarada.

—Ese papel es el de la estación de control —dijo el hombre después de echar una ojeada por encima—. Necesito cobrar un impuesto de mercancía de dos yuan.

Esta vez, la primera sensación que invadió a Gao Yang fue la ira.

—Todavía no he vendido un solo tallo de ajo —dijo.

—Una vez que lo hayas hecho, no te vas a quedar por aquí para pagarlo —dijo el oficial de intercambio de mercancía.

—¡No tengo dinero! —respondió Gao Yang malhumoradamente.

—Escúchame —dijo el hombre—.

La cooperativa no te va a

comprar el ajo sin ver el justificante de pago del impuesto.

—Camarada —dijo Gao Yang, moderando su actitud—. Lo digo en serio. No tengo dinero.

—Entonces dame tres kilos de ajo.

Ese sorprendente giro de los acontecimientos hizo que Gao Yang

estuviera a punto de echarse a llorar.

—Camarada, este poco de ajo es todo lo que tengo. Tres kilos aquí,

dos kilos allá y dentro de poco ya no me quedará nada. Tengo esposa e

hijos y éste es todo el ajo que he podido cosechar, trabajando día y noche.

Por favor, camarada.

—Es la política del gobierno —dijo el hombre compasivamen-

te—.Tienes que pagar un impuesto cuando se trata de comerciar con bienes de consumo.

—Si es la política del gobierno, entonces adelante, coge lo que quieras —masculló Gao Yang—. Impuestos imperiales por el grano, impuestos nacionales... Están acabando conmigo,y no puedo levantar la mano para defenderme...

El oficial de comercio de bienes de consumo cogió un puñado de ajo

y lo depositó en la cesta que había detrás de él. Una vez más, dos

muchachos que parecían marionetas movidas por una cuerda estaban a

cargo de la cesta. Mientras Gao Yang miraba cómo su ajo se arrojaba

dentro de la canasta, le empezó a doler la nariz y dos enormes lágrimas

resbalaron por el rabillo de sus ojos.

A mediodía el sol abrasador agotó la energía de Gao Yang y de su

burro, que levantó lánguidamente la cola y soltó una docena aproximada

.331

de excrementos. Eso hizo que se acercara el hombre del uniforme gris y la

gorra con la visera ancha, que anotó algo en un pedazo de papel y se lo

entregó a Gao Yang.

—Una multa de dos yuan por arrojar desperdicios —dijo.

Otro hombre, éste vestido con uniforme blanco y una gorra de ala

ancha, apareció, anotó algo en un pedazo de papel y se lo entregó a Gao

Yang.

—Como inspector de sanidad, le impongo una multa de dos yuan.

Gao Yang se limitó a mirar a los

inspectores de medioambiente y
de sanidad.

—No tengo dinero —les dijo
dócilmente—. Cojan un poco de
ajo.

La noche caía lentamente

mientras Gao Yang y Cuarto Tío por
fin alcanzaron el puesto de compra

que se encontraba delante de los
almacenes refrigerados. Dos

operarios,

cuyos rostros resplandecían como unas brasas apagadas, manipulaban la

báscula. Después de anunciar los pesos fríamente, los operarios que

manejaban la báscula anotaron con un bolígrafo las cantidades en sus

libros de recibos. Gao Yang comenzó a sentir un sudor frío cuando vio a

todos los hombres de uniforme que había patrullando la zona.

—Bueno, lo hemos conseguido — comentó aliviado Cuarto

Tío.

—Sí, lo hemos conseguido —repitió Gao Yang.

Cuarto Tío era el siguiente en la fila, por delante de Gao Yang, y la

mirada de ansiedad e ilusión que asomaba en su rostro hizo que el

corazón de éste latiera con fuerza y lo hizo todavía más cuando observó al

inspector de pie junto a la báscula.

Un hombre de uniforme que llevaba en la mano un megáfono se

subió a una mesa roja.

—Atención, campesinos —anunció—. El almacén ha suspendido

temporalmente la adquisición de ajo. Cuando estemos prepara-

dos para abrir de nuevo, se lo notificaremos a las cooperativas locales y

ellas os lo comunicarán a vosotros.

Gao Yang se sintió como si le hubieran dado un porrazo. La cabeza

le daba vueltas y tuvo que agarrarse al lomo del burro para no caer al suelo.

—¿Eso es todo? —gritó Cuarto Tío—. ¿Dejan de comprarnos el ajo

justo cuando llego a la báscula?

¡Llevo en la carretera desde
medianoche,

casi veinticuatro horas!

—Idos a casa, campesinos. Cuando
tengamos espacio en el almacén,

os lo haremos saber.

—¡Vivo a veinticinco kilómetros de
distancia! —se quejó Cuarto

Tío, con la voz partida.

El operador de la báscula se puso de

pie, ábaco en mano.

—Camarada, he pagado un impuesto por la autopista y otro por

comerciar con bienes de consumo...

—dijo Cuarto Tío.

—Guardad los recibos. Os valdrán para la próxima vez. Ahora idos

todos a casa. Trabajamos día y noche. En cuanto esta carga se haya

almacenado convenientemente, volveremos a abrir.

La gente empezó a empujar, gritando, chillando, vociferando, maldiciendo.

Sujetando el megáfono, el hombre se bajó de la mesa y, agachado, corrió como un loco. La puerta de acero se cerró de golpe justo cuando un

joven de tez morena se subió a la mesa roja y gritó a pleno pulmón:

—¡Maldita sea! Tenéis que ir por la

puerta trasera para arrasar con todo, aunque sea un crematorio. ¿Qué posibilidades tenemos de vender nuestro ajo?

Luego se bajó de la mesa y desapareció entre las pilas de ajo.

Su lugar fue ocupado por un joven de rostro cubierto de granos que gritó:

—¡Vosotros, los que os escondéis

dentro del almacén, voy a empalar
a vuestra madre con mi polla!

Se escuchó el sonido de las risas.

Alguien quitó el gancho a la báscula
y la agitó sobre la puerta de

acero galvanizado del almacén.

¡Clang! Cuando la multitud golpeó la

báscula y destrozó la mesa, un
anciano salió precipitadamente del

almacén.

—¿Qué es esto, una revuelta?

—¡Atrapad al viejo cabrón!

¡Golpeadle! ¡Su hijo, Pocky Liu, del

Departamento de Comercio, le paga
al viejo cabrón cien yuan al mes por

ser el portero!

—¡Golpeadle, golpeadle,

GOLPEADLE!

.333

Los hombres se precipitaron sobre la

puerta y la golpearon con los puños.

—Salgamos de aquí, Cuarto Tío —
apremió Gao Yang—. Una cosa
es no vender nuestro ajo y otra es
meterse en problemas.

—¡Me gustaría subirme allí y darles
una paliza!

—Vamos, Cuarto Tío, salgamos de
aquí. Si nos dirigimos al este,

llegaremos al lado norte de las vías férreas.

Dicho eso, Cuarto Tío dio la vuelta al carro y se dirigió hacia el este, seguido de cerca por Gao Yang, que guiaba a su burro.

Después de unos cuantos cientos de metros, se giraron y vieron que

había fuego delante de la puerta del almacén. Un hombre de piel roja

arrancó el cartel y lo arrojó a las

llamas.

—El almacén frigorífico en realidad se llama «almacén de tem-

peratura controlada» —informó Gao Yang a Cuarto Tío—. Eso es lo que

decía el cartel.

—¿A quién coño le importa cómo se llama? —replicó Cuarto Tío—.

¡Ojalá se quemase entero!

Todavía estaban observando cuando

la puerta se desplomó y la

multitud entró precipitadamente en el recinto. La luz temblorosa de las

llamas bailaba sobre el rostro de los presentes, aunque desde la distancia.

Una serie de gritos estremecedores llegó hasta Gao Yang y Cuarto Tío,

eso y el sonido de los cristales hechos añicos.

Una berlina negra apareció por el este.

—¡Las autoridades! —dijo Gao Yang alarmado mientras el au-

tomóvil chirriaba al frenar cerca del fuego y sus ocupantes se bajaban de

él. Inmediatamente fueron empujados hacia la cuneta mientras la multitud

golpeaba el techo del coche con palos y el aire se llenaba de batacazos

sordos.

Entonces, alguien extrajo del fuego

un tronco ardiendo y lo lanzó
contra el asediado vehículo.

—¡Salgamos de aquí, Cuarto Tío! —
insistió Gao Yang.

Cuarto Tío, que empezaba a
compartir el temor de Gao Yang,

golpeó con su vara el trasero de la
vaca.

Mientras avanzaban por la carretera,
escucharon una fuerte ex-

plosión a sus espaldas y, cuando se dieron la vuelta para mirar, con-

templaron una columna ardiente que ascendía por el aire y se elevaba por

encima del edificio mientras iluminaba el área en varios kilómetros a la

redonda. Sin estar seguro de lo que sentía, si éxtasis o terror, Gao Yang

escuchó los latidos de su propio corazón y sintió un sudor frío en las

palmas de las manos.

Los dos hombres rodearon la capital del Condado y cruzaron las vías férreas antes de que Gao Yang lanzara un suspiro de alivio, cuando por fin se sintió como si hubiera escapado de las fauces de un lobo. No podía asegurar si Cuarto Tío compartía sus sensaciones. Si escuchaba atentamente, todavía podía oír la

algarabía procedente del almacén.

Después de dirigirse hacia el norte durante aproximadamente un

kilómetro, escucharon el traqueteo de un motor diésel y el salpicar del

agua un poco hacia el este de la carretera, donde se hacía visible el anillo

de pálida luz que emitía una lámpara. El sonido del agua recordó a Gao

Yang lo sediento que estaba. Cuarto

Tío debe sentirse igual, pensó, ya que

no ha comido ni bebido nada en todo el día.

—Vigila mi carro, Cuarto Tío, mientras consigo un poco de agua.

Los animales tienen que comer y beber, ya que todavía nos queda un largo

camino por delante.

Frenando a su vaca mientras asentía

en silencio, Cuarto Tío dejó el
carro junto a la carretera, mientras
Gao Yang sacaba una cubeta de
metal

y se dirigía hacia la luz, hasta que
encontró rápidamente una estrecha
senda entre los tallos de maíz, cuyas
hojas le rozaban las piernas y la
cubeta. La luz de la lámpara era
tenue, aunque pudo
adivinar que su manantial

probablemente se encontraba a sólo un par de

pasos de la carretera, si bien no sería fácil llegar hasta él. El sonido del

motor diésel y del agua salpicando permanecía constante, como si

estuviera eternamente lejos de su alcance. Cuando llegó a un punto del

camino, éste simplemente desapareció, obligándole a penetrar por el

campo, con cuidado de no pisar los tallos. No tardó en advertir la

diferencia que había entre el suelo rico que se extendía bajo sus pies y el

lodo pobre en minerales que había en su hogar, lejos de la capital. Unos

instantes después, la senda volvió a aparecer y, unos pasos más adelante,

se ensanchó lo suficiente como para poder meter un pequeño carro. Una

serie de zanjas superficiales la separaba de la tierra de cultivo, que

.335

desprendía una aromática mezcla de algodón, cacahuetes, maíz y sorgo.

De cada uno de ellos emanaba una fragancia característica.

De repente, la intensidad de la luz de la lámpara aumentó con-

siderablemente y los sonidos del motor diésel y del agua burbujeando

se

hicieron más notorios y claros.

Contemplar su propia sombra hizo que

Gao Yang fuera consciente de su propia timidez, aunque siguió

avanzando hacia la lámpara, colgada de un poste de madera que se

levantaba junto a un motor diésel rojo de doce caballos montado sobre

cuatro postes de madera clavados en

el camino. La correa del ventilador no parecía estar girando, pero sabía que no era más que una ilusión óptica, ya que el brillante pasador metálico seguía avanzando y emitiendo un chasquido. El agua clara surgía a través de una gruesa manguera de plástico enterrada en un pozo que la impulsaba a través de una bomba. Un par de zapatos deportivos colocado

sobre una lámina de plástico era la única señal de vida que encontró, incluso cuando entornó los ojos para ver mejor. El aire estaba cargado con el aroma del maíz joven.

—¿Quién anda ahí? —salió una voz de la oscuridad.

—Sólo un transeúnte que necesita un poco de agua —respondió.

El crujido de los tallos de maíz precedió a la aparición de un hombre

alto y fornido que llevaba una azada sobre el hombro. Se acercó a la

bomba y se lavó los cenagosos pies en el agua y luego enjuagó la azada. La

luz de la lámpara relucía en las gotas de agua que escurrían del filo.

Después de saltar por encima del canal de riego, el hombre se apoyó sobre su azada y dijo:

—Adelante, bebe toda la que

quieras.

Gao Yang avanzó unos pasos, se arrodilló y metió la boca en la

intensa corriente de agua, que le entumeció los labios y casi le hace

atragantarse. Cuando no pudo beber una gota más, se lavó la cara, llenó la

cubeta y la llevó hacia la lámpara.

El hombre le observaba atentamente, así que le devolvió el favor.

Era un joven bien proporcionado que llevaba una camisa de manga

corta y un par de pantalones de uniforme. Se inclinó para desabrochar un

reluciente reloj que colgaba de su cinturón y se lo puso en la muñeca mientras miraba la hora.

—¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Vendiendo mi ajo. No he bebido una gota de agua en todo el día.

El sonido del agua que bebías era como una música maravillosa.

—¿De qué ciudad eres?

— De Gaotong.

—Eso está muy lejos de aquí. ¿Tu cooperativa local no montó un puesto de compra?

—Están demasiado ocupados vendiendo fertilizante como para preocuparse de esas cosas.

El joven se echó a reír.

—Eso es normal. Hoy en día, todo el mundo quiere hacerse rico.

¿Cómo fue la venta?

—No muy bien. Cuando llegó nuestro turno, nos dijeron que el

almacén estaba lleno y que por ahora no se iba a comprar más ajo. Si

fueran a volver a abrirlo mañana, pasaría allí la noche en lugar de regresar

a casa. ¡Pero quién demonios sabe si las básculas volverán a funcionar este

mes o siquiera este año!

Luego contó el resto, no lo pudo evitar.

—Se ha producido un tumulto —dijo—. Han destrozado las

básculas, han prendido fuego a la mesa, han roto las ventanas e, incluso,

han incendiado un vehículo oficial.

—¿Quieres decir que las masas han empezado una revuelta?

—preguntó el joven con excitación.

—No sé si será una revuelta —
respondió Gao Yang con un sus-

piro—, pero seguro que era un
tumulto. A algunos no parecía
importarles

lo que les pudiera suceder.

—Mi padre y uno de mis hermanos fueron a la ciudad a vender

nuestro ajo. Me pregunto si estarán bien.

La mirada de Gao Yang se posó en los dientes blancos y uniformes

del joven, y estaba seguro de que trataba de disimular su acento del norte.

—Tienes algo especial, Hermano Mayor —comentó—. Créeme.

—Estoy en el ejército, nada especial
—respondió el joven.

—Veo que eres un hombre decente.
Por muy mal que te haya

tratado la vida, sigues viniendo a
ayudar a tu padre. Eso me dice que
estás

destinado a tener un brillante futuro.

.337

El joven sacó un paquete de
cigarrillos, que parecían una flor

fresca

bajo la luz de la lámpara. Ofreció uno a Gao Yang.

—No fumo —dijo Gao Yang—, pero un amigo mío me está es-

perando en la carretera y estoy seguro de que nunca ha fumado un cigarrillo como éste.

Se lo colocó por detrás de la oreja, cogió su balde y dirigió los pasos

hacia la carretera.

—¿A dónde fuiste a por agua, al mar de la China? —protestó Cuarto

Tío. El burro permanecía de pie estúpidamente y la vaca de Cuarto Tío

estaba tumbada junto al carro.

—Toma, te he traído agua —dijo Gao Yang—. Yo me ocuparé de los animales.

Enterrando el rostro en la cubeta,
Cuarto Tío bebió su contenido,

luego se puso de pie y eructó varias
veces. Gao Yang sacó el cigarrillo
de

detrás de la oreja y se lo entregó.

—He conocido a alguien especial —
afirmó—. Dijo que no era más

que un soldado, pero enseguida me di
cuenta de que era un oficial.

Cuando me ofreció un cigarrillo, le

dije que no fumaba, pero te lo he traído para ti.

Cuarto Tío lo aceptó y lo sujetó por debajo de la nariz.

—Tiene un olor muy normal.

—Vino a ayudar a su padre en el campo, aunque sea un oficial. No

está mal, ¿verdad? Hoy en día, la mayoría de la gente está impaciente por

desprenderse de su aspecto de mendigo y pisotear a la persona que tiene al

lado. Mira a nuestro propio Wang Tai. Pretende hacernos creer que ni siquiera nos conoce. ¿Ya no quieres más? —preguntó Gao Yang—. Voy a dar de beber a la vaca.

—Empieza por el burro. Mi vaca no va a rumiar sus alimentos. Me temo que se encuentra enferma. Está

preñada y si, además de no vender el
ajo, la pierdo a ella, estoy acabado.

El burro, después de tomar un sorbo
de agua, comenzó a resollar,

pero Gao Yang se acercó a la vaca,
que trató de ponerse de pie, aunque
no

pudo conseguirlo sin la ayuda de
Cuarto Tío. Una luz azulada emergió
de

sus grandes y tristes ojos. Gao Yang

sujetó la cubeta por debajo de la nariz

del animal, pero éste sólo dio un par de lametazos superficiales antes de

levantar la cabeza y mojarse los labios y la nariz con su larga lengua.

—¿Eso es todo lo que va a beber? — preguntó Gao Yang.

—Es exigente. La única manera de que Cuarta Tía le haga beber es

espolvoreando un poco de salvado

por encima del agua.

—Todos queremos llevar una vida cómoda, incluso las vacas —dijo

Gao Yang sarcásticamente—. No hace muchos años los seres humanos podíamos pasar sin salvado, por no hablar de las vacas.

—No te entretengas y da de beber a tu burro.

El burro tensó los músculos mientras lamió hasta la última gota de la

cubeta y, a continuación, sacudió la cabeza para indicar que quería más.

—Pongámonos en marcha —dijo Cuarto Tío—. Los animales

caerán enfermos si no sudan después de beber agua fría.

—¿Cuánto te costó, Cuarto Tío?

—Novecientos treinta, sin contar los impuestos.

—¿Tanto? —Gao Yang chasqueó la lengua—. Podrías cubrirla de la

cabeza a las patas con tantos billetes.

—Hoy en día el dinero no vale nada

—dijo Cuarto Tío—. El cerdo

ha subido sesenta fen en seis meses:
¡está a noventa fen el kilo! No

podemos permitirnos más que unos
pocos kilos al año.

.339

—Pero te las arreglas bien, Cuarto
Tío, desde que puedes contar con

un ternero al año. Si el primero es una hembra, todavía mejor. Criar vacas

es mucho mejor que plantar ajo.

—Sólo ves el lado bueno de las cosas —protestó Cuarto Tío—.

¿Acaso te crees que lo único que necesita una vaca es el viento del noroeste? ¿De dónde te crees que viene el heno y el puré?

Su conversación fue languideciendo

a medida que avanzaba la

noche. Los dos carros se balanceaban ligeramente de un lado a otro. Gao

Yang, agotado, saltó sobre su carro —para desgracia del burro— y se

sentó, apoyando la espalda contra la barandilla. Los párpados le pesaban,

pero se obligó a permanecer despierto. En ese momento atravesaban un

suelo arenoso; el follaje que crecía a los lados de la carretera no había cambiado desde la noche anterior, salvo por el hecho de que la ausencia de la luna impedía que las hojas brillaran. Los agudos sonidos de las cigarras y de los grillos tampoco habían cambiado un ápice, y eran igual de interminables que antes.

Otra pendiente hizo que el burro

tuviera que hacer un esfuerzo aún mayor y comenzara a sonar como un anciano asmático. Gao Yang bajó del carro y caminó por la carretera, aligerando un poco la carga al animal.

Cuarto Tío permaneció en su carro y dejó que la vaca preñada tirara de él por la pendiente, aunque para ello tuviera que hacer un enorme esfuerzo,

algo que no le pasó inadvertido a Gao Yang. Pensé que tenía un corazón

más piadoso, meditó, recordándose a sí mismo que en adelante quería

tener que ver lo menos posible con personas como él.

Aproximadamente a mitad de la pendiente, la luna hizo su aparición

en el cielo oriental, iluminando apenas las tierras bajas que se

extendían en

la distancia. Gao Yang conocía suficientemente bien las leyes de la naturaleza como para saber que la aparición de la luna aquella noche se produjo un poco más tarde que la noche anterior, y que la luna de esa noche era un poco más pequeña. Tenía un color amarillento, con un toque rosáceo: una media luna agujereada, cetrina, ligeramente

rosácea,

frágil, turbia, débil y somnolienta, un poco más pequeña que la de la noche

anterior y un poco más grande que la que saldrá mañana. Sus rayos eran

tan débiles que parecían no ser suficientes para cubrir la arenosa colina, el

follaje y la autopista. Dio una palmada al burro en la sudorosa cresta de su

lomo; las ruedas giraban lentamente sobre sus ejes, chirriaban y

protestaban por la falta de grasa. De vez en cuando, Cuarto Tío cantaba

una estrofa de alguna obscena tonada popular, luego se detenía en seco,

sin seguir ningún patrón aparente. En realidad, los rayos de luna llegaban

hasta ellos, ¿qué podía ser sino la luna la que bailaba sobre las hojas

que

había a su alrededor? Si no fuera la luz de la luna brillando sobre las alas de

los grillos como pedazos de cristal, ¿qué otra cosa podía ser? ¿Quién

podría negar que el cálido aroma de la luz de la luna estaba mezclado con

el frío hedor del ajo? Una pesada niebla se cernía sobre la tierra baja; una

ligera brisa barría la vegetación.

Cuarto Tío comenzó a maldecir, aunque era difícil decir si estaba insultando a algo o a alguien.

—Tú, hijo de una puta, prole de una perra, en cuanto te pones los calzoncillos piensas que eres una persona respetable.

Gao Yang no sabía si reír o llorar.

Justo entonces, dos rayos de luz

cegadores que procedían de la cima de la colina se precipitaron sobre ellos —primero altos, luego bajos, primero a la izquierda, luego a la derecha, como si fueran un par de tijeras

dentadas moviéndose a través de un pedazo de tela—, seguidos por el acuciante rugido de un motor. Gao Yang pasó los brazos alrededor de la fría y sudorosa cabeza de su burro y

le dio un em- pujoncito para que

llevara el carro a un lado de la
carretera. Envuelta en los rayos de
luz, la

vaca de Cuarto Tío parecía un
huesudo conejo. Bajó del carro,
agarró los

arreos y la guió hacia la cuneta.
Ambos parecieron desintegrarse
entre los

rayos de luz.

Lo que sucedió a continuación fue una broma pesada, un sueño, una cagada, un verdadero fastidio.

Gao Yang más tarde recordó que el coche se precipitó sobre ellos como una avalancha, emitiendo ruidos violentos y atronadores, mientras

la oscuridad se tragó la vaca de Cuarto Tío, su carro, su ajo y a él mismo.

Paralizado y con los ojos abiertos de par en par, Gao Yang vio dos rostros de mediana edad congelados detrás de un parabrisas: uno gordo, hinchado y sonriente; el otro delgado y retorcido en una mueca. Gao Yang y su burro estaban casi asfixiados por el calor del vehículo.

.341

Recordó haber visto cómo el coche se abalanzaba sobre ellos,

escuchar el mugido de la vaca de
Cuarto Tío y ver cómo pasaba sus
brazos

alrededor del cuello del animal. La
cabeza de Cuarto Tío se encogió de

tamaño hasta parecer un diminuto
abalorio metálico que reflejaba una
luz

amarilla y azul. Cuarto Tío, cuyos
ojos no eran más que unas pequeñas

aberturas y su boca un enorme

agujero abierto, tenía un aspecto aterrorizado y patético. La luz blanca brillaba a través de sus prominentes orejas. De forma lenta e inevitable, el parachoques del automóvil golpeó contra la vaca y contra las piernas de Cuarto Tío, que impulsó su torso hacia delante un segundo antes de volar por los aires, con los brazos extendidos como si fueran alas y la camisa agitándose a su espalda como

si

se tratara de las plumas de la cola.
Cuarto Tío aterrizó en una montaña
de

cañas de cera. Su vaca, mientras
retorcía su cuello, se cayó al suelo
de

panza. El coche siguió avanzando.
Después de empujar la vaca y el
carro

durante unos metros, pasó por encima
de ellos.

¿Y luego qué? El hombre gordo gritó: «¡Salgamos de aquí!». El

hombre enjuto trató de dar marcha atrás, pero no pudo. Pisando a fondo

el pedal, consiguió retroceder.

Después giró el coche, pasó junto al lugar

donde se encontraba Gao Yang con su burro y bajó a toda velocidad por

la colina, dejando un reguero de agua que salía de su agujereado radiador:

un viaje húmedo, chorreante y breve.

Con sus brazos todavía colocados alrededor de la cabeza de su

burro, Gao Yang trató de comprender qué había sucedido. Se incorporó y

sintió su propia cabeza. Todavía estaba entero. Nariz, ojos, orejas, boca:

todo estaba en su sitio. A continuación examinó la cabeza del burro;

también estaba todo bien, salvo sus orejas, que se habían congelado de frío. Entonces, se vino abajo y lloró como un niño.

Capítulo 15

Puntea el erhu de dos cuerdas y causa en mí gran regocijo, canta algo

que hable del brillante Comité Central del partido. La Tercera Sesión

*Plenaria ha tomado el rumbo
adecuado: ¡Ancianos y hermanos,
enriqueceos con el ajo, rehaceos!*

Canción de felicitación entonada por
Zhang Kou durante el primer mes

lunar de 1987, en el jubiloso
banquete nupcial del tercer hijo de
Wang

Mingniu en el Bazar Qingyang (Zhang
Kou, borracho como una cuba,

durmió durante tres días seguidos en

casa de Wang).

Durante la segunda noche de su encarcelación, Cuarta Tía soñó que Cuarto Tío, envuelto en sangre, se encontraba de pie junto a su cama.

—¿Por qué no intentas limpiar el nombre de tu marido y vengar su muerte en lugar de sentarte a engullir comida precocinada y a disfrutar de una vida de ocio?

—Esposo —respondió—, ni puedo limpiar tu nombre ni vengar tu muerte porque me he convertido en una criminal.

—Entonces, supongo que no hay nada que hacer —dijo Cuarto Tío

soltando un suspiro—. He guardado doscientos yuan en un hueco que

hay entre la segunda hilera de ladrillos debajo de la ventana. Cuando salgas

de la cárcel, utiliza cien para comprarme una réplica del Tesoro Nacional y

llénala de todo tipo de riquezas. El mundo de la oscuridad funciona igual

que el mundo de la luz: para hacer cualquier cosa tienes que arreglártelas

buscando un atajo, y todo cuesta dinero.

Cuarto Tío levantó el brazo para

limpiarse el ensangrentado rostro,
se dio la vuelta y se alejó lentamente.

El espectro asustó a Cuarta Tía hasta despertarla; su lecho, duro y

áspero como un blindaje, estaba empapado de sudor frío. La imagen

siniestra y sangrienta de Cuarto Tío pasó ante sus ojos, aterrorizándola y

entristeciéndola al mismo tiempo.

¿Realmente existe un mundo inferior?,

se preguntó. Cuando llegue a casa, voy a derribar la segunda hilera de

ladrillos que hay debajo de la ventana y, si encuentro allí doscientos yuan,

eso quiere decir que hay un mundo inferior. No debo contarle nada de

esto a mis hijos, ya que esos dos bastardos parece que tratan de aventajar

el uno al otro en su carrera hacia el

mal.

Sólo pensar en sus hijos hizo que Cuarta Tía suspirara. Aquella

noche la habían vuelto a sacar para interrogarla y, cuando la llevaron de

vuelta a la celda, se desplomó sobre su catre y lloró durante un rato y

permaneció en esa posición como si hubiera entrado en trance. Después

34\$

de quedarse dormida, comenzó a roncar de forma ensordecedora, primero rápidamente, luego más despacio, como si estuviera soñando.

* * *

A Cuarta Tía le resultaba imposible conciliar el sueño. Su marido todavía no había regresado de vender el ajo. Un murciélago atravesó volando la ventana, dibujó un par de círculos en la habitación y volvió a

salir. La ilimitada oscuridad de la noche envolvía una serie de murmullos

dispersos que parecían ensoñaciones y los graznidos siniestros de los

periquitos. Se levantó, se colocó la chaqueta sobre los hombros y se

dirigió hacia el patio. Entre los escalofriantes gritos de los periquitos de su

vecino, levantó la mirada hacia las

estrellas y hacia la iluminada media luna. Ya había pasado la medianoche y se sentía preocupada.

—Yixiang —había dicho a su hijo después de cenar—, ¿por qué no vas a buscar a tu padre?

—¿Para qué? —respondió—. Si no está camino de casa, ¿de qué sirve ir a buscarle? Y si viene, ¿qué daño voy a hacer si no salgo a su

encuentro?

Cuarta Tía se quedó sin habla.

—Me pregunto por qué me he tomado la molestia de criarte —dijo después de un instante.

—No te he pedido que lo hicieras. Deberías haberme arrojado a la fosa séptica cuando nací y haber dejado que me ahogara. De ese modo,

podrías haberme ahorrado muchos años de sufrimiento.

Ahogada por el llanto, Cuarta Tía se sentó en el borde del *kang* y dejó

que las lágrimas brotaran. Su sombra se extendía por el suelo, teñida con la

luz amarilla de la luna.

Se escuchó un golpe frenético en la puerta.

Cuarta Tía se precipitó a abrirla.

Gao Yang entró a trompicones en la habitación.

—Cuarta Tía —murmuró entre sollozos—. Cuarto Tío ha muerto atropellado por un coche...

Cuarta Tía se desplomó en el suelo, donde permaneció sin moverse.

Gao Yang la cogió y le dio unos golpecitos en la espalda y en los hombros

hasta que escupió una bocanada de flemas.

—Número Uno, Número Dos, Jinju...
Levantaos, todos. Vuestro

padre ha muerto atropellado por un coche...

Jinju, cuyo embarazo estaba muy avanzado, entró corriendo, seguida de sus hermanos.

Al amanecer, un carricoche tirado

por dos caballos entró en el callejón y se detuvo delante de la era. Cuarta

Tía salió corriendo, gritando por su marido. Se había congregado una gran

multitud, incluyendo al jefe de la aldea, Gao Jinjiao. Hermano Mayor y

Segundo Hermano se quedaron impasibles junto al carricoche.

—Vuestro padre, ¿dónde está vuestro

padre? —preguntó Cuarta

Tía, con las manos extendidas de forma inquisidora.

Hermano Mayor se agachó y se sujetó la cabeza entre las manos mientras lloraba suavemente.

—Padre... Mi querido padre...

Su hermano menor, con los ojos secos, levantó la sábana de plástico que cubría el lecho del carricoche

para mostrar el cadáver rígido de
Cuarto

Tío. Tenía la boca abierta, la mirada
fija y las mejillas salpicadas de
barro.

—¡Esposo, mi esposo, qué manera
más cruel de morir! Deja que

toque tu rostro, tus manos. Tu
semblante está frío como el hielo, al
igual

que tus extremidades. ¡La noche
pasada estabas lleno de vida y esta

mañana no eres más que un frío
cadáver!

Cuarta Tía acarició la cabeza rapada
de Cuarto Tío, luego sus orejas.

A través de los jirones de su fina
chaqueta pudo contemplar su
abdomen

oscuro y hundido. Las rasgadas
perneras de los pantalones dejaban
ver un

amasijo viscoso de piel y carne.

—Esposo, todo el mundo sabe que sacar adelante una granja es un trabajo muy duro. Un golpe en la pierna no debería bastar para acabar contigo. —Cuarta Tía tanteó su calva en busca de heridas, y encontró una abolladura del tamaño de un huevo en el centro de la cabeza. Aquí está, el punto donde te partieron el cráneo y clavaron astillas de hueso en tu

cerebro: así es como te han matado.

Dos de los aldeanos se llevaron a Cuarta Tía a rastras, con los dientes

apretados y sin apenas poder respirar. Temerosos de que estuviera a punto

de seguir los pasos de su esposo, un par de vecinos la obligaron a abrir la

boca con un palillo; los gritos lastimeros y patéticos de jinju sonaban de

fondo.

.353

—¡Tranquilo, no tan fuerte! No le saques los dientes —advirtió el

hombre que le sujetaba la cabeza al que agarraba el palillo.

Una vez que hubo separado los labios, una bocanada de agua fría

hizo que recuperara los sentidos.

La vaca muerta permanecía tumbada

de costado en el segundo

carricoche, con sus rígidas pezuñas
asomando por encima de él como si

fueran cañones. Dentro de su vientre,
un ternero nonato se retorció y

agitaba.

A un arretrato de llanto le seguía otro
de lamentos. Cuando todos

levantaron la mirada, vieron que el
sol se encontraba en lo más alto del

cielo.

—Fang Yijun —dijo Gao Jinjiao, el jefe de la aldea—, tu padre ha

muerto y, aunque derrames todas las lágrimas del mundo, eso no le va a

devolver la vida. Con este calor, no va a tardar en empezar a oler, así que

debes vestirle con la ropa más elegante que encuentres. Luego alquila un

coche y llévalo al crematorio del

Condado. En cuanto a la vaca,
quítale la

piel y vende la carne. Mañana es día
de mercado y el precio de la ternera
se

ha puesto por las nubes. El dinero
que consigas por el pellejo y por la
carne será más que suficiente para
cubrir los gastos del funeral.

—Tío —dijo Fang Yijun al jefe de la
aldea—, ¿acaso esperas que

aceptemos la muerte de nuestro padre sin rechistar? Gao Yang dice que

estaba aparcado a un lado de la carretera y que el coche se abalanzó sobre

ellos.

—¡Oh! —comentó Gao Jinjiao—.

¿Es así como sucedió? Entonces,

el conductor debería ir a la cárcel y el propietario debería pagar una

indemnización. ¿Qué coche era?

—Perteneecía al gobierno municipal.
El secretario del partido Wang

Jiaxiu estaba dentro del coche
cuando sucedió todo —dijo Gao
Yang.

Gao Jinjiao se quedó blanco.

—Gao Yang —dijo gravemente—,
quiero oír la verdad. ¿Estás
seguro?

—Ésa es la verdad, tío. El coche
tenía roto el radiador y se averió

unos segundos después. Estaba sujetando a Cuarto Tío entre mis brazos y

llorando cuando él secretario Wang y su chófer vinieron corriendo. El

Pequeño Zhang temblaba como una hoja y apestaba a alcohol. «No tienes

nada que temer mientras yo esté aquí, Pequeño Zhang», le tranquilizó el

secretario Wang. Después, preguntó de qué aldea era yo y cuando se lo

dije, lanzó un suspiro de alivio y dijo: «Pequeño Zhang, no hay nada que

temer. Son campesinos de nuestro municipio. Es un asunto sencillo. Un poco de dinero para la familia será suficiente para que se solucione todo».

—¡Ya basta de decir tonterías, Gao Yang! —dijo Gao Jinjiao—.

¿Cuál era el número de la matrícula?

—Era un coche negro, sin matrícula.
El único momento en el que se

atreven a conducirlo es por la noche
—comentó enfadado Gao Zhileng, el

vecino que criaba periquitos—. El
chófer es primo de la esposa del

secretario Wang. Antes conducía un
tractor y no tiene carné de conducir.

—¡Gao Zhileng! —gritó Gao Jinjiao.

—¿Qué? —preguntó Gao Zhileng—.
Quieres que tenga la boca

cerrada, ¿no es eso? ¡Muy bien, tú puedes tener miedo de él, pero yo no!

¡Mi tío es director adjunto del Departamento de Organización del Comité

Municipal y nuestro Wang Jiaxiu no le llega a la altura de los zapatos!

—Muy bien, haz lo que quieras — dijo Gao Jinjiao—. Siempre y

cuando se incinere el cuerpo y se pague al comité de la aldea una tarifa

administrativa de diez yuan por la venta de la vaca.

.355

—Si vosotros, hermanos Fang, no fuerais tan inútiles, llevaríais a vuestro padre hasta el recinto municipal y apretaríais las clavijas a Wang

Jiaxiu —dijo Gao Zhileng.

Hermano Mayor se puso de pie titubeando, pero los ojos de su

hermano relucían.

—¡Vamos, hermano! —dijo resueltamente—. Jinju, vigila la casa.

Madre, ven con nosotros.

Los muchachos sacaron en volandas el cuerpo de su padre del

carricoche y lo depositaron boca abajo en el suelo como si fuera un perro

muerto.

—Espera un momento, Número Dos
—dije—. Primero viste a tu

padre. En casa hay una chaqueta
forrada nueva. Si va a ver a un
oficial,

debe tener buen aspecto.

—¡Que le jodan al buen aspecto! —
dijo el Número Dos—. Pero si
está muerto.

Después cogió una puerta y colocó a
su padre sobre ella, todavía

boca abajo.

—Ponle boca arriba, Número Dos —
dije.

Mi hijo dio la vuelta a mi marido,
dejando que mirara sin ver nada al

cielo. El bueno del viejo Gao
Zhileng fue a casa a coger un par de
cuerdas

para atar el cuerpo. Después los
chicos llevaron a su padre al recinto

municipal, el mayor de ellos

cojeando por delante y el más joven
detrás,

llevándome a mí a su espalda. Los
aldeanos se congregaron a mi
alrededor

y hasta ese cabrón de Gao Ma
apareció. Pero, por mucho que los
demás

hablen mal de él, sigue siendo
nuestro yerno. Bueno, apareció por
allí y le

quitó el palo de las manos a mi hijo

mayor. Como Gao Ma y mi segundo hijo son de la misma altura, la puerta se niveló y la cabeza del anciano dejó

de ir de un lado a otro.

Pero cuando llegamos al recinto, el portero trató de impedirnos la entrada, así que Gao Ma le llevó a un lado. El complejo municipal estaba desierto, salvo por un enorme perro que ladraba y permanecía agachado

junto a la puerta de la cocina. El coche que había asesinado a mi marido se

35 S

encontraba allí aparcado. El techo estaba cubierto casi por completo de una carretada de ajo verde y el capó aparecía manchado de sangre.

Los tres esperamos en el recinto junto al cuerpo de mi marido.

Esperamos y esperamos hasta el

mediodía, pero nadie vino a preguntarnos qué era lo que queríamos. Las moscas revoloteaban por encima del rostro de mi marido, tratando de penetrar en las cuencas de los ojos, en la

boca, en los orificios nasales y en las orejas para depositar las larvas en su interior. ¿Qué es una larva? Ya sabes, gusanos. No tardaron mucho en

empezar a revolotear por allí.
Estaban por todas partes. Cuando una
bandada de moscas se iba, otra
ocupaba su lugar. Después, se
alejaban

volando. Traté de cubrir el rostro del
anciano con una hoja de periódico,

pero las moscas seguían encontrando
la forma de llegar hasta él. Los

aldeanos de todas partes vinieron a
curiosear —de la Aldea del Este, del

Caserío del Oeste, de la Villa del Norte y de la Ciudad del Sur—, todo el

mundo salvo los oficiales, que eran los que deberían estar allí.

Mi hijo menor se dirigió al café local y compró unos cuantos

buñuelos, los trajo envueltos en un periódico, y trató de hacerme comer.

Pero me resultó imposible, no mientras mi marido yaciera cadáver

delante

de mí. Llevaba allí toda la mañana y estaba empezando a oler. Mi hijo

mayor tampoco podía comer. De hecho, su hermano era el único que

tenía apetito. Sacó un puñado de ajo del coche y permaneció allí con el ajo

en una mano y los buñuelos en la otra, dando un bocado a lo que tenía en

la mano izquierda, luego a lo que tenía en la derecha, una y otra vez.

Tenía

los ojos abiertos de par en par y las mejillas hinchadas y estaba segura de

que, en lo más profundo de su interior, se sentía muy desdichado.

Por fin, nuestra espera dio sus frutos. Apareció un oficial, aunque

por entonces el sol estaba ya rojo. Se trataba del adjunto Yang, un pariente

lejano que nos repudió por permitir que nuestra hija se fuera con Gao Ma.

Pero al menos no se trataba de un extraño. De hecho, mi hijo mayor le

llama Octavo Tío y el menor le ayuda en los quehaceres domésticos, como

ayudarle a construir su casa, levantar paredes, extender el abono, cosas así.

Se podría decir que era su mano derecha.

El diputado se montó en la bicicleta y se dirigió hacia la puerta. Al

fin, pensé. ¡Después de esperar a que salieran las estrellas y la luna, nuestro

salvador que está en los cielos había llegado! Mis hijos se dirigieron a

saludarlo, conmigo pegada a sus talones. Pero ¿cómo se supone que

debería llamarle? «Octavo Tío» parece lo más apropiado, pensé.

—Octavo Tío, necesitamos tu ayuda. Me arrodillo ante ti y te

suplico. Como dice el refrán, *arrodillarse es la forma más solemne de mostrar*

respeto.

El adjunto Yang no consintió que me postrara ante él y rápidamente

me ayudó a levantarme. Hasta unos

minutos después, no me di cuenta de que todo aquello sólo lo hacía para impresionar. Incluso sacó un pañuelo y

me secó los ojos. Luego levantó la hoja de periódico y se quedó mirando el

rostro de mi esposo. Las moscas, que salieron emitiendo un zumbido,

hicieron que retrocediera asustado.

—Cuarta Tía —me dijo—, no

puedes dejarlo aquí. Eso no so-
lucionaría nada.

Mi segundo hijo dijo:

—Como el secretario Wang ha
matado a mi padre, lo menos que
podría hacer es dejarse ver y
admitirlo. Mi padre puede que haya
sido un

hombre pobre, procedente de un
estrato social humilde, pero era un
ser

vivo. ¡Si huyes como un perro, al menos ofrece tus disculpas a su propietario!

Entornando los ojos, el adjunto Yang dijo:

—Número Dos, cuando tu hermana se fugó con otro hombre y

rompió el contrato de matrimonio, mi pobre sobrino sufrió una terrible

conmoción. Ahora se pasa el día llorando como un bebé o riendo

como

un perturbado. Pero ni siquiera eso altera el hecho de que seamos familia.

Como se suele decir, un contrato que se ha agriado no afecta a la justicia ni

a la humanidad. No me malinterpretes, pero lo que dices demuestra que

no estás usando la cabeza. El secretario Wang no conducía el

coche así

que ¿cómo pudo haber matado a tu padre? El chófer se equivocó al

atrepellar a tu padre y los tribunales se ocuparán de él. Pero lo único que

consigues transportando el cuerpo al recinto municipal y atrayendo a

cientos de transeúntes curiosos es obstruir el trabajo del municipio.

Cuando digo «municipio» me estoy refiriendo al gobierno, así que

obstruir

al municipio es obstruir al gobierno,
y eso es ilegal. Al principio estabas
en

.361

el lado correcto de la ley, pero si
sigues así acabarás pasándote al lado
equivocado. ¿Tengo o no razón?

Sin conmoveerse lo más mínimo por
su argumento, Número Dos

replicó:

—No me importa. El secretario Wang es el responsable de lo que sucedió, ya que iba montado en el coche oficial y estaba negociando con el

ajo cuando atropello a mi padre. Y ahora ni siquiera es capaz de dar la cara.

Ese tipo de conducta es inaceptable, sea donde sea.

—Número Dos, cada vez que abres la boca metes la pata —dijo el

adjunto Yang—. ¿Quién te dijo que el secretario Wang estaba haciendo

negocios con el ajo? ¡Eso es una calumnia! El secretario Wang se

encuentra en una reunión de emergencia sobre seguridad pública en el

pleno del Condado. ¿Qué es más importante, una reunión de

emergencia

sobre seguridad pública o este asunto de tu padre? Cuando regrese de su

reunión, anunciará las medidas que vaya a tomar respecto a la conducta

criminal que altera nuestro orden social. Lo que estás haciendo aquí es un

perfecto ejemplo de ello.

Eso hizo que el chico cerrara la boca, así que fue el turno de su

hermano mayor.

—Octavo Tío, nuestro padre está muerto, algo que no es extraño en

un hombre cuando cumple los sesenta. Debe haber sido cosa del destino.

De lo contrario, ¿cómo si no de todos los millones de personas que hay

sobre la faz de la Tierra fue el único al que le atropello el coche? El destino

había planeado para él este trágico final desde hacía mucho tiempo. Si el rey Yama del Inframundo quiere reclamar a un mortal durante la tercera

guardia, ¿quién se atreve a aguardar hasta la quinta? Supongo que el

inframundo tiene sus normas y sus reglas, como cualquier otro sitio. Así

que dinos lo que debemos hacer,
Octavo Tío.

—En mi opinión —dijo el adjunto Yang—, deberíais llevarle a casa e incinerarle lo antes posible, tal vez a primera hora de la mañana, ya que hoy es demasiado tarde. Puedes hacer que el crematorio envíe un coche

fúnebre por cuarenta yuan. El precio de todo lo demás es más elevado, pero contratar el coche fúnebre sólo cuesta cuarenta yuan. Una verdadera

ganga. Creo que deberías lavarle,
afeitarle y vestirle con ropas de
funeral

decentes, luego velar el cadáver
durante toda la noche, como buenos
hijos

que sois. Tendrás el coche fúnebre
en la puerta de casa a primera hora
de

la mañana. Tu padre nunca montó en
coche mientras estaba vivo, así que

no vendría mal derrochar un poco ahora que se ha ido. Mientras tanto, voy a hablar con la persona que se ocupa del crematorio y a pedirle que llene la urna más de lo habitual con las cenizas de tu padre. A

continuación, después de que lo llevéis a casa, llama a tus amigos y a tus

parientes para celebrar el velatorio. Eso debería reportaros algo de

dinero

en metálico. El cabeza de familia ha muerto, pero el resto de ella tiene que

seguir viviendo, ¿verdad? Pero si seguís con esta actitud, no sólo echaréis

por tierra vuestra reputación, sino que conseguiréis que las cosas os vayan

mal durante el resto de vuestra vida. ¿Tengo o no razón, Cuarta Tía?

Le respondí que yo sólo era una mujer y que, por lo tanto, no sabía nada. Le dije que lo dejaba en sus manos.

—Lo que más me preocupa —dijo Número Dos—, es que una vez

que mi padre haya sido incinerado el secretario Wang no admita nada.

—No hables como si fueras estúpido, Número Dos —le regañó el

adjunto Yang—. Después de todo, el secretario Wang es el secretario del partido. Cada día pasa por sus manos más dinero del que eres capaz de contar. Mientras no le pongas las cosas difíciles, no tendrás que preocuparte de nada. El gobierno municipal puede ser pequeño, pero sigue siendo el gobierno, y el dinero que se desliza por sus rendijas es suficiente como para que tu familia

tenga la vida solucionada para siempre.

—Octavo Tío, la gente dice que deberíamos informar de esto al

Condado. ¿Qué opinas? —preguntó Número Uno.

—Es tu padre el que ha muerto, 110 el mío —respondió el ad junto

Yang—, así que depende de ti. Pero yo en tu lugar, no lo haría. Ya es

demasiado tarde para hacer nada por él, así que es hora de que penséis en vosotros mismos: en otras palabras, en el dinero. Os recomiendo que lo ganéis de la mejor manera que podáis. Si lleváis el caso al Condado,

aunque el conductor vaya a la cárcel, ¿qué beneficio obtenéis de ello? Una vez que un caso llega a los tribunales, las cosas se tienen que

hacer

siguiendo las normas. En ese caso, lo más que podéis esperar es algo de

.363

dinero para cubrir los gastos del funeral. Con los contactos que tiene el

secretario Wang a nivel del Condado, aunque el chófer fuera a la cárcel,

quedaría libre en un par de meses y

estaría en la calle, haga lo que haga.

Y

si ofendéis al secretario Wang,
quedaréis marcados como personas

non

gratas. En ese caso, ya podéis
olvidaros de ver vuestro día de boda.

Por

otra parte, si os olvidáis de
denunciarle, y os ocupáis únicamente
de los

preparativos del funeral, la gente

dirá que sois gente sencilla y,
disfrutando

de la reputación de ser una buena familia, el secretario Wang se sentirá feliz de arreglar las cosas de forma amistosa, para beneficio vuestro.

Ahora, haced lo que consideréis que es adecuado.

—¿Acaso la gente sólo vive para el dinero? —preguntó Gao

Ma.

—¡Aja! —dijo el adjunto Yang—.
Así que tú también has venido.

¿Qué andas haciendo aquí? Primero
engatusas a su hija para que se fugue

contigo, luego la dejas preñada sin
casarte con ella, y finalmente tiras
por

tierra los planes de boda de tres
familias, Cao, Fang y Liu. Lo has
echado

todo a perder, ¿qué ganas con esto?

Chicos, haced lo que queráis. De todos modos, esto no es asunto mío. No tengo que preocuparme de que la gente hable a mis espaldas.

Hermano Mayor Fang habló:

—Gao Ma, ya nos has hecho suficiente daño. Consigue diez mil yuan

y llévate a Jinju. ¡No queremos una hermana como ella, y estamos seguros

de que el Infierno no quiere a un
cuñado como tú!

Gao Ma, con el rostro escarlata, se
alejó sin pronunciar palabra.

Mientras estaba tendida en la

celda de la prisión, Cuarta Tía
revivió los acontecimientos que
rodearon al

regreso de Cuarto Tío del recinto
gubernamental. Una vez más, el

hermano mayor cojo iba delante y el

hermano menor iba detrás, y eso

hacía que la puerta se balanceara y que la cabeza de Cuarto Tío se moviera

de un lado a otro. El sonido de su cabeza golpeando contra la puerta era

tan nítido como lo había sido en el camino de ida. En cuanto salieron a la

calle, la puerta se cerró a sus espaldas. Atormentada por una

sensación de

vacío, Cuarta Tía se giró para echar un último vistazo al interior, donde vio

a un grupo de administrativos en el patio que apareció como si hubiera

brotado del suelo, para congregarse alrededor del adjunto Yang.

Lanzaban

comentarios desdeñosos y sus rostros lucían sonrisas maliciosas, in-

cluyendo el del adjunto Yang.

El paso del cadáver de Cuarto Tío atrajo mucho menos la atención

que durante el camino de ida, cuando todo aquel que pudiera andar se

había sumado a la penosa procesión. Ahora el cortejo constaba

únicamente de unos cuantos perros ladrando.

De vuelta a casa, los hermanos dejaron los palos delante de la

cancela; la puerta golpeó contra el suelo y levantaron una multitud de

gritos entre los periquitos de Gao Zhileng. Jinju, con una mirada perdida

en sus ojos, abrió la puerta.

—Meted a vuestro padre en la casa y depositadlo sobre el *kang* —dijo

Cuarta Tía.

Ningún hijo habló ni se movió.

—Madre —Número Uno rompió el silencio—, la gente dice que no

deberías depositar el cuerpo de alguien que haya fallecido por muerte violenta sobre el *kang*...

Cuarta Tía le cortó:

—Vuestro padre trabajó como un perro durante toda su vida y

ahora que está muerto, le negáis el bienestar de un cálido *kang*. Hasta aquí

hemos llegado.

—Después de todo, está muerto, así que una cama normal también

sirve. *La muerte es como apagar una luz*, dice el refrán. La respiración se

convierte en una brisa primaveral, la carne y los huesos se convierten en

lodo. Si le colocas sobre un *kang* caliente, se va a pudrir con más rapidez

—comentó Número Dos.

—En otras palabras, ¿tenéis pensado dejar a vuestro padre a la intemperie?

—Es un lugar tan bueno como otro cualquiera —respondió

Número Dos—. Los vientos fríos cortarán el olor y nos ahorraremos el problema de tener que sacarle mañana por la mañana.

—¿Y dejar que los perros se le acerquen?

—Madre —repuso Número Uno—, vamos a quitar la piel a la vaca y a sacarle la carne para venderla mañana en el mercado. Lo que dijo el

.365

adjunto Yang es completamente lógico, especialmente la parte en la que

comentó que los muertos ya no están,

pero los vivos tienen que seguir
viviendo.

La pobre Cuarta Tía no tenía
elección.

—Esposo, como tus hijos no te dejan
dormir en el *kang*, tienes que
quedarte aquí esta noche —dijo entre
sollozos.

—No empeores las cosas, madre —
dijo el hermano mayor—. Entra

en casa y túmbate. Nosotros nos ocuparemos de todo.

Dicho esto, encendió la linterna y la colocó sobre un rodillo de

piedra al lado de la era, mientras su hermano sacó un par de taburetes y los

colocó a unos metros de distancia del suelo. Cogieron la puerta sobre la

que se encontraba el cadáver de Cuarto Tío y la apoyaron sobre los

taburetes.

—Entra y descansa un poco, madre
—apremió su hijo mayor—.

Nosotros vigilaremos el cuerpo. Di
lo que quieras, pero nuestro padre
estaba destinado a morir de este
modo, así que no hay motivo para
estar
triste.

Pero ella se sentó junto a la puerta y
quitó con una ramita los gusanos

que se arrastraban por los diversos orificios de Cuarto Tío mientras sus

hijos extendían una lona desvencijada sobre la era y colocaban el cadáver

de la vaca sobre ella hasta que su vientre quedó mirando hacia el cielo.

A

continuación, apuntalaron al animal en esa posición colocando unos

ladrillos a cada lado de su espina

dorsal. Las cuatro patas, tiesas como tableros, se extendían en el aire.

Número Uno cogió un cuchillo de carnicero y Número Dos una

cuchilla. Comenzando por el centro del abdomen, abrieron el animal en

tiras y, a continuación, comenzaron a desollarlo. Número Uno hacia el

este, Número Dos hacia el oeste. Los conductos nasales de Cuarta Tía se

impregnaron del intenso hedor que emanaba de los

cadáveres de la vaca y de Cuarto Tío.

* * *

Cuñada, la luz tenebrosa de esa linterna caía sobre el rostro de mi marido, y sus ojos negros se posaron en mí hasta que las ráfagas de aire

frío sacudieron las articulaciones de mi cuerpo. Por mucho que lo intenté, no pude apartar de él esos gusanos. Sé que es nauseabundo, pero en aquel

momento no me lo pareció. Odiaba esos gusanos y aplasté a todos los que

tenía en mi mano. Y a mis hijos lo único que les importaba era despellejar

esa vaca. No pensaron lo más mínimo en su padre. Pero mi hija sacó una

palangana llena de agua para lavarle el rostro con un algodón húmedo. Y

como no teníamos otro cuchillo, recortó la incipiente barba gris de su

mentón con un par de tijeras y hasta le cortó los pelos de la nariz. Cuando

era joven, mi marido tenía una hermosa figura, pero al llegar a viejo

se

arrugó completamente, y era digno de ver. Después, mi hija le quitó su

chaqueta de color verde oscuro y las dos se la pusimos por encima. Sé que

no parece adecuado que un par de mujeres vista a un hombre, pero justo

después de pedir a mis hijos que nos ayudaran, me di cuenta de que tenían

las manos ensangrentadas y les dije que lo olvidaran. Jinju, dije, es tu

propio padre, no es ningún extraño, así que vamos a vestirle entre tú y yo.

Era un saco de huesos y pellejo y las ropas ayudaron mucho a mejorar su aspecto. Esta vez, mis hijos estaban luchando con el cuero, hasta que sus rostros quedaron empapados de sudor. Eso me recordó un chiste. Un anciano llama a sus tres hijos a su lecho de muerte: «Voy a morir

pronto.

¿Cómo pensáis deshaceros de mi cuerpo?». El hijo mayor dijo: «Papá,

somos tan pobres que no podemos permitirnos un ataúd decente, así que

voy a comprar una caja de pino barata, te voy a meter dentro de ella, y

luego te voy a enterrar. ¿Qué te parece?». «No me gusta, no me gusta ni un

pelo», dijo su padre, sacudiendo la cabeza. El segundo hijo dijo: «Papá, creo que deberíamos envolvarte en una esterilla de paja vieja y enterrarte

de esa manera. ¿Qué te parece?». «Muy mal —dijo su padre— no me gusta

nada». El tercer hijo dijo: «Papá, yo recomiendo hacer lo siguiente, te cortamos en tres pedazos, te

desollamos y lo llevamos todo al mercado y

te vendemos como si fueras carne de perro, ternera y burro. ¿Qué te

parece?». Su padre sonrió y dijo: «Número Tres sabe cómo piensa su

padre. Eso sí, no olvidéis añadir un poco de agua a la carne para que pese

más». ¿Estás dormida, Cuñada?

* * *

Las manos de sus hijos estaban tan cubiertas de sangre y visceras que

los cuchillos se les resbalaban, así que se las limpiaron en el suelo; los

amarillos granos de arena que se pegaban en las manos parecían pequeñas

pepitas de oro. Las moscas del recinto gubernamental, atraídas por el olor,

llegaban revoloteando y se posaban sobre el cadáver de la vaca,

arrastrándose por encima de ella.

Número Dos las aplastó con el dorso de

su cuchilla. Mientras tanto, Cuarta Tía pidió a Jinju que cogiera su

desgastado abanico para evitar que las moscas se posaran sobre el rostro

de Cuarto Tío y produjeran más gusanos.

El sonido de los pájaros mientras volaban por encima de sus cabezas

rompió el silencio. Los oscuros nichos de la pared eran el hogar de los ojos

verdosos y de los jadeos agitados de las criaturas salvajes.

Alrededor de la medianoche los hermanos por fin acabaron de

desollar la vaca. El animal había quedado en carne viva, salvo en las

cuatro

pezuñas, y ofrecía un aspecto que recordaba al de un hombre desnudo que

sólo llevara un par de zapatos. Número Dos vació un cubo de agua sobre

el animal despellejado; a continuación, los chicos se sentaron en cuclillas a

su lado y sacaron un cigarrillo. Cuando terminaron de fumar,

comenzaron

el proceso de carnicería.

—Ahora despacio —dijo Número Uno—. No dañemos los órganos.

Número Dos realizó una incisión en el abdomen, y las entrañas del

animal se desparramaron, junto al ternero nonato. Un hedor caliente y

apestoso invadió los orificios nasales de Cuarta Pía mientras los gritos de

los pájaros inundaron el cielo por encima de sus cabezas.

Después de evacuar la larga espiral de intestinos, Número Dos

estaba decidido a deshacerse de ellos, pero Número Uno se lo impidió

diciendo que, si se limpiaban a fondo, iban bien con vino. Por lo que se

refiere al ternero, declaró que un feto

bovino nonato tenía propiedades
medicinales y que la gente se
enriquecía vendiéndolo como
bálsamo de
útero de ciervo.

* * *

.369

No estés tan triste, Cuñada. ¿Dices
que te han caído cinco años?

Bueno, ya verás cómo pasan volando

y, cuando llegue el momento de salir, tu hijo será un miembro útil para la sociedad.

—Es mejor ser un asesor militar que un repartidor de la propiedad — dijo Gao Jinjiao, el jefe de la aldea —.

¿Por qué yo? «Los oficiales que no solucionan los problemas del pueblo deberían quedarse en casa a plantar boniatos». Muy bien, oigamos lo que

cada uno de vosotros tiene que decir
y limitémoslo al presente.

—Director —dijo Número Uno—,
queremos que dividas las
propiedades.

Así pues, Gao Jinjiao comenzó.

—Tenéis una casa de cuatro
habitaciones. Una para cada hermano
y dos

para Cuarta Tía. Cuando ella muera,
y no es mi intención hacerle sentir

mal, Cuarta Tía, pero la verdad no siempre es agradable, cada uno de

vosotros recibirá una de sus habitaciones. Una es más grande que la otra y

la pequeña incluye la puerta de entrada y el arco que se extiende por

encima de ella. Los utensilios de cocina se dividirán en tres partes; más

tarde, haréis lotes para ver quién se

queda con cada parte. Los daños

ocasionados a Cuarto Tío y a la vaca ascienden a tres mil seiscientos yuan,

que al dividirlos da un resultado de mil doscientos para cada uno. Hay mil

trescientos yuan en el banco, así que cada hijo percibe cuatrocientos y

Cuarta Tía percibe quinientos.

Cuando Gao Ma entregue los diez mil

luan, la mitad ir; a parar a Cuarta Tía y la otra mitad se dividirá en partes

iguales entr< los dos hermanos.

Cuando Jinju se case, Cuarta Tía se hará

responsable de la dote. Vosotros, chicos, podéis echarle una mano, pero

nadie está obligado a hacerlo.

Vuestros almacenes de grano se dividirán en

tres partes y media, siendo Jinju la que reciba esa media. Cuando Cuarta

Tía llegue a una edad en la que no pueda cuidar de sí misma tendréis que

hacer turnos para ocuparos de ella, os alternáis cada mes o cada año,

como queráis. Eso es todo. ¿Me he olvidado de algo?

—¿Qué pasa con el ajo? —preguntó Hermano Mayor.

—Divididlo también en tres partes
—respondió Gao Jinjiao— Pero

no sé si Cuarta Tía, con la edad que
tiene, podrá ir al mercado y vender
su

.370

parte. Número Uno, ¿por qué no
añades su cuota a la tuya y la vendes
en

el mismo mercado, dividiendo luego
los beneficios?

—Director, esta pierna mía...

—Muy bien, entonces, ¿lo harás tú,
Número Dos?

—Si él no lo hace, ¡ni pensarlo!

—Estamos hablando de vuestra
madre, no de una completa
desconocida.

—No necesito su ayuda. ¡Lo venderé
yo misma! —proclamó Cuarta

Tía.

—Eso lo soluciona todo —dijo
Número Dos.

—¿Alguna cosa más? —preguntó
Gao Jinjiao.

—Recuerdo que tenía una chaqueta
nueva —dijo Número
Uno.

—No se te pasa nada por alto,
¿verdad, pequeño bastardo? —
espetó

Cuarta Tía a su hijo—. Esa chaqueta

es para mí.

—Recuerda lo que dice el refrán—
protestó Número Uno—: *Con la*

*chaqueta del padre y las ataduras
de la madre, la siguiente generación
encuentra riqueza.*

¿Para qué quieres conservar su
chaqueta?

—Como estamos dividiendo las
cosas, hagámoslo bien —comentó

Número Dos.

—La mayoría manda —declaró Gao Jinjiao—. Será mejor que la saques, Cuarta Tía.

Ella abrió un viejo y desvencijado cajón y sacó la chaqueta.

—Hermano —dijo Número Uno—, ahora que hemos dividido

todas las propiedades de la familia, mi soltería queda establecida para

siempre. Como para ti resulta sencillo encontrar una esposa,

entiendo que

debería quedarme con la chaqueta.

—Querido hermano —replicó

Número Dos—, puedo comer

mierda, pero eso no significa que me
guste su sabor. Como estamos

dividiendo las propiedades de la
familia, tenemos que ser justos.

Nadie

debería salir mejor parado que los
demás.

—Una sola chaqueta y los dos la queréis —comentó Gao Jin- jiao—.

¿Se os ocurre alguna idea? No sé qué hacer, salvo cortarla en dos partes iguales.

—Entonces, la única solución es dividirla en dos mitades —concluyó Número Dos.

Recogiendo la chaqueta, la extendió sobre un tocón de madera,

entró a por la cuchilla y rajó la chaqueta por la mitad; Cuarta Tía le miró

fijamente y los ojos se le llenaron de lágrimas. Después, apretando los

dientes con el fuego de la determinación grabado en sus ojos, el hermano

menor cogió las dos mitades y arrojó una a su hermano.

—Una mitad para ti y otra para mí —

dijo—. Ahora estamos iguales.

Jinju, desdeñosa, cogió un par de zapatos raídos.

—Eran de nuestro padre. ¡Uno para ti y otro para ti!

Y arrojó un zapato a cada uno de sus hermanos.

Capítulo 16

Detenedme si eso es lo que deseáis... Alguien me leyó en voz alta el

Código Penal: Los delincuentes ciegos reciben un tratamiento

indulgente. No cerraré la boca sólo porque me metas en la cárcel...

Extracto de una balada cantada por Zhang Kou justo después de que un policía le golpeará en la boca con una porra eléctrica. El incidente tuvo lugar en un pequeño callejón situado en una esquina del complejo del gobierno del Condado el veintinueve

de mayo de 1987.

Un carcelero le condujo por el pasillo mientras otro avanzaba detrás de él y a su derecha, apretando la boca de un rifle contra sus costillas. Delante de cada celda había una puerta de metal gris con una pequeña abertura y la única diferencia que se apreciaba entre ellas eran los números arábigos que había encima de las

puertas y los rostros que asomaban a través de las pequeñas aberturas.

Estaban hinchados, grotescamente aumentados, eran los rostros de

fantasmas vivientes. Se encogió de hombros. Cada paso suponía una

tortura. Detrás de una de las ventanas una presidiaría reía ruidosamente.

—Carcelero, ahí van veinte centavos, cómprame unas compresas,

¿quieres?

El carcelero respondió enfadado con un insulto.

—¡Putá!

Cuando Gao Yang se giró para ver el aspecto que tenía la mujer,

sintió un golpe del rifle.

—¡Sigue avanzando!

Cuando llegaron al final del pasillo, atravesaron una puerta de acero

y ascendieron por una estrecha y

desvencijada escalera. Los zapatos de

cuero del carcelero resonaban sobre los peldaños de madera, mientras las

pisadas de los pies descalzos de Gao Yang apenas eran audibles. La

madera cálida y seca tenía un tacto mucho más agradable para los pies que

el suelo húmedo y resbaladizo de hormigón del pasillo. Siguió

ascendiendo, sin que sus ojos vieran el final de la escalera. No tardó en

perder las fuerzas y, como la escalera se enroscaba y se empinaba cada vez

más, comenzó a sentirse mareado. Si no fuera por el carcelero que tenía a

su espalda, que no dejaba de golpearle silenciosamente con su rifle, habría

caído en redondo como un perro

moribundo extendido sobre tantos
escalones como hubieran sido
necesarios para soportar su cuerpo.
Su

tobillo dañado latía como si fuera un
corazón; la piel que lo rodeaba
estaba tan hinchada que resultaba
imposible percibir el hueso del
tobillo.

Le quemaba y le dolía. Querido
Anciano que estás en el Cielo, por
favor,

no permitas que se infecte, murmuró rezando en silencio. ¿Aquella mujer aristócrata estaría dispuesta a abrirlo y a limpiar el pus? Ese pensamiento le hizo recordar el aroma que desprendía su cuerpo.

* * *

Entró en una amplia habitación con el suelo de madera pintado de

rojo. La blanca escayola asomaba a través de la pintura verde desprendida

de las paredes. Los rayos de sol caían directamente desde el techo sobre

cuatro porras eléctricas. Las mesas se alineaban a lo largo de la pared norte

y un carcelero masculino y dos femeninas estaban sentados detrás de ellas.

Una de las mujeres tenía el rostro como una flor de caqui recién cortada

del jardín. Gao Yang reconoció las palabras que aparecían pintadas en la pared que se extendía a su espalda.

Un carcelero le ordenó que se sentara en el suelo, gesto que inmediatamente agradeció. A continuación, le pidieron que estirara las

piernas por delante del cuerpo y apoyara sus manos esposadas sobre las

rodillas, y así lo hizo.

—¿Te llamas Gao Yang?

—Sí.

—¿Edad?

—Cuarenta y uno.

—¿Ocupación? —Campesino. —

¿Antecedentes familiares? —Pues...

verá... Mis padres eran
terratenientes... —¿Tu familia
comparte la

política del gobierno? —Sí.

Clemencia para los que confiesan,

severidad para los que se niegan a
hacerlo. No estar limpio conlleva un

grave castigo.

.373

—Muy bien. Ahora cuéntanos las
actividades delictivas que llevaste a

cabo el veintiocho de mayo.

El veintiocho de mayo, las nubes oscuras cubrían el cielo mientras Gao Yang guiaba a su burro, que estaba

más escuálido que nunca después de cargar hasta la extenuación un día tras

otro ochenta fardos de ajo marchito hasta la ciudad para volver a probar suerte. Habían transcurrido nueve

días desde que Cuarto Tío había encontrado su trágico final, pero daba la sensación de que hubiera pasado

una eternidad. Durante ese periodo, Gao Yang había hecho cuatro viajes a

la ciudad, vendiendo cincuenta fardos de ajo por un total de ciento veinte

yuan, menos dieciocho yuan por las distintas tarifas y tasas, lo que le

reportó unos beneficios totales de
ciento dos yuan. Los ochenta fardos
que ahora transportaba debería
haberlos vendido hacía dos días en
el

puesto de compra que había montado
en el norte de las vías férreas la

Cooperativa de Comercio y
Abastecimiento de los Condados del
Sur, que

compraba el ajo a cincuenta fen el

kilo. Pero justo cuando Gao Yang llegó

a las básculas con su carga, apareció un grupo de hombres vestidos con uniforme gris y sombreros de ala ancha, conducido por Wang Tai.

Gao Yang hizo con la cabeza una señal de respeto hacia Wang Tai, que le ignoró por completo, subió al puesto y comenzó a mantener una discusión con los representantes de

las cooperativas, que acabó con el derribo de sus básculas.

—Nadie va a marcharse con un solo tallo de ajo de Paraíso hasta que mi almacén esté lleno —insistió Wang Tai.

Los abatidos representantes de la Cooperativa de Comercio y

Abastecimiento de los Condados del Sur se subieron a sus camiones y

salieron a toda velocidad.

Ante esa situación, Gao Yang se vio obligado a recoger su ajo. Pero

antes de marcharse, trató una vez más de atraer la atención de Wang Tai

mientras éste se alejaba con sus hombres.

Dos días después, el veintiocho de mayo, el cielo estaba cubierto de

nubes negras. Parecía que iba a llover. Gao Yang acababa de cruzar

las vías

cuando alguien corrió la voz:

—Los almacenes de la Cooperativa de Comercio y Abastecimiento

están llenos, así que ahora podemos vender nuestro ajo donde queramos.

—¿Pero dónde? Los locales ya nos han exprimido a todos los

campesinos de los distritos circundantes. No les importa la suerte que

corramos.

A medida que la conversación iba subiendo de tono, la sensación de impotencia comenzó a invadir a los campesinos, pero ninguno de ellos dio

media vuelta y se marchó a casa. Era como si su única esperanza radicara en aquel lugar.

La hilera de carretas empujó hacia delante, así que Gao Yang se

alineó detrás de ellas, mientras se daba cuenta poco a poco de que, en lugar

de dirigirse hacia la zona de almacenamiento frigorífico, estaban

avanzando por el famoso bulevar Primero de Mayo y se dirigían hacia la

plaza del Primero de Mayo, directamente al recinto gubernamental del

Condado.

Cuando aumentó el número de cultivadores de ajo, el aire que

envolvía la plaza se hizo cada vez más hediondo. Las nubes negras se

cernían sobre los alicaídos campesinos, que comenzaron a protestar y a

maldecir. Zhang Kou, el rapsoda ciego, se subió a un desvencijado carro

de bueyes, rasgando su *erhu*, cantando a pleno pulmón con su áspera voz y

soltando espuma por las comisuras de los labios. Su canción llegó al

corazón de todos los presentes que le escuchaban; Gao Yang no podía

hablar por los demás, pero primero se sintió triste y luego enfadado, con

una extraña mezcla de temor oculto en su interior. Tenía la premonición

de que ese día iba a haber problemas ya que, en un callejón próximo,

algunas personas —no podía decir quiénes— estaban haciendo fotos a la

plaza. Quería dar la vuelta a su carro y poner cierta distancia entre él y su

peligrosa ubicación, pero estaba atrapado.

El complejo gubernamental del Condado se encontraba en el lado

norte del bulevar, pasando la plaza pública. Los pinos y los álamos se

elevaban con todo su verde esplendor por detrás del muro; las flores

frescas crecían por todas partes y una columna de agua ascendía del centro

del recinto, desplegándose en abanico y regando la fuente que había abajo.

Las oficinas del gobierno tenían su

sede en un elegante edificio de tres plantas de aleros arqueados con incrustaciones de cristal y azulejos de

cerámica amarilla en las paredes. Una bandera de color rojo intenso

.38.2

ondeaba en lo alto de un mástil. El lugar era tan grande como un palacio imperial. El tráfico en el bulevar Primero de Mayo se encontraba

bloqueado por las carretas y los carros con sus cargas de ajo. Los conductores impacientes hacían sonar sus bocinas, pero sus sonoras quejas fueron completamente ignoradas. Advirtiéndolas despreocupadas miradas en los rostros de los demás, Gao Yang se relajó. ¿Por qué alarmarse?, pensó. Lo peor que puede suceder es que pierda mi carga

de

ajo.

Zhang Kou, el rapsoda ciego, cantó:

*—... Entregad el bebé a su madre
para que alivie su pena. / Si no
puedes vender*

*tu ajo, acude al administrador del
Condado...*

La pesada puerta de hierro forjado
estaba completamente cerrada.

Los trabajadores de la oficina,
perfectamente vestidos, miraban a
hurtadillas por las ventanas para ver
lo que estaba sucediendo en la plaza,
donde cientos de personas se
agolpaban ante la puerta. Se escuchó
un
grito:

—¡Sal, administrador del Condado!
¡Sal aquí, Zhong Weimin! ¡Si tu
nombre realmente significa

«Servidor del Pueblo», entonces hazlo!

Una multitud de puños y palos aporreó la puerta, pero el complejo permaneció como si estuviera muerto: no se veía a nadie, hasta que un

anciano conserje salió a apuntalar la puerta con un enorme candado.

Mientras se encontraba ocupado en sus propios asuntos, le llovían las

flemas y los escupitajos, que aterrizaron en su ropa y en la cara. Sin

atreverse a decir una palabra, se dio la vuelta y se precipitó hacia el interior.

—¡Eh, viejo perro, viejo perro guardián, vuelve aquí y abre la puerta!

—bramó la multitud.

Mientras tanto, las bocinas de los

coches atascados guardaban

silencio y los conductores bajaron las ventanillas para ver lo que estaba pasando.

—¡Queremos que el administrador del Condado o el secretario del

partido salgan a darnos una explicación!

—¡Sal aquí, Zhong Weimin!

Gao Yang vio a un joven con cara de

caballo subido a un carro, como si fuera una grulla en mitad de una bandada de gallinas.

—Compañeros conciudadanos — gritó—, no os limitéis a gritar lo primero que a cada uno le venga a la cabeza. El administrador del Condado así no os va a oír. ¡Seguidme!

Tenía un ligero tartamudeo.

La multitud bramó en señal de aprobación.

—¡Su nombre significa «Servidor del Pueblo», pero debería

cambiarlo por «Servidor de mí mismo»! —gritó el joven con cara de caballo agitando el puño.

La multitud repitió su grito, incluyendo Gao Yang, que estaba tan atrapado por el calor del momento que también agitó el puño.

—¡Administrador del Condado,
Maestro «Servidor del Pueblo»

Zhong, sal y enféntate a tu pueblo!
—gritó el joven con cara de caballo

con una mirada extraña en su rostro y
sin apenas mover los labios.

La multitud repitió su grito, un
bramido ensordecedor al que Gao

Yang contribuyó.

—¡Los oficiales que no se ocupan de
los problemas de su pueblo

deberían quedarse en casa y plantar boniatos!

Todos conocían esa consigna, así que la gritaron una y otra vez.

.385

Finalmente dos hombres vestidos con trajes occidentales salieron del

edificio y se acercaron a la cancela.

—¡Cultivadores de ajo, calmaos! ¡He dicho que os calméis!

La multitud se acalló para observar a los recién llegados, que se

apostaban al otro lado de la cancela.

El del rostro adusto señaló al hombre

de mediana edad que se encontraba a su lado, que llevaba gafas de sol con

cristales oscuros, y dijo:

—Cultivadores de ajo, éste es el director adjunto Pang, de la oficina

administrativa del gobierno del

Condado. Os va a dar unas

instrucciones.

—Cultivadores de ajo, estoy aquí en nombre del administrador del

Condado, que quiere que os vayáis todos a casa y detengáis esta ilegal y

potencialmente peligrosa manifestación. ¡No dejéis que los agitadores os

lleven por el mal camino!

—¿Y qué pasa con el ajo? —gritó alguien.

—El administrador del Condado dice que, como el almacén fri-

gorífico de la cooperativa está al máximo de su capacidad, tenéis que

llevaros el ajo a casa. Lo que hagáis con él es asunto vuestro. Si lo podéis

vender, perfecto. Si no, coméoslo.

—¡Que te jodan! Vosotros sois los que nos decís que plantemos ajo y

ahora os negáis a quitárnoslo de las manos. ¿Qué clase de broma pesada

es

ésta?

—¡Para impedir que vendiéramos
nuestras cosechas has confiscado
o destrozado las básculas!

—¡Ahora ya no podemos
desprendernos de la carga!

—¡Ven aquí, Zhong Weimin! ¡Los
oficiales que no se ocupan de los
problemas de su pueblo deberían

joderse y estar plantando boniatos!

—¡Retroceded, cultivadores de ajo!

—gritó enfadado el director

adjunto Pang, con el rostro empapado en sudor—. El administrador del

Condado no puede salir ahora. Tiene asuntos importantes que atender.

¿No comprendéis que tiene a su cargo todo el Condado? Sus manos están

ocupadas atendiendo asuntos

verdaderamente importantes. No
esperaréis

que también venda el ajo por
vosotros, ¿verdad?

Gao Yang sintió que su corazón le
daba un vuelco mientras es-

cuchaba la arenga del director
adjunto. Muy bien, está a cargo de
todo el

.386

país, y no podemos esperar que

venda el ajo por nosotros, ¿verdad?
Por

supuesto que no, aunque tenemos que
dejar que se pudra. Quería

marcharse tranquilamente a casa,
pero estaba atrapado por los
carromatos

y los agricultores. Estaba a punto de
echarse a llorar.

—¡Dile que salga y que hable con
nosotros!

—¡Exacto! ¡Que salga el administrador del Condado! ¡Trae al administrador del Condado!

—Cultivadores de ajo —gritó el director adjunto Pang—, ¡os lo advierto: daos la vuelta y volved a casa ahora mismo o llamaré a la policía y

dejaré que os enseñe modales!

—Compañeros conciudadanos —el joven con cara de caballo

levantó la voz—, no caigáis en sus tácticas de intimidación. No estamos infringiendo ninguna ley. ¿Quién dice que sea ilegal que el pueblo solicite ver al administrador del Condado? Es un sirviente elegido por el pueblo y tenemos derecho a verle.

—¿Quién cojones le ha elegido? ¡Ni siquiera sé si tiene la cara blanca o negra! ¿Cómo ha sido elegido?

—¡Zhong Weimin, sal aquí! ¡Zhong Weimin, sal aquí!

—¡Habéis ido demasiado lejos! —
amenazó el director adjunto Pang.

—¡Abajo con los oficiales corruptos!
¡Abajo con los burócratas!

—Gao Yang vio cómo Gao Ma se
subía a un carro de bueyes y sacudía
el

puño.

Gao Ma cogió un puñado de ajo y lo

lanzó hacia el recinto.

—No queremos esta mierda.

¡Ponedla en la mesa del comedor de los

viejos maestros!

—Exacto, no la queremos. ¡De todos modos, ya no sirve para nada!

¡Deshaceos de ella! ¡Lanzadla al complejo del Condado para alimentar a

los viejos maestros!

El frenesí invadió a la multitud, mientras miles de manojos de ajo echaron alas y volaron por encima del muro, aterrizando en masa dentro del recinto gubernamental.

.387

El director adjunto Pang se dio la vuelta para entrar corriendo en el edificio.

—¡Detenedle! —gritó alguien—. ¡Va

a llamar a la policía!

La pesada cancela se agitó
violentamente mientras las personas
que

estaban en primera fila se estrellaron
contra ella. Palos, puños, pies,

hombros, ladrillos y azulejos se
convirtieron en armas mientras la
puerta

comenzó a ceder al asalto.

—¡Derribad el edificio! ¡Si el

administrador del Condado no viene
a

hablar con nosotros, iremos a
buscarle!

Emitiendo un último suspiro, el
cierre cedió y la puerta se abrió

violentamente ante una marea
emergente de personas. El pobre Gao

Yang fue empujado por la multitud,
incapaz de ofrecer resistencia. No

había arrojado un solo manojito de su

precioso ajo y le preocupaba que su burro pudiera haber sido pisoteado. Pero ni siquiera le fue posible mirar hacia atrás.

La multitud le llevó en volandas, con los pies apoyados a duras penas en las baldosas octogonales de cemento que cubrían el suelo. Mientras

pasaba junto a la fuente sintió que su rostro se humedecía con un rocío

helador. La multitud penetró en el edificio de oficinas, donde un fuerte bullicio retumbaba a través del suelo enlosado, con puesto por el crujiente sonido de los cristales rotos, el ruido sordo de los armarios astillados y los gritos de las mujeres aterrorizadas. Una sensación de éxtasis se mezcló con la ansiedad que sentía Gao Yang mientras veía la destrucción de unos lujosos enseres

que le producían sensaciones de envidia y de odio. A modo de tentativa inicial, cogió un cactus en flor que se encontraba plantado en un pequeño jarrón rojo y rosa y lo lanzó contra una ventana cuyo cristal estaba pulido hasta relucir. Se partió sin el menor ruido, permitiendo que el jarrón y su contenido lo atravesaran lentamente.

Corrió hacia la ventana justo a tiempo para ver cómo el jarrón rojo y rosa,

el cactus verde y los pedazos de cristal roto danzaban y rebotaban por el

suelo de hormigón. El jarrón se rompió y los pétalos separados se

esparcieron por todas las direcciones. Era un espectáculo gratificante. A

continuación, volvió sobre sus pasos, cogió una pecera ovalada y admiró

por unos instantes el regordete pez naranja y negro que había dentro de

ella. El agua agitada y los repugnantes excrementos que emanaban del

fondo alarmaron a los habitantes de la pecera, que comenzaron a

chapotear frenéticamente, soltando un hedor a pescado que le resultó

enormemente desagradable. La arrojó contra otra ventana, que también se

desintegró lentamente mientras corrió para ver cómo la pecera se

precipitaba al suelo, seguida por algunas gotas relucientes de agua y por las

salpicaduras de algunos pedazos de cristal. El pez naranja y negro nadó en

mitad del aire. Cuando se golpeó con el suelo de hormigón, la pecera se

hizo pedazos sin emitir un solo ruido.

Trastornado por la imagen del pez de colores aleteando sobre el

suelo de hormigón, levantó la mirada y vio que la plaza estaba abarrotada

de personas y de animales, todos ellos en movimiento. Su burro y su

carromato estaban lejos del alcance de su vista, advirtió con

preocupación.

Multitud de personas penetraron en el recinto, mientras una falange de la policía armada vestida con uniformes blancos emergió de un callejón que se extendía al este de la plaza y se abalanzó sobre ellos como los tigres sobre un rebaño de ovejas, agitando sus porras para abrirse camino hacia el recinto. Gao Yang se apartó de la ventana, concentrándose en salir de

allí con la mayor rapidez que sus piernas le permitían. Pero estaba

bloqueado por docenas de personas que se apiñaban en el interior de la

oficina. No podía creer lo que veían sus ojos cuando encontró a Cuarta Tía

Fang, que se había colado caminando con sus pequeños pies. Un joven

vestido con un chaleco blanco y con el logotipo de un ancla gritó:

—¡Ésta es la oficina del administrador del Condado! ¡Vamos a por él!

¡Oh, Dios mío!, pensó Gao Yang, mientras el grito del joven le

golpeó como un rayo. ¡La oficina del administrador del Condado! Era su

jarrón, su pecera, sus ventanas. Habría salido volando si hubiera podido,

pero había demasiados palos y

porras agitándose en el aire entre él y la

puerta. Jarrones con plantas exóticas se despegaron del suelo y

comenzaron a salir volando por las ventanas como si fueran obuses. Una

riada de gritos y maldiciones se escuchaba abajo, lo que significaba que

uno de ellos debía haber alcanzado a alguien.

Los rollos de papel fueron arrancados de las paredes y un compañero

joven incluso destrozó un armario con una pesa, haciendo que do-

.389

cumentos, archivos y libros se amontonaran sobre una pila. A conti-

nuación, utilizó la misma pesa para destrozarse dos teléfonos que había

sobre la mesa.

Mientras tanto, Cuarta Tía agarraba todo lo que veía, incluyendo

algunas cortinas de satén verdes, que derribó de un tirón y comenzó a

rasgar, como si estuviera arrancando el pelo a alguna rival.

—¡Devolvedme a mi marido! —gritó entre lágrimas—. ¡Quiero que

me devuelvan a mi marido!

Mientras los campesinos desvalijaban los cajones del

escritorio, el

joven comenzó a utilizar la pesa para
destrozar el cristal que lo cubría, así

como el cenicero de metal. El
administrador del Condado había
huido con

tanta rapidez que su cigarrillo
todavía humeaba en el cenicero.

Cuando

avistó una lata de cigarrillos de
ginseng y una caja de cerillas sobre
el

escritorio, el joven colocó uno de los cigarros entre sus labios y anunció.

—Voy a probar el trono del viejo magistrado.

Se sentó en la silla de junco del administrador del Condado, echó la espalda hacia atrás, encendió el cigarro y cruzó los pies sobre la mesa; daba

la sensación de estar muy satisfecho de sí mismo, mientras los demás

campesinos pelearon por conseguir los restantes cigarrillos. Cuarta Tía,

que había hecho una pila con las cortinas rasgadas, los rollos de papel y los

archivos, encendió una cerilla que encontró en la caja que había sobre la

mesa y la acercó a las cortinas de satén, que comenzaron a arder al instante.

Entre bocanadas de humo, el papel comenzó a prenderse, enviando

lenguas de llamas que serpenteaban por los armarios destrozados que

había junto a la pared. A continuación, se postró de rodillas, golpeó la

cabeza contra el suelo haciendo una reverencia y murmuró:

—¡Esposo mío, he vengado tu muerte!

El fuego se propagó rápidamente, obligando a los campesinos a

dirigirse al vestíbulo. Mientras salía por la puerta, Gao Yang agarró a

Cuarta Tía y le gritó:

—¡Corre, si quieres salvar la vida!

El denso humo que ascendía por el vestíbulo indicaba que más de

una oficina había sido incendiada.

Todo temblaba, tanto el techo que se

cernía sobre sus cabezas como las escaleras que se extendían a sus pies. La

gente corría y clamaba por sus vidas. Mientras Gao Yang sacaba a Cuarta

Tía hasta la entrada, pensó en el pez naranja y negro, pero sólo durante un

breve instante, ya que con un millar de cabezas y el doble de piernas

luchando por abrirse paso en un espacio muy reducido, cualquiera

que

tropezara tenía por seguro que iba a ser pisoteado, puesto que ya se podían

oír algunos gritos. Sujetó la mano de Cuarta Tía con fuerza y salieron

virtualmente a volandas del complejo, pasando por delante de los rostros

difuminados de siete u ocho policías.

—¿Fuiste tú el que encabezó la

multitud que demolió la oficina del administrador del Condado?

—Señor carcelero, no sabía que fuera su oficina... Me detuve en cuanto lo descubrí —dijo de rodillas.

—¡Siéntate como Dios manda! —ordenó el policía bruscamente—.

¿Quieres decir que si hubiera sido la oficina de otra persona habría estado

bien destrozarla?

—Señor carcelero, no sabía lo que hacía. Me dejé llevar por la

muchedumbre... Toda mi vida he sido un ciudadano modelo. Nunca he

hecho nada malo.

—Supongo que si no fueras un ciudadano tan modelo habrías

prendido fuego a la Sede Central del Estado —dijo el policía iróni-

camente.

—Yo no inicié el incendio. Lo hizo Cuarta Tía.

Una mujer policía entregó una hoja de papel al policía que estaba en el centro, que la leyó en voz alta.

—¿Es esta una declaración precisa de lo que has dicho, Gao Yang?

—preguntó. —Sí.

—Ven aquí y firmala.

Uno de los policías le llevó a rastras hasta el escritorio, donde la

mujer policía le entregó un bolígrafo. Su mano temblaba mientras lo

sujetaba entre los dedos.

—¿«Yang» lleva dos trazos o tres?

—Tres —le dijo el policía.

—Lleváoslo de nuevo a la celda.

—Señor carcelero —Gao Yang se puso de rodillas de nuevo y

suplicó—, tengo miedo de volver allí...

—¿Por qué?

—Porque están confabulados contra mí. Por favor, señor carcelero,

póngame en otra celda.

—Que duerma con el preso condenado —dijo el policía que estaba

en el centro a sus compañeros.

—¿Quieres compartir lecho con un hombre condenado, Número

Nueve?

—Lo que sea. Lo único que quiero es no volver con ellos.

—Muy bien, pero asegúrate de que no trata de suicidarse. Esa será tu

tarea, por la cual recibirás un bollo extra en cada comida.

El condenado, de rostro cetrino perfectamente afeitado y unos ojos verdes que se encajaban en unas cuencas hundidas, aterrizó a Gao Yang, que se encontró en su nueva celda sólo unos segundos antes de darse cuenta del terrible error que había cometido. Salvo por la presencia de un solo catre, la celda estaba amueblada únicamente con una

esterilla de paja desvencijada. El

condenado, esposado de pies y
manos, se encontraba de cuclillas en
una

esquina y miraba amenazadoramente
a Gao Yang, que asentía y hacía
reverencias ligeramente.

—Hermano Mayor, me han enviado
para hacerte compañía.

Los labios del condenado se abrieron
en lo que se podría decir que

era una sonrisa. Su rostro era del color del papel dorado, así como sus dientes.

—Ven aquí —dijo haciendo una inclinación con la cabeza.

Gao Yang se mostró receloso, pero las esposas le tranquilizaron :

¿cuánto daño podría hacerle un entramado de grilletes como ése? Se

acercó con cautela al condenado, que sonreía y asentía con la cabeza,

apremiándole a que se acercara cada vez más.

—Hermano Mayor, ¿quieres algo?

Apenas acababan de salir las palabras de la boca de Gao Yang

cuando el condenado estiró el brazo y golpeó la cabeza de Gao

asi.

Yang con la cadena de las esposas.

Lanzando un grito de dolor, Gao

Yang

se desplomó y rodó por el suelo de la celda, seguido por el condenado,

que saltó en su persecución, con el asesinato reflejado en sus ojos,

rozando el suelo con sus esposas.

Gao Yang se deslizó bajo sus brazos

extendidos y se precipitó hacia la cama, impulsándose a continuación

hacia la puerta cuando vio que aquel hombre le perseguía de nuevo. Y así

siguieron doce veces aproximadamente, hasta que el condenado se

desplomó sobre la cama y dijo apretando los dientes:

—No te acerques a mí o te arranco la cabeza de un mordisco. Como

sé que voy a morir, me apetece llevarme a alguien por delante.

Gao Yang, agotado por el esfuerzo, se obligó a permanecer alejado

aquella noche. La luz que había sobre su cabeza, que permanecía

encendida las veinticuatro horas del día, le permitía experimentar cierta

sensación de bienestar mientras se hacía un ovillo en el suelo junto a la

puerta y dejaba la mayor distancia

posible entre él y su compañero de celda.

Los ojos verdosos del condenado permanecieron abiertos durante

toda la noche y cada vez que Gao Yang empezaba a dar cabezadas, se

levantaba. Poco a poco, la amenaza del peligro agudizó los sentidos de

Gao Yang: a la primera señal de traqueteo se ponía de pie como un resorte

y se preparaba para tener otra confrontación.

Al amanecer, el condenado por fin apoyó la cabeza contra la pared y

cerró los ojos. Parecía como si ya hubiera muerto. Gao Yang recordó

haber oído decir cuando era un niño lo tenebroso que es pasar la noche

junto a un cadáver. Contaban que, en lo más profundo de la noche,

cuando todo el mundo está dormido,

los muertos se levantan para

perseguir a los vivos, acechándolos hasta que canta el gallo, momento en

el que por fin vuelven a descansar.

Aquella noche había sido muy parecida

a eso, salvo que pasar la noche con un cadáver podría proporcionarte una

bonita suma de dinero, mientras que lo único que iba a conseguir por

vigilar a su compañero de celda era un bollo extra a la hora de la comida.

A este ritmo, pensó, dentro de un mes ya habré muerto.

Sintió un profundo arrepentimiento.

Anciano que estás en los cielos, sácame de aquí. Si lo haces, nunca

más me voy a quejar, nunca más tne voy a pelear, nunca más voy a pedir

ayuda, aunque alguien vierta una montaña de mierda sobre mi cabeza.

Capítulo 17

Conciudadanos, el trabajo duro y el sudor nunca han perjudicado a nadie.

Cavad pozos, extraed agua, combatid la sequía: regar el ajo hace que crezca un

centímetro más cada noche. Cada centímetro es el oro que se convierte en dinero...

Extracto de una balada cantada por

Zhang Kou, apremiando a los
ciudadanos a combatir la sequía de
abril.

La resplandeciente luna llena
ascendía lentamente como una
voluptuosa flor, transportando con
sus

rayos un intenso aroma de flores
nuevas que se extendía sobre las
vastas

arboledas. La brisa seca y cálida,

característica de abril, barría los campos.

No había caído una gota de lluvia desde hacía meses, y la tierra estaba tan

deshidratada y agrietada como los labios de los campesinos. Las cosechas

estaban cubiertas de herrumbre y los brotes de ajo recién nacidos tenían la cabeza colgada de abatimiento.

Las luces trémulas de las linternas salpicaban los campos allá donde

los campesinos regaban a mano las cosechas de ajo. Gao Ma era uno de

.394

ellos. El agua del pozo estaba muy solicitada —no daba más de veinte

cubos hasta que se volvía a secar— así que tenía que recorrer más de cien

metros hasta una porción de tierra

que cultivaba el anciano de barba gris

Wang Changli para matar el tiempo mientras esperaba la siguiente remesa.

El pozo del anciano Wang estaba equipado con una manivela, pero el nivel del agua no superaba al de los demás. Se acababa de secar cuando apareció Gao Ma.

—Descansa un rato, Tercer Abuelo,

y fúmate un cigarro —dijo Gao

Ma.

.395

—Claro, ¿por qué no? —dijo el anciano, colocando con el pie su

cubo de madera sobre el borde del pozo.

—¿Qué te parece si me cuentas una historia? —Gao Ma lió un

cigarrillo y se lo entregó al anciano

Wang.

—¿Y de dónde saco una historia? —
dijo el anciano mientras daba

una bocanada al cigarrillo, haciendo
que la incandescencia riñera sus
labios

de un rojo intenso.

El agudo burbujeo del agua
penetrando en el pozo ascendió para
mezclarse con el sonido de un motor
diésel que traqueteaba en la lejanía.

Las hojas de las plantas de ajo regadas se extendían para atrapar los pálidos

rayos de luna. Un cuervo que volaba cerca de la luna envió sus ruidosos graznidos hacia la tierra.

—¿Alguna vez has estado en la bahía de la familia Zhang?

—preguntó el anciano.

—No.

—Allí las ranas nunca croan.

—Y eso ¿por qué?

—Escucha, te lo voy a contar.

* * *

Los rayos de luna se extendieron a través de los barrotes de la

ventana de la solitaria celda de castigo reservada para los malhechores

peligrosos como Gao Ma.

* * *

Lina madre y su hijo vivían en la bahía de la familia Zhang. Se

llamaba Zhang *née* Liu y su hijo se llamaba Nueve Cinco. El pequeño

Nueve Cinco era más inteligente que los demás chicos, así que su madre

salió a pedir limosna para pagar sus estudios. Pero Nueve Cinco, un

pequeño muy travieso, siempre se estaba metiendo en problemas.

Después de ponerles los deberes, su maestro tenía la costumbre de

abandonar la clase cada día. ¿Por qué lo hacía? Como eso es una historia

en sí misma, voy a empezar por ahí.

4 Oí

La madre de uno de los alumnos, un muchacho llamado Nacido en

Invierno, era extraordinariamente bella. Todo el mundo la llamaba

Tapa

de Tetera. Un día, el maestro preguntó a Nacido en Invierno:

—¿Tu madre alguna vez piensa en mí, Nacido en Invierno?

Ese día, cuando volvió a casa, Nacido en Invierno dijo a su madre:

—Madre, el maestro quiere saber si alguna vez piensas en él.

Su madre sonrió pero no dijo nada. Pasaron los días y cada vez que el

maestro veía a Nacido en Invierno, le hacía la misma pregunta. Y Nacido

en Invierno iba a casa obedientemente y se la repetía a su madre. Un día,

después de que, como era su costumbre, el maestro le hiciera la misma

pregunta, y su alumno fuera a casa y se la repitiera a su madre, ella dijo:

—Dile a tu maestro que pienso

mucho en él e invítale a venir
mañana.

Al día siguiente, después de que el
alumno le hubiera transmitido los
deseos de su madre, el maestro les
entregó rápidamente los deberes, dio
media vuelta y salió corriendo de la
clase. ¿Hacia dónde se dirigía? Pues
a
la casa de Nacido en Invierno, donde
la madre del muchacho se

encontraba sentada sobre el *kang*, con el rostro empolvado y el pelo

grasiento. En cuanto clavó su mirada en ella, corrió como un gato

persiguiendo a un ratón y comenzó a acariciarle los pechos y a besarle en la

boca. Ella dejó que las manos del maestro corrieran libremente por su

cuerpo hasta que éste trató de desabrocharle el cinturón, aunque él

insistió

hasta que estuvo desabrochado. Pero en ese momento llamaron a la puerta.

—¡Oh, no! —exclamó ella—. ¡Es el padre de Nacido en Invierno!

El maestro estaba asustado como un conejo. ¿Qué podía hacer? Los golpes en la puerta cada vez eran más apremiantes.

—Maestro —dijo la madre de
Nacido en Invierno—, hay una rueda
de molino en la parte trasera de la
habitación. Haz como si fueras un
burro

que da vueltas alrededor de la rueda
de molino.

Preocupado únicamente por salvar el
pellejo, el maestro aceptó la

idea. En el centro de la habitación
había una piedra de molino, tal y

como

había dicho la mujer. Sobre ella se habían extendido dos montones de maíz crudo, a la espera de ser molidos. Por lo tanto, agarrando el asa,

comenzó a girar la piedra; no era ni demasiado grande ni demasiado

.401

pequeña, sino que tenía el tamaño exacto para un hombre adulto. A

través

de la puerta escuchó cómo la madre de Nacido en Invierno se bajaba

lentamente del *kang* y abría la puerta a su marido, que preguntó:

—¿Qué hacías aquí? ¿Cometiendo adulterio?

—¡Cómo te atreves! —respondió ella indignada—. He pedido

prestado un burro para que haga girar la piedra de molino ya que, como

muy bien sabes, no nos queda harina.

—¿Es un animal obediente? —
preguntó él.

—Qué va, tardé siglos en subirlo a la
piedra de molino —dijo ella

con cara de enojo—. Por eso tardé
tanto en abrir la puerta. ¡Y todavía
me

acusas de cometer adulterio!

—Espera aquí —dijo el padre de
Nacido en Invierno—, que voy a

dar una paliza a ese cabronazo de burro. Así te sentirás mejor.

El maestro, casi haciéndose sus necesidades en los pantalones, giró la

rueda de molino con más rapidez.

—¿Oyes eso? —dijo la madre de Nacido en Invierno—. El burro te

ha escuchado y ha empezado a girar con mayor celeridad.

—Calientame una olla de vino —

dijo el padre de Nacido en In-

vierno, y después de esto el maestro escuchó a la pareja reír, hablar en

susurros y bromear sobre el *kang*.

¿Cómo podía describir la sensación que

inundó su corazón: dulce, amarga, agria, picante? No estaba seguro, pero

mientras estaba sumido en esos pensamientos, su movimiento se hizo más

lento.

—Has tomado prestado a un burro perezoso —dijo el padre de

Nacido en Invierno—. ¡Voy a entrar ahí a dar a ese cabrón una buena paliza!

Eso hizo que el maestro se pusiera de nuevo en marcha, volando

literalmente alrededor de la piedra de molino.

—No hace falta —dijo la madre de
Nacido en Invierno—. Acelera el
ritmo cada vez que escucha tu voz.

.405

El maestro, con el rostro empapado
en sudor, giró la rueda de
molino por la cuenta que le traía.

—Tapa de Tetera, como el chico no
está en casa, vamos a divertirnos
un poco —dijo el padre de Nacido

en Invierno.

—¿Por qué? ¡No seas impaciente!

¿Qué pasa si el burro nos

oye?

—Voy a teparle las orejas —dijo el padre de Nacido en Invierno.

El azorado maestro casi volaba alrededor de la piedra de molino.

—No hace falta —dijo la madre de Nacido en Invierno—. Lo único

que le preocupa es girar la piedra de molino. No le interesa lo que hacemos.

Por lo tanto, el maestro empezó a escuchar cómo se divertían, sintiendo esa extraña sensación que invade a los mudos cuando comen hierbas amargas y no pueden decir nada. Cuando dejaron de retozar, el padre de Nacido en Invierno dijo:

—Tengo que ir al campo que se encuentra en la cuesta del sur.

—Adelante —dijo la madre de Nacido en Invierno.

Y así hizo, cerrando la puerta tras de sí. El maestro se desplomó

sobre el surco que había alrededor de la piedra de molino mientras la

madre de Nacido en Invierno entró precipitadamente en la habitación.

—¡Maestro, sal de aquí, rápido, vete

mientras el padre de Nacido en

Invierno está en el campo!

Y así hizo. Varios días después,
Nacido en Invierno se acercó al

maestro y le dijo:

—Maestro, mi madre dice que ha
vuelto a pensar en ti.

El maestro agarró la mano del
muchacho y la golpeó con su puntero.

—¡Pequeño bastardo! —maldijo—.

¿Ya os habéis vuelto a quedar
sin harina?

* * *

Gao Ma rió con fuerza durante un
rato.

—¡Por fin hay un maestro que sabe lo
que es sufrir!

—Es cierto lo que dicen que el calor
y el bienestar dan pie a los
deseos más morbosos, pero el

hambre y el frío producen
pensamientos de

.403

latrocinio —dijo el anciano Wang—.
Hace unos años, los ladrones y los
rateros campaban a sus anchas, pero
ahora ya no hay tantos como antes.

Por otra parte, los casos de adulterio
aumentan cada día. Si hubieras sido

bueno y tuvieras hambre, hijo mío,
Jinju hoy no tendría ese vientre.

—Tercer Abuelo —dijo
avergonzado Gao Ma—, entre
nosotros hay

amor. Tarde o temprano nos
casaremos.

El anciano sacudió la cabeza.

—Hijo mío, hay una nube
cerniéndose sobre tu cabeza: la
sangre se

derramará dentro de un centenar de
días. Ten cuidado y quédate en casa

siempre que te sea posible.

—No creo en esas supercherías —
dijo Gao Ma.

—Pues deberías hacerlo —dijo el
anciano Wang crípticamente—.

Esta primavera aparecieron dos
soles en el cielo. Es una mala señal.
El día

de Año Nuevo vi la televisión en
casa de Gao Zhileng y el hombre, o
tal

vez era una mujer, que salía en la pantalla cantó una canción que decía:
Un

gran fuego, un gran fuego, un gran fuego asóla una esquina del noreste.
Eso también

es una mala señal.

Gao Ma se dio la vuelta. Todo lo que dijo el anciano se había hecho

realidad, reflexionó. Me he metido en un problema y hubo un incendio en

el bosque del noreste. Con alguien enfermo en casa es fácil convertirse en

creyente. El anciano sabe más de lo que pensaba.

—Bueno, volvamos a las cosechas
—dijo el anciano Wang—.

La próxima vez que el pozo se seque,
hablaremos un poco más.

* * *

En aquella época, yo era feliz,

recordó Gao Ma, y cuando pensó en el

maestro girando la piedra de molino, casi se vuelve a echar a reír. Había

medio metro de agua en el fondo del pozo. La recogía para regar mi

cosecha de ajo. Los brotes jóvenes estaban verdes bajo la luna llena, que

parecía ser más pequeña y brillante de lo normal. El aire era fresco y

limpio, los brotes de ajo relucían

como el azogue y el agua plateada
bajaba

por los canales de riego. Para mí, ese
ajo lo era

todo. Pero ahora ya no me queda
nada.

* * *

—Ese maldito perro de la oficina de
pesos y medidas se llevó mi

báscula.

—No se permiten las
descalificaciones —demandó el
policía.

—Dijo que mi báscula no era precisa
y cuando abrí la boca para

protestar, la aplastó bajo su pie.

Después me multó con diez yuan. Lo

único que pensé fue que el precio del
ajo había caído de sesenta a veinte

fen el kilo y que fue bajando hasta
llegar a los tres fen. Los acuerdos

que

firmamos con los demás condados para comprar nuestro ajo se anularon y

cuando llegaron los compradores, los enviaron de vuelta a la cooperativa

de comercio y abastecimiento. Todo con tal de poner las cosas más

difíciles a los cultivadores de ajo. Cuanto más pensaba en ello, más furioso

me ponía, y ahí fue cuando me subí al
carromato y comencé a lanzar

consignas. La primera de ellas fue:
«¡Abajo con los oficiales
corruptos!», y

otra fue: «¡Abajo con los
burócratas!». Declaradme culpable
de lo que

queráis. Es cosa vuestra. Estoy
completamente solo, así que no me

importa lo que hagáis conmigo. Ya

todo me da igual. ¡Os odio, malditos
perros oficiales! ¡Lo

único que sabéis hacer es pisotear al
pueblo! ¡Os odio!

* * *

■—Es la hora de hacer un descanso
para fumar, Tercer Abuelo

—dijo Gao Ma.

El anciano Wang acercó con el pie el
cubo al pozo y se sentó en

cuclillas.

La luna era tan brillante y clara que daba la sensación de que el

mundo entero estaba iluminado bajo su luz.

—¿Has abonado tu cosecha de ajo, Tercer Abuelo?

4Ü5

—Esta vez no. Que se vaya a hacer puñetas —soltó el anciano

Wang—. No confío en esos estafadores de la Cooperativa de Comercio y

Abastecimiento. ¿Cómo sé lo que ponen en el fertilizante?

—Estás siendo demasiado precavido. No pueden adulterar los fertilizantes químicos.

—Como se suele decir, nunca ha existido un mercader honesto. No creerás que se han enriquecido

actuando de forma legal, ¿verdad? —
dijo

con malicia el anciano Wang—. Es
un edicto imperial.

—Precisamente porque sea un edicto
imperial no significa que

siempre tenga que ser así, ¿verdad?

—Por siempre jamás —dijo el
anciano Wang—. Las ranas de la

bahía de la familia Zhang todavía
siguen sin croar.

—¿También por un edicto imperial?
¿Qué emperador lo dictó?

—Déjame seguir contándote la historia en el punto en que la dejé.

Gao Ma se encogió de hombros.

* # *

Cuando el maestro salió del aula, Nueve Cinco Zhang se acercó a la mesa del profesor, se sentó y se hizo

cargo de la clase, ordenando a todos los pequeños alborotadores que formaran dos equipos y resolvieran sus

diferencias a golpes. Una vez acabado, dispensó todo tipo de honores y

castigos, como si se tratara de un emperador. Después de varios días

haciendo esto, el maestro un día pudo observar el pequeño juego que se

traía entre manos Nueve Cinco Zhang desde un escondrijo situado al otro

lado de la puerta. Antes de entrar en el aula, tosió para anunciar su

presencia, y eso hizo que los alumnos regresaran rápidamente a sus

asientos y recitaran en voz alta las lecciones. Poniendo rápidamente orden

en la clase, el maestro preguntó:

—¿Has preparado la lección, Nueve

Cinco?

Nueve Cinco Zhang se puso de pie, ojeó su libro, y respondió:

—Sí, profesor.

.406

—Pequeño bastardo, ¿a eso le llamas preparar la lección? —mur-

muró el maestro para sus adentros, y luego prosiguió en voz alia—: Muy

bien. Escuchémosla.

Cerrando el libro de golpe, Nueve Cinco Zhang levantó la mirada.

—*Bla, bla, bla* —recitó toda la lección, hasta la última palabra.

El maestro asintió y dijo:

—Siéntate, Nueve Cinco.

Pero desde ese día trató a Nueve Cinco Zhang de otra manera,

dedicando más tiempo a instruirle del que empleaba en los demás

alumnos. Y Nueve Cinco Zhang asimilaba las lecciones del mismo modo

que una vaca engulle la hierba. En menos de seis meses, el maestro había

vertido todos sus escasos conocimientos en la cabeza del alumno. Había

llegado el momento de marcharse y la víspera de su partida dejó una nota

a Nueve Cinco Zhang: «*Nueve Cinco, Nueve Cinco, con las constelaciones*

celestiales de testigo, te auguro que tendrás un ascenso meteórico en tu carrera. Espero que

no te olvides de tu viejo profesor».

La siguiente persona que entra en escena es

un maestro de amplios conocimientos que también era un importante

juez lleno de talento e
inmediatamente asumió la educación
de Nueve

Cinco Zhang. Esto hizo que maestro y
alumno, cuya relación no podía

haber sido más estrecha, mantuvieran
con frecuencia conversaciones

personales. Después de haber estado
hablando una vez hasta altas horas

de la noche, el maestro se metió en la
cama protegido por una mosquitera,

dejando que Nueve Cinco durmiera sobre su mesa de trabajo. Era una

noche de verano, la clase de noches que más les gusta a los mosquitos, que

una y otra vez picaban al maestro a través de la red. Sin embargo, Nueve

Cinco dormía a pierna suelta, con una respiración tranquila y uniforme. El

maestro, perplejo, se levantó y

preguntó en voz alta:

—¿No te pican los mosquitos, Nueve Cinco?

—No hay mosquitos —replicó Nueve Cinco.

—¿Cómo que no hay mosquitos? —preguntó el profesor sor-

prendido—. ¿No tienes calor?

—Qué va —respondió Nueve Cinco Zhang.

—Entonces cámbiame el sitio, Nueve Cinco —dijo el maestro—.

Tú duermes debajo de la red y yo sobre la mesa. ¿Qué te parece?

—Muy bien —aceptó Nueve Cinco.

.407

Y así hicieron. Cuando el maestro se estiró encima de la mesa, sintió

que una brisa fresca barría todo su cuerpo. No había mosquitos por

ninguna parte. Por más que lo intentaba, era incapaz de explicar el misterio. Pero entonces, sus pensamientos se vieron interrumpidos al

escuchar una voz que flotaba en el aire: «Malditos idiotas! ¡El Emperador

se ha ido, así que dejad de perder el tiempo abanicando el aire que corre por encima de este pobre pedante!».

Mientras la voz se iba difuminando,
sintió cómo un enjambre de
mosquitos se reagrupaba por
encima de su

cabeza y, con ellos, sus zumbidos. A
continuación, el calor agobiante

regresó con más intensidad que antes
y el maestro se puso de pie,

recitando entre sus labios una
oración en

silencio: ¡Salvadme, dioses y

espíritus, y perdonadme!

* * *

—Ésa es una triste excusa para contar una historia —se quejó Gao

Ma—. No es más que una sarta de mentiras para proteger los intereses de

la clase feudal. Se reservan para ellos el papel de genios y de superhombres

con el fin de mantener a las masas

bajo su yugo.

—Puedes recitar tus lecciones o puedes aceptar la realidad. Las ranas

de la bahía de la familia Zhang siguen sin croar. ¿Qué tienes que decir a

eso?

El Tercer Abuelo retomó la historia donde la había dejado.

El maestro se percató de que, cuando creciera, Nueve Cinco Zhang

no iba a ser flor de un día, sino que se iba a convertir en el verdadero Hijo

del Cielo. Fíjate lo que te digo: ¡el Hijo del Cielo! ¡Él, con su boca dorada y

sus dientes de jade! El maestro sintió una inmensa alegría en su interior.

¡No me lo puedo creer: eres el mentor del Emperador, un gran hombre

por derecho propio! Desde ese momento, el maestro no sólo se ocupó de

la educación de Nueve Cinco Zhang, sino que también asumió la

responsabilidad personal de los gastos de la madre y el hijo, hasta el último

céntimo. Ni que decir tiene que Nueve Cinco y su madre se sintieron

enormemente agradecidos. No obstante, el maestro tenía en casa a una

hija de dieciséis años, una muchacha de belleza insuperable y gran

capacidad intelectual. En un arranque de inspiración, buscó a la madre de

Nueve Cinco.

—Cuñada Mayor, ¿sería muy atrevido por mi parte discutir contigo la

situación matrimonial de Nueve
Cinco? Tengo una humilde hija en
casa y

me gustaría proponerle que cuidara
de tu estimado hijo.

Sorprendida, la señora Zhang *née* Liu
respondió:

—Querido maestro, ¿cómo
podríamos aspirar, una humilde
viuda y

un muchacho sin padre, a establecer

un parentesco contigo?

—Cuñada Mayor, tus palabras me honran. Mañana traeré a mi hija y podremos celebrar la ceremonia.

La madre Zhang derramó lágrimas de agradecimiento. Luego fue a

casa y se lo contó a Nueve Cinco, que ya conocía la espectacular belleza de

la hija de su maestro. No tuvo palabras suficientes para

agradecérselo. Al

día siguiente, fueron desposados: un alumno dotado y una belleza llena de talento. Las perspectivas de la nueva pareja eran infinitas. Lo que pasó

aquella noche lo dejo en manos de tu imaginación, pero desde ese día en

adelante, Nueve Cinco Zhang se entregó en cuerpo y alma a sus estudios.

Entonces, un día llevó a su amada a

quemar incienso al Templo del Dios
de la Ciudad, y allí el muchacho
observó que sobre el altar había un
pincel

para escribir y un papel. Tentado a
utilizar el pincel, lo cogió y anotó:
«Dios

de la Ciudad, Dios de la Ciudad,
has de partir rápidamente hacia
Luoyang. Sal esta

misma noche y regresa mañana». A
continuación, depositando el pincel

sobre el

altar, abandonó el templo y regresó a casa con su esposa. Aquella noche su

maestro soñó que veía al Dios de la Ciudad transportando una botella de

licor Maotai. Vamos, ¿de dónde iba a sacar una botella de Maotai? ¡Sólo la

estoy utilizando como ejemplo para adornar la historia! También llevaba la

cabeza de un cerdo.

«Estimado Ministro —dijo—, te ruego que intercedas ante el Emperador

en el caso de este insignificante Dios de la Ciudad. Consigue que se

retracte del edicto imperial que me ordena partir hacia Luoyang esta

misma noche y regresar mañana por la mañana. Dime, señor, ¿cómo

puedo preparar un viaje de mil

kilómetros en un solo día?». El maestro se

despertó agitado por este inesperado acontecimiento. Ah, no era más que

un sueño. Se frotó los ojos y se puso de pie. Pero, después de encender la

lámpara, entró en la habitación de al lado, donde vio una botella de licor

Maotai sobre la estufa, junto a una cabeza podrida de cerdo. Se pellizcó en

el muslo y se mordió un dedo y ambos le dolieron. Así que alargó el brazo

para tocar la cabeza de cerdo y agitar la botella de licor. Ambas cosas eran

reales. Pensando que todavía estaba soñando, despertó a su esposa y le

dijo que fuera a ver si la botella de licor y la cabeza de cerdo eran reales.

«Esposo —dijo—, sabías que apenas

nos queda arroz para comer mañana, ¿cómo se te ocurre gastarte el dinero en estos lujos?». Incapaz de contener su delirio, le contó todo a su esposa, olvidando que los misterios del Cielo no se deben divulgar.

* * *

Una vez más, el sonido burbujeante del agua emanó del pozo.

—Es hora de volver a regar las

cosechas, hijo mío —dijo el anciano

Wang—. Ya vuelve el agua.

—Acaba tu historia, Tercer Abuelo

—suplicó Gao Ma—. No me

dejes con la intriga.

—Calma, hijo mío. Sé paciente.

Nunca acabes un buen alimento de

un solo bocado ni cuentes una buena historia de un tirón.

—¿De verdad odias tanto el

socialismo? —preguntó el policía.

—Lo que odio no es el socialismo, sino a vosotros. Para vosotros el

socialismo no es más que una etiqueta, pero para mí es una formación

social concreta, y no algo abstracto. Está encarnada en la posesión pública

de los medios de producción y en un sistema de distribución.

Desgraciadamente, también está encarnada en oficiales corruptos como

vosotros. ¿Acaso no es cierto? — preguntó Gao Ma.

El policía, que se sentía tan irritado como él, golpeó la mesa y

dijo:

—Gao Ma, te estoy interrogando como oficial del juzgado. ¡No

estamos en un concurso de debates!

Estoy esperando a que confieses

cómo incitaste a las masas a golpear,
destrozar y saquear y cómo te

sumaste a ellas en esta actividad
criminal. Primero fuiste un soldado,
luego

un veterano. ¡Pero te has convertido
en un delincuente común que se

resistió a ser detenido y emprendió
la fuga, aunque al final caíste en

nuestras garras!

—Ya te he dicho que puedes
dispararme o enterrarme vivo, no me
importa. Odio a los oficiales como
vosotros que, bajo la apariencia de
estar

abrazando la bandera del Partido
Comunista, destruyen su reputación.
¡Os

odio a todos!

* * *

Era más tarde de la medianoche. Los

campesinos regaban sus

cosechas bajo una luna cada vez más brillante, cada vez más clara, que iba

adquiriendo un aspecto cada vez más espectral. Las linternas se

difuminaban y oscurecían bajo los luminosos rayos de la luna.

Gao Ma alargó un cigarrillo al anciano Wang, que recuperó el hilo de

su relato.

* * *

El maestro hizo lo que nunca debería haber hecho: reveló a su esposa

el futuro imperial de Nueve Cinco Zhang. Muchos de los grandes

acontecimientos mundiales se han echado por tierra por culpa de las

mujeres que, al igual que los perros, son capaces de comer mantequilla

pero no pueden mantenerla en la boca. Imagina los pensamientos que

corrieron por su cabeza cuando escuchó que su yerno estaba destinado a

convertirse en el Hijo del Cielo. Su hija sería Emperatriz, y eso le

convertiría a ella en Emperatriz Madre, una relación con la realeza que

.411

jamás se podría romper: más riquezas y honores de los que podría

llegar a

calcular, más sedas y satenes de los
queja- más podría vestir y más
delicias

y exquisiteces de las que jamás
podría llegar a comer. Perdió el
contacto

con la realidad. Pero ésa es otra
historia. Al día siguiente, el maestro
acudió

al Templo del Dios de la Ciudad,
donde se dirigió directamente al

altar,

cogió el pedazo de papel que había escrito Nueve Cinco Zhang y, sin decir

una palabra a nadie, lo guardó en la manga y se lo llevó a casa.

—¿Has escrito esto, querido yerno?

—preguntó a Nueve Cinco

Zhang.

—Así es —respondió éste ruborizado.

—Hay por lo menos quinientos kilómetros desde aquí a Luo- yang

—dijo el maestro—, un viaje de ida y vuelta de un millar de li. ¿Cómo va a

recorrer esa distancia en un solo día?

—Sólo estaba divirtiéndome un poco —protestó Nueve Cinco.

—Bueno, será mejor que escribas otro pedazo de papel para

ahorrarle el viaje —dijo el maestro.

Así pues, Nueve Cinco cogió el pincel y escribió en un pedazo de

papel: *«Dios de la Ciudad, Dios de la Ciudad, no es necesario que vayas a Luoyang.»*

Acuéstate después de haber disfrutado de una copiosa comida y que tengas salud».

Aquella noche el Dios de la Ciudad se apareció en sueños al maestro.

—Mi más sincero agradecimiento

por interceder en mi nombre

—dijo—, por ello, quiero darte este cordero asado y este delicioso vino.

Tal y como sucediera antes, cuando el maestro se despertó y fue a la

habitación contigua: sobre el fogón le esperaban un cordero asado y una

botella de delicioso vino.

* * *

Un meteorito pasó a toda velocidad

en dirección a la tierra, arras-
trando tras de sí su llameante cola. El
anciano Wang continuó con su
relato; la suegra de Nueve Cinco
aquel día mantuvo una disputa con
una
vecina y en el calor de la refriega se
olvidó de la promesa que hizo a su
marido de guardar el secreto.

—Para tu información —dijo—, mi yerno es el futuro Hijo del Cielo

y en cuanto monte sobre el Trono del Dragón, haré que os corte a todos la cabeza, uno por uno.

Tomándose como una amenaza sin sentido, su vecina dijo:

—Todo el mundo sabe que ese escuálido mono de yerno que tienes no

posee un solo hueso en el cuerpo que

sea digno de un Emperador. Y,
aunque lo tuviera, con una suegra de
corazón oscuro y manos torpes
como tú, el Anciano que está en el
Cielo repondría inmediatamente esos
huesos.

Un espíritu que pasaba por allí, tras
escuchar ese airado comentario,
corrió a informar al Emperador de
Jade, que se enojó tanto que ordenó
al

Príncipe Celestial Li y a su hijo Nuozha que bajaran a reemplazar los huesos de Nueve Cinco. Aquella tarde, el Príncipe Celestial Li y su hijo

llegaron al Templo del Dios de la Ciudad, donde fueron agasajados con un

banquete, en el cual el Príncipe Celestial Li bebió un poco más de la cuenta

y dejó escapar la razón por la que
había venido. Recordando con
gratitud

la rectificación del edicto imperial
de Nueve Cinco Zhang, el Dios de la

Ciudad se apareció al profesor en
sueños y dijo:

—Querido maestro, tu esposa ha
repetido algo que ha enojado al

Emperador de Jade, quien ha enviado
al Príncipe Celestial Li y a su hijo a

quitarle a tu querido yerno sus huesos imperiales y a sustituirlos esta

misma noche por unos huesos de tortuga durante la tercera guardia. Di a

tu querido yerno que debe apretar los dientes y soportar el dolor, por muy

grande que éste sea, y que no debe gritar bajo ninguna circunstancia. De

ese modo, podrá conservar su dorada boca y sus dientes de jade. Si lanza

un solo grito, hasta sus dientes se convertirán en los de una tortuga. Los

misterios del Cielo no se deben divulgar. Por favor, informa a tu querido

yerno que debe tener cuidado con lo que dice.

Después de asegurarse de que su mensaje fuera comprendido, el

Dios de la Ciudad montó sobre el viento y se fue en él. Esta vez, el

maestro se despertó empapado en sudor. Sabiendo que no se trataba de una falsa alarma, informó inmediatamente a Nueve Cinco de que aquella

misma noche, por mucho dolor que pudiera sentir, tenía que apretar los dientes y no lanzar ningún grito.

Nueve Cinco, que era más inteligente que

los demás, lo comprendió al instante.

Aquella noche, tal y como se

.413

esperaba, su cuerpo fue sometido a un dolor insoportable pero,

recordando la amonestación de su maestro, apretó los dientes y no dejó

escapar sonido alguno. El maestro, enojado con los sueños de favor

imperial que albergaba su esposa, se sintió tentado a estrangularla, pero no

se atrevió a hacerlo. En cuanto a Nueve Cinco Zhang, conservó su boca

dorada y sus dientes de jade.

Entonces, un día de verano, mientras se

encontraba sentado bajo un árbol leyendo un libro, su paz se vio

interrumpida por las ranas que croaban en la bahía.

—¡Dejad de croar! —dijo—. ¡De lo

contrario, os pongo panza arriba!

Las ranas de la bahía de la familia Zhang no han vuelto a croar desde

aquel día y cada vez que una de ellas siente la necesidad de romper su

silencio, en cuanto el más mínimo sonido escapa de su boca, la rana se

pone panza arriba.

—Supongo que una boca dorada y unos dientes de jade son algo tan

poderoso como dicen —bromeó entre risas Gao Ma—. Tercer Abuelo,

ser Emperador no es tan sencillo como parece. No eres libre para decir lo

que quieras, como hacemos nosotros.

—Eso es verdad —asintió el Tercer Abuelo—. El Hijo del Cielo no puede bromear alegremente.

—Pero no creo en absoluto que si el

Emperador ordenara que los
caballos tuvieran cuernos, o que a las
vacas les salieran escamas, o que los
gallos pusieran huevos, o que las
gallinas cantaran, eso llegaría a
suceder.

—En esas materias algunos hablan y
otros obedecen —insistió el

Tercer Abuelo—. Como entre los
labios del Emperador nunca se
desliza

una palabra sin sentido, si dijera que
tuvieran cuernos, ningún caballo se
atrevería a desobedecer. Si quieres
un ejemplo más próximo, mira a
nuestro secretario Wang. Un
secretario municipal del partido ni
siquiera es

un oficial de grado siete, pero
viéndole cómo se pavonea, si dijera
que sólo

tiene siete dientes, ¿quién se iba a

atrever a abrirle la boca para
comprobarlo?

Después de hacer una pausa para
pensar, Gao Ma dijo:

—En eso tienes razón.

.414

—Hermano Mayor Gao Ma

—dijo Jinju malhumorada—,
háblame de tu relación con la
concubina del

jefe de personal.

—No era la concubina del jefe de personal, sino la concubina del comandante del regimiento.

—Entonces, háblame de la relación que tuviste con ella

—Pues verás, ella quería casarse conmigo, pero nunca llegué a

acostumbrarme a lo mal que le olía el aliento o a cómo hacía pucheros.

No

sentía ni una pizca de amor por ella
—dijo Gao Ma avergonzándose al

pronunciar la palabra «amor»—.

Supuse que era mi billete para
ascender al

cargo de oficial. Yo los odiaba, pero
no era mejor que ellos y no me

merecía el ascenso.

—¿Y qué me dices del amor que
sientes por mí? ¿Es real o fingido?

—¿Todavía me lo preguntas después

de todo lo que hemos pasado

juntos?

—Si te hubieran ascendido a oficial del ejército, lo más probable es

que no te hubieras enamorado de mí.

—Si me hubieran ascendido a oficial, me habría convertido en una mala persona.

—¿Te habrías casado con la concubina del comandante del regimiento?

—Escucha. Mi orden de ascenso ya estaba aprobada, así que dejé a la concubina del comandante del regimiento. Después de todo, iba a conseguir lo que quería. ¿Y sabes qué sucedió? Pues que el comandante del regimiento rompió en mil pedazos la orden de ascenso.

—¡Muy bien hecho! —dijo Jinju entre dientes.

—Sí no lo hubiera hecho, no me habría convertido en tu hombre.

—Ah, ya veo. ¡Soy un plato de segunda mesa! —espetó Jinju

mientras se deshacía en lágrimas, sintiéndose terriblemente agraviada.

Gao Ma le pasó las manos por los hombros en un intento por

consolarla.

—No llores. ¿Quién no ha sido culpable alguna vez de un pecado de

juventud? Sólo quiero vender mi cosecha lo antes posible y dar a tus

despiadados padres el dinero que me exigen para conseguir tu mano y así

poder vivir juntos y en paz.

¿Convertirme en oficial? ¿Para qué?

¿Para

vender mi conciencia? Eso es lo que te obligan a hacer.

—Número Cincuenta y Uno, hemos oído que tú y la muchacha Fang

Jinju, originaria de esta aldea, habéis tenido un romance. ¿Es eso cierto?

La pregunta procedía de un interrogador de cara pálida que se encontraba sentado sobre el catre de Gao Ma. Éste estaba sentado en la esquina lanzando una mirada furibunda al hombre, que sonrió y

dijo:

—Por lo visto, tú también me odias.

Escucha, joven, eres demasiado

extremista en tus juicios. En el partido y en el gobierno hay muchos

oficiales decentes.

—Los cuervos siempre son negros, estén donde estén.

41S

—Trata de ser un poco más sensato,

muchacho. No estoy aquí para discutir contigo. A decir verdad, estoy de tu parte. Confía en mí. Te aconsejo que no lances piedras contra tu propio tejado.

—Es suficiente con pasar media vida siendo una babosa —dijo Gao

Ma.

El interrogador sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Fumas?

Gao Ma sacudió la cabeza. El interrogador encendió uno y dejó que colgara entre sus labios mientras rebuscaba entre unos papeles llenos de notas escritas a lápiz.

—He estudiado tu caso a fondo — dijo—. Incluso he hecho una visita de reconocimiento a tu aldea. Quiero que comprendas que lo que

hiciste en el recinto gubernamental del Condado el día veintiocho de mayo, destruir dos teléfonos, prender fuego a una pila de expedientes y golpear a un mecanógrafo, fue un delito, así que tu arresto está justificado. Y antes de que se produjera el incidente incitaste a la multitud a que se amotinara. Algunos dicen que esa actividad

contrarrevolucionaria

tenía como objetivo destruir el orden social, y por eso debes ser castigado.

—¿Es lo bastante grave como para que me dispires?

—No. Quiero un relato detallado de tu relación con Fang Jinju.

Desde mi punto de vista, el trágico romance que tuvisteis fue un factor importante en tu criminalización.

—¡Te equivocas! ¡Os odio a todos!
¡Cómo me gustaría poder

despellejar a todos los oficiales
corruptos!

—¿No quieres mi ayuda?

—¡Quiero que me dispires!

El interrogador se marchó mientras
sacudía la cabeza. Gao Ma le

escuchó decir a alguien:

—Ahí hay un hombre que tiene la

mente confusa.

Capítulo 18

Llamarme contrarrevolucionario es una mentira abominable: yo, Zhang Kou,

siempre he sido un ciudadano respetuoso con la ley. El Partido Comunista, que

.419

nunca tuvo miedo de los diablos japoneses, ¿ahora no se atreve a

escuchar a su

propio pueblo?

Extracto de una balada cantada por
Zhang Kou

después de su interrogatorio.

A primera hora de la mañana, un
cocinero enjuto penetró en el
interior de la celda.

—Di al viejo Sun qué menú quieres

para tu última comida, Número

Uno —dijo el carcelero.

El prisionero se quedó por unos instantes sin habla.

—Todavía no me he dado por vencido —dijo finalmente.

•—Tu apelación ha sido denegada. La sentencia se va a llevar a cabo.

La cabeza del prisionero condenado se desplomó hacia delante.

—Vamos —dijo el carcelero—, sé razonable y dinos qué es lo que te gustaría comer. Este es el último alto en el camino de tu viaje. Permite que te dispensemos un poco de humanitarismo revolucionario.

—Cuéntame —apremió el cocinero—. No queremos que nos dejes convertido en un fantasma hambriento. Hay un largo camino hasta los

Manantiales Amarillos y necesitas tener el estómago lleno para recorrerlo.

El condenado dejó escapar un largo suspiro y levantó la cabeza. En sus ojos había una mirada perdida, pero sus mejillas resplandecían.

—Cerdo a la brasa —dijo.

.421

—Muy bien, cerdo a la brasa — aceptó el cocinero Sun.

—Con patatas. Y quiero que la carne esté jugosa y grasienta.

—Muy bien, cerdo a la brasa y patatas. La carne grasienta. ¿Alguna cosa más?

Los ojos del hombre se estrecharon hasta no ser más que unas linas hendiduras mientras se esforzó por dilatar el menú.

—No tengas miedo —dijo el cocinero Sun—. Pide lo que quieras,

porque lo tenemos en la cocina.

El prisionero apretó los labios mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Me gustaría tomar tortitas, fritas a la plancha y rellenas de cebollas verdes y, vamos a ver... Un poco de pasta de alubias.

—¿Eso es todo?

—Es todo —dijo el condenado, y

añadió dulcemente—. Siento tener que darte tanto trabajo.

—Es mi obligación —comentó el cocinero—. Volveré dentro de un rato.

Los dos hombres salieron de la celda.

El condenado se tumbó boca abajo sobre su catre y sollozó lastimosamente, hasta el punto de

contagiar su llanto a Gao Yang, que se

acercó despacio a él y le dio unas palmaditas en el hombro.

—No llores —susurró—. Eso no te ayudará.

El condenado se dio la vuelta y le agarró la mano. Pero cuando Gao

Yang, asustado, trató de retirarla, le dijo:

—No tengas miedo, no voy a hacerte

daño. Ojalá no hubiera

esperado hasta el día de mi muerte
para darme cuenta de lo que significa

tener un amigo. Algún día serás libre,
¿verdad? ¿Podrías visitar a mi padre

y asegurarte de que no llora por mí?
Dile que como última comida me han

dado cerdo a la brasa, patatas y
tortitas hechas con harina
blanqueada,

rellenas de cebollas verdes y pasta

de alubias. Soy de la aldea de la familia

Song. El nombre de mi padre es Song Shuangang.

—Te doy mi palabra —prometió Gao Yang.

42-4

Unos minutos después, el cocinero regresó con el cerdo a la brasa y

las patatas, algunas cebollas verdes peladas, un cuenco de pasta de

alubias,

una pila de tortitas y media botella de vino de arroz.

El guardia retiró las esposas al condenado y, a continuación, se sentó delante de él, con el revólver desenfundado, mientras el prisionero se

arrodillaba frente a la comida y el vino. Su mano temblaba mientras vertía

el licor en una taza. A continuación echó la cabeza hacia atrás y la dejó caer, lanzando un simple «¡padre!» antes de ahogarse en un mar de lágrimas.

Mientras el condenado era conducido fuera de la celda, se dio la vuelta y dedicó una sonrisa a Gao Yang, que se le clavó en el corazón como si fuera un cuchillo.

—¡Sal, Número Nueve! —ordenó un
carcelero a través de la puerta
abierta.

Gao Yang se llevó un tremendo
susto. Un torrente de cálida orina
empapó
sus pantalones

—¡Oficial, tengo una mujer e hijos en
casa! ¡Hazme comer mierda y beber
mi propia orina pero, por favor, no
me dispaes!

—¿Quién ha dicho que vaya a dispararte? —respondió sorprendido el

carcelero.

—¿No me vas a disparar?

—¿Qué te hace pensar que en China nos sobran las balas como para

desperdiciarlas con tipos como tú? Vamos. Te alegrará saber que tu esposa

ha venido a visitarte.

El corazón de Gao Yang dio un vuelco y casi se cae en la puerta de la

celda. Mientras le colocaban en las muñecas un par de esposas de metal,

dijo:

—Oficial, no me encadenes. Prometo que no voy a salir corriendo. Si mi

esposa las viera, se sentiría mucho peor.

—Las normas son las normas.

—Mira mi tobillo. No podría echar a correr aunque quisiera.

—Cierra el pico —bramó el carcelero—. Y da gracias a que dejemos

que tu esposa venga a verte.

Normalmente, no permitimos ese tipo de

cosas antes de que se dicte la sentencia.

Le condujeron a una habitación aparentemente desocupada.

—Entra. Tienes veinte minutos.

Vacilante, abrió la puerta de la habitación. Allí, sentada sobre un taburete y acunando a un bebé, se encontraba su esposa; su hija Xinghua

estaba sentada tan cerca de ella que sus piernas se tocaban. Su esposa se levantó repentinamente y Gao Yang

observó cómo su rostro se contraía y su boca se apretaba como si fuera a echarse a llorar.

Con las manos agarradas al marco de la puerta, Gao Yang trató de

hablar, pero algo caliente y pegajoso atascaba su garganta. Era la misma

sensación que había experimentado unos días antes cuando observó a su

hija en el bosque de acacias desde el árbol en el que se encontraba atado.

—¡Papá! —gritó Xinghua alargando las manos para percibir dónde se encontraba su padre—. ¿Eres tú, papá?

.426

Mientras su esposa arrojaba un fardo de ajo sobre el lecho de la carreta, se agarró el vientre y dobló el cuerpo.

—¿Ya viene? —preguntó un ansioso, casi aterrorizado, Gao Yang.

—Lo he intentado —dijo ella—, pero creo que esta vez es la buena.

—¿No podrías esperar un par de días más? ¿Al menos hasta que haya

vendido el ajo? —Había un tono malhumorado en su voz—. Ya que no va

a nacer un par de días después, me

habría conformado con que hubiera venido un par de días antes. ¿Pero por qué tiene que ser precisamente hoy?

—No es culpa mía... Yo no quería que viniera ahora... Si fuera

suficiente con mover la tripa, podría esperar un poco más, pero... —dijo

agarrándose a la barandilla de la carreta con el rostro empapado en sudor.

—Muy bien, ten el bebé ahora —dijo Gao Yang con resignación—.

¿Voy a buscar a Qingyun?

—No, a Qingyun no —respondió ella—. Cobra demasiado y no es

muy buena. Iré a la clínica. Creo que es un niño.

.427

—Si me das un varón te compro una hermosa y rolliza gallina. Si

quieres, hasta te llevo cargada a mis espaldas.

—No puedo caminar. Sólo deja que me apoye en ti —dijo tum-

bándose boca abajo en el suelo.

—Usaremos la carreta.

Después de descargar el ajo, Gao Yang empujó la carreta hacia la

puerta, ató al burro y regresó a buscar un cojín para colocarlo en el suelo

del carromato.

—¿Qué más necesitamos?

—Un par de rollos de papel... Todo está preparado... Hay un fardo

azul en la cabecera del *kang*.

Gao Yang entró en la casa, agarró el fardo y, a continuación, llevó a

su esposa a hombros hasta la puerta y la depositó dulcemente sobre la

carreta. Xinghua, despierta por la

conmoción, estaba gritando. Gao Yang

volvió a entrar en la casa.

—Xinghua —dijo—, tu madre y yo vamos a traerte un hermanito.

Vuelve a la cama y duerme.

—¿Dónde lo vais a encontrar?

—Lo recogeré del campo.

—Quiero ir contigo.

—Los niños no pueden ir. Tenemos que ir solos a encontrar

uno.

La luna todavía no había salido mientras conducía su destartalada

carreta por un puente lleno de baches, con su mujer lanzando gemidos a

su espalda.

—¿Por qué gritas? —preguntó, irritado al ver los carros llenos de

ajo

avanzando sobre la carretera
asfaltada—. ¡Vas a tener un bebé, no
a morir!

Los gemidos cesaron. La carreta olía
a ajo mezclado con el sudor de
su esposa.

El centro de salud se encontraba en
un descampado situado junto al
cementerio. Al este se extendía un
campo de maíz, al oeste un campo de

boniatos y un campo de ajo recién recolectado al sur. Después de frenar su carreta, Gao Yang trató de encontrar la sala de partos. Una mano adherida a un hombre, cuyas facciones resultaban difíciles de distinguir en la oscuridad, le impidió llamar a la puerta.

—Mi mujer está teniendo un bebé ahí dentro —dijo el hombre con

voz ronca.

El brillo de un cigarrillo que colgaba de sus labios titilaba sobre su

rostro. El humo desprendía un aroma agradable.

—Mi esposa también va a tener un bebé —dijo Gao Yang.

—Entonces, ponte en la cola —dijo el hombre.

4,50

—¿Hasta para tener un hijo?

—Hay que hacer cola para todo —
respondió gélidamente el
hombre.

En ese momento fue cuando Gao
Yang se dio cuenta de que había

otros carros parados fuera de la sala
de partos: dos carros tirados por un

buey, uno tirado por un caballo y un
carro tirado a mano sobre el que se

había extendido una manta.

—¿Tu esposa está dentro?

—Sí.

—¿Por qué está todo en silencio?

—La fase de los ruidos ya ha acabado.

—¿Ha sido niño o niña?

—Todavía no lo sé.

El hombre se acercó y pegó la oreja

a una rendija que había en la
puerta.

Gao Yang acercó un poco más su
carreta.

La luna borrosa y de un color rojo
intenso había ascendido por
encima del patio, donde las daturas
florecían en la base del muro,
produciendo unas flores que parecían
etéreas polillas blancas bajo la

lóbrega luz de la luna. Su agradable olor medicinal competía con el hedor que procedía de la dependencia, sin que uno fuera capaz de doblegar al otro. Gao Yang acercó su carreta a los tres carros: en cada uno de ellos yacía una mujer embarazada, ya fuera boca arriba o boca abajo, y sus maridos esperaban junto a ellas.

Mientras la luz de la luna relucía, las demás carretas y sus ocupantes

cada vez se hacían más visibles. Los dos bueyes rumiaban sus bolos

alimenticios, haciendo relucir los hilos de baba que colgaban de sus labios

como un hilado de seda. Dos de los hombres estaban fumando; el tercero

agitaba su látigo distraídamente. Gao Yang, seguro de haberlos visto en

alguna parte, pensó que se trataba de campesinos de las aldeas de su

Condado con los que se topaba de vez en cuando. Las madres expectantes

estaban hechas un desastre: llevaban los rostros mugrientos, los cabellos

andrajosos y apenas se les podía considerar seres humanos. La que se

encontraba en el carro situado más hacia el este llenaba el aire de

abominables gemidos, que hacían que su marido no parara de moverse

nervioso, hasta el punto de gritar:

—¡Deja de llorar, ya basta! La gente se va a reír de nosotros.

La puerta de la sala de partos se abrió y una luz procedente de detrás

de los aleros les golpeó en la cara.

Una doctora vestida de blanco apareció

en la puerta, con las manos protegidas por unos guantes de goma que le

llegaban a la altura del codo, por donde resbalaba, principalmente, un reguero de gotas de sangre. El hombre corrió a su encuentro.

—¿Qué ha sido, doctora? —preguntó ansiosamente.

—Una niñita —masculló la doctora.

Al escuchar que era el padre de una pequeña, el hombre se tambaleó

un par de veces hasta caer de espaldas, golpeándose ruidosamente

la

cabeza contra las baldosas, que dio la sensación de romper.

—¿Qué problema hay? —comentó la doctora—. Los tiempos han

cambiado y las niñas son iguales que los niños. ¿De dónde proceden los

hombres si no es de las mujeres? ¿O es que salen de debajo de una piedra?

Lentamente, el hombre se puso de

pie, como si estuviera en trance. A continuación, comenzó a gemir y a sollozar, como si estuviera loco, y acentuaba sus llantos con gritos de reproche:

—¡Zhou jinhua, maldita mujer inútil, mi vida se ha arruinado por tu culpa!

Sus gritos se unieron a los sonidos del llanto que se escuchaba en el

interior: Gao Yang pensó que se trataba de Zhou Jinhua. La ausencia de

llanto del bebé le desconcertó. Jinhua no habría sido capaz de ahogar a su

propio bebé, ¿verdad?

.433

—Entre ahora mismo —ordenó la doctora— y ocúpese de su esposa y de su hijo. Hay más personas

esperando.

El hombre se puso torpemente de pie y se arrastró hacia el interior.

Unos minutos después salió con un fardo en la mano.

—Doctora —dijo mientras se detuvo en el umbral de la puerta—,

¿conoce a alguien a quien le gustaría tener a una niña? ¿Podría ayudarnos a

encontrarle un hogar?

—¿Pero es que en vez de corazón tiene una piedra? —preguntó

enojada la doctora—. Llévase a su hija y trátela bien. Cuando cumpla los

dieciocho puede conseguir al menos diez mil por ella.

Una mujer de mediana edad salió por la puerta, con el pelo tan

enmarañado que parecía un nido de aves; tenía las ropas raídas y des-

garradas y el rostro desencajado, con un aspecto que parecía cualquier

cosa menos un ser humano. El hombre le entregó el bebé envuelto en el

fardo mientras fue a coger la carreta y, una vez en ella, la mujer se sentó

frente a una cesta llena de estiércol. Después de pasar los arreos alrededor

de su cuello, el hombre dio unos

cuantos pasos titubeantes antes de que el

carro se viniera abajo y su esposa y el bebé que llevaba en sus brazos se

golpearan contra el suelo. La mujer gemía, el bebé berreaba y el hombre

lloraba desconsoladamente.

Gao Yang lanzó un suspiro, al igual que hizo el hombre que se

encontraba a su lado.

La doctora se acercó.

—¿De dónde viene ese carro?

—Doctora —respondió Gao Yang abochornado—, mi esposa va a tener un bebé.

La doctora levantó un brazo, se remangó el guante de goma y miró a su reloj.

—Parece que esta noche no voy a poder acostarme —murmuró—.

¿Cada cuánto tiene contracciones?

—Aproximadamente... durante el tiempo que se tarda en acabar una comida.

—Entonces eso es mucho. Espere su turno.

La luz de la bombilla y los rayos de luna iluminaron la escena. La

doctora de tez blanca, que presentaba unos rasgos muy marcados

sobre un rostro redondo, fue de un
carromato a otro, apretando y

comprobando los dilatados
abdomenes y, a continuación, dijo a
la mujer

que se encontraba tumbada en el
carro situado más al oeste, tirado por
un

pequeño caballo:

—Si gritas así sólo empeorarás las
cosas. Fíjate en las demás. No se

comportan como tú, ¿verdad? ¿Es tu primer hijo?

El pequeño hombrecillo que se encontraba junto al carromato

respondió por su esposa:

—Su tercero.

—¿Tu tercero? —replicó la doctora, con evidente enfado—. ¿Cómo

puedes gritar de esa manera? ¿Y qué es ese terrible olor? ¿Te lo has hecho

encima? ¡El olor corporal no debería apestar tanto!

La mujer, debidamente reprendida, dejó de gritar.

—Deberías haberte lavado antes de venir —gritó la doctora.

—Lo siento mucho, doctora —dijo el hombrecillo con un tono de

disculpa—, pero estos días hemos estado demasiado ocupados

recogiendo el ajo... Además tenemos

que ocuparnos de los niños.

—Y aquí estáis, dispuestos a tener otro.

—Los otros dos son dos niñas — explicó—. Los campesinos

necesitamos tener hijos varones para que nos ayuden en los campos. Las

niñas crecen y se casan para irse a vivir con otra familia. ¿De qué sirve un

hijo que no es capaz de hacer las

tareas duras? Además, la gente se ríe de ti

si no tienes un varón.

—Si educas a una hija como la famosa Emperatriz Viuda, tendrás

algo mucho mejor que diez mil de tus preciosos varones —replicó la

doctora.

—Te burlas de mí, ¿verdad? —dijo el hombrecillo—. Cualquiera niño

que nazca de unos padres tan feos como nosotros tendrá suerte si no sale

tullido, ciego, sordo o mudo. Toda esa palabrería de tener un hijo con

pedigrí no es más que eso: palabrería.

—Puede que sí, puede que no — respondió la doctora—. Una simple

crisálida puede engendrar una hermosa mariposa. Por lo tanto, ¿qué

impide a una pareja como vosotros
tener a un futuro presidente del
partido?

4S4

—¿Con una madre así? Me postraría
de rodillas y haría reverencias

hasta el final de los tiempos si me
diera un hijo cuyos rasgos estuvieran
en

el lugar adecuado —dijo el
hombrecillo.

Desde el suelo de la carreta, su mujer hizo un esfuerzo por incorporarse.

—¿Qué te hace pensar que tú eres tan atractivo? Si quieres saber qué

es lo que veo yo, no tienes más que mirarte en un charco de orina: ojos de

rata, boca de sapo, las orejas de un asno, totalmente jorobado como una

tortuga. ¡Debí estar ciega para

casarme con alguien como tú!

El hombrecillo se echó a reír.

—Cuando era joven era muy apuesto.

—¡Y un pedo de perro! Pero si parecías más un animal que un

humano. ¡Eras como el abominable Wu Dalang, o quizá peor!

Ese comentario hizo que todos los demás se echaran a reír, in-

cluyendo la doctora, cuya enorme

boca abierta podría haber alojado
una

manzana entera. Al lado, los campos
estaban cargados de aires alegres, ya

que la fragancia de las daturas acabó
por imponerse al hedor que salía de
la

dependencia. Una polilla de color
verde pálido revoloteaba alrededor
de

una bombilla y el poní blanco de la
poco agraciada pareja golpeaba con

la

pata felizmente en el suelo.

—Muy bien, es tu turno— dijo la doctora a la mujer.

El hombrecillo levantó a su esposa y la sacó de la carreta. Por el

modo como gritaba, se podía pensar que la estuviera matando.

—¡Ya basta! —ordenó el hombrecillo, dándole un pequeño golpe en

la cabeza—. La primera vez duele, la segunda vez sale como la seda y la tercera es como ir a cagar.

Ella le arañó la cara.

—Tu madre se está quemando por las hemorroides. ¡Tú qué sabrás

cómo es...! ¡Oh, Dios mío, me está matando!

—Menudo par de joyas estáis hechos
—comentó la doctora—. ¡Dios

los cría y ellos se juntan!

—La mujer de la cicatriz en la cara
se casa con un hombre de labio

leporino. De ese modo, nadie puede
quejarse —dijo el hombrecillo.

—¡Que la jodan a tu madre!

¡Después de que nazca éste, te
prometo

que voy a empezar con los trámites
de divorcio...! ¡Oh, Dios!

La doctora condujo a la mujer hacia

el interior.

—Espera aquí —dijo al marido, que hizo una breve pausa ante la

puerta, luego regresó a la carreta y cogió su bolsa de alimentos. El poni

blanco resopló ruidosamente mientras empezó a ronzar su comida.

Los otros tres padres, expectantes, se arremolinaron alrededor del

hombrecillo, que les entregó varios cigarros. Gao Yang, que no estaba

acostumbrado a fumar, sufrió un ataque de tos.

—¿De dónde eres? —le preguntó el hombrecillo.

—De la aldea que está al sur de aquí.

—¿Donde vive la familia Fang?

—Sí.

—¡Tuvieron a una puta por hija! —dijo indignado.

—¿Te refieres a Jinju? Es tan inocente como largo es el día —la defendió Gao Yang.

—¿Y a ti quién te ha preguntado? —replicó la esposa de Gao Yang.

—¿Dices que es inocente? —espetó el hombrecillo torciendo el

labio—. Por culpa de su cambio de opinión se han ido tres bodas al garete.

Mi compañero aldeano Cao Wen

sufrió una crisis nerviosa.

—No ha sido fácil para ella —dijo Gao Yang a la defensiva—, con

las palizas que recibió y todo eso.

Jinju y Gao Ma estaban hechos el uno para el otro.

—¿Qué futuro nos espera si una mujer tiene capacidad para decidir

con quién se casa? —murmuró pesaroso el hombrecillo.

Un hombre de cabello
prematuramente canoso que se
encontraba

junto a su carromato dijo:

—La culpa es de esas películas. Hoy
en día, los jóvenes aprenden
todo lo malo de las películas.

—Cao Wen es un loco —comentó
uno de los otros hombres—.

¿Por qué alguien como él, protegido
por su tío que es un funcionario con

mucho poder, va a pensar que nunca más va a encontrar una esposa? No

merece la pena perder la cabeza por una cosa así.

—El problema es que no hay suficientes mujeres —dijo el hombre de cabello gris—. Se comprometen cuando no son más que unas

adolescentes. Me gustaría saber a dónde han ido todas las chicas. Hay muchos jóvenes solteros, pero nunca

verás a una mujer que no esté

casada. Se ha llegado a un punto en el que los jóvenes se las rifan como si

fueran tofu caliente, aunque estén ciegas o tullidas.

Gao Yang tosió. El hombre de cabello gris le había hecho enfadar.

—¿Cómo puedes reírte de los demás? —dijo—. Nadie sabe lo que hay en el interior del vientre de una

madre hasta que sale. ¿Cómo se puede

saber si va a tener una cabeza o dos?

El hombre de pelo gris, ignorando completamente a Gao Yang,

continuó, aunque podría haber estado hablando consigo mismo:

—¿A dónde van las chicas? ¿A la ciudad? Los chicos de la ciudad no

están interesados en las chicas del campo. Es todo un dilema. Pensemos

en un buey o un caballo: cuando llega el momento de levantar la cola y

parir a un joven, si es una hembra todo el mundo salta de alegría; pero si es

un macho, no se ven más que caras largas. Sin embargo, con las personas

.436

sucede todo lo contrario. La alegría se produce cuando nace un varón,

pero el nacimiento de una mujer todo el mundo lo recibe con el gesto

torcido. Y luego, cuando el chico crece y no es capaz de encontrar a una

esposa, vuelven a aparecer las caras largas.

El llanto de un bebé interrumpió la conversación. El hombrecillo

dejó de alimentar a su caballo y se dirigió hacia la sala de partos un

tanto

indeciso, como si sus piernas
tuvieran que arrastrar un enorme
peso.

—Eh, tú, hombrecillo —la doctora le
llamó mientras abría la puerta
de la sala de partos—. Tu esposa te
ha dado un varón.

El hombre creció dos centímetros de
forma instantánea. Entró en la
clínica dando grandes zancadas y

apareció unos instantes después con
su

hijo recién nacido, al que colocó en
el suelo de la carreta.

—Escucha, amigo —dijo al hombre
de cabello gris—, vigila mi

caballo mientras voy a buscar a la
madre de mi hijo, ¿quieres? No lo

asustes.

—No cabe duda de que,
repentinamente, se siente
todopoderoso

—escuchó decir Gao Yang a una de
las mujeres.

—Ahora ya podrá tener la cabeza
bien alta cuando esté con otros
hombres.

El hombrecillo apareció encorvado,
llevando a su esposa sobre su
espalda, que arrastraba los pies en el

lodo. Uno de los zapatos se le salió del

pie, pero el hombre de cabello gris lo volvió a colocar en su sitio.

—Te tomo la palabra —le dijo a su marido una vez que se tumbó en el lecho de la carreta.

—Lo digo en serio.

—Me vas a comprar una chaqueta de nailon.

—Una con dos filas de cierres automáticos.

—Y un par de medias de nailon.

—Dos pares. Uno rojo y otro verde.

El hombrecillo guardó la cesta de comida, cogió el látigo y dio la

vuelta a la carreta hasta que quedó en perpendicular a los demás carros. La

piel del poni brillaba como la plata.

Después de frenar al animal, obsequió

a sus compañeros con unos cuantos cigarrillos más.

—No fumo —dijo Gao Yang—. Lo único que haría sería desperdiciar un buen cigarro.

—Pruébalo —le animó el hombrecillo—. No es más que un cigarrillo. ¿Acaso no ves lo feliz que estoy? ¿No te alegras por mí?

—Por supuesto que sí —dijo Gao Yang aceptando el cigarrillo.

La esposa del hombre del cabello gris era la siguiente.

—Hermanos —dijo el hombrecillo —, todos tendréis hijos varones.

Los niños son como un banco de peces, siempre van juntos. Como todos

nuestros hijos tendrán el mismo día de cumpleaños, serán como hermanos

cuando crezcan.

Hizo restañar su látigo, dio un grito a su caballo y salió del complejo

lleno de satisfacción. El ruido de las pezuñas del caballo se perdió

rápidamente en la tenebrosa luz de la luna.

La esposa del hombre de cabello gris tuvo una niña.

La esposa del otro hombre parió un feto que nació muerto.

Después de llevar a su esposa nacía el interior de la sala de partos,

Gao Yang se paseó de un lado a otro del recinto, que ahora estaba a su

entera disposición. Por entonces, la luna brillaba directamente sobre las

daturas. Su esposa estaba aguantando el tipo, ya que no se escuchaba un

solo grito en la sala de partos. En el exterior, a solas con su burro, Gao

Yang se sentía emocionalmente

consumido, así que se dirigió al
lecho de

flores donde, paralizado por su
propio terror, olió la extraña
fragancia y

analizó sus ondeantes pétalos. Se
agachó y pinchó con el dedo una de
las

mullidas hojas blancas. Su tacto era
fresco al contacto con las gotas de

rocío que resbalaban por ellas. Su
corazón palpitó con fuerza. Antes de

darse cuenta, tenía la nariz enterrada en la flor y sus orificios nasales

estaban llenos de su extraña fragancia. Haciendo una mueca, miró hacia la

luna y estornudó violentamente.

Al amanecer, su mujer le dio un hijo varón. ¡Mierda!, murmuró en

medio de su inmensa alegría. ¿Por qué razón maldijo? Porque su amado

hijo tenía seis dedos en cada pie.

El corazón de su esposa estaba destrozado, pero Gao Yang la consoló:

—Eres la madre de mis hijos, así que deberías sentirte feliz. «Las

personas especiales tienen rasgos especiales». Quién sabe, a lo mejor llega

a ser un importante oficial. Y cuando eso ocurra, tú y yo sabremos qué es

la buena vida.

—He infringido la ley. ¿Cómo puedo compensarte? —dijo Gao Yang. Su esposa suspiró.

—No estabas solo. Hasta Cuarta Tía Fang, a sus años, ha sido detenida. Comparados con ella, nosotros estamos en forma.

El bebé empezó a llorar, así que le introdujo un pezón en la boca.

Gao Yang se agachó para estudiar el rostro de su hijo, que tenía los ojos cerrados, y le quitó una escama de piel de la cara.

—Está creciendo mucho —dijo—. De tanto crecer, se está saliendo de la piel.

El bebé dio una patada al pecho con su pie de seis dedos. Ella lo apartó.

—Tienes que ponerle un nombre —
dijo.

—Le llamaremos Shoufa: Cumplidor
de la Ley —dijo después de

hacer una pausa para pensar—. No
tengo esperanzas de que se convierta

en un importante oficial, así que me
sentiré feliz si es un campesino que
se

atiene a las leyes.

Xinghua palpó el brazo de su padre,

desde su hombro hasta las
esposas.

.439

—¿Qué es esto, papá?

Gao Yang se puso de pie.

—Nada.

El bebé se durmió en el pecho de su madre así que, cuando ésta se

puso de pie, retiró suavemente el

pezón, después dejó al niño sobre la mesa y abrió precipitadamente su fardo, de donde sacó un par de sandalias

de plástico (nuevas), una camisa de trabajo azul (también nueva) y un par de pantalones negros de gabardina (completamente nuevos).

—Ponte esto —dijo ella—. Me quedé terriblemente preocupada cuando te sacaron a rastras y medio

desnudo. Quería haberte traído algo de ropa, pero hasta hace un par de días no sabía dónde estabas. Pasé la última noche fuera. Entonces, esta mañana, una mujer muy amable me abrió todas las puertas necesarias para llegar hasta ti.

—¿Has venido andando? —le preguntó Gao Yang.

—Después de caminar durante un par de kilómetros alguien pasó a

nuestro lado. Adivina quién era. ¿Te acuerdas de aquel hombrecillo que conocimos en la clínica la noche que tuve el bebé? Se dirigía a la ciudad con algo de amoníaco, así que nos llevó.

—¿Quién ha comprado esta ropa nueva? ¿De dónde ha salido el dinero?

—He vendido el ajo. No te preocupes por nosotros. Hemos in-

cumplido la ley y recibiremos
nuestro castigo, sea el que sea. Podré

arreglármelas en casa, y Xinghua
cuidará al bebé por mí. Los vecinos
nos

han ayudado tanto que me siento
avergonzada.

—¿Qué ocurre con Gao Ma? ¿Qué
ocurrió después de que trepara el
muro y saliera corriendo?

—Te lo contaré, pero no digas una

palabra de esto a Cuarta Tía.

Jinju ha muerto.

—¿Cómo murió?

—Se ahorcó. Las piernas de la pobre muchacha estaban empapadas

de sangre. Ya era casi la hora del parto, pero el bebé nunca llegó a ver la

luz del día.

—¿Lo sabe Gao Ma?

—Le detuvieron cuando estaba con los preparativos del funeral.

—Se ha perdido una buena mujer — se lamentó Gao Yang—. Llevó

un melón a Cuarta Tía la tarde en la que nos detuvieron.

.440

—No hablemos de los demás, He traído algo de comer —dijo

vaciando sobre la mesa el contenido de una bolsa de plástico: unos

huevos

cocidos teñidos de rojo.

Gao Yang colocó un par de ellos en las manos de Xinghua.

—Cómetelos, papá, son para ti —le dijo su hija.

Su esposa peló uno para él y Gao Yang se lo metió entero en la boca,

pero antes de tragárselo, notó que las lágrimas resbalaban por su rostro.

Capítulo 19

¡Jefe del Condado, las manos no son lo bastante grandes para abarcar el cielo!

¡Secretario del partido, tu poder no es tan pesado como la montaña! No puedes ocultar

los lamentables acontecimientos que tuvieron lugar en el Condado Paraíso a los ojos del pueblo...

En este punto de la balada de Zhang Kou, un policía furioso se puso de pie de un salto y maldijo: «¡Maldito ciego cabrón, eres el primer sospechoso del caso del ajo en el Condado Paraíso! ¡Vamos a acabar contigo!». Dicho eso, le dio una patada en la boca, cortándole el final.

La sangre emanaba de la boca de Zhang Kou y varios dientes blancos

golpearon el suelo. Zhang Kou se incorporó sobre la silla; el policía le volvió a enviar al suelo con otra patada. Un discurso incoherente salió de los labios de Zhang Kou, asustando a los interrogadores, aunque no

habían entendido una sola palabra. El interrogador jefe impidió que el policía le diera una patada por tercera vez, mientras otro hombre se

agachaba y sellaba la boca de Zhang Kou con una mordaza de plástico.

Los gritos inundaron el pasillo,

seguidos por el sonido metálico de las puertas al abrirse. Un policía adusto

de rasgos muy marcados apareció en el umbral; sonrió y asintió con la

cabeza. Cuando se dio cuenta de que le iban a llamar, Gao Yang se puso

los zapatos y se ató los cordones;

advirtió la piel opaca que había
alrededor

de su tobillo dañado, y el pus
verdoso y cambiante que se
encontraba justo

por debajo de la superficie. Se
dirigió cojeando hasta el umbral,
donde la

misteriosa sonrisa que se dibujaba
congelada en el rostro del policía le

hacía pensar que algo iba a salir mal.
Gao Yang le devolvió la sonrisa

tontamente, como si se congraciara consigo mismo y al mismo tiempo

mitigara la presión psicológica a la que estaba sometido.

En cuanto el policía alargó la mano, Gao Yang extendió los brazos,

con las muñecas juntas. El policía dio un paso hacia atrás a la vista de

semejante cooperación inmediata

antes de separar ligeramente las
manos

de Gao Yang y colocarle las esposas.
A continuación, con un ligero

movimiento de cabeza, indicó a Gao
Yang que saliera al pasillo, donde
los

policías colocaban las esposas a
otros prisioneros. Gao Yang sonrió

tímidamente a su acompañante, al
que recordaba haber visto en el
recinto

gubernamental. Tras recibir un codazo en la espalda, se reunió con los

demás prisioneros, que se alineaban en el interior del patio de la prisión,

donde les ordenaron que formaran una fila e hicieran recuento. En total,

eran diez prisioneros. Alguien agarró los brazos de Gao Yang. Ladeando

la cabeza hacia la izquierda, vio al policía de rasgos marcados que le

había

esposado y al girarse para mirar hacia atrás vio a otro policía: obeso, con

los labios morados por el frío y las mejillas hinchadas, con aspecto de ser

claramente una persona que no iba a tolerar ninguna tontería. Por alguna

extraña razón, Gao Yang trató de levantar la mirada hacia el alambre

electrificado que se extendía por encima del muro, pero tenía el cuello agarrotado.

Era el último de la fila, en una columna tan recta que lo único que podía ver eran las tres espaldas que había delante de él: una negra emparedada entre dos espaldas blancas.

Mientras enfilaban hacia la puerta de la prisión, cayó en la cuenta de

por qué quería mirar hacia el
alambre electrificado: durante la
hora de

ejercicios del día anterior, un pedazo
de paño rojo colgaba del alambre y
el

anciano presidiario con el que al
principio había compartido la celda
le

miraba fijamente. El malicioso
convicto de mediana edad se acercó
y

guiñó un ojo a Gao Yang.

—Mañana te van a interrogar —dijo —, y tu esposa ha venido a visitarte.

Gao Yang se quedó allí parado, con la boca abierta, incapaz de decir una sola palabra. El otro hombre cambió de tema.

.442

—El viejo cabrón ha perdido el

juicio. Lo que cuelga allí es el cinturón de su nuera. ¿Sabes lo que hace el viejo bastardo? ¿Sabes cómo se

llama? ¿Sabes cómo engañó el viejo cabrón a su nuera? ¿Sabes quién es su

hijo?

Gao Yang sacudió la cabeza en respuesta a cada una de las preguntas.

—Muy bien, pues te lo voy a decir
—prosiguió el hombre—. Te vas
a quedar de piedra.

Mientras caminaban, se retorció por
la fuerza con que le sujetaban
los dos policías, y eso sólo hacía que
le agarraran con más fuerza.

—Sigue avanzando —le susurró en
el oído izquierdo uno de ellos—,
y no trates de hacer nada extraño.

Los presos se alineaban a lo largo de la carretera, con la mirada fija y la boca suelta, como si esperaran atrapar algún objeto flotante.

Bajaron por la calle, mientras los pájaros seguían su caminar por encima de sus cabezas y enviaban una lluvia fétida tanto sobre los prisioneros como sobre los guardias. Pero nadie lanzó una sola protesta, como si no se hubieran percatado del

ataque, y ni un solo hombre levantó la mano para apartar los excrementos blancos y negros de pájaro que les caían en la cabeza o en los hombros.

La carretera parecía ser interminable mientras Gao Yang pasaba por

delante de unos cuantos edificios aislados con una serie de proclamas

pintadas en los laterales, o de una obra con grúas de color amarillo pálido

que se elevaban hasta las nubes; pero siempre había una multitud de

curiosos boquiabiertos, incluyendo un joven de aspecto abominable, con

el culo al aire, que les lanzó un excremento de vaca, aunque era imposible

saber si su intención era golpear a un prisionero o a un policía, o a ambos,

o si sólo trataba de dar a algo. Fuera cual fuera su propósito, el misil

provocó una breve alteración en la procesión, pero no la suficiente como para detenerla.

Penetraron en una zona arbolada y avanzaron por un camino que apenas era lo bastante ancho como para que pasaran tres personas hombro con hombro. Los policías se frotaron contra la corteza musgosa de los árboles, emitiendo suaves sonidos al rasparse. Algunas veces,

el

camino estaba sembrado de hojas doradas, otras estaba cubierto de

.443

charcos de agua verde estancada donde una serie de diminutos insectos

nadaban y chapoteaban como si fueran gambas en miniatura; la superficie

estaba llena de insectos rojos que

despegaban o aterrizaban.

Mientras cruzaban algunas vías de ferrocarril comenzó a llover con intensidad y las gotas caían sobre las cabezas rapadas como si fueran guijarros. Mientras Gao Yang hundía la cabeza entre los hombros, se golpeó sin querer el tobillo contra un tramo del ferrocarril y le inundó un terrible dolor desde la parte exterior del pie hasta el hueco de su rodilla.

La

piel que se encontraba sobre el tobillo se quebró, y salió un chorro de pus

que se deslizó hasta el interior de su zapato. ¡Mis zapatos nuevos!, pensó con tristeza.

—Oficiales, ¿puedo detenerme para apretar el pus de mi pie? —rogó

a sus escoltas policiales.

Estos ignoraron su súplica, como si fueran sordomudos. No era

extraño: se apartaron de las vías justo cuando pasaba resoplando un tren

de mercancías cuyas ruedas levantaron en el aire nubes de polvo y pasaron

tan cerca que casi engancha a Gao Yang por la parte trasera de sus pantalones. También dio la sensación

de que se llevaba la lluvia con él.

Un gallo que todavía no había acabado de echar las plumas apareció

aleteando por entre los arbustos que crecían a lo largo de la carretera,

ladeó la cabeza y se quedó mirando a un desconcertado Gao Yang. ¿Qué

está haciendo aquí un gallo en mitad de la nada? Mientras estaba inmerso

en esta cuestión, el gallo se acercó

hacia él por la espalda, balanceando el

cuello a cada paso, y le picó en su tobillo dañado y lleno de pus,

provocándole un dolor tan intenso que casi rompe la cadena de hierro que

sujetaban los policías a cada lado de él. Sorprendidos por el movimiento

repentino y violento, colocaron las manos sobre los antebrazos de Gao

Yang.

El pequeño gallo estaba pegado a él como si fuera cola de contacto y

le picaba cada dos pasos, mientras los policías, ignorando sus gritos de

dolor, siguieron empujándole hacia delante. Entonces, mientras

acometían el descenso de una colina, el gallo arrancó un tendón del tobillo

abierto de Gao Yang. Clavó en él sus garras, con las plumas de la cola

tocando el suelo, las plumas del pescuezo desplegadas en forma de

.444

abanico y su cresta adoptando un intenso tono rojizo, tiró del tendón con

todas sus fuerzas y lo extrajo un par de centímetros hasta que se partió en

dos. Gao Yang, tambaleándose, se giró para ver cómo el gallo lo engullía

como si fuera un enorme fideo. El policía enjuto se agachó y pegó su boca

puntiaguda sobre la oreja de Gao Yang:

—Muy bien —susurró—, el gallo ya ha arrancado de raíz tu

problema.

La barba incipiente que crecía alrededor de la boca de aquel hombre

rozó a Gao Yang, quien
involuntariamente giró el cuello. El
aliento a ajo

que desprendía casi le tumba.

Después de cruzar las vías, se
dirigieron hacia el oeste y más tarde

hacia el norte. Poco después de
avanzar hacia el este, doblaron de
vuelta al

sur, o al menos eso le pareció a Gao
Yang. Estuvieron caminando a través

de los campos por entre unas plantas que les llegaban a la cintura y sobre

cuyas ramas crecían objetos del tamaño de pelotas de *ping-pong*. Las vainas

de color verde estaban cubiertas de una pelusa pálida. Gao Yang no tenía

la menor idea de dónde se encontraban. Pero el policía obeso se agachó,

cogió una, se la introdujo en la boca

y la masticó hasta que una baba espumosa y verde resbaló por su barbilla. A continuación, escupió un salivazo pegajoso en la palma de su mano. Tenía aspecto de haber salido del estómago de una vaca.

El policía obeso le alcanzó rápidamente mientras su compañero enjuto seguía empujándole para que avanzara. Los brazos de Gao Yang se

retorcían mientras daba bandazos lateralmente, chasqueando la tensa cadena de las esposas. Por un instante, se encontraron en un punto muerto, hasta que el policía enjuto se quedó parado, respirando con dificultad. Sin embargo, aunque ya no empujaba a Gao Yang, su agarre de hierro se intensificó. El policía obeso se agachó y pegó la masa viscosa

sobre el tobillo herido de Gao Yang y, a continuación, lo cubrió con una hoja blanca y espinosa. Gao Yang sintió cómo al instante ascendía por su

pierna una sensación de frescor.

—Es un viejo remedio tradicional para curar lesiones —dijo el

policía—. Tu dolor se va a curar en tres días.

La procesión les llevaba tanta ventaja que lo único que podían ver era

una vasta extensión de esa extraña cosecha. No se veía un alma por los alrededores, pero encontraron signos inequívocos de que una serie de personas había pasado a través del follaje. Los blancos envases de las enormes hojas verdes mostraban el camino que había tomado la

procesión. Levantando en volandas a Gao Yang hasta que sus pies se despegaron del suelo, los policías comenzaron a trotar con su prisionero.

.446

Finalmente, se toparon con los demás en un cruce de ferrocarriles que, por lo que sabían, podría haber sido el mismo que atravesaron hacía un tiempo. Nueve prisioneros y

dieciocho policías, de pie en tres filas,

estaban esperándoles en el lecho elevado de las vías. Tras realizar un

medio giro, la procesión triplicó su longitud, quedando uno negro

emparedado entre dos blancos, como si fuera una rígida serpiente blanca y

negra. Cuarta Tía era la única prisionera y su escolta estaba formada

únicamente por mujeres policía. No paraba de gritar y de emitir un sonido estridente y continuo, aunque sus palabras eran ininteligibles.

Después de reunir a la comitiva y de formar de nuevo en tres co-

lumnas, la procesión penetró en un túnel sin iluminar, donde el agua

llegaba a la altura de los tobillos y goteaba de un arco que se extendía por

encima de sus cabezas, creando un sonido hueco en la negra oscuridad.

Pasaron algunos carrromatos, cuyos caballos hacían sonar con íuerza sus pezuñas al salpicar en el agua.

Para su sorpresa, después de salir del túnel se dirigieron al bulevar

Primero de Mayo, y cinco minutos después se encontraron en la plaza

Primero de Mayo, caminando sobre una capa de ajo podrido y

repugnantemente resbaladizo. Gao Yang se sintió desolado por tener que

estropear sus zapatos nuevos.

Una multitud de campesinos se alineaba en la plaza. El hielo de sus rostros, cubiertos de mugre, no daba la sensación de que pudiera llegar alguna vez a derretirse. Las lágrimas resbalaban de las mejillas de los pocos

transeúntes que permanecían mirando al sol, casi cegados por sus rayos.

Uno de ellos tenía aspecto de ser un hombre mono, como los que había

visto en los libros de texto: frente estrecha y abultada, boca ancha y brazos

largos como los de los simios.

Huala-la, hua-lala, una mano en una enorme y

preciosa teta, añade salsa de soja y

vinagre... Gao Yang no tenía la menor idea de

qué quería decir aquello, pero escuchó al policía enjuto que le escoltaba

murmurar enfadado:

—¡Un chiflado, un verdadero chiflado!

Después de pasar por la plaza, se metieron en un callejón estrecho,

donde un muchacho vestido con una

chaqueta de nailon sujetaba a una
chica con cola de caballo contra un
hueco que había en la pared y le
mordisqueaba el rostro. La muchacha
trataba por todos los medios de
desembarazarse de él. Detrás de
ellos, un ganso salpicado de barro se
pavoneaba de un lado a otro. La
procesión pasó tan cerca de la
espalda del
muchacho que la chica rodeó con los

brazos la cintura del muchacho y le arrimó a ella para que la columna pudiera seguir avanzando.

Unos segundos después salieron del callejón y, sorprendentemente, delante de ellos estaba el bulevar Primero de Mayo... de nuevo. Al otro lado de la calle se elevaba un edificio multiusos detrás de una retumbante

hormigonera vigilada por un chico y

una chica que no tendrían más de once o «doce años. El estaba echando paladas de arena y vertiendo cal y

cemento en el embudo, mientras ella vaciaba agua con una manguera de plástico negro que se agitaba tanto por la violenta presión que apenas podía sujetarla. El remo mezclador rozaba ruidosamente el embudo.

Entonces, la grúa de color amarillo

pálido levantó lentamente una losa de hormigón prefabricada que tenía agujeros para que pasara el aire. Cuatro

hombres tocados con cascos se sentaban sobre ella jugando al póquer y

desconcertando a los observadores por su indiferencia.

Después de dar otro giro a la plaza, volvió a encontrarse delante de

ellos el muro de la prisión, el alambre electrificado crujió y emitió algunas

chispas azules. El pedazo de tela roja todavía permanecía colgado de él.

—Líder del equipo Xing —gritó uno de los policías—, ¿no de-

beríamos regresar para descansar?

Un compañero alto y corpulento con el rostro oscuro miró su reloj

de pulsera y luego levantó la vista

hacia el cielo.

—Media hora —gritó.

La puerta de la prisión se abrió con un golpe seco y la policía

congregó a los prisioneros en el interior del patio. En lugar de devolverlos

a sus celdas, hicieron que se sentaran formando un círculo sobre el

exuberante y verde césped, donde les ordenaron que estiraran las piernas

por delante del cuerpo y colocaran las manos en las rodillas. Los policías

salieron perezosamente, sustituidos por un guardia armado que no cesaba

de vigilar a los prisioneros. Algunos de los policías fueron al cuarto de

baño y otros realizaron algunos ejercicios de estiramiento sobre una barra

horizontal.

Pasados unos diez minutos, las escoltas de Cuarta Tía aparecieron con bandejas de esmalte rojo con unas botellas de refrescos abiertas en cuyo interior flotaba una pajita. Los refrescos eran de dos clases: «Los colores son distintos, pero el sabor es exactamente igual —anunciaron —.

Coged una botella cada uno». Una de

ellas se agachó delante de Gao Yang:

—¿Cuál quieres?

Gao Yang observó dubitativo las botellas que estaban sobre la

bandeja. Algunas tenían el color de la sangre; otras daban la sensación de

estar llenas de tinta.

—Date prisa, elige una. Y luego no cambies de opinión.

—Tomaré la roja —dijo firmemente.

La guardiana le entregó una botella llena de líquido rojo, que Gao

Yang aceptó con ambas manos, sujetándola con fuerza, sin atreverse a

empezar a beber.

Una vez repartidas todas las bebidas, Gao Yang advirtió que todo el

mundo, salvo Gao Ma, había elegido la roja.

—Adelante, bebed —dijo una mujer policía.

Pero los prisioneros se limitaron a mirarse entre sí, sin atreverse a dar un sorbo a la bebida.

—¡No se puede reparar una pared con mierda de perro! —se quejó

amargamente una mujer policía—.

¡Bebed os digo! ¡A la de tres: una, dos,

tres!

Gao Yang tomó un sorbo tímido. Un líquido que sabía como el ajo

resbaló haciéndole cosquillas por la garganta.

Cuando se acabaron los refrescos, la policía se reagrupó, ocupando

sus puestos junto a los prisioneros hasta formar tres filas. Después de salir

por la puerta de la prisión, giraron hacia el norte, cruzaron la calle y

ascendieron los escalones de un enorme edificio que tenía un amplio vestíbulo. Estaba abarrotado de espectadores y se podía escuchar el sonido de un alfiler al caer al suelo. Aires solemnes.

Una voz fuerte y protunda rompió el silencio:

—¡Traed a los prisioneros que están detenidos por los incidentes del ajo en el Condado Paraíso!

Dos policías quitaron las esposas a Gao Yang, tiraron de sus

hombros hacia atrás y le obligaron a bajar la cabeza. A continuación, le

arrastraron y le llevaron hasta el banquillo de los acusados.

Lo primero que vio Gao Yang

cuando miró más allá de las vías fue una réplica enorme y brillante del sello

nacional. Estaba atrapado
incómodamente entre dos escoltas,
uno grueso

y el otro demacrado. Un oficial
uniformado con aspecto de ser muy
culto

y con una enorme papada, se sentó
detrás del sello y siete u ocho
hombres

uniformados más se desplegaron a su
lado en forma de abanico. Todos

ellos parecían ser personajes sacados de una película.

El hombre que se encontraba en medio, que era de mayor edad que los demás, se aclaró la garganta y habló por un micrófono envuelto en un

pañó rojo:

—¡Se va a llevar a cabo la primera sesión del proceso por los in-

cidentes del ajo acaecidos en el

Condado Paraíso!

Después se levantó, aunque los guardias que estaban a su lado

permanecieron sentados, y comenzó a leer una serie de nombres escritos

en una lista. Cuando leyeron su nombre, Gao Yang no sabía qué hacer.

—Di «presente» —dijo su escolta enjuto, dándole un codazo.

—Todos los acusados están

presentes —anunció el oficial—.

Ahora

pasaremos a leer los cargos. El día
veintiocho de mayo, los acusados

Gao

Ma, Gao Yang, la mujer Fang *née*
Wu, Zbeng Chang- nian... —leyó

empleando un tono monótono—
destrozaron, saquearon y demolieron

las oficinas del gobierno del
Condado, golpeando y lesionando a
una serie

de funcionarios civiles. El Tribunal del Pueblo del Condado Paraíso,

acordando estudiar el caso según el artículo 105, sección 1, libro 3 del

Código Penal, ha decretado la celebración de un juicio público ante un

jurado.

Gao Yang escuchó cómo los espectadores que se encontraban detrás

de él cuchicheaban excitados.

—¡Orden en el tribunal! —exigió el oficial, golpeando la mesa con el

puño. Después, dio un sorbo de té y dijo—: El jurado está compuesto por

tres jueces, encabezados por mí, Kang Botao, magistrado del Tribunal del

Pueblo del Condado Paraíso. Mis colegas son Yu Ya, miembro del Comité

•450

Permanente del Tribunal del Pueblo del Condado Paraíso, y Jiang Xiwang,

director de la Oficina General de la Rama del Congreso del Pueblo del

Condado Paraíso. La señorita SongXiufen oficiará de escribiente. El

abogado de la acusación es Liu Feng, procurador adjunto de la

Procuraduría del Pueblo del
Condado Paraíso.

El magistrado se sentó, como si
estuviera completamente agotado,

dio otro sorbo a su taza de té y dijo
con voz ronca:

—Según el artículo 113, subsección
1, sección 2 del Código Penal,

los acusados tienen derecho a
recusar a cualquier miembro del
plantel de

jueces, a la escribiente del tribunal o al abogado de la acusación. También tienen derecho a abogar en su propio nombre.

Gao Yang captó las palabras del magistrado, pero apenas entendió su significado. Se encontraba tan nervioso que su corazón se aceleró por

un instante y pareció detenerse después. Tenía la sensación de que

SU

vejiga estaba a punto de estallar, aunque sabía que estaba vacía.

Cuando se

retorció para aliviar la presión, sus escoltas policiales le dijeron que se quedara quieto.

—¿Desea alguien hacer una recusación? ¿Eh? —preguntó el

magistrado lánguidamente—. ¿No? Perfecto. En ese caso, el abogado de

la acusación pasará a leer los cargos formales.

El abogado de la acusación se puso de pie. Tenía una voz fina y

aguda y Gao Yang dedujo por su acento que no era de la localidad.

tffs

Con los ojos pegados a los labios agitados del abogado de la acusación y a

su ceño fruncido, poco a poco se

olvidó de su necesidad de orinar. Sin saber muy bien qué decía aquel hombre, dedujo vagamente que los acontecimientos que se estaban relatando tenían muy poco que ver con él.

El magistrado dejó su té sobre la mesa.

—A continuación, el tribunal escuchará los alegatos. Acusado Gao

Ma, ¿la mañana del veintiocho de

mayo gritó usted una serie de
proclamas

reaccionarias, incitando a las masas
a destrozar y a saquear las oficinas
del

Condado?

Gao Yang se giró para mirar a Gao
Ma, que se encontraba de pie en

un banquillo colocado a unos metros
mirando a un ventilador cuyas aspas
se movían lentamente.

—Acusado Gao Ma, ¿ha entendido la pregunta? —Esta vez, la voz

del magistrado sonó más firme.

Gao Ma bajó la cabeza hasta que se quedó mirando directamente al

magistrado:

—¡Os desprecio a todos!

—¿Nos desprecia? ¿Por qué motivo?

—dijo sarcásticamente el

magistrado—. Estamos celebrando

este juicio basándonos en los hechos y en la autoridad que nos concede la ley. No castigaremos a una persona inocente ni dejaremos libre a un solo culpable. Nos da igual si lo aceptas o no. Llamen al primer testigo.

El primer testigo era un joven de piel blanca que estuvo jugueteando con su camisa durante todo el tiempo que permaneció de pie.

—¿Cómo se llama y a qué se dedica?

—Me llamo Wang Jinshan. Soy chófer del Condado.

—Wang Jinshan, debe decir la verdad, toda la verdad y nada más que

la verdad, ya que está sujeto a las leyes que castigan el perjurio. ¿Me comprende?

El testigo asintió.

—La mañana del veintiocho de mayo llevaba a la estación en mi

coche a uno de los invitados del administrador del Condado Zhong y en el

camino de vuelta me vi atrapado en un atasco aproximadamente a cien

metros al este del edificio de la oficina del Condado. Allí vi gritar al

.459

prisionero Gao Ma desde lo alto de

un carro de bueyes: «¡Abajo con los oficiales corruptos! ¡Abajo con los burócratas!».

—El testigo puede retirarse —dijo el magistrado—. ¿Tiene que decir

algo a eso, Gao Ma?

—¡Os desprecio a todos! —replicó fríamente Gao Ma.

A medida que el juicio iba avanzando, las rodillas de Gao Yang

comenzaron a entumecerse y se sintió mareado. Cuando el magistrado se dirigió a él, dijo:

—Señor, ya he dicho todo lo que tenía que decir. Por favor, no me haga más preguntas.

—Éste es un tribunal de justicia y debe comportarse como es debido

—respondió el juez, soltando un chorro de saliva. Pero enseguida pareció

cansarse de hacer preguntas, que apenas variaban, así que anunció—: Eso

es todo. A continuación, escuchemos los argumentos del abogado de la acusación.

El abogado de la acusación se puso de pie, hizo algunos breves

comentarios y luego volvió a sentarse.

—Ahora escuchemos a las partes

agraviadas.

Tres individuos, cuyas manos estaban envueltas en vendas, dieron un

paso al frente.

Bla, bla, bla, yak, yak, yak,
comentaron las partes agraviadas.

—¿Los acusados tienen algo que decir? —preguntó el magistrado.

- -Señor, mi pobre marido ha sido asesinado. Además de perderle a

él, también perdí dos vacas y un
carromato y lo único que me dio el
secretario del partido Wang fueron
tres mil quinientos yuan. Señor, he
sido víctima de una persecución.

Cuando terminó, Cuarta Tía estaba
aporreando la barandilla que
tenía ante sí, sollozando.

El magistrado frunció el ceño.

—Acusada Fang *née* Wu, eso no

tiene nada que ver con el caso que nos ocupa.

—¡Señor, se supone que sus oficiales no deberían protegerse entre sí de esa manera! —se quejó.

.460

—Acusada Fang *née* Wu, no le consiento que se comporte así. ¡Una acometida más como ésa y la acuso de desacato! —El magistrado estaba

claramente irritado—. El abogado defensor debe exponer sus argumentos.

Entre los representantes de los acusados se encontraba un joven oficial del ejército. Gao Yang estaba seguro de haberle visto antes en alguna parte, pero no podía recordar dónde.

—Soy profesor de la Sección de Investigación y Enseñanza

Marxista-Leninista de la Academia de Artillería. Según la sección 3, artículo 26 del Código Penal, estoy capacitado para defender a mi padre, el acusado Zheng Changnian.

Su afirmación dio un nuevo giro al proceso. Un murmullo recorrió el techo abovedado de la sala. Incluso los prisioneros miraron a su alrededor

hasta que encontraron al anciano de
cabello blanco que se sentaba en el
banquillo central.

—¡Orden en la sala! —exigió el
magistrado.

Los espectadores guardaron silencio
para escuchar lo que el joven
oficial tenía que decir.

Mirando directamente al magistrado,
comenzó:

—Señoría, antes de empezar con la defensa de mi padre, solicito

permiso para realizar una declaración abierta relacionada con el proceso.

—Permiso concedido —dijo el magistrado.

El joven se giró para mirar a los espectadores, hablando con una pasión que conmovió a todos los que le escuchaban.

—Señoría, damas y caballeros, la situación en nuestras aldeas ha cambiado considerablemente tras la Tercera Sesión Plenaria del Undécimo Comité Central del partido, incluyendo las que pertenecen al Condado Paraíso. Los campesinos viven mucho mejor que durante la Revolución. Eso es algo que nadie puede negar. Pero los beneficios de los

que han disfrutado tras la aplicación de las reformas rurales están desapareciendo poco a poco.

—Por favor, no se desvíe del tema
—interrumpió el magistrado.

—Gracias por recordármelo, señoría. Iré directamente al grano. En los últimos años los campesinos han sido obligados a soportar cargas más

pesadas: tasas, impuestos, multas y precios abusivos para conseguir todo lo que necesitan. ¡Cuántas veces les hemos oído decir que, si pudieran, arrancarían las plumas de la cola de los gansos salvajes mientras pasan volando! A lo largo de los últimos dos años esta tendencia se está acelerando y, en mi opinión, por ese motivo los incidentes del ajo en el Condado Paraíso no deberían

sorprender a nadie.

El magistrado miró su reloj de pulsera.

—¡El hecho de no poder vender sus cosechas fue la chispa que

prendió la llama de estos terribles incidentes, pero la causa principal fue la

política poco transparente que practica el gobierno del Condado Paraíso!

—prosiguió el oficial—. Antes de la Liberación, en el gobierno del distrito

sólo trabajaba una docena de personas y las cosas marchaban bien.

¡Ahora, un municipio que se ocupa de los asuntos de una treintena de

personas emplea a más de sesenta funcionarios! Y si a esa cantidad

añadimos a los que están en las comunas, la cifra alcanza casi la

centena. Y

el setenta por ciento de sus salarios lo pagan los campesinos a través de sus

tasas y sus impuestos. Dicho en el lenguaje más directo posible, son

parásitos feudales que habitan dentro del cuerpo de la sociedad. Por lo

tanto, desde mi punto de vista, las proclamas «¡abajo con los oficiales

corruptos!» y «¡abajo con los

burócratas!» no son más que una llamada

para que los campesinos abran los ojos y, por eso, considero que el acusado Gao Ma es inocente de conducta contrarrevolucionaria. Pero como no me pidieron que hablara en su nombre, mis comentarios no se pueden interpretar como un argumento en su defensa.

—¡Si prosigue por esa línea de

propaganda revocaré su derecho a defender a nadie en este juicio! — anunció el magistrado firmemente.

—¡Déjele hablar! —Se escuchó una voz desde el fondo de la sala del tribunal. Incluso el pasillo estaba abarrotado de espectadores.

—¡Orden en la sala! —gritó el magistrado.

—Mi padre destrozó un aparato de televisión, prendió fuego a

documentos oficiales y golpeó a un funcionario civil. Como hijo suyo que

soy, sus actos criminales me duelen y no es mi intención absolverle de su

culpa. Pero me desconcierta una cosa: ¿cómo es posible que alguien como

él, un camillero condecorado durante la Guerra de la Liberación que

siguió al Ejército de Liberación hasta

Jiangxi, se haya podido convertir en un delincuente común? Su amor por el Partido Comunista es inmenso.

Por lo tanto, ¿por qué desafió al gobierno por un puñado de ajo?

—¡El Partido Comunista ha cambiado! ¡No es el Partido Comunista

que todos conocíamos! —Se oyó un grito procedente del banquillo de los acusados.

Se armó un tremendo revuelo. El magistrado se levantó y golpeó la mesa frenéticamente.

—¡Orden! ¡Orden en la sala! —
bramó.

Cuando se aplacó el alboroto,
anunció:

—¡Acusado Zheng Changnian, no
puede hablar sin el permiso
expreso de la corte!

—Me gustaría proseguir —dijo el joven oficial militar.

—Dispone de otros cinco minutos.

—Dedicaré el tiempo que sea necesario —insistió el oficial—. El

Código Penal no contempla un límite de tiempo para que la defensa

presente sus alegaciones, como tampoco contempla que un equipo de

jueces tenga autoridad para presentar las suyas.

—En opinión de este tribunal, sus comentarios se están apartando

de este caso —respondió el magistrado.

—Mis comentarios cada vez son más pertinentes con la defensa de mi padre.

—¡Dejadle hablar! —gritó un espectador—. ¡Dejadle hablar!

Gao Yang vio cómo el joven oficial se secaba los ojos con un pa-

ñuelo blanco.

—Muy bien, adelante, hable —se ablandó el magistrado—. Pero la escribiente está registrando todo lo que dice, de tal modo que usted es el único responsable de sus palabras.

—Por supuesto, acepto la responsabilidad de todo lo que diga

—respondió con un ligero tartamudeo—. Desde mi punto de vista, los

incidentes del ajo que se produjeron en el Condado Paraíso han sido una señal de alarma: ¡cualquier partido político o gobierno que se olvide del bienestar de su pueblo está pidiendo a gritos ser derrocado por éste!

4h2

El silencio se rompió en la sala; el aire parecía vibrar de electricidad.

La presión sobre los tímpanos de Gao Yang resultaba casi

insoportable. El

magistrado, con el rostro bañado en sudor, se agitaba literalmente.

Cuando trató de alcanzar su taza de té, lo derramó, mojando el tapete

blanco de un líquido de color oxidado y empapando el suelo.

—¿Qué-qué cree que está haciendo?

—gritó horrorizado el

magistrado—. ¡Escribiente, asegúrese de que anota hasta la

última letra!

No digas una palabra más, joven amigo, rezó Gao Yang en silencio.

Una luz pasó por delante de su cabeza. Ahora lo recordaba: era el joven

oficial que ayudaba a su padre a regar el maíz la noche en la que Cuarto Tío

fue asesinado.

—Quiero expresar lo siguiente —

prosiguió el joven oficial—. El pueblo tiene derecho a derrocar a cualquier partido o gobierno que 110 atienda a su bienestar. ¡Si un oficial asume el papel de tirano público en lugar de desempeñar el de funcionario público, el pueblo tiene derecho a

expulsarlo! En mi opinión, esto se ajusta en todos los sentidos a los Cuatro

Principios Cardinales del
Socialismo. Por supuesto, estoy
hablando de

posibilidades, si ése fuera el caso.
En realidad, las cosas han mejorado

mucho tras la rectificación del
partido, y la mayoría de los
miembros

responsables del partido del
Condado Paraíso está realizando un
gran

trabajo. Pero los excrementos de una sola rata pueden echar por tierra una olla entera de avena y la conducta poco escrupulosa de un solo miembro

del partido afecta negativamente a la reputación del mismo y al prestigio del gobierno. El pueblo no siempre es justo ni tiene capacidad para discernir, y se vuelve olvidadizo si su insatisfacción con un oficial en

particular se refleja en su actitud hacia todos los oficiales en general. ¿Pero

acaso no debería hacer recordar a los oficiales que deben comportarse de

la manera que mejor represente al partido y al gobierno? Creo firmemente

que la actitud del administrador, Zhong Weimin, se puede considerar una

dejación de sus deberes. A medida que los acontecimientos se han ido desarrollando, se ha negado a dar la cara, eligiendo por el contrario aumentar la altura de los muros y rematarlos con pedazos de cristal para proteger su propia integridad personal. Cuando surgieron los problemas, se negó a reunirse con las masas, a

pesar de las súplicas de sus propios

.465

funcionarios civiles. Eso hizo que el caos subsiguiente fuera inevitable.

¡Si

defendemos la declaración de que todas las personas son iguales ante la

ley, entonces debemos exigir que la Procuraduría del Pueblo del Condado

Paraíso acuse al administrador Zhong

Weimin de los cargos de mala conducta profesional! No tengo nada más que decir.

El joven oficial permaneció de pie por un instante antes de tomar lentamente asiento detrás de la mesa de la defensa. Un aplauso estruendoso irrumpió en la sección de los espectadores que se encontraba a su espalda.

El magistrado se puso de pie y esperó pacientemente a que el aplauso

se acabara.

—¿Los demás demandados tienen algo que alegar en su defensa?

¿No? Entonces, este tribunal realizará un receso mientras el panel de

jueces delibera el caso, basándose en las pruebas, en las declaraciones y

en

lo que contempla la ley.

Regresaremos en treinta minutos para
anunciar

nuestro veredicto.

L

Capítulo 20

*Canto al mes de mayo del año 1987;
a un proceso criminal*

acaecido en Paraíso: la policía vino

de todas partes, arrestando

*a noventa y tres de sus
conciudadanos. Algunos murieron,
otros*

*fueron a la cárcel... ¿Cuándo verá
el pueblo llano el cielo azul*

de la justicia?

Extracto de una balada cantada por
Zhang Kou en una calle

del lado oeste del edificio de
oficinas del gobierno.

Después de terminar el verso

sintió cómo el suelo de la cantina retumbaba. Un trago de agua fresca

humedeció su parcheada y abrasiva garganta. Todo lo que escuchó a su

alrededor fue un aplauso y de vez en cuando algún grito lanzado por las

jóvenes voces: «¡Bravo Zhang Kou! ¡Otra, otra, otra!». Mientras escuchaba

sus voces, apenas podía ver los

cuerpos polvorientos y los ojos
resplandecientes que había ante él.
Era finales de otoño y todo el
revuelo

.466

que desataron los incidentes del ajo
acaecidos en el Condado Paraíso se
había aplacado. Más de veinte
campesinos, entre los que se
encontraba

Gao Ma, que fue considerado su

cabecilla, habían sido condenados a permanecer en un campo de trabajo para reformarse; el jefe del Condado, Zhong «Servidor del Pueblo» Weimin, y el secretario del partido del

Condado, Ji Nancheng, habían sido trasladados a otro destino. Sus suplentes, después de entregar una serie de informes a los dignatarios locales, organizaron un programa

obligatorio para los trabajadores del

Condado con el fin de rastrillar el ajo podrido de las calles de la ciudad y

arrojarlo al río Agua Blanca, que pasaba por la ciudad. Calcinado por el sol

de mediados de verano, el ajo desprendía un hedor que se extendía por

toda la ciudad hasta que un par de tormentas de verano aliviaron el

martirio. Al principio, los incidentes fueron la comidilla de todo el mundo, pero las tareas del campo y la conciencia de que el tema se estaba estancando tuvieron el mismo efecto en las conversaciones que el de la lluvia sobre el olor del ajo. Zhang Kou, cuya ceguera le había servido para obtener la clemencia del jurado, resultó ser la excepción.

Salvaguardado en

una calle lateral que se extendía junto al edificio de oficinas del gobierno,

tañía sin descanso su *erhu* y cantaba una balada sobre el ajo que se cultivaba

en Paraíso, donde cada versión se construía sobre la base de la anterior.

. . . Dijeron que los oficiales amaban al pueblo. Entonces, ¿por qué trataban a

*la gente como si fueran sus
enemigos?*

*Los gravosos impuestos y los
aranceles cobrados por debajo de la
mesa,*

*como bestias abominables,
obligaron a los campesinos a
dirigirse a las colinas.*

*El pueblo llano tiene una montaña
de protestas, pero no se
atreve a expresarlas.*

*Ya que, en cuanto abren la boca, las
porras eléctricas se la cierran de
golpe...*

En este punto de su canción algo
caliente le agujoneó sus ciegos

ojos, como si las lágrimas se
hubieran materializado desde alguna
parte de

su cuerpo, y recordó lo mucho que
había sufrido en la prisión del

Condado.

El policía sostuvo la caliente porra eléctrica en su boca hasta que se escuchó cómo crujía.

—¡Cierra el pico, maldito ciego cabrón! —espetó el policía envenenadamente.

A continuación, la chisporroteante porra tocó sus labios y un relámpago le golpeó como si le

hubieran clavado un millar de agujas.
Sus

dientes, sus encías, su lengua y su
garganta... Un estallido de dolor
golpeó

la parte superior de su cabeza y
descendió por el resto del cuerpo. Un
grito

salió de su garganta, enviando
multitud de escalofríos por toda la
columna

vertebral. La sangre emanaba de las

marchitas cuencas de sus ojos.

—Puedes obligarme a comer mierda

—dijo—, pero no puedes hacer

que mantenga la boca cerrada aunque quisiera. En mi interior hay cosas

que se deben expresar. Yo, Zhang Kou, estoy unido para siempre a la

gente del pueblo...

—¡Así se habla, Tío Abuelo Zhang Kou! —gritaron dos jóvenes

compañeros—. ¡Hay medio millón de personas en el Condado Paraíso y la

tuya es la única boca que se atreve a hablar claro!

—¡Zhang Kou, deberías ser elegido jefe del Condado! —se mofó

alguien.

Todo el mundo dice que nuestros líderes locales son elegidos por las masas.

*¿Pero por qué los funcionarios
siguen gastándose todo el dinero de
sus amos?*

*Nosotros, el pueblo llano, sudamos
sangre como si fuéramos bestias de
carga,*

*sólo para que los oficiales
corruptos y codiciosos puedan
engordar y no hacer*

nada.

En este punto de su canción, Zhang

Kou pronunció cada palabra

con rabia, en voz alta y clara,
lanzando a su público a un frenesí de
palabrería incontrolada.

—¡Maldición! Se llaman a sí mismos
siervos públicos, ¿verdad?

¡Unos demonios chupasangre, eso es
lo que son!

—¡Dicen que pueden nombrarte líder
del Condado por cincuenta

mil yuan al año!

.468

—La residencia celebra a diario un banquete de lujo, con comida

suficiente como para alimentarnos durante todo un año.

—¡Están corrompidos hasta la médula!

La voz de un anciano se unió a la discusión.

—Vosotros, los jóvenes, será mejor que tengáis cuidado con lo que

decís. Tú también, Hermano Zhang Kou. ¡No olvides lo que le pasó a la gente que destrozó las oficinas del gobierno!

Zhang Kou cantó a modo de respuesta.

—*Buen hermano, permanece ahí plácidamente y escucha mi historia.*

..

Apenas empezaron a salir las palabras de su boca cuando varios hombres se abrieron paso a codazos gritando entre la multitud.

—¿Qué hace aquí toda esta gente? Estáis bloqueando el tráfico e interrumpiendo el orden. ¡Disolveos, moveos!

Dándose cuenta enseguida de que las voces pertenecían a los policías que le habían tratado en la

prisión, Zhang Kou comenzó de nuevo a tañer su *erhir*.

Canto a una chica m u y atractiva, con unas hermosas y enormes

tetas y una cintura esbelta, que se pasea por la calle, haciendo girar

la cabeza a todos los jóvenes...

—¿Zhang Kou, todavía sigues cantando esa mierda de rimas?

—preguntó uno de los policías.

—Oficial, no me juzgues de forma precipitada —respondió Zhang

Kou—. Como soy ciego, tengo que recurrir a mi boca para poder vivir.

No soy un delincuente.

Un compañero joven que se encontraba entre la multitud habló:

—Zhang Kou debe estar agotado después de llevar toda la tarde

cantando. Se merece un descanso. Vamos, amigos, rascaos el bolsillo.

Aunque no os podáis permitir darle diez yuan, al menos una sencilla moneda de cobre será mejor que nada. Si todo el mundo contribuye, podrá comprarse unos ricos y deliciosos bollos.

.469

Se escuchó el sonido metálico característico de las monedas que caían delante de él y el crujido de los billetes de papel en contacto con el

suelo. «Muchas gracias —dijo una y otra vez—. Gracias a todos, jóvenes y ancianos».

—Oficiales, buenos tíos, vuestras raciones proceden del tesoro nacional y recibís un salario suficiente como para no lamentar que se deslicen algunas monedas por entre los dedos. Tened un poco de cle-

mencia con este anciano ciego.

—¡Y una mierda! ¿Qué te hace pensar que tenemos dinero?

—respondió airado uno de los policías—. ¡Tú ganas más con media hectárea de ajo de lo que ganamos nosotros jugándonos el culo durante todo el año!

—¿Otra vez hablando del ajo?
¡Seguro que tus nietos son lo bastante

estúpidos como para plantar ajo el próximo año! —se burló un joven.

—Eh, tú —demandó el policía—.

¿Qué has querido decir con

eso?

—¿Yo? Nada. Lo único que digo es que, para mí, se ha acabado el

ajo. De ahora en adelante, voy a plantar alubias y quizá un poco de opio

—se quejó el joven.

—¿Opio? ¿Cuántas cabezas tienes sobre los hombros, pequeño

rufián? —preguntó el policía.

—Sólo una. ¡Pero me verás pidiendo limosna en la calle antes de

plantar un solo tallo de ajo! —dijo el joven, alejándose.

—¡Detente ahora mismo! ¿Cómo te llamas? ¿De qué aldea eres?

—exigió el policía, corriendo tras él.

—¡Corred todos! ¡La policía vuelve a la carga de nuevo! —gritó

alguien.

Entre gritos y lamentos, la multitud se dispersó en todas las di-

recciones, dejando a Zhang Kou envuelto en un manto de silencio.

Ahucó la oreja para averiguar lo que estaba sucediendo, pero su público

fiel se había escabullido como un pez

en las profundidades del océano,
dejando tras de sí un paño de
silencio y el hedor de su sudor.

Desde algún punto en la lejanía llegó
el sonido de una corneta, seguida por

el ruido de los niños en su camino a
la escuela. Sintió sobre su espalda el

calor del sol de la tarde propio de
finales de otoño. Después de coger
su

erhu, anduvo a tientas por el suelo

para recoger las monedas y los billetes

que la gente había arrojado a sus pies. La gratitud inundó su corazón

cuando cogió un billete gigantesco de diez yuan y su mano comenzó a

temblar. La intensidad de sus sentimientos hacia su anónimo benefactor

era insondable.

Después de ponerse de pie, avanzó

por la bacheada carretera, bastón en mano, dirigiéndose hacia la estación de ferrocarril y abandonó el almacén al que él y otros viejos vagabundos llamaban hogar. Desde que

salió de la prisión, donde fue sometido a todo tipo de abusos físicos, se

había ganado la admiración de los ladrones, de los mendigos y de los

adivinos de la localidad, los llamados despojos de la sociedad. Los

ladrones robaron una esterilla para dormir hecha de junco y suficiente

forro de algodón como para prepararle una blanda y confortable cama, y

los mendigos compartieron con él su mísero botín. A lo largo de los días y de las semanas fue mejorando, ya que

había personas que cuidaban de él, haciéndole recuperar la fe en la naturaleza humana. Por lo tanto, subordinando su propia seguridad al amor por sus amigos marginados, cantó a pleno pulmón una balada sobre el ajo para protestar por el maltrato al que estaba sometido el pueblo llano.

Aproximadamente a medio camino de casa, además del olor familiar

de las hojas blanqueadas de un viejo árbol, también percibió la esencia

intensa y metálica del aceite resistente al óxido. Apenas tuvo tiempo para

reaccionar antes de que una mano se posara sobre su hombro. De manera

instintiva, metió la cabeza entre los hombros y cerró los labios con fuerza,

esperando ser abofeteado. Pero fuera

quien fuera el desconocido, se limitó a reír amistosamente y dijo con voz suave:

—¿De qué tienes miedo? No voy a hacerte daño.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz trémula.

—Zhang Kou —dijo el hombre amablemente—, no habrás olvidado

lo que una porra eléctrica es capaz de hacer en tu boca, ¿verdad?

—No he dicho nada.

—¿De veras?

.471

—No soy más que un anciano ciego que canta historias para poder vivir. Así es como consigo matar el hambre.

—Sólo pienso en tu bienestar —dijo el hombre—. No más canciones sobre el ajo, ¿me oyes? ¿Qué

crees que se va a agotar antes, tu boca

o la porra eléctrica?

—Muchas gracias por la advertencia. Lo he comprendido perfectamente,

—Eso está bien. Ahora no cometas ninguna locura. Tener la boca demasiado grande es la causa de la mayor parte de los problemas.

El hombre se dio la vuelta y se alejó.
Unos segundos después, Zhang

Kou escuchó el ruido de una
motocicleta arrancando y
perdiéndose por la

carretera. Permaneció mucho tiempo
detrás del viejo árbol sin atreverse a

mover un dedo. La mujer que
regentaba una tienda de alimentación

situada cerca del enorme viejo árbol
le vio.

—¿Eres tú, Tío Abuelo Zhang? —le llamó con voz cálida—. ¿Por

qué estás ahí? Ven a comer unos esponjosos bollos, recién sacados del

horno. Invito yo.

Una risa irónica escapó de los labios del ciego mientras golpeaba el

tronco del árbol con el bastón; después, comenzó a lanzar gritos furiosos:

—¡Malditas hienas de corazón oscuro! ¿Realmente creéis que podéis

cerrarme la boca tan fácilmente?
¡Sesenta y seis años son suficiente vida

para un hombre!

La pobre mujer gritó alarmada.

—Tío Abuelo, ¿con quién estás tan enfadado? ¿Es algo por lo que merezca la pena ponerse histérico?

—Ciego y pobre, mi vida nunca ha valido más que un puñado de

monedas de cobre. ¡Cualquiera que piense que puede cerrar la boca a

Zhang Kou será mejor que se prepare para revocar los veredictos del caso

del ajo!

De vuelta a la calle, comenzó a cantar a pleno pulmón.

La propietaria lanzó un profundo suspiro mientras veía bajar por el

callejón la enjuta silueta del anciano ciego.

Tres días más tarde las lluvias de otoño convirtieron la calle lateral en un mar de lodo. Mientras la propietaria de la tienda de alimentación

permanecía en el umbral de la puerta contemplando la farola que se

encontraba en el otro extremo de la calle, con las gotas de lluvia

bailando

entre su pálida luz amarilla,
experimentó una sensación de
soledad y

aburrimiento desesperante. Antes de
cerrar la puerta e irse a la cama,
creyó

haber escuchado el sonido de una
monótona canción de Zhang Kou

rondando su casa. Abrió la puerta de
golpe y miró a un lado y a otro de la

calle, pero la música cesó. Después de cerrar la puerta, volvió a escuchar la

música, más íntima y conmovedora que antes.

A la mañana siguiente encontraron el cuerpo de Zhang Kou

desplomado sobre la calle lateral, con la boca llena de un lodo hediondo.

Tumbado junto a él se encontraba el

cadáver sin cabeza de un gato.

Las nubes de lluvia trajeron consigo
el insoportable hedor del ajo

podrido, que invadió toda la ciudad.
Los ladrones, los mendigos y otros

indeseables transportaron el cuerpo
de Zhang Kou a través de la calle,

lanzando gemidos y lamentos desde
el alba hasta que cayó la noche,

momento en el que cavaron una fosa
cerca del enorme árbol viejo y

enterraron a Zhang Kou.

Desde ese día, la propietaria de la tienda de alimentación cada noche

escucha cantar a Zhang Kou. La pequeña calle lateral no tardó en

convertirse en una calle habitada por fantasmas. Uno por uno, los

residentes se vieron obligados a marcharse, salvo la propietaria, que un día

se ahorcó en el enorme árbol,

uniéndose a la población espectral
que

moraba en el barrio.

.473

Durante toda la noche Cuarta Tía

respiró emitiendo un silbido, tosió y
armó mucho ruido, robando el sueño

a sus compañeras de celda. La presa
a la que llamaban Muía Salvaje

maldijo enfadada: —¡Si te estás

muriendo, maldita sea, hazlo ya...! —
Estoy

tratando de no toser, muchacha —
dijo Cuarta Tía en tono de disculpa
—,

y ten por seguro que dejaría de
estornudar si pudiera. ..

La muchacha de cejas largas y
hermosas que dormía en la litera

situada encima de Cuarta Tía
protestó:

—Es un crimen el modo en el que obligan a una anciana enferma a cumplir una condena.

Dolida en el alma al recordar la injusticia que se estaba cometiendo con ella, Cuarta Tía sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos y resbalaban por sus mejillas. Y cuanto más pensaba en ello, peor se sentía, hasta que un gemido de agonía ahogó su garganta.

Sus compañeras de celda —
aproximadamente una docena en total
—

se levantaron. Las que tenían el
corazón más blando se colocaron el
abrigo

sobre los hombros y se acercaron a
ver qué ocurría, mientras que las que
no se conmovían con tanta facilidad
se limitaron a protestar y a maldecir.

—¡Déjalo ya! —ordenó Muía

Salvaje—. Sabía que esto iba a pasar.

Se supone que eras dura como la piedra, pero te has venido abajo

fácilmente: ¡cinco años por quemar un edificio del gobierno!

Entre sollozos y respiraciones con silbidos, Cuarta Tía gimió:

—Muchacha, sé que voy a morir en este campo...

Una guardiana con los ojos

somnolientos apareció en la ventana
y

dio un golpe en las barras.

—¿Qué está pasando ahí? ¿Quién
está haciendo todo ese ruido a
estas horas de la noche?

—Informando, oficial —dijo la
muchacha de cejas largas—.

Número Treinta y Ocho está enferma.

—¿Qué le ocurre?

—No puede dejar de toser y de estornudar.

—Eso no es nada nuevo. Ahora déjalo ya y ponte a dormir. Hay

gimnasia a primera hora de la mañana, no lo olvides.

.474

Después de que la guardiana se fuera, la muchacha de cejas largas

vertió un poco de agua en una taza, la acercó a los labios de Cuarta Tía v

sacó de debajo de la almohada algunas pastillas.

—Toma, tía —dijo—, son para aliviar el dolor y la inflamación.

Toma un par de ellas, te ayudarán.

—No puedo gastar tus medicinas, cariño —objetó Cuarta Tía.

—Todos estamos metidos en esto —respondió la muchacha—, así

que ahora no debes preocuparte por nimiedades como ésta.

La muchacha ayudó a Cuarta Tía a tomar las pastillas.

—Jovencita —dijo llorosa Cuarta Tía—, ¿cómo puedo compensarte por esto?

—Conviértela en tu nuera —intervino Muía Salvaje.

—¿Con los hijos que tengo? —comentó Cuarta Tía—. No se merecen a una persona como ella.

—Y tú, mientras vendes una muía por delante, la cabeza de una

tortuga se acerca sigilosa por detrás

—soltó la muchacha.

Muía Salvaje se puso de pie airada y la miró directamente.

—¿Con quién estás hablando?

—Contigo —respondió la muchacha desafiante—. ¡Te estoy

llamando puta apestosa que vende su coño!

Primero mortificada y luego enrabiada, Muía Salvaje cogió un zapato rayado de cuero y lo arrojó hacia su contendiente.

—¿Que yo vendo mi coño? —gruñó—. ¿Acaso tú no lo haces? Deja de mostrarte tan engreída. Las pequeñas virgencitas no salen vivas de un

sitio como éste.

La muchacha de cejas largas se

agachó justo a tiempo para que el zapato pasara por encima de ella y golpeará a una mujer con aspecto de comadreja que ocupaba la cama número tres y cumplía condena por ahogar a su propio hijo. Tras recibir el impacto, se puso de pie y golpeó a la muchacha de cejas largas en la cabeza.

Entonces se armó un terrible alboroto, con la muchacha de cejas

largas y Muía Salvaje arañándose, la comadreja desatando una tormenta y

Cuarta Tía gritando entre lágrimas. Las demás prisioneras se unieron

.475

golpeando los barrotes, aullando o repartiendo algunos golpes por su cuenta.

Dos carceleras armadas con porras entraron precipitadamente en la

celda y redujeron rápidamente a las combatientes sin preocuparse de hacer

distinciones.

—La próxima que haga un solo ruido —amenazó una de ellas—, se queda sin comer tres días.

La otra dijo:

—¡Números Veintinueve y Cuarenta, fuera! Os venís con nosotras.

—Yo no he hecho nada —se quejó la muchacha de cejas largas.

—Cierra el pico —dijo la carcelera, recalcando su orden con un golpe bien dirigido de su porra.

Muía Salvaje sonrió tímidamente.

—Oficiales, admito que me he portado mal, pero prometo que no volveré a hacerlo. Sólo quiero dormir un poco.

—¡No me vengas con ésas! Vestios y venid conmigo.

Cuarta Tía, doblada por la cintura, intercedió por sus compañeras de celda.

—No las culpe, oficial, todo es por mi culpa. No soy más que una anciana que no es capaz de dejar de toser y de estornudar. Las otras chicas no podían soportarlo.

—Ya basta —dijo la carcelera—.
¡No utilicéis a esta santa madre
para que influya sobre nosotras!

Mientras la carcelera condujo a la
muchacha de cejas largas y a Muía

Salvaje fuera de la celda, Cuarta Tía
tuvo que taparse la boca sin dejar de
llorar en voz alta.

Aquella noche, tuvo una serie de
pesadillas. En la primera soñó con

que Jinju acudía a visitarla, pero cuando Cuarta Tía avanzó hacia ella, la

lengua de su hija embarazada salió de su boca y sus ojos saltaron de sus

cuencas. Cuarta Tía se despertó dando un grito, con la piel fría y húmeda.

Los cables telefónicos que se extendían por fuera del muro de la prisión

emitían un cántico con el viento de otoño. Los rayos de luna atravesaban sesgados la ventana y aterrizaban sobre el rostro de la ladrona que dormía

en la cuarta cama. La muchacha, que apenas había madurado como mujer,

.476

dormía con la nariz ronzada y rechinando los dientes ante uno de sus

sueños.

Cuarta Tía apenas había vuelto a cerrar los ojos cuando Cuarto Tío

apareció junto a su cama, con la cabeza ensangrentada, y dijo:

—Madre de mis hijos, ¿por qué todavía sigues aquí? Te quiero a mi lado.

Alargó el brazo para llegar hasta Cuarta Tía, quien de nuevo se

despertó asustada. Su corazón latía violentamente. Más allá de la cocina del campamento, cantó un gallo. Un canto más y ya despuntaría el alba.

Sonó el toque de diana. Cuarta Tía salió a duras penas de la cama, se tambaleó brevemente y se desplomó como si fuera una muñeca de trapo.

Los gritos de sus compañeras de celda, que estaban haciendo sus camas,

hicieron que la carcelera llegara corriendo. Cuando abrió la puerta, Cuarta

Tía yacía boca abajo.

—¡Levantadla del suelo! —ordenó la carcelera.

Las compañeras de celda de Cuarta Tía así lo hicieron, con más

rapidez que eficacia. A continuación la carcelera llamó al médico del

campamento, que le puso una

inyección. Tenía la boca crispada y por sus

ojos resbalaba un torrente de lágrimas amargas mientras el médico

colocaba una tirita sobre un corte que se hizo en la cabeza. Justo después

del desayuno, la carcelera dijo:

—Puedes tomarte el día libte,
Número Treinta y Ocho. Cuarta Tía
se

quedó muda de agradecimiento.

Después de que las demás internas hubieran formado varias filas en el complejo y marcharan hacia los campos para empezar las tareas del día, un silencio inundó el bloque de celdas, amplificando el sonido de las enormes ratas que se deslizaban por el patio de la prisión y ahuyentando a los hambrientos gorriones que picoteaban algunas migas de pan en el lodo. Algunos de los pájaros se

refugiaron sobre la repisa de la ventana, donde giraron las cabezas y fijaron sus ojos negros y redondos sobre Cuarta Tía. Completamente sola,

y abrumada por la tristeza, se echó a llorar. Después, una vez que remitieron las ganas de llorar, murmuró:
—Es hora de unirme a ti, esposo...

Se quitó los pantalones, pasó el cinturón alrededor del marco de metal de la litera que estaba encima de la suya y engancho el botón superior. Otro sollozo, un último pensamiento —esposo, no puedo soportar más esto—, antes de deslizar el ojal del pantalón por encima de su cabeza y dejarse caer hacia delante.

Pero Cuarta Tía no murió, al menos no en ese momento. Fue salvada

por una carcelera que pasaba por allí quien, con una sonora bofetada en el

rostro, maldijo:

—¿En qué diablos estás pensando, maldita vieja mofeta? Mientras

lanzaba un sonoro gemido, Cuarta Tía cayó de rodillas.

—Sé una buena chica y déjame morir, por favor... La carcelera dudó

por unos instantes y su rostro adquirió una amable femineidad.

Mientras

ayudaba a Cuarta Tía a ponerse de pie, dijo dulcemente:

—Vieja Madre, no digas a nadie lo que hoy ha pasado aquí. Será

nuestro secreto. Si dejas de armar jaleo y te esfuerzas por ser una pri-

sionera modelo, trataré de hacer que te suelten pronto.

Esta vez, mientras Cuarta Tía caía de nuevo de rodillas, la carcelera la

detuvo:

—Eres una buena chica —dijo Cuarta Tía—. Pero alguien tiene que pagar por la muerte de mi marido.

.478

—Deja ya de decir esas cosas —la consoló la carcelera—. Encabezar a una muchedumbre para destruir las

oficinas del gobierno es un grave delito...

—Perdí la cabeza. Prometo que no lo voy a volver a hacer...

Un mes más tarde, Cuarta Tía fue liberada por prescripción facultativa y poco tiempo después estuvo de vuelta en casa.

El día de Año Nuevo de 1988 era festivo para los varios cientos de

prisioneros que se encontraban encerrados en el campo de trabajo. Algunos lo pasaron durmiendo, otros escribiendo a casa y otros se agolparon en el patio que se extendía al otro lado de la ventana de la sala de ocio para ver un programa de variedades en un aparato de televisión en blanco y negro.

Gao Ma y Gao Yang se sentaron en una enorme baldosa de mármol

que había en el patio, desnudos de cintura para arriba mientras

despiojaban sus chaquetas. Los rayos de sol calentaban el lodo que se

extendía a su alrededor y caían sobre su bronceada piel. Aquí y allá otros

pequeños grupos de prisioneros se sentaban bajo el sol a conversar entre

susurros. Los guardias armados ocupaban las torres que se levantaban más

allá de la puerta interior, sin perder de vista ni un instante a los hombres

que había abajo. La puerta principal, cubierta con una malla de acero,

estaba cerrada con llave. Algunos oficiales del campo cortaban el pelo a

los prisioneros, haciendo bromas y

riendo alegremente.

Las ratas gigantes entraban y salían de la letrina. En la zona que había

entre las dos puertas, un enorme gato negro se había visto obligado a subir

a un árbol ante la llegada de un enjambre de roedores.

—Cuando las ratas alcanzan ese tamaño, hasta los gatos se asustan

de ellas —comentó Gao Yang.

Gao Ma sonrió.

—Le dije a mi esposa que te trajera un par de zapatos después de

primero de año —dijo Gao Yang.

—No le des más trabajo por mi culpa —dijo Gao Ma, visiblemente

conmovido—. Tu mujer está muy ocupada con los dos niños. Un soltero

como yo necesita pocas cosas.

—Resígnate, primo, y soporta el próximo año de la mejor manera

posible. Entonces, cuando salgas, encuentra una esposa y sienta la cabeza.

Gao Ma sonrió lánguidamente, pero no dijo nada.

—Después de todo, eres un veterano del ejército —prosiguió Gao

Yang—. Los líderes del campo te

han echado el ojo. Sé que puedes conseguir que te liberen pronto si haces lo que te dicen. Podrías estar fuera de aquí antes que yo.

—Tarde o temprano, ¿eso qué importa? —respondió Gao Ma—.

Prefiero cumplir la condena por ti para que te puedas ir a casa y cuidar de

nuevo de tu familia.

—Primo —dijo Gao Yang—,
estamos destinados a tener mala
suerte. Para los hombres, sufrir de
esta manera no es gran cosa, pero
piensa en la pobre Cuarta Tía...

Ansiosamente, Gao Ma preguntó:

—¿No la habían liberado por
motivos de salud?

Dudando unos instantes, Gao Yang
dijo:

—Mi esposa me pidió que no te lo dijera...

—¿Que no me dijeras qué? —exigió Gao Ma ansiosamente, agarrando la mano a Gao Yang.

Gao Yang suspiró.

—Después de todo, era tu suegra, así que no estaría bien ocultártelo.

—Habla, primo. No me tengas en suspenso.

—¿Te acuerdas el día que vino mi esposa a visitarme? —dijo Gao

Yang—. Fue entonces cuando me lo contó.

—¿Qué te dijo?

—Los hermanos Fang son unos malditos cabrones. ¡No merecen

llamarse seres humanos!

La paciencia de Gao Ma se estaba acabando.

—Primo Gao Yang, es hora de sacar las alubias de la cesta. Me estás volviendo loco con tu forma de divagar.

Gao Yang volvió a suspirar.

—Muy bien, te lo cuento. El adjunto Yang tampoco es una buena persona. ¿Te acuerdas de su sobrino, Cao Wen? Pues bien, se cayó a un pozo y su familia decidió arreglar un matrimonio en el Inframundo.

—¿Un qué?

.485

—¿Ni siquiera sabes lo que es un matrimonio en el Inframundo?

Gao Ma sacudió la cabeza.

—Es un lugar donde dos personas muertas se unen en matrimonio.

Así que, después de que Cao Wen muriera, su familia enseguida pensó en

jinju.

Gao Ma se puso de pie de un salto.

—Déjame acabar, Primo —dijo Gao Yang—. La familia Cao quería

que el fantasma de Jinju fuera la esposa de su hijo muerto, así que pidieron

al adjunto Yang que actuara como casamentero.

Gao Ma apretó los dientes y maldijo:

—¡Que les jodan a sus piojosos antepasados! ¡Jinju me pertenece!

—Eso es lo que me pone más furioso —dijo Gao Yang—. Todo el

mundo de la aldea sabía que Jinju te pertenecía. Llevaba a tu hijo en su

vientre. Pero los hermanos Fang aceptaron la propuesta del adjunto Yang

y vendieron los restos de Jinju a la familia Cao por ochocientos yuan,

que

dividieron entre los dos. Entonces, los Cao enviaron a alguien para que abriera la tumba de Jinju y le entregaran sus restos.

Gao Ma, con el rostro del color del hierro, no emitió un solo sonido.

Gao Yang prosiguió:

—Mi esposa dijo que la ceremonia superó a cualquier boda normal

que hubiera visto. Contrataron a músicos procedentes de alguna parte del

Condado, que tocaron mientras los invitados disfrutaban de un gran

banquete. Entonces, los restos de Jinju y Cao Wen se colocaron en un

ataúd de color rojo intenso y los enterraron juntos. Los aldeanos que

acudieron a observar los festejos maldijeron a la familia Cao, al

adjunto

Yang y los hermanos Fang. ¡Todo el mundo decía que aquello era un insulto al Cielo y un crimen contra la razón!

Gao Ma permaneció en absoluto silencio.

Gao Yang miró a Gao Ma.

—Primo —prosiguió rápidamente—, no te hace ningún bien dar

vueltas a este asunto. Han cometido este crimen contra el Cielo, y el

Anciano que está ahí arriba los castigará debidamente... Todo es culpa

mía. Mi esposa me dijo que cerrara el pico, pero esta boca apestosa que

tengo no es capaz de guardar un secreto.

Una sonrisa helada asomó por el rostro de Gao Ma.

—Primo —soltó Gao Yang temeroso
—. No concibas ideas raras.

Eres un veterano del ejército, así que
no puedes creer en fantasmas ni en
cosas parecidas.

—¿Qué pasó con Cuarta Tía? —
preguntó Gao Ma en voz
baja.

Gao Yang carraspeó unos segundos

y, a continuación, dijo a re-
gañadientes:

—El día en que los Cao fueron a por
los restos de Jinju... se ahorcó.

Un grito de angustia salió de la
garganta de Gao Ma, seguido por una
bocanada de sangre.

Poco después del día de Año

Nuevo cayó una fuerte tormenta

de nieve.

Los prisioneros la retiraron con palas y la cargaron en unos carros de mano para depositarla en un campo de mijo cercano.

Gao Ma, el primero en presentarse voluntario, sacó un carro cargado de nieve al otro lado de la entrada. No había apostados más guardianes de

los habituales, ya que sólo dejaban

salir más allá de la puerta a unos
cuantos prisioneros. Por eso,
únicamente había un oficial de
campo

vigilando la entrada, con los brazos
cruzados, como si estuviera hablando
con un guardián de torre.

—Viejo Li —dijo el guardián—, ¿tu
esposa ya ha tenido el bebé?

El oficial, con la preocupación
reflejada en su rostro, respondió:

—Todavía no. Ya lleva un mes de retraso.

—No te preocupes —le consoló el guardia—. Como dice el refrán,

un melón sólo se cae cuando está maduro.

—¿Cómo no me voy a preocupar?
¿Cómo te sentirías si tu vieja

dama llevara un mes de retraso? Qué fácil es hablar.

Gao Ma, empapado de sudor, regresó

con el carro vacío.

El oficial le miró con simpatía.

—Descansa un poco, Número Ochenta y Ocho. Pediremos a otro que lleve el carro un rato.

—Ese Número Ochenta y Ocho es un buen muchacho —comentó el guardia.

—Es veterano del ejército —dijo el oficial—. A veces es un poco

fogoso. Lo cierto es que hoy en día ya no me sorprende nada.

—Si quieres saber mi opinión, esos cabrones de oficiales del

Condado Paraíso fueron demasiado lejos —dijo el guardia—. El pueblo

llano no se merece cargar con toda la culpa de lo que sucedió.

—Por esa razón recomendé que la

sentencia de este preso fuera

rebajada. Personalmente, creo que fueron demasiado duros con él.

—Pero así es como son las cosas hoy en día.

Gao Ma se acercó a la entrada con otra carga de nieve.

—¿No te he dicho que descansarás?

—le preguntó el oficial.

—Después de sacar esta carga — dijo dirigiéndose hacia el campo de

mijo.

—He oído que al comisario adjunto Yu le han cambiado de destino

—dijo el guardia.

—Ojalá me cambiaran de destino a mí —dijo el oficial melan-

cólicamente—. Este trabajo es una mierda. No tienes vacaciones, ni

siquiera el día de Año Nuevo, y el sueldo es una miseria. Si tuviera otro

lugar donde ir, no pasaría un segundo más aquí.

—Si esto es tan malo, te puedes marchar siempre que quieras

—apuntó el guardia—. Yo he decidido hacerme empresario.

—Con los tiempos que corren, si eres listo puedes llegar a ser oficial.

Pero si no eres capaz de soportarlo, debes ganar el dinero de la mejor manera que puedas.

—Por cierto, ¿dónde está Número Ochenta y Ocho? —preguntó el guardia alarmado.

El oficial se giró hacia el campo, donde la luz del sol hacía que la nieve centelleara con extraordinaria belleza.

La sirena de la torre de vigilancia sonó con fuerza.

—Número Ochenta y Ocho —gritó el guardia—, ¡alto o disparo!

Gao Ma corría directo hacia el sol,
casi cegado por su resplandor. El
aire fresco de la libertad le envolvía
como las olas sobre los campos
nevados. Corría como un poseso,
ajeno a todo lo que le rodeaba,
totalmente decidido a tomarse la
revancha. Se elevó en el aire como si
cabalgara sobre las nubes y
atravesara la niebla, hasta que se dio
cuenta con

.488

sorpresa de que estaba tumbado
sobre la helada nieve, boca abajo.

Sintió

que algo caliente y pegajoso salía a
borbotones de su espalda. Con un
dulce

«Jinju» entre sus labios, enterró el
rostro en la húmeda nieve.

.489